

**EL
EXTRAÑO
CASO
DE LA
MUJER
SIN
MEMORIA**

JUAN PASCAL

EDITORIAL DREAMERS

EL
EXTRAÑO
CASO
DE LA
MUJER
SIN
MEMORIA

JUAN PASCAL

EDITORIAL DREAMERS

Juan Pascal

El extraño caso de la mujer sin memoria

Primera edición



EDITORIAL DREAMERS

Tlalnepantla de Baz, C.P. 54170

Estado de México, México.

www.editorialdreamers.com.mx

contactoeditorial@editorialdreamers.com.mx

Primera edición, enero 2018

Derechos reservados:

© Juan Pascal (de la presente obra)

© Editorial Dreamers (de la presente edición)

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, traducida, almacenada o transmitida de forma alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico o de grabación sin la autorización previa de la Editorial o el autor. Se permite la reproducción de pequeños fragmentos únicamente para el desarrollo de reseñas, críticas o para estudiantes.

Prólogo

1 de enero; quince años antes

Washington D.C., Estados Unidos

Como sucedía en la mayoría de países del mundo occidental en la noche de personas que la celebración del año nuevo habían acompañado, fin de año las salas de urgencias de los hospitales recibían la visita de principalmente, y en ciertos casos no únicamente, con más alcohol del que podrían ingerir durante todo el año que comenzaba esa noche. Y los hospitales de la capital del país más poderoso del planeta, los Estados Unidos de América, no eran una excepción.

—Bueno, a ver a quién nos han traído esta vez los paramédicos —dijo una doctora que hacía guardia esa noche en el Hospital Universitario George Washington. Estaba en una habitación atendiendo a una paciente. Leyó las anotaciones hechas en la carpeta mientras hacía comentarios en voz alta.

—Así que te encontraron desnuda vagando por la calle... hmm...

Sentada en la camilla se encontraba una mujer joven, que igual podría tener más de treinta años como poco más de veinte. Todo dependía de cómo le diera la luz en el rostro. Ya no se encontraba desnuda. Le habían prestado una camiseta vieja y unos pantalones de chándal.

—Y al parecer la memoria no te funciona. Qué raro, en una noche como esta —ironizó la doctora—. Bueno, vamos a examinarte para ver si te han

violado.

La desconocida miraba a todas partes, extrañada. Todavía no había abierto la boca para articular palabra, pero obedeció a la doctora cuando le mandó colocarse en posición para ser examinada.

Finalmente la médica observó con más detenimiento a la paciente mientras le realizaba el chequeo: una mujer joven con pelo castaño liso que le llegaba por los hombros y ojos prácticamente negros; parecía una mujer sana que se cuidaba a pesar de la situación en la que se encontraba, lo que le hizo pensar. Se extrañó porque no le pareció que estuviera borracha como había supuesto en un primer momento dada la noche que era, quizás tendría que practicarle algunas pruebas más para saber si la habían drogado o estuviera en estado de shock por algún motivo aún desconocido y tendría que avisar a la policía a ver si podían identificarla. Sí, definitivamente lo haría. No la dejaría marchar todavía. Le empezaba a intrigar la desconocida.

—Perfecto —dijo cuando concluyó de examinarla y comprobar que no había signos de violación—. Vuelvo en seguida.

La doctora salió a buscar una enfermera para hacerle más pruebas mientras la paciente volvió a su postura inicial. También quería avisar a un neurólogo para tratar el tema de la amnesia.

Mientras la doctora hablaba por teléfono hizo un gesto a una enfermera que pasaba para que esperase a que terminase la conversación que tenía a través del auricular.

—¿Has visto a David esta noche? —preguntó nada más colgar el teléfono.

—Sí, doctora Miller.

—¿Cuántas veces voy a decirte que me llames por mi nombre? —interrumpió a la enfermera en tono de broma. La enfermera sonrió tímidamente.

—De acuerdo, Claire. Sí, he visto a David. Estaba en la sala siete interrogando a unos jóvenes por una fiesta que ha acabado mal.

—Gracias, Laura —agradeció a la enfermera.

Mientras daba las gracias Claire ya se dirigía apresuradamente hacia la sala siete a buscar a David.

—Qué prisas. Esta noche es de locos —masculló Laura para sí misma.

Laura y Claire eran buenas amigas, aunque Laura siempre procuraba llamar a su amiga «doctora Miller» cuando estaban trabajando. Eran amigas desde la infancia. David, además de policía, era el marido de Laura.

—¡David! —gritó cuando vio al policía saliendo por la puerta de la sala siete tomando unas últimas notas en su libreta—. ¡David! —repitió llegando a su altura.

—¿Qué pasa, Claire? Menuda noche, ¿eh?

—Necesito un favor. Acompáñame.

Mientras regresaban Claire informó a David. Le contó que había llegado una paciente amnésica y quería que le ayudase a ver si podían identificarla.

—¿Y bien? ¿Dónde está mi regalo de año nuevo? —preguntó el neurólogo, al que había avisado Claire poco antes por teléfono y que estaba ya esperando frente a la sala donde debía encontrarse con la mujer sin memoria. Claire señaló a la sala donde minutos antes había atendido a la desconocida.

—Pues ahí no hay nadie —Claire se sorprendió y aceleró el ritmo hacia el interior de la sala, seguida por David y el neurólogo.

—¡Se ha ido! —exclamó la doctora. La buscaron por el hospital pero no la hallaron. Era como si se hubiese esfumado de repente pues nadie parecía haberla visto.

—¿Y dices que no tenía ninguna pertenencia consigo cuando la trajeron? —preguntó el policía a Claire para asegurarse de que tenía toda la información.

La doctora confirmó.

—Bueno, preguntaré a los paramédicos que la trajeron. A ver qué me dicen.

David dio el aviso a varios compañeros que tenían turno esa noche para que estuvieran atentos y le avisaran si veían algo. Pero no tuvieron suerte. No encontraron el rastro de la desconocida amnésica. Los paramédicos le confirmaron al policía que la encontraron completamente desnuda. No tenía absolutamente nada. Ni pendientes ni nada.

Tras huir del hospital volvió a vagar por las calles. Iba descalza y con una

simple camiseta que la protegía del frío de la noche invernal, aunque parecía no notarlos. Con quienes se cruzó por el camino apenas repararon en ella. Estarían demasiado borrachos o pensarían que ella estaba demasiado borracha.

Caminando y caminando llegó al cementerio nacional de Arlington, al otro lado del río Potomac donde se encontraban el Lincoln Memorial y el Martin Luther King Jr. Memorial. El frío, finalmente, le empezaba a hacer mella.

¿Qué podría hacer?

Ni sabía dónde estaba ni quién era. No sabía absolutamente nada. Pero no podía detenerse. Si se detenía el frío la invadiría. Los dientes le castañeaban.

Andando entre las tumbas se encontró con un señor mayor que debía estar dando un paseo por el tranquilo lugar o visitando una tumba de un familiar o conocido. Se apreciaban los primeros rayos del sol. Estaba amaneciendo.

—¡Ayúdeme! —dijo débilmente. La palabra le resultó extraña al salir de su boca.

—¡Ayúdame, por favor! —repitió suplicando, y cayó en los brazos del paseante, que a duras penas pudo evitar que ambos se precipitaran al suelo.

—¡Uff! —suspiró el hombre por el esfuerzo repentino que tuvo que realizar sujetándola y evitando que ambos cayeran—. Menuda forma de empezar el año esta juventud.

La sentó en un banco cercano y la cubrió con su abrigo para protegerla del frío.

—¿Cómo te llamas, hija? —preguntó. No hubo respuesta. La desconocida tiritaba de frío. Miró desconcertada. Asustada. No sabía su propio nombre. No sabía nada sobre ella misma.

—Imagino que tampoco sabrás dónde vives, ¿verdad? —Intentaba averiguar algo sobre la desconocida—. Te llevaré a un hospital y luego a la policía. A ver si averiguamos quién eres y dónde vives.

Ella negó con la cabeza. El hombre insistía en llevarla. No sabía que más podría hacer. Al final se compadeció de ella tras ver que ésta rechazaba constantemente la idea de volver a un hospital o avisar a la policía. Aunque no estaba seguro de que entendiese lo que significaban esas palabras, en

especial policía. Es más, al final se convenció de que era lo mejor que podía hacer para ayudar a la joven. No sabía cómo, pero eso intentaría.

Así que decidió llevársela consigo, ya vería que podía hacer después. No podían quedarse allí con el frío que hacía por más tiempo.

I

14 de febrero, presente

Roma, Italia

Este año el día de los enamorados coincidía con el inicio del fin de semana. Era viernes. Perfecto para una escapada romántica de cualquier pareja de tortolitos... Y una de esas parejas era la formada por Peter y Anna.

Habían decidido, o mejor dicho, ella había decidido que pasarían el fin de semana en Roma. Aunque no les gustaba el lado comercial de la celebración a ninguno de los dos, siempre hacían algo especial, pero sin regalos. Al fin y al cabo todas las civilizaciones y sus religiones habían tenido sus dioses y diosas del amor y sus respectivas festividades anuales. Querían celebrar la cada vez menos visible parte espiritual de la festividad, algo que los anglosajones se habían olvidado, hacía tiempo que existía y el resto del mundo, occidental especialmente, se había encargado de imitarles. Pero Peter, estadounidense, y Anna, mitad española y mitad británica, no se habían dejado seducir por la mercadotecnia. Casi.

La pareja había llegado la noche anterior en un jet privado y se hospedaron en el Grand Hotel de la Minerve. El hotel se ubicaba en un espléndido edificio del siglo XVII en pleno centro de la ciudad, a escasos dos minutos andando del panteón y cercano a la piazza Navona y, algo más alejada, la piazza de España. Todo a cargo de Anna, el jet era suyo. Todos los

lujos podían permitírseles gracias a ella; Anna vivía en la abundancia desde que él la conocía, Peter había sido su jardinero antes de que empezaran a salir y de que su relación tomara un cariz serio, momento en el cual dejó sus labores de jardinero remunerado para hacer lo mismo pero gratis, para no sentirse mal por ser un mantenido por su novia, pero no era suficiente. Gracias a Anna, Peter había puesto en marcha hacia un año su propia empresa dedicada a la jardinería y piscinas. No le iba mal, pero no podía compararse con su pareja.

Anna era doctora en antropología e historia, además de arqueóloga, especializada en historia antigua de Egipto y Oriente Próximo; se dedicaba a dar clases en la universidad y a impartir cursos y seminarios, también participaba en expediciones arqueológicas que subvencionaba de su propio bolsillo. No sólo eso, era una experta en finanzas e inversiones. Heredó una buena suma de dinero y propiedades que se encargó de multiplicar con inversiones de todo tipo a lo largo de los años. La crisis económica mundial a partir de 2008 no sólo no le perturbó sus cuentas, sino que florecieron más y más.

Anna era sencilla y una gran filántropa. No le gustaba alardear públicamente ni de riqueza ni de obras benéficas, prefería que todo quedase oculto. No necesitaba «estúpidas galas ni mierdas falsas para que todos lo vean. El que quiere hacer algo bueno lo hace. No hay que pedir a otros que lo hagan en patéticas representaciones de altruismo inútil», como ella solía decir en privado. Para hacer una buena acción no se necesitan cámaras observando.

Durmieron hasta tarde y desayunaron en la habitación. Después se acicalaron y se abrigaron para salir a las calles romanas. Era un día soleado pero frío; pasearon durante un par de horas por las estrechas calles de la ciudad. Ya habían estado otras veces así que los sitios más turísticos y conocidos de Roma podían dejárselos a los turistas, ellos se dedicarían a disfrutar de los rincones ocultos de tan hermosa e histórica ciudad. Cuando les entró el hambre se pararon en la primera pizzería que encontraron. Algo sencillo, pues la ciudad está llena de tales establecimientos. Y la comida italiana era la favorita de Anna.

Tras la comida volvieron caminando de regreso al hotel. Durmieron una

pequeña siesta y se relajaron hasta la hora de cenar.

—Bueno, ¿preparado para un combate nocturno en el Coliseo? —bromeó Anna mientras se preparaban para salir del hotel de nuevo—. Y después... hmm... ¿Qué puede ser lo siguiente?

—Eso de pensar te lo dejo a ti —replicó la broma con otra broma—. Aunque ya me extrañaba que faltase la parte de guerra en este plan.

Le ayudó a ponerse el abrigo y salieron. Faltaba media hora para que fueran las ocho de la tarde. Ya había anochecido. Tenían reservada para las ocho una mesa en La Terrazza dell'Eden, un restaurante en la Villa Borghese. Hicieron el trayecto que los separaba del restaurante a pie, durante el camino apenas hablaron; llegaron a su destino cinco minutos antes de las ocho.

La Terrazza dell'Eden se encontraba geográficamente situado de manera inmejorable desde donde se obtenía una panorámica fabulosa de toda Roma, que hacían que cualquiera se enamorara del lugar. Realmente un sitio especial. Anna y Peter recibieron una atención excelente y unos platos deliciosos; eligieron para acompañar la cena uno de los muchos vinos italianos que ofrecían, después dieron por concluida la velada con un riquísimo postre.

Tras la cena estuvieron paseando por el parque de Villa Borghese.

—Pensé que vería algún anillo en cualquier momento de la cena —comentó Anna mientras caminaba cogida del brazo de Peter—. Llegué a pensar que me lo había tragado en el vino o algo.

Él la miró sin decir nada. Varios de los comensales que estaban en el restaurante aprovecharon el lugar y la fecha del calendario para pedir en matrimonio a sus respectivas damas. Ella continuó:

—Todos en ese sitio sacaban anillos a relucir —rio.

—Ya. Es que yo perdí el mío. Intenté sobornar a un camarero para que me trajera otro de alguno de los presentes, pero no coló —respondió. Anna soltó una carcajada.

Llegaron al hotel pasada la medianoche. Él había insistido en caminar un poco más. Subieron a la habitación. Peter abrió la puerta y dejó que ella entrara primero, como un buen caballero. Anna encendió la luz... y se quedó paralizada. Se movió sólo para llevarse la mano a la boca en signo de

sorpresa. Peter la siguió hasta ponerse a su altura, con una sonrisa. No dijo nada, sólo esperaba a que ella hablase primero.

—Qué malo eres...

—Mucho —contestó él sin perder la sonrisa—. Pero en mi defensa tengo que decir que ya es quince de febrero. Estrictamente no es San Valentín.

Anna seguía emocionada sin moverse del lugar en el que se había quedado quieta como una estatua.

Peter había llenado la habitación de flores, de pétalos de rosas por el suelo y la cama, y velas. En realidad habían sido los trabajadores del hotel quienes, a petición de Peter y siguiendo las instrucciones dadas por él, habían preparado la habitación de tal manera.

Y lo más importante: en el centro de la cama había una pirámide a base de flores con un anillo en su cúspide. Más unas palabras escritas también sobre la cama: «¿Quieres casarte conmigo?» Peter se acercó a la cama. Cogió el anillo y se arrodilló ante Anna.

—Bueno, ¿qué respondes? —dijo—. ¿Te casas conmigo? —unos momentos de silencio eternos para Peter fueron cortados por un rotundo sí.

—Sí, sí, sí —repetía ella mientras recibía el anillo de compromiso en el dedo—. Por supuesto que me casaré contigo.

Y tras asegurarse de que el anillo estaba bien puesto, y con lágrimas incipientes en sus bellos ojos oscuros, se abalanzó sobre Peter para abrazarlo. Éste, que apenas se estaba levantando, casi cae al suelo.

—Tengo otro regalo para ti —dijo al cabo de un rato de estar abrazados—. Puede que esto te guste más. Espera un momento —mientras él rebuscaba en su maleta Anna contemplaba el anillo que ya llevaba puesto—. Aquí tienes —le entregó un pequeño paquete envuelto en papel de regalo. Anna lo desenvolvió con rapidez y rio al ver el regalo—. ¿A qué te gusta?

—Claro. Luego te machaco —volvió a reír. Estaba feliz—. Qué freaky soy.

El nuevo regalo era un juego de guerra de estrategia con civilizaciones antiguas que a Anna le entusiasmaban.

—Yo no tengo nada para ti —se lamentó Anna—. Acordamos no regalarnos nunca nada en san Valentín...

Él la interrumpió:

—El mejor regalo ya lo tengo. Y es tu «Sí». Además, nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho por mí durante el tiempo que te conozco.

Despejaron la cama de flores y pétalos e hicieron el amor durante toda la noche. El día siguiente se dedicaron a estrenar su compromiso por las calles de la ciudad eterna como unos auténticos turistas.

Llegado el domingo regresaron en su avión privado de vuelta a su hogar, repartido entre Estados Unidos, España y Reino Unido. Tenían una boda que preparar. Y ella, además, una expedición arqueológica. Pero primero, la boda.

II

24 de febrero

Nueva York, Estados Unidos

Como todas las mañanas, John estaba sentado delante de su ordenador portátil leyendo las noticias en los periódicos online de todas partes del mundo.

»¡Qué comodidad! —pensaba él—. Tener acceso a cantidades ingentes de información a sólo un clic. Sin necesidad de moverse del sillón.

Leía las noticias en diversos idiomas. Hablaba perfectamente inglés y español, pues su padre era español y su madre era estadounidense. Él, como su progenitora, también era americano y tenía su residencia en la ciudad de Nueva York pero, además, a lo largo de los últimos años había aprendido otros idiomas. Hablaba con fluidez en alemán y ruso y se defendía en japonés y francés. Y parlotaba en italiano y en portugués.

Con tantos conocimientos en lenguas el comprobar las noticias del mundo le llevaba bastante tiempo, y ese tiempo también lo dedicaba para ponerse al día en los resultados deportivos. Le encantaba el hockey sobre hielo y el fútbol. En el instituto los había practicado y había sido una joven promesa en ambos, aunque se decantó por lo que en su país llamaban soccer. Una lesión de rodilla le impidió obtener una beca para la universidad y tuvo que abandonar sus sueños de ser deportista profesional.

Eso había sucedido hacía tanto tiempo que parecía que hubiese sido un sueño. Ahora se dedicaba a la investigación privada. Es decir, era un detective privado.

Leía concentrado las noticias. Buscaba algo que le fuera de utilidad para el asunto en el que andaba trabajando, de hecho era su único trabajo y lo había sido durante todo el tiempo que había transcurrido desde que se convirtió en investigador privado. Se extrañaba de la paciencia que tenía quien le había hecho el encargo y de lo generosa que era la paga anual que recibía para no haber obtenido ningún avance significativo.

A veces creía encontrar algo pero rápidamente lo desechaba. Los pocos avances que se produjeron fueron al inicio de la investigación, o eso pensó en su momento. No duró mucho, al cabo de unas semanas no tenía nada y no había pistas que seguir.

Pero ese lunes de finales de febrero parecía diferente. Se había detenido en una noticia más tiempo del usual. No la leía. Estaba pensando. ¿Sería lo que había estado esperando tanto tiempo? ¿Una nueva oportunidad?

—Ayúdame —Lindsay le sacó de su ensimismamiento entrando en la habitación que John utilizaba como despacho—. Se me ha enganchado el colgante con el pendiente.

Lindsay era la pareja de John. Llevaban casi cinco años viviendo juntos ya.

—¿Qué? Ah, sí... Qué habrás hecho para que se te enganchara —dijo volviendo a la realidad—. Aunque no me extraña. Menudos pendientes más... grandes. El collar. Bueno. También es un tanto peculiar.

—Una joya familiar —matizó ella.

—Sí, ya sé bien que es de tu familia. Desde que te conozco me recuerdas lo mismo. ¿No había nada más raro que te hubieran podido legar? —se burlaba él.

—Anda, calla y desengánchame lo —Lindsay inclinó la cabeza para que él pudiera deshacer el lío que ella se había organizado en su oreja.

—Creo que he encontrado algo —le comentó mientras se concentraba en encontrar la forma de separar colgante y pendiente—. Ala, ya está.

—Gracias —dijo mientras se aseguraba que pendiente y colgante volvieran

a su sitio y le daba un beso—. ¿Y qué has encontrado? ¿Un nuevo fichaje para tu equipo de la liga fantástica de hockey? —bromeó. Él le señaló la pantalla del ordenador invitándola a que leyese lo que había en ella. En la pantalla de su portátil estaban abiertas las páginas de sociedad de tres periódicos, dos en inglés y una en español—. ¿Cuál? —preguntó Lindsay.

—Cualquiera.

John se levantó para dejar que ella se sentara y leyera la noticia más cómodamente.

—A ver —ella se sentó y se colocó la silla un poco más cerca para poder leer bien. En las tres páginas contaban más o menos lo mismo, así que se decidió por la primera que pilló. Comenzó a leer la noticia:

CUENTO DE HADAS QUE TENDRÁ SU FINAL FELIZ

Rezaba el titular.

—¡Uh! Esto promete —rió Lindsay desviando la mirada hacia John.

—Sigue leyendo —ella le dedicó una mueca y volvió a leer lo que seguía:

La joven arqueóloga y filántropa, Anna Smith, va a contraer matrimonio con su pareja de hace años, Peter Price. La noticia fue dada a conocer ayer domingo 23 de febrero y tiene previsto celebrarse la boda en una sencilla ceremonia privada el próximo verano. Todavía se desconoce dónde tendrá lugar el enlace.

La señorita Smith, de 34 años de edad, conoció a Peter Price en su propia casa. El señor Price, de 36 años, fue contratado en casa de los Smith como jardinero a principio de siglo. Pronto surgió el amor entre ambos, cuya relación se verá consagrada en matrimonio tras años de noviazgo. Ella, hija de un británico y una española, es toda una referente en el mundo de la arqueología actual y de las finanzas, aunque destaca por sus escasas apariciones públicas desarrolla una gran labor humanitaria y filantrópica que compagina con excavaciones arqueológicas e impartiendo clases en la universidad. Del señor Price poco se puede decir. Jardinero que, gracias a su flamante futura esposa, puso en marcha un negocio en su especialidad: la

jardinería. Estadounidense de nacimiento. Todo un cuento de hadas moderno.

Ella, una pudiente mujer del siglo XXI. Él, un humilde jardinero. El enlace estival será el culmen a este cuento real.

Acompañando la noticia venían dos fotografías. Una de la pareja en una de sus escasas apariciones públicas en los que se los pudo ver juntos, fechada dos años antes a al día de la publicación de la noticia, y una fotografía de unos meses atrás (finales del año anterior) en la que aparecía Anna Smith sola.

—¿Crees que esta tal Anna puede ser la mujer que buscas? —preguntó Lindsay, cuando hubo terminado de leer la noticia, con la mirada fija en la fotografía en la que estaba ella sola.

—Al menos tengo algo que hacer investigándola —respondió él—. Para empezar ya tengo una foto de ella y algo de información. Hoy en día en internet tienes acceso a muchos datos. Los propios investigados y espiados te proporcionan todo lo que necesitas saber: Facebook, Twitter... No pierdo nada por intentarlo, pero tengo la sensación de que vuelvo a estar en el buen camino.

—Ese camino que perdiste hace quince años, ¿no? —él asintió.

—¿Por qué no habías reparado en ella antes? —inquirió Lindsay—. Parece bastante conocida, aunque no haga estupideces como la mayoría de famosillos de hoy en día seguro que ha tenido que haber más noticias hablando de ella —él pensó un momento antes de responderle.

—No sé... —dijo finalmente él—. Quizás alguna vez leí sobre ella y no le di importancia. Pero ahora se la doy.

Lindsay volvió a observar detenidamente la fotografía.

—No será que quieres investigarla por lo guapa que es, ¿eh?

—Cualquier excusa es buena —rio. Ella le sacó la lengua burlonamente.

—Pues venga, a trabajar. Que no se diga que te pagan por nada —le alentó ella.

—Eso voy a hacer. Tengo que conseguir más información sobre esta Anna Smith. Así que aligerando, vete con el collar a otra parte.

Tras meterse un poco el uno con el otro de forma cariñosa ella se marchó a otra habitación para volver unos minutos después.

—¿A dónde vas? —dijo John levantando la vista del ordenador para ver a Lindsay en el umbral de la puerta poniéndose el abrigo para salir a la calle.

—Voy a hacer algunas compras, ¿quieres algo?

—Hmm, no sé. Creo que ya tenemos de todo. Pero trae lo que se te ocurra que pueda gustarme —ella le lanzó un beso y se fue dejando solo a John.

Lo primero que hizo una vez solo fue imprimir la fotografía en la que aparecía Anna Smith, después intentó averiguar todo lo posible navegando por internet sobre la susodicha Anna.

Investigando a esa tal Anna Smith descubrió, además de lo referente a su futuro enlace matrimonial; que tenía un doctorado en historia y en economía además de ser licenciada en historia del arte y antropología. Entró en la universidad en el curso 99/00 en España pero no encontró datos anteriores referentes a estudios. Estudió en Harvard y en Oxford, Reino Unido y en Salamanca y Madrid. Ahora impartía clases, cursos y seminarios en aquellas universidades donde estudió. También daba conferencias donde la llamasen. Había financiado infinidad de excavaciones arqueológicas en Egipto y Oriente Próximo especialmente; la historia y la arqueología le apasionaban. También leyó en internet que aportaba mucho dinero cada año a causas humanitarias y que debía disponer de una fortuna considerable.

Se apuntó en una libreta las universidades y los emails y direcciones sobre sus despachos en las respectivas facultades donde enseñaba.

Se pasó dos horas leyendo información en la red; todo hacía referencia a sus logros académicos y a una parte de sus inversiones. Parecía no ser dada a obscenidades económicas, aunque podía permitírselo, y era reacia a apariciones públicas más allá de las relacionadas con su trabajo.

Dando por terminada su búsqueda en internet, y creyendo que no podría hallar nada más distinto a lo que ya había encontrado, se recostó en el respaldo de su asiento. Se puso las manos entrelazadas detrás de la cabeza y resopló: «Caray con Anita».

Tras un descanso analizó lo que tenía. Una posible candidata a ser la mujer que estaba buscando. Una foto, poco más tenía que pudiera indicarle

que sus suposiciones, las suposiciones que le hacían creer, incluso sentir, que Anna Smith era a quien buscaba, fueran correctas.

Entonces recordó sus inicios quince años atrás. Había tenido una pista, aunque sólo le llevó a un callejón sin salida...

Pero ahora... ¡Ahora tenía una fotografía! ¡Podía preguntar de nuevo a las personas que preguntó entonces y enseñarles la foto! Sólo había una persona que la había visto y esa persona era... No podía recordar el nombre. Sabía que en su momento era doctora en un hospital de Washington D.C. pero no podía recordar cómo se llamaba.

Se levantó de su asiento y paseó por la habitación con un balón, pensando, intentando recordar.

No recordó el nombre, pero sí que en su momento tenía una caja fuerte donde guardaba las principales cosas sobre su investigación; allí ocultó lo poco relevante que obtuvo según él. ¡Cómo podía haberse olvidado de la caja fuerte! Claro, había hecho reformas en la vivienda y se había olvidado por completo. El tiempo pasaba tan deprisa...

Se dirigió a un rincón de la habitación donde recordaba que debía encontrarse la caja fuerte. Tras un pequeño mueble había un pedazo de pared que no era pared, simulaba ser lo que no era para ocultar la caja fuerte del interior. ¡Ahí estaba! Pero... ¿Cuál era la combinación?

Probó con la fecha de su cumpleaños: nada. Con la de sus padres: tampoco. Se le ocurrió intentarlo con la fecha en la que le contrataron para ese trabajo.

¡Bingo!

La puerta de la caja se abrió.

Metido en la caja fuerte había bastante dinero. Contó más de veinte mil dólares en billetes. «Tampoco gasto tanto y debí guardarlo aquí por si había alguna emergencia», pensó John. Encontró también una libreta negra pequeña. La abrió. Había escritos unos pocos nombres y lugares. Allí estaba apuntado y subrayado el nombre. ¡Miller! ¡La doctora Claire Miller! Al lado estaba la dirección de la doctora. ¿Seguiría viviendo en el mismo lugar? Tenía que comprobarlo. La tenía que encontrar y enseñarle la fotografía.

Tras quince años buscando sentía que estaba más cerca de descubrir quién

era la mujer a la que tenía que encontrar.

**

Mientras John se afanaba en buscar información sobre Anna Smith e intentaba recordar el nombre de la doctora Miller, en algún lugar desconocido estaba teniendo lugar una reunión entre dos personas.

—La ha encontrado —dijo una de las personas allí reunidas—. Todavía no lo sabe pero ya ha dado con ella —la otra persona pensó antes de hablar:

—Bien. Eso es bueno.

—¿Intervenimos ya? —uno de los individuos informaba de los avances de John a otro y esperaba sus instrucciones.

—No.

—¿No? ¿A qué esperamos? —dijo con impaciencia la persona que informaba.

—No. Porque si intervenimos ahora ese detective querrá averiguar más. Sentirá más curiosidad de la que ahora tiene, querrá averiguarlo todo y nos puede perjudicar; incluso supondrá que estaba siendo vigilado. Así que no. Esperaremos. De momento es suficiente con tenerle vigilado. A ver qué descubre hasta fin de año. Mantenme informado. Ahora tenemos ventaja, no vamos a estropearlo.

La otra persona, en teoría subordinada, asintió, aunque no estaba de acuerdo, y se dispuso a irse.

—Un momento —lo detuvo—. ¿Nos causará problemas esa Lindsay llegado el momento?

—Ninguno —respondió el informante. La reunión había terminado. Cada uno siguió su camino.

**

Estaba terminando de guardar el dinero y la libreta en la pared y de colocar el mueble en sitio cuando oyó cerrarse la puerta de la entrada.

—¡Ya he vuelto! —se oyó gritar a Lindsay. Poco después, tras dejar la

compra en la cocina, la vio aparecer. Ya se encontraba sentado de vuelta en su escritorio.

—¿Todavía sigues ahí? —preguntó ella—. ¿Algo interesante?

—Es posible.

—¿Has pensado alguna vez que harás cuando encuentres a esa mujer y les digas a quienes te contrataron quién es? —John negó con la cabeza.

—Pues si esta vez estás en la pista correcta, tienes nueve meses para pensarlo.

—Lindsay se marchó de nuevo a colocar lo que había comprado.

Esas palabras quedaron en la cabeza de John. Y pensó, pensó por primera vez qué haría después. Habían pasado quince años desde que empezó a buscar a la mujer misteriosa. ¿Qué haría cuando la encontrase? Pero esa pregunta dejó paso a otras que le importaban más y que sí se había hecho bastante a menudo a lo largo de los años. ¿Por qué le pagaban tanto dinero para lo que hacía? ¿Qué podrían querer de esa mujer a la que buscaban desde hacía quince años? ¿Quiénes eran los que le contrataron y, en su caso, para quién trabajaban? Les había intentado seguir alguna vez pero se esfumaban sin dejar rastro. Sin huellas para que pudiera pedir un favor a algún amigo policía que las investigase. Sin nada. ¿Quiénes eran y de dónde habían salido?

III

19 de febrero, quince años antes

Nueva York, Estados Unidos

Corrían tiempos difíciles para el bueno de John García. El año anterior había sido expulsado de la policía de Nueva York, donde se le auguraba una prometedora carrera ahora truncada. El motivo: un trágico suceso del que evitaba hablar y del que no había tenido nada que ver. Pero asumió las consecuencias que correspondían a otros. Eso se unía al hecho de que, meses antes de producirse su expulsión del departamento de policía, había perdido a sus padres en un accidente de tráfico. Estaba prácticamente solo en el mundo. Sin trabajo y sin apenas dinero. Lo que había conseguido por la venta de la casa de sus padres y lo que éstos le habían dejado se agotaba rápidamente, pues aprovechó para comprarse un apartamento decente. ¿Cómo imaginarse lo que le deparaba el futuro? Ni siquiera podía contar con algún amigo.

Tenía un familiar todavía: su abuela paterna; pero vivía muy lejos, en Europa. Concretamente en España.

Se buscó la vida unos meses trabajando en restaurantes, bares... pero no era suficiente. Así que decidió aventurarse por su cuenta en el mundo de la investigación privada desde su apartamento en el barrio de Brooklyn. Inundó la zona con carteles con su número de teléfono y, siempre que podía, aprovechaba la oportunidad para colocar sus tarjetas de visita. ¿Pero quién

iba a querer contratar los servicios de un detective privado expulsado de la policía, joven y sin apenas experiencia? En los tres meses que habían transcurrido desde que comenzó su andadura en la investigación por cuenta propia, nadie. Nadie a excepción de una vecina del edificio que le encargó comprobar si su marido le era infiel: no lo era, pero nada más. Para poder pagar las facturas tuvo que sobrevivir con los mismos trabajillos que había hecho desde que le expulsaron de la policía.

Si no cambiaba la situación había pensado en volver a la tierra que vio nacer a su padre y donde vivía la única persona en el mundo que aún se preocupaba algo por él, su abuela. Cuando murieron sus padres, ella le dijo que siempre que quisiera había un hogar para él en España, pero entonces aún gozaba de un puesto en la policía y todo un prometedor futuro por delante.

Sin embargo, por una vez, su suerte iba a tornarse en buena un viernes de febrero.

John estaba en su casa, específicamente en su despacho, esperando que alguien se aventurara a contratarle como detective. Ese día no tenía otros trabajos; sólo había salido a comprar el pan y el periódico, algo que apenas le llevó cinco minutos. Afuera hacía un frío día invernal, la nieve cubría la calle.

Se escucharon unos pasos avanzando por el pasillo en dirección al piso de John. Sonó el timbre y pensó que sería algún vecino. ¿Quién más podía ser? Se levantó perezosamente y se dirigió a la puerta al grito de ¡Va!

Abrió la puerta y allí, de pie, había tres extraños. Uno frente a la entrada y los otros dos detrás. Llevaban gabardinas grises y se vislumbraban trajes negros debajo. Debían medir metro ochenta, centímetro arriba, centímetro abajo; parecidos a John, que medía un metro ochenta y cuatro. Sus caras no destacaban por nada en particular. Eran inexpresivas. Todos se parecían y se distinguían. No sabría decir cuál de las dos situaciones, si parecerse o diferenciarse, era la que se daba en esos hombres. Ojos marrones en los tres y pelo corto y moreno. John pensó en sí mismo. También pelo corto y moreno. Y ojos marrones oscuros.

—Buscamos al señor John García.

—Yo soy. ¿Qué desean?

—Tenemos esta tarjeta con su nombre que dice que es investigador

privado —dijo el hombre enseñando una de las tarjetas de visita de John—. ¿Podemos pasar? —preguntó el hombre que estaba delante de John en el umbral de la puerta. Los otros dos portaban un maletín negro cada uno de ellos.

—¿Eh? —El detective todavía estaba concentrado examinando a los extraños e impidiendo con su cuerpo su entrada en la vivienda—. Ah, claro. Adelante —dijo echándose a un lado para que los tres caballeros pudieran pasar.

El que había hablado agachó un poco la cabeza a modo de agradecimiento y entraron, no sin antes limpiarse y secarse bien los zapatos en el felpudo de la entrada. Se quitaron las gabardinas. Como pensó, iban trajeados con corbata, trajes negros y camisa blanca. Le pasó por la cabeza la idea de que fueran agentes del gobierno. ¿Qué querían?

Tras colgar los abrigos en un perchero, John los dirigió hasta su despacho. Como sólo disponía de dos sillas, además de la suya, fue a por otra; ya podían sentarse todos. Con un gesto de la mano invitó a los desconocidos, que no se habían presentado aún, a que se sentaran.

El joven detective tomó asiento tras su escritorio y frente a él se sentaron los tres hombres. El único que había tomado la palabra lo hizo en el medio y con la silla más cerca de la mesa que los otros dos, que pusieron sus maletines sobre sus rodillas.

—Ustedes dirán —dijo John echando el cuerpo hacia adelante con los brazos apoyados en la mesa.

—Queremos que encuentre a una persona. Una mujer.

—Bien. ¿Qué pueden decirme de esa mujer a la que debo buscar?

—Nada —siempre hablaba el mismo hombre misterioso —John se extrañó. ¿Cómo iba a dar con una mujer si no tenía ningún dato sobre ella? ¡Imposible!

—¿Es una broma? —Se molestó John—. ¿Cómo sabré entonces a quién debo buscar?

—Para nada. Le hablamos muy seriamente —el rostro del portavoz se tornó serio. Incluso sombrío, oscuro—. Le podemos decir, únicamente, que se trata de una mujer de entre veinte y cuarenta años. No es negra, ni indígena

y tampoco es oriental. Y algo muy importante: es excepcional.

—¡Vaya! Les agradezco que me hayan reducido las candidatas a unos cuantos cientos de millones —dijo, con ironía, sin creer a los extraños.

—No se burle —sonó a amenaza. El rostro del hombre se endureció. John empezaba a sentirse incómodo. Se revolvió en su asiento, quería deshacerse cuánto antes de esos hombres.

—¿Cómo se llaman? —inquirió John—. Todavía no me han dicho sus nombres. ¿Para quién trabajaría?

—Nuestros nombres son irrelevantes. Puede llamarnos Uno, Dos y Tres —el portavoz era Uno y los otros dos, los señaló según el nombre que les correspondía, Dos y Tres—. O, si se va a sentir mejor, llámenos César, Augusto y Julio. Trabajaré para nosotros. Para nadie más —y añadió—: Le pagaremos muy bien. En un año ganará suficiente para jubilarte a los veinti pocos —ahora el rostro del portavoz se suavizó dibujando una sonrisa—. Pero antes de darle todos los detalles, tenemos que saber si acepta o no.

Quería negarse a aceptar el trabajo pero necesitaba el dinero. Para ayudar a inclinar la balanza a favor, el hombre que tenía delante le dijo:

—No tenemos prisa. Cada año recibirá la misma cantidad de dinero.

¿Cómo podía negarse? Si no aceptaba no sabría nada más. Quizás fueran hombres del gobierno. Si lo rechazaba, podría estar perdiendo la oportunidad de su vida. Sólo podría averiguarlo si aceptaba. En caso de dudas podía investigar también a esos hombres y avisar a la policía. Se decidió.

—Ok. De acuerdo. Acepto —dijo.

—Genial. Sabíamos que no se negaría. No se arrepentirá —celebró el hombre de negro—. Ahora vienen las cláusulas de nuestro acuerdo, por llamarlas de alguna manera.

—Los escucho —Ya no había vuelta atrás.

—Primero: no podrá nunca preguntarnos nada sobre nosotros, ni siquiera por qué buscamos a la susodicha mujer; ese es asunto nuestro y sólo nos concierne a nosotros. Digamos que se trata de un asunto familiar que debe quedar en familia. Para que se quede tranquilo, le decimos que no se trata de drogas, venganzas o asuntos turbios... —el extraño hablaba un inglés perfecto, pero había algo en el acento que chirriaba en los oídos del detective.

No parecía extranjero, pero no lograba identificar el acento.

»Segundo —prosiguió mientras John escuchaba con atención y tomaba alguna nota—: únicamente puede hablar de este asunto con nosotros, con nadie más.

»Tercero: cada año nos informará sobre sus investigaciones y sus descubrimientos y sospechas. Cuando creamos que ha cumplido, le liberaremos del acuerdo y se olvidará de todo. No intentará nada más y no volverá a tener noticias nuestras.

»Cuarto: cada primero de enero recibirá nuestra visita para que cumpla con el punto anterior y recibirá el pago prometido correspondiente a cada año.

»¿Por dónde voy? Ah, sí. Quinto: tiene que moverse. No tenemos prisa y sabemos que no será una tarea sencilla. Puede que pasen años y no haya avances. Lo sabemos y lo aceptamos. Lo que no aceptamos es que se aproveche de nuestra buena fe y utilice el dinero que le damos para disfrutar de la vida y olvidarse de su obligación a la que ahora se acaba de comprometer a cumplir. Eso no impide que quiera también tener una buena vida. Sé que lo entiende y no nos fallará en este aspecto.

»Sexto: cuando concluya nuestro acuerdo deberá entregarnos absolutamente todo lo que tenga que ver con su investigación. Sus notas, documentos, papeles... todo. No puede quedar nada registrado que no esté en nuestras manos.

»Y séptimo: éste será su único trabajo. No trabajará para nadie más. Queremos dedicación exclusiva. Es más, cuando haya concluido, tampoco volverá a trabajar. Tampoco lo necesitará. ¿Está todo claro? Le recuerdo que no puede dejar el trabajo hasta que le liberemos de la obligación que acaba de contraer con nosotros. Incumplir algún punto no le liberará, pero tendrá graves consecuencias —concluyó.

—Todo claro —confirmó John.

—Perfecto. Unas aclaraciones. El primero de enero, día que recibirá nuestra visita, no podrá salir de casa hasta que nosotros aparezcamos. No importa en qué parte del mundo se encuentre, pero permanezca dentro de su casa, hotel o donde sea.

John asintió.

¿Lo espiarían? Pensó. Por supuesto. Qué ingenuo sería pensar lo contrario. En cuanto los tres hombres se fueran, tendría que comprobar que su casa estuviera libre de posibles escuchas y demás.

—Además de lo que le hemos dicho, y sabemos que no ha sido mucho, sobre esa mujer a la que debe encontrar para nosotros, sabemos algo más y que debe saber. Estamos seguros de que apareció en este país. No sabemos fecha exacta, pero creemos que tal hecho se produjo no hace más de dos meses. Pudo ser hace dos meses o ayer. En ese periodo esa mujer estuvo aquí. No hay dudas. Es de lo único que estamos seguros. De eso y de que nunca antes había puesto sus pies aquí. No podemos decirle nada más porque no sabemos nada más.

—Bueno, algo es algo —se resignó John. Los tres hombres se levantaron, el que había hablado durante todo el tiempo hizo un gesto a los otros dos y acto seguido colocaron los maletines que llevaban encima de la mesa.

—No nos hemos olvidado de la cuestión económica —sonrió—. Uno —dijo señalando los maletines—, es como pago por el primer año. El año completo. No importa que ya estemos casi en marzo. Y el otro es el pago por haber aceptado el encargo. Ábralos, no tenga miedo —bromeó, animando al joven detective a abrir los maletines depositados sobre la mesa. John obedeció y abrió los maletines; estaban repletos de dinero.

—¡Vaya! —exclamó al verlo.

—Le dijimos que no se arrepentiría.

El portavoz se quitó el guante de la mano derecha y le tendió la mano a John, quien se la estrechó, y los tres extraños se dispusieron a marcharse. El detective los acompañó hasta la salida. Volvieron a ponerse las gabardinas y se marcharon.

—Hasta el primero de enero, señor García —dijo al salir el portavoz. John cerró la puerta y regresó a su despacho, allí aguardaban los maletines llenos de dinero. Empezó a contarlos.

—¡Dos millones de dólares! —dijo en voz alta, sorprendido, al terminar de contar el dinero—. Necesitaré una caja fuerte.

Se asomó a la ventana y se llevó la mano a la boca, pensativo. La

concentración se esfumó al percatarse que un dedo le sangraba. Un pequeño corte de contar tanto dinero, supuso. Se lo chupó para quitarse el hilillo de sangre que le brotaba.

Por la ventana vio a los tres extraños. ¿Cómo podría averiguar algo de esos hombres sin levantar sospechas? Le resultaban extraños y le infundían un poco de miedo. Estaba prácticamente a ciegas y no sabía de qué serían capaces esa gente. Además, pensaba que había alguien detrás de los tres hombres. Los extraños eran sólo recaderos, intermediarios.

En la calle, el portavoz de los tres miró hacia arriba y vislumbró a John en la ventana, le saludó con la mano. Siguieron caminando hasta que el detective García los perdió de vista.

Una vez se encontraban solos los tres extraños, sin nadie que los escuchara, uno de los que no había abierto la boca antes con John preguntó:

—¿Has conseguido una muestra de su sangre?

—Claro —contestó el que había hecho de portavoz.

—Pues llevémosela e informemos —dijo el que todavía no había intervenido.

—Vamos —dijo el portavoz.

En su casa, John meditaba. Debía guardar todo ese dinero, debía empezar a investigar. Entonces se acordó de comprobar si habían puesto aparatos de escucha en su casa. Podrían haberle estado siguiendo días antes de decidir contratarle y podrían haber entrado en su casa en algún momento en el que él se encontrara ausente para colocar micros o cualquier otro dispositivo que les sirviera para espíarle y tenerle controlado.

Puso su apartamento patas arriba buscando cosas extrañas. Nada. Parecía estar limpio.

Volvió a su despacho y se sentó, descansando, pensando de nuevo en su encargo y también en dónde ocultar tanto dinero, pues no podría meter todo en el banco sin levantar sospechas, aunque fuera dinero legal. Ya había pagado una vez por los actos de otros.

Invertiría, ahorraría y tendría gastos, muchos gastos si quería encontrar a tal mujer desconocida. Tendría que viajar y otras muchas cosas. Para empezar, decidió comprar una caja fuerte donde guardar documentos y

dinero. También el apartamento al lado del suyo estaba vacío y a la venta. Lo compraría y haría reforma. Ocultaría bien la caja fuerte él mismo, pero eso ya lo haría con calma.

Debía empezar su investigación. Pero, ¿por dónde?

IV

11 de marzo, presente

Seattle, Estados Unidos

Le había costado dar con el paradero actual de la doctora Miller, pero al final lo había logrado. Claire Miller se había mudado a la costa oeste, a Seattle. Para obtener la información había tenido que visitar la antigua residencia de Claire en Washington D.C., la que John tenía apuntada en la libreta negra guardada en la caja fuerte. Allí descubrió que hacía ya varios años que la antigua propietaria había decidido vender la casa. No obtuvo más. Tuvo que visitar el hospital donde trabajaba Claire cuando la conoció por primera vez. Allí quiso que la fortuna le sonriera, ya que la jefa de enfermeras, llamada Laura, se acordaba de él y le dijo que Claire se había trasladado a Seattle. Le indicó en qué hospital trabajaba ahora, y no sólo eso, también le apuntó su dirección, la de la casa de Claire, en un papel. ¿Cómo podía acordarse de él tras quince años y apenas habiéndole visto en un puñado de ocasiones? ¡Increíble! Qué memoria tenía esa mujer. Y qué suerte había tenido él.

En realidad no puede decirse que le hubiera resultado difícil hacerse con tal información. La cuestión fue que le llevó más tiempo del necesario y del previsto ir a donde debía ir para conseguirla. Hizo muy mal tiempo: carreteras cortadas por la nieve, vuelos cancelados... No era el mejor momento para un viaje, aunque fuera un trayecto no demasiado largo el que

separaba Nueva York, ciudad en la que vivía, de Washington, ciudad a la que debía acudir a «recoger» lo que necesitaba para su investigación. Así que esperó a que saliera el sol en el cielo para emprender el viaje.

En resumen: tenía que viajar a la otra punta del país, hasta el estado de Washington, para ver si la doctora Miller tenía la misma memoria que su amiga Laura y se acordaba de la chica amnésica que atendió un año nuevo del siglo pasado.

Y eso hizo.

Podría haber llamado a la doctora y, quizás, mandarle la foto por email, pero no era lo mismo. Prefería ir en persona.

Planeó el viaje para el martes 11 de Marzo y la vuelta unos días después, el viernes 14. Consideraba que tres días serían suficientes para localizarla y tener la posibilidad de charlar con ella.

Llegó el martes. Día de la partida. Dejó a Lindsay durmiendo en la cama mientras él, con una maleta a cuestas, tomaba un taxi que ya le esperaba a la entrada del edificio en el que vivía para llevarle directo al aeropuerto Newark de Nueva York, donde debía coger un vuelo de Alaska Airlines que tenía su salida a las 7:20 horas de la mañana con destino Seattle. Siempre solía viajar con un bolso de viaje y no con una maleta, pero el que tenía se le había roto hacía poco y no había comprado uno nuevo, se apuntó mentalmente que debía comprar un bolso de viaje nuevo a la vuelta.

El trayecto transcurrió con normalidad.

Tomó tierra seis horas más tarde en el aeropuerto Tacoma International de Seattle a las 10:21 a.m. (diferencia horaria de costa a costa), tres minutos con retraso respecto al horario previsto.

En el aeropuerto alquiló un coche y condujo hasta el hotel donde Lindsay le había reservado una habitación por internet el día anterior, el Crowne Plaza, en el centro de la ciudad. Cerca se encontraba el Harborview Medical Center donde trabajar Claire.

Era un día soleado y templado, unos quince grados. Se notaba que la primavera acechaba a la vuelta de la esquina.

Cuando por fin se encontraba en la habitación del hotel, ya eran casi las dos de la tarde y no había comido nada desde la noche anterior. Le sonaban

las tripas, por lo que decidió no enfadarlas más e ingerir una buena comida tras deshacer la maleta y hacer una llamada a Lindsay por el móvil. Iba a salir pero se detuvo, sería mejor que se diera una ducha rápida y se cambiara de ropa. Una vez limpio se puso unos vaqueros, un polo azul marino y unas deportivas y, por fin, tras abrigarse con una cazadora de cuero negra, fue a comer; después iría al hospital donde trabajaba ahora la doctora Miller. Si no la encontraba allí iría derecho a la dirección que Laura le había facilitado. Con suerte tendría un par de días para pasear con tranquilidad por la ciudad y visitar los lugares más emblemáticos de Seattle antes de regresar a Nueva York.

A pesar del hambre que tenía se decantó por una comida ligera, sino lo único que le apetecería después sería regresar a la habitación y echar una cabezada, o dormir hasta el día siguiente.

Caminó lentamente hasta el hospital. Tuvo tiempo para pensar qué decir. ¿Cómo podría presentarse en el hospital? ¿Con qué excusa? Claro estaba que había infinidad de razones que a cualquiera se le podía ocurrir, desde ser un paciente, un amigo, un familiar o simplemente un conocido, pero quería dar un motivo inapelable: si decía que era un paciente, podrían requerir su nombre e historial médico; si decía que era un amigo, podrían ser mal pensados; y no había que engañarse, siempre que se pudiera pensar mal, iban a pensar mal, no quería que su visita perjudicase a la doctora ni a su reputación. Tampoco podría decir que era un familiar, si respondía así a alguien que conociera bien a Claire Miller sabría de inmediato que le estaban mintiendo.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba en la entrada al edificio que ocupaba el hospital. Tendría que improvisar alguna respuesta.

Se aventuró dentro.

No había demasiada gente en la sala de espera. Tras un mostrador estaba una enfermera rubia con el pelo recogido en una coleta, concentrada rellenando unos papeles. Parecía joven, no llegaría a los treinta años, y guapa, a pesar de su apariencia cansada y demacrada.

Se acercó.

—Hola —dijo con amabilidad John para llamar la atención de la

enfermera. Ella levantó la cabeza y le miró con unos cristalinos ojos azules y con el rostro serio—. Disculpe que la moleste. Buscaba a la doctora Miller.

Había llegado el momento. Ahora le preguntaría el motivo y no podría dudar en responder.

—¿A Claire? —El rostro se le iluminó a la joven enfermera con una bonita sonrisa—. ¿Eres John? ¿De Washington? —eso sí que no lo había esperado.

—Así me llaman. Sí —confirmó John con una media sonrisa, sorprendido de que ya le esperaban.

—Pues lo lamento —realmente parecía sentirlo—. Pero hoy libraba —se giró para tomar un post-it amarillo. Mientras escribía en el papelito, siguió hablando—: dijo que ibas a venir a visitarla de Washington D.C. Si no trabajaba, nos pidió que te diéramos la dirección de su casa. Estará allí. Seguro —levantó la cabeza y le entregó el papelito—. Toma.

—¡Vaya! ¡Gracias! Pensaba que le iba a dar una sorpresa y el sorprendido soy yo —la rubia enfermera se rió. John le dio las gracias de nuevo y se despidió.

—Espero que te guste Seattle. Si necesitas un guía, dímelo —fue la despedida de la enfermera que acompañó con una sonrisa sugerente desbordante de encanto.

—Lo tendré en cuenta —se limitó a contestar a la insinuación. También sonrió con amabilidad. Al fin y al cabo ella había sido muy amable y servicial.

Abandonó el hospital.

En la calle se paró un momento y miró el reloj, eran las 4:20 de la tarde. Pensó en lo que Claire habría dicho a las enfermeras y compañeros de trabajo sobre el visitante que tendría. Estaba claro que Laura había advertido a Claire de que la estaba buscando y que le había proporcionado su dirección y el lugar donde trabajaba.

¿Le daba tiempo a ir hasta la casa de Claire o mejor esperar hasta el día siguiente? Sí, le daba tiempo. Además estaba convencido de que la enfermera habría cogido el teléfono y llamado a Claire para decirle que su visitante ya estaba en la ciudad. Sin duda, la doctora pensaría que iría a su casa nada más

dejar el hospital.

Claire le estaba esperando. Pues no le haría esperar mucho más.

Regresó al hotel donde tenía aparcado el coche de alquiler; abrió la puerta, se quitó la cazadora y la colocó en el asiento trasero, acto seguido se subió al coche. Antes de arrancar metió la dirección de la doctora en el GPS. Según el aparato el viaje no le llevaría más que veinte minutos.

Como había previsto el dispositivo de localización, llegó a la residencia de la señora Miller en unos escasos veinte minutos. La doctora tenía su casa en una zona residencial con casas de dos pisos y con jardines bien cuidados. Era una zona de clase media alta. Más alta que media.

—Bueno, ahí está. El número diecisiete —se dijo a sí mismo cuando estacionó el vehículo frente a la casa de la doctora—. Vamos allá.

Cogió la chaqueta del asiento trasero y salió del coche. Caminó hasta la entrada principal de la vivienda dejando atrás el buzón donde se leía «Miller» y pasando el jardín delantero. Llamó al timbre.

En la espera intentó traer a su memoria la imagen de la doctora Miller cuando la conoció quince años atrás. Por aquel entonces era una mujer madura con mucha vitalidad, se conservaba bastante bien, aunque no estaba muy seguro de recordarla como realmente era. Ahora había pasado ya una década y la mitad de otra, se decía pronto. ¿Cómo se encontraría? ¿Tendría la misma vitalidad? ¿Cuántos años tenía? En la actualidad debía tener unos sesenta y tres, ¿no?

Escuchó unos pasos que bajaban las escaleras del piso superior y se dirigían hacia la entrada a abrir la puerta.

Pronto las preguntas en su cabeza obtendrían su respuesta, pero todavía tenía tiempo para seguir divagando. Reflexionó sobre el paso del tiempo. ¡Quince años! Se asombró. Quince años buscando una desconocida. Quince años después podría volver a tener una pista factible que le condujera a quedar libre de su encargo. Aunque le había proporcionado una fortuna.

Se abría la puerta, lo que hizo que volviera a concentrarse en la realidad que tenía ante sí. Iba a encontrarse con su pasado, en la investigación.

La puerta se abrió completamente. Allí estaba Claire. Sonriendo.

V

Marzo, quince años antes

Estados Unidos

Una llamada de teléfono perturbó el descanso de John García. El detective privado se encontraba durmiendo, eran las ocho cuarenta de la mañana cuando un timbre de un teléfono empezó a interferir con sus sueños. Al principio era un sonido lejano, ajeno. Cada vez se hacía más nítido, hasta que comprendió que le llamaban a él. Abrió con presteza los ojos e incorporándose en la oscuridad de la habitación palpó, siguiendo el sonido, la mesilla de noche junto a la cama, hasta que acertó a coger el auricular.

—¿Diga? —dijo John todavía somnoliento.

—García —se oyó decir al otro lado del aparato—, tengo noticias para usted. ¿Dormía? Si quiere puedo llamarle un poco más tarde.

—No, no —se apresuró a decir—. Lo escucho.

Se trataba de Greg Wilson, policía veterano, ya jubilado, de Nueva York y conocido de John. Wilson sentía aprecio por John. Ahora también lástima por lo que le habían hecho. Era uno de los pocos que no se creían las razones de la expulsión de John. Quizás por eso le jubilaron con unos meses de antelación.

—Te llamo por lo que me comentaste. Ayer estuve cenando con un antiguo compañero de la universidad y su hijo, ambos policías de DC.

Vinieron de visita a Nueva York a ver a los Yankees. Regresaron después de cenar porque el chico trabajaba mañana. Pues bien, les comenté lo que me dijiste, son de confianza. Les dije que te habían encargado buscar a una mujer joven desaparecida, pero que no querían levantar revuelo denunciándolo todavía. Espero que no haya hecho mal.

—No hay problema, hiciste bien. Continua —dijo John.

—Bueno, pues eso —siguió relatando Wilson—. Se lo comenté y el chaval comentó un hecho curioso sucedido en la noche de año nuevo.

John escuchaba atentamente al otro lado del auricular. Greg Wilson continuó:

—Al parecer apareció una chica desnuda por la calle; los paramédicos la llevaron al hospital. Al principio la doctora que la atendió creía que había desfasado, ya sabes, año nuevo, demasiado alcohol, drogas... a saber. Pero luego, tras examinarla, cambió de parecer. Ya no era una borracha, sino que tenía amnesia, no parecía saber cómo se llamaba ni nada. Pero antes de confirmar algo, cuando la doctora fue a buscar a un policía que se encontraba allí y al neurólogo, la chica había desaparecido. No la encontraron por ninguna parte. Incluso ese policía dio el aviso a sus compañeros por si veían algo, pero nada. Ni rastro. ¿Algo así querías? —terminó de contarle Wilson.

—Sí. Muchas gracias. Quizás sea lo mejor que haya encontrado en todo este tiempo. Algo concreto que investigar —la alegría acompañaba el sonido de las palabras de John—. ¿Sabes el nombre de ese policía y la doctora?

—El policía se llama David Clarkson, el nombre de la doctora no lo sé; el hospital donde trabaja es el hospital universitario. Espero que me cuentes cómo te va, muchacho. Suerte —le dijo Wilson con un deje paternal en el habla.

John buscó un bolígrafo y un papel y apuntó los nombres apresuradamente junto a la información que Wilson le proporcionó, como la comisaría en la que trabajaba el tal Clarkson. Le dijo que cuando fuera preguntara por Jason Wallace, el hijo del amigo de Wilson.

—Muchas gracias. Iré a Washington. Gracias —repitió John. Y colgaron.

Habían pasado tres semanas desde que recibió la visita de los tres hombres misteriosos y desde que había aceptado el trabajo que le ofrecieron.

En todo ese tiempo no había hecho ningún progreso significativo, hasta esa llamada de Greg Wilson. Era difícil, muy difícil. Las únicas pistas eran Estados Unidos y que la mujer en cuestión, joven, no era negra ni oriental ni indígena. Además del margen de tiempo en el que había llegado al país: unos dos meses desde la fecha del encargo; y de que era excepcional. Pero, ¿en qué sentido era excepcional? No podría haber destacado en nada, habría registros, documentos, ¡fotografías! Entonces, excepcional... ¿Cómo? No tenía ni idea, pero debía tener importancia.

Los avances habían llegado en el terreno particular. Llegó a un acuerdo con el dueño del apartamento adyacente al suyo para comprarlo.

Al principio estuvo perdido. ¿Cómo buscar? ¿Cómo empezar? ¿Dónde? Dedujo que había dos opciones probables y una remota respecto a la mujer que debía encontrar: o se había fugado por la fuerza o voluntariamente; o había tenido alguna clase de accidente que la tuviera en coma en alguna cama de algún hospital, o, incluso, que hubiera muerto. No creía que hubiera otras posibilidades. Tampoco creía de utilidad buscar en la lista de personas desaparecidas. No pensaba que lo hubieran denunciado, él tampoco lo haría. No debía nada a la policía. No él. Así que mientras no encontrase a la mujer y considerara que pudiera estar en peligro, ese sería un asunto que quedaría entre él y los hombres misteriosos, como rezaba uno de los puntos del acuerdo. Pero si llegado el momento debía acudir a la policía, lo haría sin dudar.

Lo más lógico, pensó, sería comenzar por hospitales. En ellos preguntaría por personas, en concreto mujeres entre 18 y 50 (amplió el margen para que no se le escapara nada) que hubieran aparecido en los dos últimos meses y que no tuvieran familia, o que no supieran la identidad de la mujer o concurriera algo sospechoso en sus circunstancias.

A sus conocidos del cuerpo de policía de Nueva York les preguntaría si tenían conocimiento de algún suceso extraño, poco relevante, simplemente extraño, raro, curioso, en el que estuviera involucrada alguna mujer con los requisitos deseados.

Investigaría, también, a los proxenetas y mafias dedicadas a la prostitución y los delincuentes dedicados a proporcionar identidades falsas.

Para esto también necesitaría la ayuda de sus conocidos del departamento de policía. Necesitaría nombres.

Eso era lo que pensaba hacer, y a eso se dedicó con ahínco desde el día siguiente a aceptar el trabajo.

No había encontrado nada digno de mención, sólo algún malentendido con algunos chulos y delincuentes, y poco más. Nada, hasta ahora. Tenía una pista concreta que seguir, algo mejor de lo que había hecho hasta el momento. Debía ir a la capital y hablar con la doctora y con el policía. Necesitaría hablar también con los paramédicos que la encontraron.

Tras la llamada de Greg Wilson meditó sobre su plan de acción a seguir en Washington D.C, metió en una bolsa de viaje un poco de ropa y partió con su coche, un Mustang negro del 97, hacia la capital cuando eran las diez de la mañana en Nueva York. Cuando llegase se registraría en un hotel un par de noches. El trayecto en coche duraría entre cuatro y cinco horas. No estaría en su destino hasta las tres de la tarde, si se lo tomaba con calma. Pararía a comer por el camino. Le gustaba conducir mientras escuchaba música.

Una vez llegó y dejó el bolso de viaje en la habitación del hotel en el que decidió hospedarse, se durmió una pequeña siesta. El viaje le había dejado agotado. Cuando despertó se dirigió a la comisaría en la que trabajaba el señor Clarkson y el hijo del amigo de Greg Wilson.

—Disculpe —dijo al entrar en la comisaría a un hombre uniformado que se encontraba tras un mostrador—, ¿sabría decirme dónde puedo encontrar a Jason Wallace?

El policía no dijo nada. En su lugar desvió la mirada hacia otro policía de uniforme que pasaba cerca. Éste, que había escuchado a John preguntar, se acercó.

—Tú debes de ser John —dijo con tono familiar mientras le ofreció la mano para estrecharla—. Greg nos dijo que, seguramente, nos haría una visita pronto. Veo que no has tardado mucho.

Era un policía joven con el pelo corto y negro. Algunos años mayor que John, que apenas tenía veinte cuatro. Algo más bajo y delgadocho que el visitante.

—No tenía nada mejor que hacer y cualquier excusa es buena para visitar

la capital del país, ¿no crees? —contestó John.

—Bien dicho. ¡David! —se giró para llamar a otro policía quien, rápidamente al oír su nombre, se volvió hacia donde estaban Jason y John—. Ven un momento —le dijo haciendo un gesto con la mano para que se acercara. Después volvió a mirar a John—. Has tenido suerte, nos has pillado en el momento justo.

Cuando David llegó, Jason hizo las presentaciones. David debía estar cerca de los cincuenta, era corpulento. Ya no era un chaval, pero se notaba que se cuidaba, mediría alrededor del metro ochenta de altura.

—Bueno, vayamos a tomar un café a la cafetería del otro lado de la calle —sugirió Jason—. Hacen unas tartas de manzana riquísimas, ¿verdad, David?

—Y qué lo digas. Ya no se eliminan tan fácil que cuando era joven —dijo David.

A pesar de la diferencia de edad entre ambos policías parecían llevarse bastante bien para hablar de la forma en la que lo hacían, o eso creyó John. Cruzaron la calle y los tres entraron en la cafetería. Una camarera entrada en años los recibió como si se conocieran de toda la vida:

—¿Qué tal están mis policías favoritos? —dijo ella.

—Eso se lo dices a todos, Glenda —respondió Jason.

—A todos los que no pueden vivir sin probar la deliciosa tarta de manzana que hacemos. Una de esas para vuestro nuevo amigo, ¿no? —dijo guiñando un ojo.

—Claro. Para nosotros lo de siempre.

—Ok. Un café sólo, bien cargado y otro con leche.

—Yo un descafeinado. Frío —pidió John.

—Marchando. Sentaos por aquí —les indicó una mesa y se marchó a por el pedido.

Mientras esperaban que les trajeran la tarta de manzana y los cafés conversaron sobre trivialidades, por el partido del día anterior que fue a ver Jason a Nueva York y cosas por el estilo. Unos minutos después ya tenían sobre la mesa la comida y bebida.

—¡Hm! Qué rica es la condenada tarta —dijo Jason llevándose un pedazo

a la boca.

David y John le imitaron. El forastero asintió con los ojos bien abiertos mientras degustaba en la boca la tarta de manzana. Veredicto: realmente deliciosa, como habían asegurado.

—Me ha dicho Jason que te interesa la mujer misteriosa de la noche de fin de año —David al fin fue al grano.

—Sí, así es —confirmó John—. Me encargaron hace unas semanas que encontrara a una mujer joven desaparecida durante esas fechas, aunque no he encontrado nada todavía. Pero al escuchar la historia que él —señaló a Jason Wallace con un gesto de la cabeza— le contó a un conocido, parece una buena pista.

—¿Por qué la buscan? ¿Se ha fugado o algo? —inquirió David.

—No sabría decirte. Igual tuvo un accidente y perdió la memoria. Parece ser un asunto de familia, nada importante.

John evitaba dar detalles sobre los misteriosos hombres que aparecieron en su casa para contratarle, por eso utilizaba la información que sabía de la historia en su beneficio y para ganarse la confianza de David. El detective venido de Nueva York hizo como que buscaba algo en su chaqueta.

—Vaya. Parece que he olvidado la fotografía en el hotel —dijo a sabiendas que no había fotografía alguna ni rostro conocido que buscar. Sin sospechar nada David habló:

—No hace falta. La verdad es que yo no llegué a verla. Debes hablar con Claire.

—¿Claire?

—Sí, Claire Miller, la doctora que la atendió y quien me avisó. Cuando llegué ya se había escapado. Trabaja en el hospital universitario. Mi mujer, Laura, es enfermera allí. Son buenas amigas —John sacó una libreta negra y apuntó en ella el nombre de la doctora—. Si quiere, puedo hablar con ella a ver cuándo es posible que te reciba —se ofreció David.

—Oh, te lo agradecería. Me alojo en el hotel Loews Madison. Habitación 117.

—Pues esta noche le llamo al hotel y le digo.

—Muchas gracias. Por cierto, ¿la cámara de vigilancia del hospital no

muestra el rostro de la mujer? ¿O las cámaras de tráfico?

—Nada, miramos la grabación del hospital y no vimos nada. Como si se hubiera esfumado igual que un fantasma. Para las de tráfico, no había motivos para pedir su visionado. Ni siquiera Claire, la doctora, insistió. Dijo que no tenía sentido perder el tiempo para, seguramente, no obtener resultados. Ahora, creo, las imágenes ya habrán sido borradas. También le enseñé a Claire fotos de mujeres desaparecidas para ver si la reconocía en alguna de ellas, pero tampoco hubo suerte.

—Entiendo.

Después volvieron a hablar de deportes: que si el béisbol de Jason era muy aburrido, que si el fútbol americano lo era más todavía, que si lo mejor del hockey, favorito de John, era la película que hizo Paul Newman en los setenta; que si el verdadero fútbol era el americano y no el soccer y viceversa... Todo dependía del punto de vista del que hablase.

Terminada la tarta y el café, Jason y David debían regresar a sus quehaceres policiales. John sintió una punzada en el corazón al recordar sus días en el cuerpo. Lo echaba de menos.

—Pago yo. Por las molestias —se ofreció John.

—Por eso te hemos ayudado —dijo Jason.

—Será por lo que tú has hecho —ironizó David dirigiéndose a Jason. Glenda preguntó al nuevo qué le había parecido la tarta, a lo que John dijo que no había probado tarta de manzana mejor en toda su vida.

Pagaron y salieron del local. Los policías regresaron a la comisaría del otro lado de la calle tras despedirse de John. Éste dio un paseo por la ciudad antes de regresar al hotel a esperar la llamada de David. El teléfono de la habitación sonó a eso de las nueve y diez minutos de la noche.

Llamaban desde recepción porque tenía una llamada de un tal David Clarkson. Segundos después la voz del policía se oyó nítida a través de la línea:

—¿García? Sí, Claire dice que se pase mañana sobre la hora de la comida por el hospital y podrán hablar unos minutos. Pregunte por Laura Clarkson, mi mujer, ella ya le dirá.

John se lo agradeció y se ofreció a ayudarlo si alguna vez necesitaban

algo o visitaban Nueva York.

Durmió hasta pasadas las diez de la mañana. Tomó un descafeinado en una cafetería cercana al hotel como desayuno y paseó por los lugares emblemáticos de la ciudad: la Casa Blanca, los monumentos a Lincoln y Washington, el monumento en honor a Martin Luther King Jr...

Era un día suave de finales del invierno y principios de la primavera. En el cielo se divisaba alguna nube de tormenta, pero según las previsiones no parecía que fuese a llover, si lo hacía, sería ya cayendo la tarde.

Llegó al hospital cerca de la hora de la comida. En la sala de espera sólo había un par de personas que parecían más visitantes que pacientes, no veía ninguna enfermera ni doctor cerca. Esperó en el mostrador, de pie.

—¿A quién busca? —preguntó una enfermera que llegaba por su espalda poco después.

La mujer, de mediana edad y bien alimentada, uniformada con pantalón y camiseta blanca de enfermera, se situó al otro del mostrador que separaba visitantes y pacientes del personal del hospital.

—Buenos días —dijo cortésmente John—. Buscaba a Laura Clarkson.

—Está de suerte. Esa soy yo —parecía igual de afable y bonachona que su marido—. Así que usted debe de ser el señor García. Eres muy joven, ¿puedo llamarte John?

—Claro. Lo prefiero.

—Muy bien, John. Supongo que vienes a hablar con Claire —él asintió—. Ahora la aviso. Espéranos en la cafetería. ¿Has comido?

—No, todavía no.

—Perfecto. Espero que a un chico joven y guapo como tú no le importe invitar a comer a dos mujeres entradas en años ya.

—Será un placer —sonrió él. Estaba teniendo suerte con la gente que estaba conociendo en Washington D.C. Eran bastante amables y simpáticos.

En la cafetería del hospital John se sentó en una mesa apartada al fondo desde la que se podía ver la gente que entrase, y esperó a que la doctora Miller y la enfermera Clarkson aparecieran. El lugar estaba prácticamente vacío a excepción hecha de un hombre y una mujer, que parecían ser médicos, y de un par de enfermeras.

Cinco minutos después entraron en la cafetería hablando alegremente las dos mujeres. A diferencia de su amiga, Claire no tenía ningún kilo de más, aunque tampoco podía decirse que fuese delgada, y lucía una melena rubia a la altura de los hombros. Debía tener una altura próxima al metro setenta, Laura un poco menos. John calculó que debía tener más de cuarenta años, aunque aparentase ser más joven de lo que en verdad era. La realidad era que la doctora Miller ya rondaba los cincuenta, tenía cuarenta y ocho años, pero estaba llena de energía y vitalidad. Esa era la sensación que desprendía.

Antes de dirigirse hacia donde John se encontraba, cogieron su comida en una bandeja.

—Hola —saludó risueñamente a John mientras dejaba la bandeja con la comida en la mesa—. Soy Claire Miller, llámame Claire.

—John García —el detective se levantó y estrechó la mano de la doctora.

—¿Todavía no has pedido? —intervino Laura.

—Ya como después. Supongo que tendréis prisa.

—Esta juventud... —dijo la enfermera—. ¿Te gusta la pasta? Hay macarrones, no están mal. Mientras habláis te traigo la comida. Yo elijo y tú pagas por los tres. ¿Te parece bien?

Las formalidades al hablar ya habían quedado atrás y le hablaba de tú.

—¿Tengo elección? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Me gusta este joven. No, claro que no tienes elección —y Laura marchó a por la comida del detective dejando a él y a la doctora sentados a la mesa.

—Bueno, ¿por qué buscas a esa mujer? —preguntó Claire, de forma directa, una vez solos.

—No sé si busco a esa mujer o no. Si te soy sincero ni si quiera sé a qué mujer debo buscar, podría ser esa u otra. Parece un asunto familiar del que poco me han contado. Ni siquiera me dieron una foto.

Claire escrutó detenidamente a John con ojos inquisitivos y azules como el cielo en un día sin nubes. John permanecía impertérrito, manteniendo la mirada.

—Ok. Digamos que confío en usted, John, y en sus buenas intenciones, pero parece un encargo extraño —dijo, al fin, la doctora.

—Y tanto. Ni si quiera puedo hablar de ello.

—Entonces no insistiré. Pues bien, hablemos de la mujer que atendí aquella noche.

En ese instante regresó Laura con la comida de John. Ambos detuvieron la conversación mientras la enfermera puso la bandeja delante de él y tomaba asiento al lado de Claire.

—¿Por dónde vais?

—Acabamos de empezar —dijo la doctora—. Iba a comenzar a contarle sobre aquella mujer joven de la noche de fin de año.

John sacó una libreta para tomar nota.

—No hay mucho que contar, la verdad. Pelo castaño y liso, bastante sucio, eso sí. Ojos negros, blanca; altura... no sabría decirte, alrededor de un metro setenta. No estaba en su mejor momento, pero parecía ser bastante atractiva. Edad, bueno, ahí tengo más dudas. Podría decir que apenas tendría veinte años como que tenía treinta y tantos. A veces la mirada parecía decirme que tenía mucha más edad de la que aparentaba.

»¿Sabes en esas series de televisión o películas que actores de treinta interpretan a jóvenes de instituto? Pues aquella chica podría tener más de treinta y pasar por una de veinte, incluso todavía por una adolescente si se lo propusiera.

John apuntaba los datos en la libreta mientras la doctora hablaba. La comida ni la había probado aún.

—Parecía no saber cómo se llamaba ni nada. Comprobé si había sido víctima de alguna droga con el fin de ser violada, pero nadie había abusado de ella. Tampoco parecía haber ingerido alcohol esa noche, aunque en un principio supuse que sí. Y poco más.

»No habló en ningún momento, pero parecía entenderme. Después fui a buscar a David y a un neurólogo para que la examinara, creía que podría tener amnesia y a ver si podían identificarla. Eso es todo. David me mostró, días después, fotos de personas desaparecidas, pero no encontré parecido en ninguna de ellas.

—¿Cómo vino a parar al hospital? —preguntó John.

—La trajeron unos paramédicos, hablé con ellos. Dijeron que la

encontraron desnuda vagando en una calle cercana. Ninguna pertenencia llevaba consigo. No sé, no puedo decirte más. Si quieres hablar con los paramédicos, quédate por aquí ahora después de comer, creo que aparecerán en algún momento. También puedes ir a su central a hablar con ellos.

—Se os va a enfriar la comida. No es nada del otro mundo, pero mejor comer caliente —bromeó Laura viendo que hablaban y no probaban bocado.

Lo que dijo la enfermera surtió efecto y John y Claire dieron buena cuenta de los macarrones con queso sin apenas abrir la boca más que para introducir en ella la comida.

—Vaya, y ahora ni habláis. ¿No sabéis eso del término medio? —señaló con guasa la enfermera.

—Algo hemos oído.

Reinaba el buen ambiente en la mesa. Terminaron de comer y hablaron, mejor dicho, Claire y Laura hicieron un breve interrogatorio a John: dónde vivía, amoríos, familia... John salió al paso como pudo. Especialmente en el tema de su tragedia familiar, momento en el que la mesa se llenó de un triste silencio. Ya habían terminado de comer y estaban charlando cuando fueron a buscar a la doctora.

—Hora de intentar salvar vidas —dijo Claire levantándose de la mesa—. Cuando hables con los paramédicos vuelve y nos cuentas tus impresiones.

Laura también se levantó para volver a su trabajo e invitó a John a acompañarla, y que esperase a ver si aparecían los paramédicos. Tendría que hacer la ronda, pero podría seguir interrogándole después. John no pudo negarse.

En los momentos que Laura no le podía hablar, o no estaba, John leía alguna revista o el Washington Post. De vez en cuando se levantaba para estirar las piernas.

Una hora más tarde entraron una pareja de paramédicos: un latino americano de unos treinta años y un caucásico que sobre pasaba los cuarenta. Traían a una señora mayor para que fuera atendida en el hospital.

Laura dirigió la mirada hacia John y le hizo un gesto para indicarle que eran los paramédicos que trajeron a la mujer aquella noche, John respondió al gesto con otro de asentimiento y aguardó a que estuvieran libres para

preguntarles.

Laura se encargó de la señora mayor llevándosela a una sala, los dos hombres ya se iban cuando John aprovechó para abordarles y preguntarles. El detective no sabía si tenían prisa porque ocultaban algo o realmente era porque tenían trabajo. Quizás un poco de ambas. Aun así respondieron todas las preguntas que éste les hizo.

Tras la breve conversación con los paramédicos, volvió a sentarse. Esta vez esperó para despedirse de Laura y Claire y darles las gracias por recibirle en horario de trabajo y por su amabilidad.

—¿Qué? ¿Has sacado algo de los paramédicos? —le preguntó Claire, que aprovechó un momento libre para despedirse de John. Laura le había avisado de que el joven detective ya había hablado con los paramédicos y se iba a ir.

—Nada que no supiera ya, pero creo que ocultan algo. Puede que no fuera completamente desnuda y, si llevaba alguna joya o algo, se la quitaran. Sospecho que ocultan algo de ese estilo. Nada que vayan a reconocer ni que se pueda demostrar —John contó sus impresiones a la doctora.

—¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo en la ciudad?

—No. Regreso mañana a Nueva York. No sé qué más puedo hacer aquí.

—Si averiguas algo, házmelo saber. Espera, te voy a apuntar en un papel mi teléfono y dirección.

John tomó la nota con la dirección y el teléfono, se despidió de Laura Clarkson y Claire Miller y se marchó de regreso al hotel. Allí repasó las notas que había tomado en su libreta negra y apuntó la dirección de la doctora en ella.

Pensó en los datos que tenía: una candidata interesante. Pero, ¿qué más? ¿Cómo localizarla? Una noche fría y de celebración del fin de año, ¿quién iba a reparar en alguien como ella? Los establecimientos estarían cerrados, sin imágenes, ni siquiera la cámara de seguridad del hospital captó nada. Alguna que parecía ser esa mujer pero como podría haber sido otra. ¿Cómo podía seguir la pista? ¿A dónde se habría dirigido tras huir del hospital? ¿A quién preguntar si había visto algo? A eso tenía que añadirle que ya habían pasado casi tres meses desde entonces.

Pero a pesar de las circunstancias adversas que tenía, John decidió

prolongar su estancia en Washington D.C. un par de días más. Ese tiempo de más lo empleó para investigar tiendas, restaurantes o cualquier establecimiento cercano al hospital que contase con cámaras de vigilancia en la noche de fin de año y que hubiesen podido captar algo de lo que pasara por la calle.

Nada.

Los pocos que disponían de cámaras de video ni captaban nada que sucediera fuera del establecimiento ni tenían almacenada la grabación de aquel día.

La única opción serían las cámaras de tráfico, en el caso de que no hubiesen borrado el contenido de unos meses atrás. ¿Pero cómo acceder a ellas? La respuesta era sobornando a alguien que pudiera mostrárselas. Con la excusa de la desesperación por encontrar a una mujer de la familia convenció a la persona indicada de que le permitiera ver la grabación de aquella noche de las cámaras que estuviesen cerca del hospital; por suerte no las habían eliminado todavía pero, para su desgracia, no se veía nada. Algunos borrachos de celebración, pero nada más. Ninguna mujer sola, ni ninguna como la descrita.

Había consumido todas sus bazas ya en Washington. Era hora de regresar a casa, a Nueva York.

VI

11 de marzo, presente

Seattle, Estados Unidos

En cuanto vio frente a él a la mujer, de pie en el umbral de la puerta, no tuvo ninguna duda de que se trataba de la doctora Claire Miller, la misma que había conocido más de una década atrás; con algunas arrugas más, sí, con canas en su dorada melena, también, pero se conservaba muy bien.

—Te esperaba —dijo jovialmente. Se estrecharon las manos con cortesía y ella le invitó a pasar.

—Sinceramente —dijo mientras guiaba a John al salón—, al principio me costó bastante recordar quién eras cuando me llamó Laura para contármelo, pero al final caí. Cómo pasa el tiempo...

John se fijó en que no tenía fotos familiares, por lo que supuso que no tendría familia. La casa estaba decorada sin lujos, no tenía excesivas cosas, algunos muebles de madera que parecían de buena calidad. Algunos cuadros, figuritas decorativas... Nada sobrecargado. Sobrio pero elegante.

Claire le invitó a sentarse en un sofá en medio de la habitación, frente a una televisión plana de sesenta pulgadas. Él tomó asiento. Era un sofá muy cómodo.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció—. ¿Un café? ¿Té? ¿Algo más fuerte?

—No se moleste. Sólo quería enseñarle una fotografía —dijo él con

timidez—. No quiero importunarla demasiado.

—Tonterías —espetó ella dirigiéndose hacia la cocina, habitación adyacente a la del salón—. Ha hecho un viaje muy largo para enseñarme una foto, al menos charlemos un rato. ¿O tiene prisa? —gritó para que John la escuchara desde el salón. Él no dijo nada. Al poco ella regresó con una bandeja.

—Traigo un poco de todo. Como no has dicho qué querías —mantenía una sonrisa en la cara desde que había abierto la puerta—. Sírvase, no se corte.

En la bandeja había café, zumo de naranja, agua, galletitas, pastas e incluso whisky. Ella se sentó al lado de John en el sofá y se sirvió un vaso de zumo.

—Tengo que cuidarme —dijo mientras se vertía el zumo de naranja en el vaso—. Bien. Decías que querías enseñarme... ¿Puedo tutearle? —él asintió—. Querías enseñarme una fotografía. ¿no?

—Sí, exacto. Quería mostrarle, doctora Miller...

—Claire, por favor —le corrigió ella—. Tutéame. Además, así me harás sentir más joven.

—De acuerdo, Claire. Pues quería enseñarle... enseñarte una fotografía para ver si se parece a aquella mujer amnésica que atendiste. Sí, ya sé que ha pasado mucho tiempo, pero es lo único que tengo.

John rebuscó en su chaqueta la cartera donde tenía guardada la fotografía de Anna Smith que había impreso.

—¿Todavía buscas a esa mujer? —preguntó sorprendida. El detective privado reconoció avergonzado que así era—. Bueno, a ver esa foto. Pero ha pasado tanto tiempo que no sé si... John le entregó el papel con la fotografía. Claire escrutó la fotografía frunciendo el ceño. Él aguardaba en silencio—. No puede ser ella —dijo, al final, tras una eternidad para John—. Imposible.

Todas las ilusiones, esperanzas puestas en esa fotografía, en esa mujer, se habían desvanecido de un plumazo. La desazón le embarga en ese instante el cuerpo.

—Tras quince años es físicamente imposible conservarse igual —matizó la doctora. John quedó desconcertado tras esta revelación:

—¿Cómo dices?

—Digo que cuando hables con esta mujer pregúntale cómo hace para mantenerse prácticamente igual que hace quince años. Diría incluso que está mucho mejor, más atractiva y todo. No puedo decir que me acuerde a la perfección de una mujer que atendí hace quince años en la noche de año nuevo, pero diría que es ella el día después de año nuevo tras dormir, ducharse y adecentarse. No parece que haya transcurrido quince años en el cuerpo de esa mujer; o podría tratarse de una hermana que saliera idéntica, o su hija, a saber. Pero, sin duda alguna, me atrevería a decir que es muy, muy, muy parecida a aquella mujer. Si no es ella, están relacionadas genéticamente hablando. Y te lo dice una doctora. ¿Cómo has dado con ella?

¡Esto lo cambiaba todo! El ánimo de John se repuso con un nuevo brío.

—¡Uf! —suspiró aliviado—. Muchas gracias. No sabe lo que esto significa.

Volvía a tener una pista que seguir que le resultaba factible. Claire le devolvió la fotografía y se la guardó de nuevo en la cartera, ya se iba a levantar del sofá cuando ella le detuvo:

—¿A dónde vas tan pronto? Si acabas de llegar, charlemos un rato. Tengo mucho tiempo libre y pocas visitas. ¿O tienes que coger un avión?

—No, es que no quería robarle más tiempo.

—¿Otra vez con cortesías? ¿Cuándo sale tú avión?

—El viernes por la noche.

—Entonces tienes tiempo de sobra. Hoy te quedas a cenar, no hay más que hablar. Dame la chaqueta, que te vas a asar de calor. De paso me cuentas lo que puedas decirme, tengo que reconocer que me intriga esa mujer que andas buscando. Parece que sabes muy poco sobre a quién debes buscar.

John obedeció. Se quitó la chaqueta y se la dejó a la mujer, que la colgó en el perchero de la entrada. La verdad era que estaba empezando a tener mucho calor con la cazadora puesta dentro de casa.

—Si te soy sincero, no tengo ni idea de a quién busco —confesó John como ya hiciera años antes cuando se conocieron.

Hablaron un rato más antes de que Claire fuera a preparar la cena. La doctora se interesó por el trabajo de John, éste apenas le contó nada; no

porque no quisiera, era porque ni sabía mucho ni podía contar nada. Le contó sobre Anna Smith, lo que había averiguado por internet; también le explicó por qué se hizo detective privado, sin concretar el motivo de su expulsión de la policía. Claire tampoco insistió. Intuyó que para John era muy doloroso recordar aquella época.

Ella también se interesó por la familia de John, le contó que su única familia viva estaba en España y era su abuela paterna:

—Claro —dijo Claire— por eso te apellidas García; descendencia española. Un auténtico hispano de la provincia romana. Ahora el término se usa para los latinos americanos. Aquí, en Estados Unidos, pocos asociamos a España con Europa; me encanta la historia. En Europa he estado sólo en Italia y Reino Unido, por desgracia.

»Cuando me jubile, que no me queda mucho, espero viajar más. Ahora en mi tiempo libre leo, veo películas, soy toda una cinéfila. Y, por supuesto, trabajo en mi huertito que tengo en la parte trasera de la casa. Me encanta y me enorgullezco de los productos que obtengo de él, tengo que decirlo —rió antes de añadir—: No pienses que te escaparás sin antes verlo.

—Bueno, y ¿puedo preguntarle... preguntarte acerca de tu familia? —Quiso saber él.

—Sí, pregunta lo que quieras. Respecto a la familia tengo una medio sobrina, creo que vive en Wisconsin con su marido e hijos, no tenemos apenas relación. Una felicitación por navidad y poco más. Debe ser más o menos de tu edad. Melissa, así se llama, tiene treinta y siete años.

—Yo ya acecho los cuarenta. Pero mientras no los cumpla, aunque tenga treinta y nueve, seguiré siendo un treintañero —bromeó. Después la conversación derivó por otros derroteros.

—Dime, ¿habías estado antes en Seattle? —inquirió Claire.

—No, la verdad es que no. Intentaré hacer un poco de turismo hasta el viernes.

—Seguro que te gusta. Tienes cosas interesantes que ver. Depende lo que te guste. Hay bonitos parques como el parque Kerry, pequeño y tranquilo; Kubota garden, muy bonitos. El parque Green Lake... Luego tienes la catedral de Saint James. Por supuesto el Space Needle. No hace falta que te lo

recuerde. Puedes visitar el paseo marítimo, el embarcadero, no es un lugar muy turístico, pero es historia pura de la ciudad. Muchos sitios interesantes que puedes ver en dos días. Te acompañaría, pero tengo que trabajar, aunque podría preguntarle a alguna amiga o conocida si quiere hacerte de guía.

—Gracias, pero no se preocupe, cogeré un plano turístico e iré viendo la ciudad con calma. Ya ha hecho por mí demasiado. Y si lo dice por la enfermera rubia, ella ya se ofreció a hacer de guía.

—Ja, ja —rió cuando escuchó lo de la enfermera—. Esa debe de ser Megan. ¿Rubia, ojos muy azules y joven? —John asintió—. Sí, Megan. Es muy buena chica, pero un poco... como decirlo... ingenua y ligera de cascos. Pero es muy buena, eso sí. Necesita un encontrar un buen hombre, porque también ha tenido muy mala suerte. Ahora que la mencionas, ¿tienes pareja? ¿Casado? Eso no te he preguntado ni lo has mencionado.

—Alguien hay —dijo poniéndose un poco colorado.

—Eso está bien. ¿Cómo se llama? ¿Cuánto lleváis? ¿Cuándo le vas a pedir que se case contigo?

—Lindsay. Ya llevamos seis años. Viviendo juntos, unos cinco. Estoy esperando a quedar libre de este trabajo para pedírselo. Espero que pronto.

—¿Por qué lo aceptaste? El trabajo —John pensó durante unos segundos antes de dar una respuesta:

—No sé bien qué decir, sinceramente. Podría decir que por el dinero, pero no sería verdad... O no sería toda la verdad. No voy a negar que el dinero viniera muy bien por aquel entonces, en mi situación. No obstante, también me intrigaba el trabajo.

»Quería ponerme a prueba, ver si era capaz de encontrar a alguien perdido en este vasto océano de gente sin apenas un dato sobre esa persona. Después de lo de la policía y no encontrar nada, establecerme como investigador privado y no tener clientes, uno empieza a sentir que no sirve para nada, que en el fondo se merece estar donde está y lo que le ha pasado. Y un día, por fin, alguien decide que le soy de utilidad para un trabajo. Encontrar a una persona. Pagaban muy bien y tenía que decidirme antes de saber las condiciones. Me intrigaban esos personajes que aparecieron para contratarme, parecían del gobierno incluso. Sentía curiosidad, quería

descubrir quienes eran. No sólo investigar a mi objetivo, a ellos también, y sentir que era bueno haciendo algo. No sé si ahora hubiera dicho que no. Puede que hubiera tenido que rechazarlo y haber regresado a España con mi abuela y empezar una nueva vida. No lo sé. Pero lo hecho, hecho está. Espero terminar pronto.

—¿Temes a esos hombres? —preguntó Claire.

—Sí —dijo con honestidad John—. Hay algo extraño en ellos. Puede que sean imaginaciones mías... Tampoco he conseguido averiguar nada sobre ellos ni para quién trabajan, si es el caso. Nada. Me preocupa que entregue a una buena persona en los brazos de un monstruo, me preocupa lo que puedan hacer a Lindsay o a mí abuela si quebranto sus normas, o cualquier cosa. Pero también, si he de ser honesto, he de decir que creo que son de palabra. Si hay terribles consecuencias serían por mi culpa, por haberme saltado sus expresas instrucciones.

—Veo que tu vena de policía sigue intacta.

—Eso no es tan fácil de expulsar —esbozó una sonrisa, más por tristeza y melancolía que por alegría.

—¿Cenamos? —sugirió tras una breve pausa la doctora—. Me da la sensación que has hablado mucho más de lo que suele ser normal para ti. Bueno —se levantó del sofá—, voy a preparar la cena. Puedes ver la televisión, si quieres, o leer cualquier libro que te apetezca de los que hay.

Ella se fue a la cocina y él se decidió por la televisión. Puso un programa deportivo. Después cenaron a eso de las siete de la tarde. Comprobó que Claire también era muy buena cocinera. Tras la cena John quiso ayudarla a recoger la mesa y a fregar, pero ella se negó con rotundidad, así que no le quedó más remedio que volver a sentarse en el sofá y mirar la televisión mientras esperaba.

—Qué mala suerte —dijo Claire cuando terminó de fregar y fue al salón—. Ya es de noche y no has visto mi huerto. Al final si te vas a escapar sin verlo.

Charlaron un poco más. Alrededor de las nueve puso rumbo de regreso al hotel.

—Espero que no pasen quince años hasta la próxima vez —dijo Claire

cuando se despedían ya en la puerta—. Si necesitas ayuda aquí estoy, tema médico o lo que sea. Y si es posible, cuéntame cómo termina tu búsqueda. Que sea pronto para que me invites a la boda.

—Muchas gracias por todo —dijo John.

Sacó un papel, el papel de la foto de Anna Smith, de su cartera y un bolígrafo y le apuntó su teléfono móvil, su correo electrónico y su dirección en Nueva York.

—Toma —le dijo entregándole el papel—. Si alguna vez visitas Nueva York o necesitas algo, házmelo saber.

Ella cogió la nota y se despidieron.

A solas Claire pensó que si hubiera tenido alguna vez un hijo le hubiera gustado que hubiera sido como John García. No solía equivocarse al juzgar a la gente y le había parecido que John era un buen hombre.

Para John la doctora Miller le había recordado a su madre y, por eso, le había contado muchas cosas sobre él mismo, algo que no le gustaba hacer. Llegó al hotel pasada las diez de la noche. Lo primero que hizo fue llamar a Lindsay.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó ella al coger el teléfono.

—Muy bien, la ha reconocido. Es la pista correcta —contestó. Hablaron unos minutos más antes de dar por finalizada la llamada.

—Regresas el viernes, ¿no? ¿A qué hora llega el avión a Nueva York?

—El vuelo sale a las... Espera que te lo digo exactamente —buscó el billete—. Sale a las 21:59 horas y llega a Nueva York a las 6:14 de la mañana, el sábado.

—Qué temprano. ¿Tengo que madrugar para esperarte? ¿No serás capaz? —dijo jocosamente Lindsay.

—Más te vale o no te llevo nada. Tú verás —replicó de igual forma John.

—Lo que hay que hacer —suspiró ella sin dejar de bromear.

—Aeropuerto JFK. Recuerda, ¿eh? Eres capaz de aparecer en otro aeropuerto a recogerme.

—No te extrañe, estaré medio dormida. Te quiero, Johnny. Adiós —y colgó.

Terminada la conversación se desnudó y se metió en la cama. Había sido

un día muy largo y estaba muerto de sueño, mañana sería otro día y esperaba empezarlo tarde. Quería dormir hasta bien entrada la mañana.

Los tres días siguientes, pues el vuelo salía a las diez de la noche del viernes, los dedicó a conocer la ciudad con tranquilidad. Tuvo tiempo para comprar algunos suvenires y regalos para Lindsay y degustar platos típicos de la zona. Le gustó la ciudad. No le importaría vivir allí, aunque todo es muy distinto para la forma de ver un lugar desde los ojos de un turista a los de un residente.

No se olvidó de su objetivo: Anna Smith. Tendría que concertar una cita con ella. Conocerla mejor, hablar con ella. ¿Cómo podría hacerlo? Ahora, seguramente, ella no tendría tiempo entre la organización de su boda, la universidad y otros asuntos. Y, si tuviera el tiempo para recibirle, ¿qué excusa le daría para no desvelar que la está investigando? Tenía que pensar cuando regresara a Nueva York, con ayuda de Lindsay.

El viernes catorce abandonó la habitación temprano, guardó la maleta en el maletero del coche alquilado y dio un pequeño paseo antes de comer y marchar al aeropuerto, donde pasó la tarde leyendo y esperando que saliera su vuelo.

La salida fue puntual. A las 21:59 el avión despegó rumbo al aeropuerto JFK de Nueva York. Allí estaría esperando Lindsay cuando el avión tomara tierra a eso de las 6:14 de la mañana.

VII

18 de marzo, presente

Nueva York, Estados Unidos

El tiempo volaba. Ya hacía una semana desde que emprendió su viaje a Seattle, en la otra costa del país, para verificar una intuición. No podría llamarse de otra forma al hecho de encontrar una noticia sobre una mujer que se iba a casar y suponer que podría ser una pista sobre a quién debía buscar, y no sólo eso, ¡además estaba en lo cierto! La doctora Claire Miller no sólo se acordó de una mujer joven que atendió en la noche de fin de año de quince años atrás, sino que también le confirmó que, si no eran la misma persona, eran familia.

Regresó de Seattle el viernes por la noche, pero no fue hasta el sábado cuando estuvo de nuevo en su casa de Nueva York. Ese día, el sábado, y los dos siguientes, decidió pasarlos descansando, haciendo deporte y planes con Lindsay. No podía decirse que tuviera un trabajo estresante. El martes regresó a pensar en la forma de acercarse a la señora Smith.

Y en ese punto se encontraba John, pensando cómo podría hablar con esa mujer, Anna Smith, cuando apareció Lindsay por su despacho. ¿Cómo hablar con ella y conseguir que le hablase a él sobre su pasado? Sin duda debía de acordarse de aquella noche, si realmente había perdido la memoria antes de que la encontrasen los paramédicos vagando por las calles sin ropa. Y si no

era ella aquella joven a quien atendió Claire, debería tener algún familiar con el que el parecido físico fuera extraordinario.

Pero ¿cómo acercarse a ella?

—¿Ya se te ha ocurrido algo? —preguntó Lindsay acercándose a donde estaba John, sentado en su sillón delante del portátil. Era media mañana.

—Todavía no. Estaba mirando dónde se encuentra Anna Smith ahora. Una pena que no sea como la mayoría de famosillos que ponen todo lo que hacen en internet. Ella no tiene ni twitter ni facebook ni ninguna otra red social, nada.

Mientras él hablaba, ella se sentó en sus rodillas y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Y ¿dónde está?

—Sé dónde no ésta.

—Bueno, con descartes también se puede avanzar. Y no está ¿en?

—En Estados Unidos —dijo John—. Este semestre no tiene planeado dar ninguna clase o conferencia aquí. Imagino que será por la planificación de la boda.

—Genial. Ya sólo quedan ¿cuántos? ¿Doscientos países? —bromeó ella.

—Quedan España y Reino Unido.

—¡Vaya avance! De doscientos a dos.

—¿A cuál quieres ir? —preguntó él.

—Ahora te toca meterte conmigo como venganza, ¿verdad? —preguntó frunciendo el ceño de forma cómica y mirando a los ojos de John.

—Qué bien me conoces. Iremos al contrario del que digas. Anda, seré bueno. ¿Qué te parece ir a España una temporada?

—Suena bien. He oído que la primavera es una buena época para estar allí. Así me da un poco el sol también. ¿Cuándo partimos?

—Pues en unas semanas, si te parece. Por ejemplo, en Semana Santa.

—Perfecto. Y, concretamente, ¿a qué parte de España? ¿Madrid? ¿San Sebastián? ¿Salamanca? —quiso saber Lindsay—. Hace mucho que no vamos, ¿no? Desde que murió tu abuela.

—Sí —John se entristeció al recordar—. Cuatro años ya. Nos quedaremos o en Madrid o en Salamanca, ya veremos. Aunque visitaremos

otros lugares si quieres.

Ella asintió y le dio un beso a John para animarle.

John tenía casa en esas ciudades (Madrid, Salamanca y San Sebastián) por las que preguntó Lindsay a ver a dónde iban a ir, a qué parte de España. Permanecieron un rato en silencio hasta que ella lo rompió:

—Me gusta Europa. En sus ciudades se respira historia, antigüedad. Bueno, los cascos antiguos de las ciudades. Miles, millones de vidas a lo largo de siglos, milenios... Me encanta. Y la comida mediterránea... ¡Qué rica! La paella, la pizza, los spaghetti...

—Eso ya es de Italia —matizó él interrumpiéndola.

—He dicho comida mediterránea. Ya veo como me escuchas —le sacó la lengua en forma de burla y se rió—. Ahora también tendrás que llevarme a Italia, en compensación —volviendo a centrarse en el tema principal ella preguntó—: Y ¿qué le vas a decir a esa mujer? «Hola, soy John, detective privado. Te llevo buscando quince años. ¿Dónde estabas?»

—Todavía no tengo ni idea. Pero ese sería un buen comienzo, ¿verdad? —sonrió él ahora.

—Estupendo. Sobre todo si quieres pasarte otra década buscándola.

—¡Nah! Ya tengo suficiente dinero por no hacer nada como para pasarme otros diez años con lo mismo. Es hora de avanzar.

—Así se habla. Para empezar yo voy a avanzar hasta la tienda para comprar una buena maleta, de las grandes. La que tenemos me la rompiste en el último viaje. Compraré también pan —dijo Lindsay mientras se levantaba del regazo de su amado.

—¿Yo? Si no recuerdo mal fuiste tú quien dejó caer la maleta. Menos mal que ya estábamos de regreso y fue a la entrada del edificio.

—Si hubieras sido un caballero y hubieses ayudado a una dama en apuros...

—Tenías tanta prisa que ni esperaste a que te ayudase. No te quejes, rompe maletas.

—Hmm. Creo que no me acuerdo de ese lance de nuestras vidas. ¿No lo habrás soñado?

Ambos rieron. Ella salió de compras y él siguió pensando una manera

adecuada de acercarse a Anna Smith.

Pasaban los minutos y no conseguía que nada le viniera a la cabeza. ¿Cómo presentarse ante Anna Smith? Obviamente, no como había dicho Lindsay, aunque si pensaba en ello le aparecía una sonrisa en la cara. ¿Cómo reaccionaría Anna si él se presentase de la forma en la que Lindsay había bromeado? No tenía ni idea, pero seguro que a ella, a Lindsay, no le importaría grabar la hipotética situación para luego recrearse con la escena partiéndose de risa en el sofá de casa.

Intentó volver a pensar otra forma de presentarse. ¿Podría ser con algún proyecto filantrópico? No. Anna se valía por sí misma para eso, además tendría que pensar qué proyecto podría ser de interés de la mujer y que no lo realizase ya, y no podría saber todas las cosas que financiase actualmente, la señora, o señorita Smith. Tendría que ser algo por lo que realmente fuese conocida y que por tal motivo él hubiera dado con ella y tuviera la excusa necesaria para concertar una cita con garantías de éxito, y sólo podría tratarse de la educación y la arqueología. Una opción sería como estudiante, pero a John no le convencía. Necesitaba algo que fuera más adecuado. Pero... ¿Qué?

Como las ideas no le fluían decidió despejarse la mente viendo los resultados de la liga de hockey, la NHL, y controlando sus equipos de la liga fantástica. Eran equipos en los que se seleccionaba jugadores reales y competía por internet contra otros.

Su equipo favorito de hockey eran los Islanders de Nueva York. Su padre le había llevado al estadio cuando era pequeño. Allí fue donde les vio levantar la copa Stanley (otorgada al campeón de la NHL en el que se enfrentan, a mejor de siete partidos, el campeón del Oeste contra el campeón del Este) con seis y siete años. Desde entonces no había dejado de seguir a los Islanders, aunque ese año, con su estrella lesionada para lo que quedaba de temporada, las opciones de conseguir acceder a los play-offs eran remotas. Las esperanzas casi nulas.

En esas estaba cuando Lindsay regresó portando un maletón de grandes dimensiones, que venía con regalo en su interior: el pan que había comprado más un libro.

—Espero que esta vez no la rompas —dijo ella con sorna pasando delante de la puerta del despacho de John, que se encontraba abierta.

—Sigue hablando y te llevaré a Italia... pero dentro de la maleta — bromeó él en respuesta a lo que había dicho ella.

—Mientras me lleves, no me importa. Cambiando de tema. Has tenido tiempo suficiente para pensar algo. ¿Qué se te ha ocurrido? —él hizo cómo si no la hubiera entendido. Disimulando—. Ya veo —siguió ella todavía en la puerta con la maleta—. ¡Has estado viendo tus equipos! —abrió bien la boca, de forma grotesca, haciendo ver su incredulidad, a la vez que se burlaba de su amado.

—Qué va, he estado despejando la mente, abriéndola a nuevas ideas y puntos de vista. Cada uno tiene sus métodos de relajación.

—Ya... Bueno, sigue abriendo la mente a la inspiración. Voy a guardar esto y dejar el pan en la cocina. Leeré un poco antes de comer —Lindsay daba ya la espalda a la habitación donde estaba John cuando añadió en voz bien alta—: No abras demasiado la mente a ver si se te escapan las pocas ideas decentes que tengas.

—Eso. Huye. Abandóname en estos momentos tan difíciles para mi cerebro —dijo él en tono lastimero, elevando la voz para que ella también le oyera. Ella se rió.

Se metían a menudo el uno con el otro, les gustaba bromear y lo hacían siempre con cariño. Donde hay confianza...

Mientras Lindsay se tumbó en el sofá con un libro en las manos, John permaneció organizando su equipo y poniendo los jugadores que iban a jugar ese día. No llegó a finalizar su entretenida distracción, algo entró en su mente abierta a nuevas ideas. Miraba la pantalla del ordenador sin ver lo que había en ella, pensaba, sopesaba distintas opciones a la idea que acababa de iluminar su mente. Su mano estaba paralizada encima del ratón del ordenador portátil. No se movía. Todas las señales cerebrales estaban en otros asuntos más importantes, no tenían tiempo de enviar órdenes a ninguna parte del cuerpo. El cuerpo estaba paralizado, el cerebro estaba ocupado y no se le podía molestar.

Toda esa quietud corporal se alteró súbitamente. John se levantó de la

silla como si fuese impulsado por un resorte.

¡Ya lo tenía!

Salió del cuarto y fue directo al salón, donde Lindsay se encontraba cómodamente tumbada, ocupando todo el sofá, con un pantalón corto y una camiseta. Tenía las piernas tapadas con una manta y la cara oculta tras el libro que leía.

Antes de que ella se percatara de que John se le acercaba a gran velocidad, él, ya en el sofá, le quitó el libro de las manos haciendo que ella se sobresaltara y le mirase con desconcierto. Acto seguido le agarró la cara con firmeza y le plantó un beso en los labios que todavía dejó más perpleja a la sorprendida Lindsay.

—¡Vaya! —dijo ella, tras finalizar el beso, todavía recuperándose del sobresalto—. No voy a preguntar a qué viene esto. Repítelo cuando quieras. Ha sido... interesante.

—¡Ya lo tengo! —dijo él tomando asiento en el sofá junto a Lindsay—. Sé la manera de acercarme a Smith gracias a ti. Ahora sólo tengo que lograr contactar con ella y que me responda.

—No sé qué he hecho. Pero soy un hacha —se autoalabó Lindsay. Tras un instante de relax en el sofá, él regresó a su despacho a poner en marcha el plan. Lindsay fue a la cocina a preparar la mesa para comer.

VIII

26 de marzo

Salamanca, España

La Universidad de Salamanca es una de las más antiguas universidades de Europa que aún hoy sigue existiendo. En unos años la universidad celebrará su octavo centenario desde que el rey Alfonso IX de León, en el año 1218, le otorgase la categoría de Estudio General a unas escuelas catedrales existentes, al menos, desde el año 1130.

En tan histórica institución Anna Smith había estudiado y, en la actualidad, impartía clases. Como también lo hacía en otras universidades.

En los siguientes meses Anna tendría por delante una boda y una excavación arqueológica para las que tenía que hacer todos los preparativos. No sólo eso, también estaba metida de lleno en otro proyecto arqueológico en busca de las ruinas de una ciudad legendaria.

Por tales razones sólo estaba impartiendo un seminario-curso en la universidad de Salamanca, compaginado con otro en la universidad de Cambridge del que se encargaba de impartirlo un colega suyo que también participaría en la excavación arqueológica que se desarrollaría, si todo iba bien, en el periodo estival en Egipto.

Tal seminario versaba sobre prácticas arqueológicas e historia del antiguo Egipto, estaba relacionado con la excavación. Algunos de los estudiantes del

curso tendrían la fortuna de acompañar a la gran Anna Smith en el proyecto arqueológico en verano.

A pesar de la juventud de Anna, ya gozaba de gran prestigio internacional en el mundo de, entre otros, la antropología y arqueología. Para cualquier estudiante asistir a alguna de sus clases o cursos era una oportunidad única. Si, además, se le añadía la posibilidad de participar en una excavación arqueológica, convertirían la oportunidad en una experiencia inolvidable.

Los gobiernos de los países a los que Anna quería ir nunca solían poner trabas y le facilitaban todos los permisos con gran rapidez, incluso más. Pues Anna se encargaba de financiar de su bolsillo prácticamente todo lo referente a la excavación y los resultados que obtuviese, que casi siempre los obtenía, era el gobierno de turno el beneficiado. Uno no se ganaba la reputación y obtenía tales prebendas porque sí, Anna se lo había ganado. Así que cuando Anna Smith solicitaba permisos para realizar trabajos de excavación o de investigación, de consulta de archivos, u otros, nadie se negaba.

Pues bien. A dicho seminario asistían diez estudiantes, cuatro de los cuales habían venido del extranjero especialmente para asistir a dicho curso. Otros dos de los asistentes ya habían participado en una excavación con Anna.

Las clases se impartían en inglés una vez por semana. El día de clase era el viernes por la tarde, de seis de la tarde a nueve de la noche.

Además de las clases del viernes, los miércoles, de diez a doce de la mañana, Anna recibía a los alumnos para atender sus dudas, preguntas y demás cuestiones que surgieran referentes al curso.

Ese miércoles, como excepción, la hora de tutoría se había convertido en dos horas de clase extra. Para esa clase habían tomado prestada un aula vacía de la universidad distinta a la que usaban habitualmente.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó alegremente Isabel cuando todavía estaban tomando asiento para empezar la clase. Ella era una de los dos estudiantes que ya conocían a Anna Smith de antes. Anna la miró sin poder evitar una sonrisa—. Corren rumores de bodorrio —añadió Isabel.

—A saber dónde has escuchado esos rumores, Isa —dijo Anna sin perder la sonrisa.

Solía ser muy cercana con sus estudiantes y tener buena relación con ellos, pero eso no impedía que fuera muy estricta y exigente. Para acceder a su curso entrevistaba a los estudiantes que querían asistir, pues de ahí saldrían algunos de los acompañantes para sus aventuras.

—¿He oído boda? —dijo Luis, el otro alumno que, al igual que Isabel, habían ido de excavación con Anna Smith anteriormente.

—¿Boda? ¿Qué boda? —El resto de los alumnos se fue uniendo a la conversación.

—La profe se nos casa —pregonó para el resto de la clase Isabel.

—¿En serio?

—Qué bien.

— Enhorabuena... —se escuchaba decir. Anna se ruborizó un poco.

—¿Cuándo es?

—Y ¿dónde? —preguntaron.

—Ah... Es secreto. Si no sois capaces de aparecer —contestó la profesora.

—No lo dude —bromearon sus alumnos.

—¿No tenéis mejores preguntas? —inquirió Anna.

—Puede ser. Pero no tan interesantes —rieron.

—Veo que no va a ser una clase normal, ¿no?

—Bueno, pues cuéntenos sobre su otro proyecto —preguntó Francesca, una estudiante venida de Italia.

—¿Sobre el proyecto Dilmun?

—Sí, ese.

Anna les contó que el proyecto Dilmun tenía por misión encontrar la legendaria ciudad de la mitología sumeria del mismo nombre. Según dicha mitología, Dilmun fue el lugar a donde fue enviado Zisudra (el Noé sumerio) tras el diluvio. También la ciudad es mencionada en la Epopeya de Gilgamesh, considerada la narración escrita más antigua que se conoce.

Anna Smith es la encargada de dirigir el proyecto en el cual utilizarán láseres de última generación para buscar ruinas de ciudades antiguas bajo tierra y otras posibles estructuras en diferentes localizaciones, donde se presupone que se localizaba la mítica ciudad. Uno de esos lugares se

encontraría en Bahrein, aunque según la propia Anna, ella tiene lugares que son mejores candidatos para la ubicación de Dilmun.

El proyecto Dilmun apenas estaba empezando a andar todavía, pero ella se mostraba muy ilusionada y tenía puestas grandes expectativas en el proyecto al que se habían unido algunos arqueólogos de renombre. Los alumnos se mostraron muy interesados y le dijeron a su profesora que si hacía falta ir a picar piedras a donde fuera que iban encantados.

Cuando Anna quiso reconducir la conversación a los temas propios del curso ya había pasado casi la mitad de la clase.

Terminada la clase regresó caminando a su casa situada junta a la plaza mayor. Vivía en un enorme piso de setecientos metros cuadrados en pleno centro de la ciudad, junto a una de las más bellas plazas mayores del mundo.

Cuando llegó, se puso a hacer la comida. Le gustaba comer en casa. En los restaurantes sólo lo hacía en ocasiones especiales o en los viajes. Pero siempre que tenía la oportunidad de comer o cenar en casa, lo hacía. No le importaba cocinar, de hecho, le gustaba.

Mientras degustaba un delicioso plato de spaghetti carbonara, la comida italiana le encantaba, miró las noticias.

Tras la comida durmió una pequeña siesta de media hora antes de ponerse a trabajar en sus proyectos y tareas pendientes.

Habló por skype con diversos colegas de temas referentes al proyecto Dilmun y a la excavación arqueológica que tendría lugar en los próximos meses en Egipto.

Tuvo tiempo, además, para conversar con Peter, que se encontraba en Estados Unidos. Lo que le recordó que debía arreglar unas cuestiones concernientes a la boda. Así que, cuando terminó de hablar con Peter por skype, salió de casa.

Regresó poco antes de cenar.

Habitualmente, antes de cenar, nadaba o corría un poco para mantenerse en forma, pero ese día decidió no hacerlo. Se acordó de que hacía tiempo que no revisaba los correos de la universidad, lo haría después cenar. No solía recibir nada importante en esos correos que le proporcionaba las universidades donde trabajaba habitualmente, pues solía hacer que le

mandasen los emails a su dirección electrónica privada o que la llamasen a su teléfono móvil. De hecho, sus propios alumnos podían comunicarse con ella vía whatsapp en temas relacionados con las clases, por si no podían asistir o cosas por el estilo.

Aun así, de vez en cuando, echaba un vistazo por si le había llegado algo de interés a esos correos electrónicos, pues era la única forma de que quien no la conociese personalmente ni dispusiera de su correo privado ni teléfono pudiera ponerse en contacto con ella, no había otro modo. No estaba metida en ninguna red social. Pero en esa ocasión ya habían pasado, al menos, un par de semanas desde la última vez que echó un vistazo a esas cuentas de correo electrónico.

Así pues, tras cenar tranquilamente algo ligero, se sentó a una mesa donde colocó su portátil y se dispuso a revisar los tres correos que le habían proporcionado. «¿Para qué tantos? —se preguntaba—. “Con uno era más que suficiente.»

Le parecía de utilidad tener uno. No iba a proporcionar su dirección privada a cualquiera. Pero ¿tres? Introdujo sus claves y reviso la bandeja de entrada de cada una de las tres cuentas. No había nada de relevancia excepto un email que se repetía en las tres direcciones. El que lo envió debía querer asegurarse de que lo recibía.

El remitente era un tal John García y en el asunto ponía: «Antigüedad en Sumeria y Egipto».

El cuerpo del email era el mismo en los tres correos que había recibido. Eso confirmaba a Anna que quien lo enviaba, John García, quería estar seguro de que ella lo recibía.

Lo que decía el correo era lo siguiente:

Estimada señorita Smith,

Mi nombre es John García y resido en Nueva York. Me pongo en contacto con usted porque estoy escribiendo un libro, una novela. Dicha obra tiene parte de su desarrollo en la antigua Babilonia, principalmente, y en el antiguo Egipto. Por ello quería informarme sobre las costumbres del lugar y

la época, tradiciones, creencias y todo lo que pudiera serme de utilidad. Según he podido saber, usted es una de las mayores, si no la mayor, experta en la materia, en particular en lo que se refiere a Sumeria. Si pudiera ayudarme se lo agradecería enormemente. Si así fuera el caso, podría desplazarme a cualquier lugar que le viniera bien.

Disculpe las molestias. Espero su respuesta. Gracias. Un cordial saludo.

Cuando terminó de leer el email, pensó antes de escribir una respuesta. Alguna que otra vez había sido consultada para libros, programas de televisión y otros asuntos. Investigó un poco en internet a ese tal John García, pero no obtuvo resultados concluyentes, existían demasiados. Un nombre común con un apellido todavía más común.

Finalmente contestó a la petición del señor García. Siempre contestaba a (casi) todo lo que le llegaba y le pedían, aunque fuera para declinar, sobre todo si las peticiones eran hechas con educación y cortesía.

Además, sentía algo de curiosidad acerca del libro que iba a escribir ese hombre como buena amante de la lectura e historia que era.

IX

27 de marzo

Nueva York, Estados Unidos

Había pasado más de una semana desde que había mandado los emails a Anna Smith, pero todavía no había obtenido ninguna respuesta. Comprobaba su correo electrónico dos veces al día, por si acaso, pero sin resultados.

A pesar de no obtener nada todavía, John y Lindsay ya habían reservado el vuelo de Nueva York a Madrid para la primera semana de abril.

Ese día había salido a correr a media mañana y había dejado el teléfono móvil cargándose en casa, pues olvidó cargar la batería el día antes cuando se le acabó a media mañana. No había revisado su correo desde el día anterior, que lo hizo después de la comida.

Al regresar se duchó y preparó la comida mientras esperaba que Lindsay volviera de hacer más compras para el viaje. Él le había dicho que comprase una vez que estuvieran allí, pero había sido inútil intentarlo. No había modo de convencerla.

Comieron tranquilamente cuando ella llegó. Después Lindsay se echó una siesta. Las compras la habían dejado agotada. «Normal», pensó John. Él se cansaba sólo con pensar en tener que ir de compras.

Mientras ella dormía, se tumbó en el sofá y puso las noticias deportivas, se acordó de que todavía estaba el móvil cargándose. Se levantó y fue a por

él. Regresó al sofá mientras lo encendía e introducía el pin. Volvió a colocarse medio tumbado dejando el teléfono encima de la mesita que estaba frente al sofá.

Un pitido en modo de alarma procedente del aparato captó su atención. Estiró el brazo para alcanzar el móvil y ver de qué se trataba.

Había recibido un email.

En realidad, lo había recibido la tarde anterior (la noche anterior en España, tarde en Nueva York). Miró quién enviaba el correo.

¡Anna Smith!

Se incorporó para leerlo con atención. Esperaba que la suerte le sonriera y Anna accediera a citarse con él para tratar sobre un libro que no iba a escribir. Al menos, no sería escrito por él.

Abrió el email y leyó:

Estimado señor García,

He leído atentamente su email. Disculpe la tardanza en darle una respuesta.

Lamentablemente no dispongo de mucho tiempo actualmente. Debo organizar distintos proyectos, así como una boda, además del curso que imparto en la universidad.

Aún así, creo que podría hacer un hueco para reunirme con usted para asesorarle en lo que pueda. Eso sí, siempre y cuando dicha reunión tenga lugar en Salamanca, España.

También puedo recomendarle otros expertos para que se ponga en contacto con ellos y que dispongan de más tiempo para atenderle. Como usted prefería. Pero recuerde que mi tiempo, en la actualidad, es muy escaso y puede que no le sea de mucha utilidad.

A continuación le facilito mi correo electrónico personal, que reviso a diario, y podrá darle una contestación más rápida para lo que finalmente decida...

—Reciba un cordial saludo —terminó de leer el email en voz alta—.

Profesora Anna Smith.

«Interesante», pensó John mientras dejaba de nuevo el teléfono encima de la mesa y volvía a colocarse cómodo en el sofá. Había dado un gran paso. Tenía la opción de concertar una cita con la señorita Smith y ver qué sucedía después, si decidía revelarles sus sospechas.

Casi una hora después escuchó desde el salón ruidos provenientes de la cocina, debía de ser Lindsay que se había despertado ya.

—¿Lis? —llamó John. Nadie contestó.

Un minuto después ella hizo su entrada en el salón. Traía el pelo alborotado y la cara mostraba que todavía no se había despertado por completo de la siesta.

John la dejó un hueco en el sofá, que ella ocupó dejando caer su cuerpo pesadamente, y esperó a que ella estuviera más despejada para hablarle. A ninguno de los dos les gustaba mucho que les dirigieran la palabra al poco de levantarse. Lindsay se estiró y bostezó. Parecía el momento de hablar.

—Hay noticias —dijo él, suavemente, casi en un susurro.

—¿Noticias sobre qué? —preguntó ella mientras bostezaba de nuevo.

—Anna. Anna Smith ha contestado. Por fin.

Cogió el teléfono para acceder a su cuenta de correo electrónico. Una vez dentro, le pasó el móvil a Lindsay.

—Dime qué pone mejor —dijo ella rehusando coger el aparato.

Él le contó lo que Anna le había puesto en el email. Le dijo que, aunque estaba muy ocupada por el asunto de la boda y otras cuestiones, podría hacer un hueco para reunirse con él, siempre y cuando fuera en Salamanca.

—Genial —dijo Lindsay que ya parecía tener todos los sentidos despejados—. ¿Y qué le dirás? Porque lo del libro es una mentira que quedará al descubierto tarde o temprano.

—Menos buscar los fallos al plan y más pensar ideas.

—Ya te di una buenísima —corrigió ella.

—Sí, cojonuda. Y no creas que no pienso hacerlo. Es una posibilidad... Y cada vez más probable.

—Me gustaría conocerla también. Quizás pueda ayudar a afrontar el tema mejor y que la «Smith» no huya de ti por las calles de Salamanca. Los

hombres tenéis poca sensibilidad. Ya lo sabes.

—¿Insinúas que tengo poco tacto?

—No, qué va. Te lo afirmo —dijo sonriendo—. Bueno, tengo que reconocer que es una excusa para conocerla. A ver qué tiene esa Anna de especial. Siento curiosidad.

—Bueno, si te portas bien, dejo que vengas conmigo cuando me reúna con ella.

—Siempre me porto genial. Mejor que tú —dijo Lindsay dándole un toquecito suave en la pierna, con cariño.

—Por cierto. Lo que me extraña —comenzó a decir John— es que mencione sus planes de boda y demás cuando es tan poco dada a revelar cosas de su vida privada. Y me lo cuenta a mí, un desconocido. Quizás está poniéndome a prueba a ver si soy digno de confianza y de que malgaste su tiempo reuniéndose conmigo.

—Puede ser. Tendrás que poner algo de tu parte, también. Algo personal para que vea que eres honesto en tus intenciones.

—¿Ves? Así me gusta, que aportes buenas ideas. Pues vamos allá. Le diré que estaré en España ya la próxima semana, la primera de abril, y le contaré, como nota personal, que mi abuela era salmantina y tengo casa allí. ¿Le parece bien a la señora?

—No está mal. Veo que mi presencia influye positivamente en ti —dijo Lindsay en un alarde de modestia, en tono jocoso.

John se levantó y se fue a su despacho, donde tenía el portátil, para poder escribir mejor el email que le iba a mandar a Anna. No quería enviarlo desde el teléfono móvil porque no era cómodo y podría cometer faltas fácilmente debido al autocompletado de palabras del teléfono.

—Ya está —dijo John cuando regresó con Lindsay una vez escrito y enviado el correo—. Te has ganado que te lleve a dar un paseo.

—Qué gracioso. Me parece que hoy vas a dormir en el sofá. Si te portas bien, quizás deje que duermas al pie de la cama —le devolvió la broma.

Tenían algo menos de una semana por delante para coger un avión que los llevase hasta España. No tenían nada que hacer más que preparar el viaje y su estancia fuera. Aunque España también era como una segunda casa que

apenas habían visitado, cuando iban, se sentían como si fuera su hogar y hubieran vivido toda la vida allí. John siempre lo había sentido así, desde que era pequeño. Lindsay había ido por primera vez a Europa y, en concreto, a España cuando conoció a John. Ella también se sentía a gusto en España.

La semana siguiente, la primera de abril, tomaron el vuelo de Nueva York a Madrid. Su salida tuvo lugar el primer viernes del mes.

En la capital española decidieron quedarse en un hotel una noche, a pesar de tener un piso en la ciudad. Pensaron que estarían más cómodos y no molestarían a la mujer que vivía allí, ya que al día siguiente tenían que coger un tren que en dos horas los llevaría hasta la ciudad de Salamanca.

John tenía casa en ambas ciudades por herencia y se había comprado otra en el norte de España, en San Sebastián; eran casas muy grandes y tenía una asistenta que solía vivir en cada una de ellas. No avisaron de su llegada más que a la que residía en su casa de Salamanca. Y no lo hicieron hasta que tuvieron claro cuál sería su plan a seguir una vez en España. El plan era simple: reunirse con Anna. Después ya verían.

Anna Smith había contestado el correo unas horas después de que John lo enviase. En el que él le había enviado le había expresado a Anna su disposición a esperar lo que fuera necesario hasta poder encontrarse con ella, y que Salamanca le parecía perfecto. Momento en el que aprovechó para contarle ese dato personal sobre su abuela y sus raíces.

La respuesta de ella, que no se hizo esperar mucho, fue breve. Le dijo que accedía a ayudarle con el libro que, supuestamente, John iba a escribir y que ya le mandaría otro correo electrónico para la cita cuando tuviera tiempo. Que estuviese atento al email.

Así que John y Lindsay sólo podían hacer una cosa cuando llegaron a España: esperar. Esperar y comprobar el email constantemente.

John ya no dejaba que su teléfono móvil estuviese sin batería ni un por un instante. Siempre encendido. Siempre que fuese necesario cargándose sin apagarse. Por suerte, apenas tenía llamadas al teléfono ni otros emails que pudieran levantar falsas expectativas cuando sonara la alarma del teléfono avisando con su recepción.

Esperaron mientras disfrutaban de la ciudad y del tiempo primaveral que

les acompañaba.

¿Cómo sería la vida cuando quedase libre de su trabajo? Se preguntaba John de vez en cuando, esperando su cita con Anna viviendo de forma tan relajada. Se decía que así debía ser su vida. Tranquila, relajada. Viajando de vez en cuando con Lindsay.

Uno de esos días mientras aguardaban John recordó cuando Claire Miller, la doctora que le dio la pista de Anna, le preguntó sobre sus planes de boda con Lindsay. Quizás debía pedirla que se casara con él antes de terminar el trabajo. Al fin y al cabo no podría estar seguro de cuándo esos hombres le darían la libertad.

Mientras se decía si adelantar los planes con Lindsay, esperaba...

X

19 de abril

Salamanca, España

Era sábado al anochecer, víspera de domingo de resurrección; estaban en plena Semana Santa. Habían acudido a una iglesia, llevaban unas dos semanas en Salamanca y todavía no habían recibido noticias de Anna. No sabían cuándo eso podría suceder. Mientras esperaban novedades pasaban el tiempo de aquí para allá y hacían alguna escapada a lugares cercanos.

Visitaron las montañas al sur de la provincia de Salamanca, donde se esconden parajes de gran belleza. En otra ocasión fueron a la frontera con Portugal y más allá para visitar el bonito paisaje de los Arribes del río Duero. John y Lindsay se mantenían expectantes a Anna, sin por ello dejar de hacer planes.

Pero eso había sucedido antes de la Semana Santa.

Durante la celebración de tan sagrada semana, España se llenaba de procesiones en las que se sacaban a pasear por las calles de todos los pueblos y ciudades del país a los diferentes santos, que habían permanecido acumulando polvo el resto del año.

Muchas de estos pasos eran conocidos internacionalmente, y la ciudad de Salamanca no era una excepción. John y Lindsay acudieron a unas de esas procesiones en las jornadas del jueves y viernes santo.

El sábado no había ninguna procesión, pero sí había celebración. Se encendían unas hogueras en todas las iglesias al caer la noche para conmemorar la inminente resurrección de Jesucristo, la renovación una vez eliminados los pecados: la purificación. Muchas religiones a lo largo de la historia habían tenido sus rituales respecto a renacer.

No es que John y Lindsay fueran unos devotos cristianos, pero ahí estaban. Les gustaba participar en cualquier tipo de celebración y tradición.

Lindsay no profesaba fe alguna por lo que decía, pero creía. No explicaba bien en qué creía, pero creía. Por el contrario, John era cristiano y católico por herencia, por decirlo de alguna manera, incluso fue bautizado un sábado como ese nada más nacer. Pero, por raro que pareciera, era Lindsay la que hacía que John asistiese a tales celebraciones religiosas en fechas importantes. Si hubiera estado él solo, no hubiera ido. A menudo John le decía a ella lo mala influencia que era por obligarle a ir. Para compensar, John dejaba la mente divagar mientras escuchaba sermones y veía ritos. En esa ocasión su mente, mientras sus ojos contemplaban la calidez de la hoguera purificadora, llevó al bueno de John a pensar en la purificación del cuerpo, del alma...del mundo, y comenzó a mezclarlo con pensamientos sobre su trabajo. Al fin y al cabo los tres hombres que le contrataron años atrás le visitaban cada año nuevo. Y la celebración del año nuevo no era más que la forma de renovar, purificar el mundo para que renazca y siga adelante viviendo de nuevo. Al menos esa era la creencia antigua.

Elucubraciones profundas aparte que no eran compartidas con Lindsay, que estaba concentrada en el rito cristiano, volvió sus pensamientos hacia cosas más mundanas, hasta que la ceremonia llegó, por fin, a su conclusión.

Salieron en silencio, respetando el momento hasta que estuvieron libres del influjo del templo y la ceremonia religiosa empezaba a quedarse en el recuerdo, ayudado por encontrarse de vuelta en la calle y el fresco, incluso frío, de la oscuridad, que si no fuera por las luces de las farolas envolvería a la ciudad dejando contemplar las millones de estrellas que poblaban el universo.

Una vez fuera, John comprobó el teléfono móvil y restableció el sonido del aparato, que había silenciado al comenzar la ceremonia religiosa.

Regresaron a casa caminando, despacio, hablando. Iban abrigados. Las noches eran muy frías en Salamanca; incluso en pleno verano muchas noches hay que llevarse una chaqueta, por mucho que por el día caliente con un sol de justicia. En el invierno hace frío, no tanto como en otros lugares del mundo, pero sí es de las ciudades más frías de España en la estación invernal.

Llegaron a casa poco antes de la medianoche. Al entrar comprobaron con gusto la diferencia de temperatura entre la calle y el hogar, habían dejado puesta la calefacción para cuando regresasen.

Estaban solos. La asistenta que tenían no estaba, pues le habían dado vacaciones por unas semanas y ésta había aprovechado a viajar con su familia.

Se quitaron los abrigos. Al sacar el móvil del bolsillo del abrigo, John vio que tenía un aviso, le había llegado un email. No debió escuchar, mientras paseaban de regreso a casa, el pitido que le avisaba de que había recibido algún mensaje o correo. Miró de quién procedía el correo. El remitente era: ¡Anna Smith!

—Al fin tenemos noticias —le dijo a Lindsay mientras colgaban los abrigos.

—¿Qué dice? —dijo impaciente ella.

—No sé. Todavía no lo he leído. Voy a encender el ordenador para leerlo y contestar mejor.

Como si pretendieran disimular los deseos que tenían por saber cuál sería el día de la cita con la susodicha profesora, se terminaron de cambiar y acomodarse a ropas de andar por casa con lentitud.

—Qué nervios. Ya hay ganas de saber —dijo Lindsay mientras ambos terminaban de cambiarse

—Ya —dijo él—. Voy a por el ordenador.

—Prepararé algo de picar —dijo ella dirigiéndose a la cocina mientras él iba a por el ordenador portátil—. Aunque cenamos antes de irnos, ha pasado tanto tiempo que ya tengo hambre —gritó una vez se encontraba en la cocina y añadió—: No lo leas hasta que esté yo. Espérame.

—Vale —se escuchó el grito de él desde la cocina.

Él cogió el ordenador y lo llevó al salón mientras Lindsay apareció en la

sala con una bandeja con queso, pan y algo de vino para acompañar los alimentos.

—¡Estoy lista! —dijo. John, que ya estaba preparado, pinchó sobre el email de Anna para abrirlo. Ambos leyeron al mismo tiempo:

Buenas noches, señor García,

Lamento la tardanza, pero ya le dije que no sería fácil encontrar un momento adecuado para atenderle con el tiempo que ello requiere. Así pues, mañana al mediodía puedo hacerle un hueco. Me dijo que estaría en Salamanca esperando mi email, pues podemos encontrarnos en la plaza mayor a las 12. Ruego confirme que asistirá.

Un saludo.

Anna Smith.

—Al fin vamos a salir de dudas —dijo John cuando ambos terminaron de leer el correo electrónico que Anna le había enviado.

—Sí, y tiene que ser justo a la hora que tenía previsto asistir a misa a celebrar la resurrección —lamentó Lindsay—. Pero bueno, espero que no la espantes y pueda conocerla en otra ocasión.

—Si la espanto será por tu idea. Encima que voy a seguir tus consejos, te quejas. Hay que ver...

Acto seguido John respondió al email confirmando que acudiría al encuentro mañana domingo. Habían quedado al mediodía en la plaza mayor de Salamanca, por la entrada de la calle Zamora.

—Entonces, ¿vienes mañana o no? —preguntó John a Lindsay.

—No sé. Mira que tengo ganas de conocer a esa mujer, pero igual no es buena idea que vaya. Esa mujer no espera que aparezcas con nadie más. No sé... No creo que vaya. Además, quiero ir a la misa mañana, a ver cómo termina.

—Siento desvelarte el final, pero resucita —bromeó John.

—Qué gracioso. Quiero decir que no he estado antes en España cuando era Semana Santa y me gusta ver cómo la celebran. Además, mejor que la cagues tú solo mañana. No necesitas compañía para eso —Lindsay se la devolvió.

—Te repito, y recuerdo, que pondré en práctica tu sugerencia. Así que, querida mía, compartiremos mérito. Podemos decir que yo soy la imagen de la cagada y tú la ideóloga. Aunque no sé qué es peor —dijo haciendo que pensaba duramente, dirigiendo la mirada hacia arriba.

—Lo negaré siempre —dijo Lindsay—. ¿Ves? Incluso que no vaya, te viene bien, luego yo podré arreglar tu estropicio —enfaticó la palabra «yo».

—Bueno, pues no vengas. Abandóname a mi suerte.

—Quejica, si estás deseando que no vaya. Estarás a solas con ella.

—Viéndolo así... Te apoyo en tu decisión de no venir. Incluso te ánimo.

—Ya, ya —sonrió Lindsay—, te durará poco. Luego vendrás abatido y tendrás que prepararme la comida.

—Ah, ahora lo veo claro, no vienes porque así vendrás más tarde, ya cuando la comida esté preparada y lista para servir.

—Qué bien me conoces...

Estuvieron charlando un rato más antes de acostarse. Mañana les esperaba un gran día. ¿Qué sucedería?

XI

20 de abril

Salamanca, España

Faltaban cinco minutos para que fuese mediodía, la hora acordada para que John y Anna se encontraran. John ya esperaba en el lugar de la cita, hacía diez minutos que estaba allí, de pie, siempre llegaba con antelación y en esa ocasión no iba a ser diferente. Observaba a toda la gente que pasaba intentando vislumbrar la llegada de Anna.

Vestía unos vaqueros con deportivas y una sudadera azul oscuro en la parte de arriba. Era una mañana templada de primavera. Miraba el reloj continuamente. 11:59 a.m. marcaba en ese instante.

Estaba nervioso. ¿Cuándo le diría la verdad de por qué le había pedido reunirse? No lo sabía. Andaba, en pocos metros, de un sitio a otro. No podía permanecer quieto.

En una de sus miradas furtivas en busca de su objetivo... ¡La vio! Se paró mirando en su dirección; bajaba por la entrada de la calle Zamora en una de las cuatro esquinas de la plaza mayor. Precisamente, el lugar indicado.

»Realmente es preciosa. Las fotos no le hacen la suficiente justicia — pensó John, obnubilado, viéndola llegar.

Anna Smith llegaba con la melena castaña suelta y un vestido sencillo de color blanco, abrigada con una chaquetilla del mismo color que la sudadera

de John. Cargaba unos libros con ella. Obviamente, material para el ficticio libro que John le había dicho que iba a escribir.

Al verle, e intuir quién era él, le sonrió y se acercó hasta donde John se encontraba debajo de los soportales, sin dejar de esbozar una bonita sonrisa. Anna Smith emanaba algo que le hacía diferente a la mayoría de las personas, desprendía un aura especial, al menos eso sintió John.

—Usted debe de ser John García ¿no? —dijo Anna llegando a su altura en un perfecto español de Castilla. John asintió, momento en el que ella le dio dos besos, uno en cada mejilla, típica costumbre española para saludarse. Aunque le pilló por sorpresa a John, que ya estaba preparado para estrecharle la mano. Acordaron dejar de dirigirse el uno al otro de usted y empezar a tutearse.

—Bueno, ¿nos sentamos en algún sitio? —propuso Anna una vez que se presentaron oficialmente.

Buscaron un bar en el que sentarse y tomar algo mientras charlaban. Por suerte, a esas horas la mayoría de los establecimientos estaban vacíos, incluso muchos sin abrir. Todavía no había muchos turistas deambulando por la zona, aunque algunos ya se dejaban ver.

Encontraron un bar abierto y entraron. Saludaron al camarero que estaba detrás de la barra con cortesía y a un señor mayor que estaba sentado a la barra ojeando un periódico, no había nadie más. Ella pidió un té y él un refresco antes de sentarse en una de las mesas.

Enseguida el camarero, un hombre que ya tendría cierta edad y con una prominente barriga, les sirvió sus bebidas. Dieron un pequeño sorbo a su pedido y comenzaron a hablar del libro, que era el motivo del encuentro.

Hablaban en español, un español perfecto. En el tiempo que John llevaba en España había ido perdiendo el acento yankee y recuperando el acento castellano con gran rapidez. En su infancia, principalmente, le resultaba curioso lo fácil y rápido que pasaba de hablar un inglés con perfecto acento neoyorquino a un español perfecto de la histórica Castilla siempre que hablaba con su familia española.

La forma de hablar de Anna, su acento, era prácticamente igual a la de John.

—Te he traído unos libros que creo que te serán de utilidad para tu novela. Pero bueno, cuéntame más, exactamente, qué habías pensado, ¿en qué época concreta ambientarla y en qué lugar? —Anna fue directa al grano mientras le pasaba los libros que había llevado.

John sintió un poco de vergüenza al tocar los libros. Quizás había llegado el momento de lanzarse y ver cómo reaccionaba ella pero, por el momento, aceptó los libros; los tomó en sus manos. Abrió uno e hizo como si lo ojease por encima, pero al final lo puso junto con los demás.

Llegó la hora...

Mientras tanto, en un lugar de la plaza mayor, una figura permanecía atenta a lo que sucedía dentro de la cafetería donde estaban sentados Anna y John. No podía verles pero sabía que estaban dentro; aguardaba, esperaba que salieran. La profesora y el detective hablaban ajenos a que estaban siendo vigilados...

—Tengo que serle sincero —se lanzó John.

—¿Cómo? —Anna quedó desconcertada—. ¿Qué dice? —dejaron de tutearse.

—Digo que le tengo que contar la verdad. Y la verdad es que no voy a escribir un libro... Bueno, no lo tengo pensado ahora mismo. Nunca se sabe. Sólo era una excusa para poder reunirme con usted —habló con tranquilidad.

—¿Quién es? ¿Un periodista? ¿Qué quiere? —Anna empezó a elevar la voz. Estaba nerviosa y algo asustada. John se percató de ello.

—Tranquila —intentó calmarla—. No pretendo hacerle ningún daño ni quiero nada. Y no soy periodista, eo es nada de eso.

—Entonces, ¿de qué demonios se trata? —el nerviosismo dio paso al enfado en Anna.

—Sé quién es —dijo John pensando en Lindsay cuando hablaron sobre el tema.

—¿Quién soy? ¿Eso es? —parecía sorprendida por la revelación. Nada más. Ahora venía lo más importante del farol que John iba a lanzarse:

—Sí. Sé que hace quince años apareció en un hospital de Washington sin memoria. Sé quién era antes de eso. La llevo buscando desde entonces.

Ya estaba. Lo había dicho. Sin rodeos. La reacción de la profesora no se

haría esperar.

—Se equivoca —dijo ella mientras se levantaba de la mesa, cogía los libros y se marchaba corriendo de la cafetería. John iba a seguirla, pero decidió no hacerlo. La reacción de Anna a sus palabras no había sido tan mala. Intuyó algo de miedo en los ojos de ella antes de largarse a toda velocidad. Pero también creyó que tarde o temprano querría saber más y le acabaría llamando. Así que mejor sería no forzar las cosas...Y no marcharse sin pagar...

Había movimiento. La persona que vigilaba a John y a Anna vio salir a esta última por la puerta del establecimiento con cara de pocos amigos. John debía de haberle dicho quién creía que Anna era y que la llevaba años buscando. No había dudas.

Su trabajo allí había terminado. Regresaría a informar de lo que había visto y de lo que, suponía, había sucedido en el interior...

John se levantó y se acercó a la barra a pagar la cuenta. El camarero y el señor mayor sentado habían mirado de reojo la escena.

—Una cita breve —dijo el hombre tras la barra con buena intención.

—Podría haber sido peor —respondió sin más, esbozando una sonrisa. Pagó la cuenta y regresó a casa.

Una cosa le había quedado clara: Anna era la mujer que estaba buscando. Estaba seguro. Cuanto más pensaba en ello más se convencía.

*
**

Una vez obtenida la información, a la persona que había ejercido de espía le llegaba el turno de rendir cuentas.

—¿Cuándo vamos a intervenir? ¿A qué estamos esperando? —dijo con impaciencia la persona que estuvo vigilando a John y a Anna en su encuentro de unos minutos antes. Acababa de relatarle a su interlocutor lo que había visto y creía que había pasado: que John le había dicho a Anna que sabía quién era y ésta, con miedo a su pasado, había huido.

—Ten paciencia —dijo. Aunque sabía que no apaciguaría los ánimos de su espía—. Cuando ella acepte que no conoce nada de su pasado y le cuente a

John García qué le sucedió y cómo ha llegado hasta donde ha llegado entonces, y sólo entonces, intervendremos.

—¿Crees que eso sucederá? —preguntó sin convencimiento.

—¿Lo dudas? Tú que la conoces mejor que yo...

—Bueno, puede que sí. Puede que tarde o temprano tenga la necesidad de llamar a John para contarle y descubrir su pasado —reconoció tras pensarlo con más calma—. Aún así, creo que deberíamos haber dado un paso al frente hace tiempo ya...

—Tranquilízate y sigue observando. Pronto actuaremos.

—Eso espero...

Fueron las palabras que dieron por concluida la conversación. Las ganas de actuar de la persona encargada del espionaje fueron aplacadas. Pero ¿por cuánto tiempo?

*
**

Había llegado a casa temprano, aunque ya esperaba que fuera a regresar pronto si le decía a Anna Smith lo que al final le había dicho, pero no había sido tan malo. Era lógico pensar que pudiera tener miedo de un pasado desconocido cuando ahora le iba tan bien en la vida. Pero no sólo había miedo, había miedo, sin duda, pero además había ganas de descubrir la verdad. Eso tranquilizaba, en parte, a John. Confiaba en recibir una llamada o algún email en días futuros para volver a tener un encuentro más fructífero que el de ese día. Había sembrado y esperaba recoger sus frutos. No había sido mala idea ir de frente, no tan mala al menos.

Con esos pensamientos John preparaba la comida a la espera del regreso de Lindsay.

Los últimos días había pensado también en ella, en Lindsay. Y había tomado una decisión, no había prisa, pero no esperaría a quedar liberado por los tres hombres misteriosos. Era hora de dar un paso adelante.

Antes de las dos de la tarde Lindsay entró por la puerta mientras él ya tenía la mesa puesta y la comida recién hecha.

—Qué puntual —dijo John al verla—. En el momento preciso en el que

todo está puesto y la comida acaba de hacerse.

—Así soy yo: exacta, precisa, estoy cuando debo estar. Excepcional, en resumen —dijo sonriendo antes de darle un beso—. Y ¿bien? ¿Cómo ha ido?

—De maravilla. Salió corriendo.

—No parece muy decepcionado.

—No, no lo estoy. Tengo la sensación de que no ha ido tan mal —confesó él.

—Si es que tengo unas ideas buenísimas —alardeó ella sabiendo que John había sido directo.

—Ya, ya. No presumas tanto que yo hago todo el trabajo. Cambiando de tema, ¿cómo te ha ido a ti?

—Ha estado bien. Me gustan esas cosas. Esos ritos.

—Más que a mí seguro. Vamos a comer que se enfría la deliciosa comida que he preparado —sugirió John.

—Llamaré primero a una ambulancia, por si acaso —bromeó Lindsay insinuando que las dotes culinarias de John no eran tan buenas.

Comieron tranquilamente y se echaron una siesta, el resto del día lo pasaron caminando y viendo una película. Ya pensarían el día siguiente que harían mientras Anna se decidía en si contactar con John o no. Él había decidido no atosigar a la profesora y darle tiempo, máxime cuando Anna tenía tantas cosas en las que pensar como su boda y sus excavaciones y proyectos arqueológicos. De todas formas, hasta el uno de enero del próximo año, que era cuando hacían su visita los tres hombres, tenía tiempo de sobra para averiguar más. ¿Para qué precipitarse? Las prisas nunca son buenas, no hay que impacientarse. Lo peor era la sensación de ganar demasiado dinero por no hacer nada; se sentía extraño con eso. Por suerte, lo compensaba ayudando a los más desfavorecidos. Por algo se había hecho policía; podría haber ido a una buena universidad, tenía calificaciones para ello... Pero nada le entusiasma tanto como los deportes, eso se frustró con la lesión y la pérdida de la beca deportiva, o hacer algo de utilidad para la sociedad, como siendo policía. Y, por desgracia, eso también se truncó el día que fue expulsado del cuerpo de policía de la ciudad de Nueva York. Ahora no se sentía tan útil como entonces, pero todo el dinero que tenía le permitía ayudar

a más gente que lo necesitaba, y de paso vivir muy bien, para qué engañarse. No necesitaba grandes lujos, era sencillo. Pero no por eso iba a vivir mal aunque se sintiera que no mereciera recibir tanto dinero por lo que hacía. Tuvo suerte de ser el escogido para ese trabajo. Pero ¿por qué? Ese era otro punto que de vez en cuando perturbaba sus pensamientos. En todos esos años había sido incapaz de descubrir nada sobre sus clientes. ¿Quiénes eran? ¿O es que era tan malo investigando que su incompetencia le impedía averiguar nada?

Todo llegaría...

XII

27 de junio

Salamanca, España

Más de dos meses después desde que Anna Smith salió corriendo de la cafetería dejando solo a John con las bebidas que habían pedido a medio tomar, ésta seguía sin dar señales de vida para conocer su pasado. John la había enviado un correo electrónico para disculparse por su brusquedad y facilitarle un teléfono móvil al que Anna pudiese llamarle, por si decidía cambiar de opinión y quería conocer quién era antes de perder la memoria y contarle a John cómo había pasado de ser una joven perdida sin recuerdos a convertirse en quien se había convertido. Quizás, incluso, John podría averiguar algo sobre los tres hombres que buscaban a la mujer.

La realidad era que Anna tenía más que contarle a John que al revés. Él poco podría aportar sobre quién era Anna Smith antes de convertirse en Anna Smith. Su baza, su esperanza era que Anna creyese que él sabía cosas sobre ella antes de perder la memoria. Pero, ¿quién era Anna Smith antes de su amnesia? ¿Qué había sucedido entonces?

Pero nada.

La curiosidad, en ese tiempo desde su fugaz encuentro en abril no había sido lo suficientemente intensa como para volver a poner a Anna en contacto con John. O, quizás, el miedo al pasado desconocido era más fuerte que la

curiosidad por descubrirlo. No había que olvidar que se iba a casar. Seguramente, ya se habría casado. Además, tenía una buena vida y un gran futuro por delante, eso parecía. ¿Por qué estropearlo todo por un pasado que ni siquiera recordaba? ¿Podría hacer mejor la vida de Anna conocer su pasado olvidado? Difícil que fuera así, John lo sabía y lo entendía, pero su esperanza se basaba en la necesidad del ser humano de saber.

Mientras esperaban manteniendo viva la esperanza de volver a tener noticias de Anna antes de que los clientes de John volvieran a visitarlo el día de año nuevo, John y Lindsay se dedicaron a disfrutar de la vida. ¿Qué más podrían haber hecho sin forzar la situación? Sí tenían que esperar, pues esperarían. Esperaron en otros lugares, pasaron algunas semanas en la capital, en Madrid, coincidiendo con su festividad en mayo.

Después gozaron de otro par de semanas en San Sebastián y alrededores en el norte de España, para concluir con dos semanas más en Italia, antes de regresar a Madrid y, unos días después, el 24 de junio, a Salamanca, donde ahora se encontraban.

Lindsay se había quedado durmiendo, recuperando el sueño y el cuerpo del viaje a Italia, mientras John se había levantado y había ido a nadar. Le dijo a una Lindsay medio dormía que regresaría a la hora de comer.

Tras pasarse una hora dentro del agua, salió de la piscina y caminó a hacer unas compras antes de regresar a casa. No le entusiasmaba comprar, generalmente, le dejaba esa tarea a Lindsay, pero de vez en cuando no le quedaba más remedio. Como estaba solo también quería aprovechar a comprar algo especial para Lindsay.

Según caminaba por las calles de la ciudad vio una joyería. Era el momento, se dijo. Sin dudar, entró.

Compraría el anillo ahora, pero dejaría para más adelante el pedirle a Lindsay que se casara con él.

No era la mayor ilusión del mundo casarse para John, pero sabía la importancia que Lindsay daba a los rituales de cualquier tipo. Y casarse era un rito importante que seguro que le gustaría, no lo había mencionado nunca, pero John estaba seguro de ello. Se conocían a la perfección. Si tenía que pedirle a alguien que se casara con él, esa era Lindsay. Si tenía que hacer la

promesa de hasta que la muerte los separe, sólo haría tal promesa a Lindsay.

Así que allí estaba, en una joyería dispuesto a comprar un anillo de compromiso.

—Buenos días —dijo el joyero al otro lado del mostrador cuando John entró—. ¿Qué desea, caballero?

Se trataba de un hombre entrado en años y el pelo canoso. Llevaba gafas y vestía con un elegante traje gris y camisa azul clara. John se aproximó al mostrador.

—Quería un anillo —dijo.

—Bien. De eso tenemos —bromeó el joyero—. ¿Tenía alguna idea de lo que desea? O mejor le enseño los anillos que tenemos.

—Enséñeme mejor —dijo John con una sonrisa de vergüenza por el desconocimiento absoluto de lo que quería, igual que la mayoría de los hombres cuando fueran a comprar un anillo para el mismo propósito que tenía John.

—¿Un anillo de compromiso? —preguntó el joyero, que ya había visto muchos hombres como John entrar en su tienda.

—Eso es.

El hombre del pelo cano sacó una numerosa muestra de anillos de bajo precio. Había vistos muchos hombres en la misma situación que John, pero no con el mismo poder adquisitivo. La apariencia de John no es que ayudase mucho a intuir que era un hombre pudiente, mucho menos después de regresar de la piscina con un pantalón corto y una camiseta, además de la bolsa de deporte con el bañador y la toalla.

Observó los anillos. Ninguno parecía convencerle y el joyero se percató de ello:

—Tengo más, si estos no le gustan demasiado —dijo—. Pero el precio ya es algo más elevado.

Es decir, dijo de manera sutil que hay más anillos, pero fuera del alcance de John. Éste captó el mensaje del joyero y respondió:

—Ah, bueno, el dinero no es problema. Muéstreme lo que a su juicio es más bonito y más puede gustarle a una mujer, sin importar el precio.

El joyero no parecía muy convencido, pero accedió de mala gana.

El nuevo material que presentó ante los ojos de John ya era otra cosa. Auténticas obras de arte en forma de pequeños anillos.

Tras unos minutos observando los anillos, acercándose los para verlos bien mientras escuchaba las explicaciones del joyero, se decidió.

—Éste —dijo tomando un anillo con un diamante y engarzado en oro blanco. No había sido tan difícil, se dijo así mismo John lleno de orgullo.

—Excelente elección —confirmó el hombre tras el mostrador. Veremos cómo va a pagarlo, pensó— ¿Sabe la medida?

—¿La medida? Sí, claro.

Se había aprendido la medida ya hacía tiempo y no se le había olvidado, por fortuna. Cuando le dijo el precio del anillo, John pareció no prestarle atención. Se afanaba en buscar la cartera y sacar una tarjeta para pagar. Puso la tarjeta sobre el mostrador y su pasaporte para identificarse, el joyero cogió la tarjeta y comprobó la identidad antes de pasarla por el lector de tarjetas.

Para sorpresa del joyero, el pago fue admitido sin ningún problema. Le devolvió la tarjeta a John, que la recibió con una sonrisa sabiendo que el joyero se pensaba que no podía permitirse comprar semejante anillo.

Una vez preparado el anillo para que pudiera llevárselo y la tarjeta ya guardada, se despidió del joyero dándole las gracias por la atención y recibéndolas a su vez por el desembolso realizado, y salió de la joyería.

De camino a casa revisó de nuevo la compra que acababa de realizar; tendría que esconder el anillo muy bien para que Lindsay no lo descubriera hasta que decidiera que había llegado el momento de pedirle que se casara con él.

Por el camino escuchó como sonaba un teléfono móvil sin haber ninguna persona alrededor.

—Anda, si es el mío —dijo, sin que nadie pudiera oírle, al percatarse de que el teléfono que sonaba era el suyo. No estaba acostumbrado a llevar el teléfono móvil consigo ni a recibir llamadas más que de Lindsay, y para que se cambiara de compañía, básicamente. Rebuscó en la bolsa de deportes. En un bolsillo lateral. Ahí estaba el móvil sonando sin descanso. Un número que no conocía.

»O se han equivocado o, lo más probable, llaman para cambiar de

compañía —pensó.

—¿Sí? —dijo aceptando la llamada.

—¿Señor García? —respondió una voz femenina que John no reconoció.

—Ese soy yo. Aunque Garcías hay muchos. Igual busca a otro —se hizo el gracioso ante quien creía que era una comercial que le iba a ofrecer cambiarse de compañía de telefonía móvil.

—Soy Anna Smith —dijo la voz al otro lado del teléfono. ¡Anna Smith! ¡Por fin!

Era la primera vez que escuchaba a Anna a través del teléfono. Por eso, y porque no prestaba atención a la llamada, no reconoció de quién provenía la voz al principio.

—¿Está ahí? —preguntó Anna.

—Sí, sí, disculpe. Me ha sorprendido recibir su llamada.

Era cierto que le había sorprendido la llamada, pero también lo era que la estaba esperando.

—La última vez no acabó muy bien que digamos —dijo Anna como si hubiera habido más veces—. Le pido disculpas por la forma de marcharme a toda prisa del bar...

Anna hizo una pausa antes de continuar hablando. John esperaba que lo siguiente que escuchara fuera un «pero»... Se equivocó, y le gustó que Anna no justificase sus actos y asumiera la responsabilidad de ellos sin ambages.

—Ahora creo que estoy preparada para escuchar todo lo que tenga que contarme. Si sigue dispuesto a ello, por supuesto.

—Claro. Creo que tenemos mucho que contarnos —dijo John, aunque sabía que no era del todo cierto. Era Anna quien más tenía que contar—. No tiene de qué preocuparse. No soy un loco o un acosador, y no pretendo conseguir nada a cambio —añadió para tranquilizar posibles inquietudes que ella todavía pudiera tener dentro y la hicieran echarse para atrás de nuevo.

—Lo sé. ¿Podría reunirse esta tarde conmigo? ¿Dónde se encuentra? —preguntó Anna.

—En Salamanca.

—Perfecto. Yo también. ¿Entonces? ¿Le vendría bien quedar esta tarde?

—Sí. ¿A qué hora y dónde? —quiso saber John.

—A las cinco en mi casa. Le mando la dirección en un mensaje ahora cuando colguemos.

—De acuerdo. Pues hasta entonces.

Colgaron. Unos segundos después recibió el mensaje con la dirección donde vivía Anna en Salamanca.

La curiosidad había ganado la batalla en el interior de la profesora. El miedo a lo desconocido estaba, por el momento, derrotado y se batía en retirada.

Cuando llegó a su residencia ya eran la una pasadas y Lindsay estaba levantada leyendo un libro. Un olor que despertaba el apetito de cualquier ser vivo que lo olfatease llegaba desde la cocina.

—Hmm, ¡qué bien huele! —dijo John a modo de saludo.

Lindsay se puso a cocinar cuando se levantó, después decidió continuar con el reposo mientras disfrutaba de la lectura. No llevaba ni cinco minutos con el libro en la mano cuando John llegó. Él fue a dejar la bolsa de deporte, no sólo a dejar la bolsa, tenía que guardar bien el anillo que acababa de comprar mientras Lindsay estaba tranquila leyendo sin moverse. Pero, ¿dónde?

Como no quería tardar demasiado y levantar sospechas, decidió que lo mejor sería esconder la caja con el anillo en un cajón que no recordaba que nadie lo hubiera abierto jamás. Al abrirlo, se reafirmó en su decisión. Había manteles viejos que llevaban siglos sin airearse. Sería un buen escondite. Esperaba que no lo suficiente para que, cuando fuera necesario recuperar el anillo, no olvidase dónde lo había dejado.

Con el cajón bien cerrado de nuevo, regresó a donde estaba ella.

—Adivina quién me ha llamado hoy —propuso a Lindsay.

—Una tal señorita Smith —dijo ella—. Bueno, igual ya ha cambiado de apellido.

—Bah. No tiene gracia que aciertes tan fácilmente —lamentó John—. Pues sí. Era Anna Smith. Quiere encontrarse de nuevo conmigo.

—¡Estupendo! ¿Cuándo?

—Esta tarde. A las cinco en su casa.

—Muy bien, a ver qué te cuenta, al menos ahora no podrá huir. Quizás te

eché a patadas de su casa, pero huir seguro que no. Es un avance. No lo estropees otra vez.

—Tranquila, Lis. Esta vez no seguiré tus consejos y saldrá todo a la perfección.

—Vale. Entonces lo celebramos esta noche con una cena y tomando algo fuera. ¿Te parece?

—¿Ya has decidido salir de la caverna? No has hecho más que dormir desde que llegamos aquí.

—Sí. Es hora de volver a ver la luz del sol.

—¿Por la noche? —dudó John.

—Claro. ¿Acaso la luna brilla por si misma? —respondió Lindsay. Tanto ella como él siempre tenían una respuesta ingeniosa que dar. Esa cualidad en Lindsay le encantaba, tenía una mente muy despierta. Ella añadió—: De todas formas iré a la peluquería esta tarde mientras tú, querido Johnny, te vas a casa de otra mujer —dijo exagerando la seriedad de su rostro para darle un resultado cómico.

—Mejor no contesto —respondió él sonriendo.

—Haces bien. No podrías haber salido bien parado —acompañó las palabras con una burla cariñosa.

—Lo sé. ¿Comemos? —sugirió John, que traía bastante hambre de la piscina. A lo que había que añadir el delicioso aroma que desprendía la cocina y recorría la casa.

Lindsay dejó a un lado el libro aceptando la propuesta de la comida. Se levantó y, ella y John, fueron a la cocina a comer lo que Lindsay había preparado.

Cuando quisieron terminar de comer todavía faltaban unas dos horas hasta las cinco, John no sabía qué hacer mientras tanto. Empezó a leer una novela, pero no se concentraba, así que abandonó la idea de leer. Vio un poco las noticias por la televisión y el resto del tiempo se dedicó a deambular como alma en pena por la casa, esperando que el reloj marcara la hora en la que salir para llegar a tiempo a la hora acordada.

Lindsay, que había retomado la lectura tras la comida, de vez en cuando levantaba la vista del libro para mirar como John andaba como un fantasma

de un sitio para otro; sonreía al verle así y volvía a concentrarse en lo que leía.

—Las cuatro y media. Creo que me voy a ir yendo —dijo John, ya preparado al fin, después de tanto caminar de un lado a otro de la vivienda—. ¿A qué hora vas a la peluquería?

—Tengo hora a las seis y media, quizás vengas antes de que yo me vaya.

—Puede ser. ¿Entonces te espero en casa antes de salir a celebrarlo? O a ahogar las penas —añadió lo último medio en broma para ver si espantaba sus temores sobre un nuevo fracaso.

—Sí, vengo a casa cuando termine. Si no has llegado, te espero.

—Deséame suerte —pidió John cuando ya se iba.

—Tranquilo. Esta vez todo saldrá bien.

—Ya veremos.

—Que sííí. ¡Suerte! A ver qué historia oculta la profe —intentó animarle. Se dieron un beso como despedida y él salió por la puerta rumbo a la casa de la profesora Smith.

Llegó al portal de entrada al edificio donde tenía su piso Anna Smith a las cinco menos diez minutos, se encontraba, prácticamente, en la plaza mayor. Como no quería parecer demasiado ansioso llegando con diez minutos de antelación, decidió esperar unos minutos.

Miraba constantemente el reloj. Parecía que los minutos no pasaban nunca. Tras lo que pareció a John una eternidad, el reloj marcó las cinco menos tres. Se precipitó dentro del portal y subió las escaleras hasta el piso de Anna. Tocó el timbre. Se oyeron pasos acercándose a la puerta...

**

Mientras John llamaba al timbre y esperaba que Anna le abriera la puerta, otra conversación que les afectaba directamente estaba teniendo lugar:

—Acabo de verle entrar en un edificio. Parece que va a reunirse con ella —decía una persona que debía haber seguido los pasos de John.

—De acuerdo —contestaba otra persona.

—¿Intervendremos?

—Puede que haya llegado el momento —confirmaba la persona que recibía la información y daba las órdenes—. Debemos suponer que ella le contará todo lo que sabe y viceversa. Mantenlos vigilados. Si no cambia nada, mañana será la hora de dar un paso al frente e intervenir. Saldremos a la luz. No hay que esperar hasta el uno de enero.

—Ok —parecía que los acontecimientos iban a precipitarse de un momento a otro.

—¡Por fin! —dijo la persona que ejercía de espía.

**

...Se oyó descorrer la cadena y la puerta se abrió. Allí estaba Anna Smith igual de majestuosa que el día que la vio en persona por primera vez.

—Buenas tardes —saludó ella mientras se apartaba a un lado e invitaba a pasar a John. En esa ocasión el saludo fue más cortés, no hubo dos besos como la primera vez.

Éste, a su vez, saludó y entró. Esperó en el hall de entrada mientras Anna cerraba la puerta y le guiaba por el inmenso piso hasta un enorme salón decorado con objetos de diferentes culturas y distintas épocas. También había una mesa, que parecía ser de roble, y sillas, además de un par de grandes sofás, entre los que había otra pequeña mesa, y otras tantas alfombras en el suelo. A todo esto había que añadir un armario y el correspondiente televisor de cuarenta pulgadas ocupando su trono en el mueble. Con un gesto Anna le indicó que tomara asiento en uno de los sofás.

—¿Algo de beber? ¿De comer? —ofreció.

—Un vaso de agua fresca si puede ser —pidió John con timidez.

—Claro. Se nota que ya hace calor... —dijo dirigiéndose a por el agua.

—Sí... —John esperó sentado. Mirando de un sitio a otro del salón.

Poco después apareció Anna con una bandeja sobre la que traía un par de vasos de agua y una botella recién sacada del congelador. La puso sobre la pequeña mesa delante de los sofás y se sentó al lado de John, pero en el otro sofá. John se fijó en el anillo que Anna llevaba, ya se había casado.

—Sí, ya me he casado y lo he celebrado en la correspondiente luna de

miel —dijo ella, que se había percatado de la mirada de John a su mano, enseñando el anillo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Enhorabuena! —la felicitó John. Como si leyera el pensamiento, Anna añadió:

—Peter, mi esposo, se encuentra en Estados Unidos. Mañana regresa antes de que marche a la excavación programada en julio.

Él asintió mientras cogía el vaso de agua que Anna le había servido y le pegaba un trago, qué bien sabía el agua fría en una tarde calurosa de verano. Ella continuó hablando:

—La última vez no fue un encuentro... cómo decirlo... fue un encuentro bastante fugaz. Me pilló de sorpresa. Además, con el lío de la boda y todo, me entró pánico de poder descubrir algo que echara por tierra todos los planes de matrimonio y demás.

»Como sabrá, gozo de buena vida y me encanta lo que hago. Tenía miedo. Ahora no tengo menos miedo, pero quiero saber.

—Entiendo —dijo John.

—Ahora estoy lista. Bueno, más que lista, quiero saber. Así que, cuénteme antes de que me arrepienta, y ahora que no puedo huir de mi propia casa —sonrió.

John tomó el relevo en la conversación, por el momento. Lo más probable, y signo de que todo iba bien, sería que fuera Anna quien hablase más.

—Pues bien —comenzó a relatarle lo que sabía—. Tampoco sé mucho de su pasado. Sé que la están buscando desde hace quince años. Soy detective privado y me contrataron para encontrarla. ¿Quién? Su familia —no estaba seguro de ello, pero decir otra cosa no ayudaría mucho.

Anna escuchaba con atención.

—No me contaron mucho. Aunque la paga ha sido muy generosa. Mi mejor pista fue la de una chica sin memoria que fue atendida en la Nochevieja de aquel año de mil novecientos noventa y nueve. Pero fue imposible continuar por esa vía, no dejó ni rastro. Hasta que hace unos meses vi por casualidad una noticia sobre usted que traía una foto suya. Retomé esa pista y ya sabe el resto.

Se quedó callado esperando que ella aclarase algo y le confirmara que era aquella mujer. Anna meditó sobre las palabras que acababa de escuchar y sobre lo que podía decir. Parecía dubitativa.

—Sí —dijo al fin—. Era yo.

—¿Qué pasó? —preguntó John esperando alentarla para que le contara su historia—. ¿No ha recuperado la memoria desde entonces?

—No, nunca he recordado nada anterior a esa noche —John volvió a echar un trago de agua mientras se preparaba para escuchar la historia de la vida de Anna Smith desde que tenía memoria—: Mis primeros recuerdos son de aquella noche. No recuerdo nada anterior y no he olvidado nada posterior. Es extraño. Curioso. Muchas veces me lo he preguntado.

»Por suerte a Peter no le ha importado nunca ni ha preguntado por mi pasado. Ni siquiera le importó mucho a quién me acogió entonces y fue una auténtica familia para mí.

»Lo primero que recuerdo, e imagino que ya sabrá, es que estaba prácticamente desnuda en una calle de un lugar desconocido para mí. Creo que llevaba alguna pulsera, no estoy segura. Me recogió una ambulancia, debí perder la pulsera allí... Puede ser, bueno, siguiendo con lo que usted ya sabe, me llevaron al hospital. En resumidas cuentas, me escapé de allí sin saber por qué, pero sentí que tenía que hacerlo. Todo eso ya lo conoce, ¿verdad? —Hizo una pausa para preguntarle.

—Sí. Desde ahí hasta esa noticia en el periódico, nada más —dijo John—. Fui incapaz de encontrar nada más sobre usted desde que huyó del hospital.

—Tutéeme. Creo que ya podemos dar por zanjado el mal sabor de boca del primer encuentro —dijo ella más relajada.

—Sí, mejor —añadió John, que también se relajó, echando la espalda sobre el respaldo del sofá—. Continúe, por favor... Quiero decir: Continúa.

—Voy. Pues una vez fuera del hospital, y ya con algo de ropa, llegué hasta un parque. No era un parque en realidad, se trataba de un cementerio; tenía mucho frío. No sabía que podía hacer, sin memoria y sin saber dónde ir. Pensé que había sido un error escaparme de aquella manera del hospital. ¿Pero qué iba a hacer? Lo había hecho y tenía que apechugar con ello,

aunque me costara la vida. Soy muy cabezota, ¿sabes? —sonrió de forma melancólica recordando aquella noche—. Por suerte, el destino tenía preparada para mí una sorpresa. Con el tiempo descubrí que fue un magnífico regalo el que la vida me brindó. No sé si lo que había dejado atrás era mejor o peor, lo que puedo decir es que tuve mucha suerte de lo que sucedió después.

—¿Qué sucedió? —preguntó John para que pareciera un diálogo y Anna se sintiera mejor relatando su vida.

—Sucedió que, desesperada vagando por el cementerio sin rumbo, apareció un señor caminando. Ya ves tú, ¿quién camina a esas horas por un cementerio? Pero como he dicho, ya estaba desesperada. En mi desesperación, y sin apenas poder hablar ni sabiendo cómo lo hacía, pedí en un susurro casi inaudible que me ayudase. El buen hombre se apiadó de mí y, tras insistir en llevarme a un hospital, me llevó con él...

XIII

1 de enero, quince años antes

Washington D. C., Estados Unidos

Era mediodía pasado del primer día del año y el hombre, ya mayor, se encontraba sentado en una silla de la habitación de su hotel. Meditaba. Se preguntaba por qué había actuado de la manera en la que lo había hecho.

Debía haber llevado a esa chica al hospital y haber avisado a la policía, pero no, no pudo hacer eso. En cambio, se la llevó consigo al hotel. ¿Por qué? No tenía ni idea. Se decía que eran de esas cosas que haces en la vida sin explicación alguna, pero que tienes que hacerlas.

Pensaba en todas las consecuencias de su acto de hacía unas horas, cuando el sol todavía luchaba por vencer a la oscuridad, mientras la joven que sacó del cementerio todavía permanecía dormida en la cama de la habitación.

Pidió que le subieran algo de comida. No iba a irse dejando a la desconocida sola; a saber qué sucedería si se despertaba. Podría irse y nunca averiguaría nada. La curiosidad es una fuerza muy potente en la naturaleza humana.

Comió despacio. Mirada perdida.

Estaba concentrado en sus pensamientos, era una forma extraña de comenzar un año nuevo. ¿Se estaría metiendo en un lío? Tampoco le

importaba demasiado. Había perdido todo lo que le importaba en la vida, casi todo. Qué más le daba meterse en problemas, ya era bastante mayor y había vivido tanto como para preocuparse ahora.

Estando absorto, dándole vueltas a la cabeza, escuchó un ruido; la joven debía de haberse despertado. Giró la cabeza y allí estaba ella, erguida en la cama, mirándole con extrañeza. No era por no reconocerle. Seguía sin recordar nada.

—Buenas tardes —dijo el hombre—. ¿Has dormido bien? Ella tardó en contestar.

—Sí —dijo con un hilillo de voz—. Sí, gracias —repitió con voz más firme.

—¿Recuerdas quién eres, cómo te llamas o algo? —inquirió. Negó con la cabeza. Tampoco quería volver a un hospital para que la examinaran. Era muy testadura.

El salvador de la joven le dijo que se llamaba Henry y que era británico, estaba de visita en los Estados Unidos. No sólo de vivos, también se encontraba visitando a los muertos, a antiguos compañeros durante la segunda Guerra Mundial. Por eso se encontraron en el cementerio. Por el momento decidió no revelarle más datos sobre sí mismo, podría tratarse de alguna estafa o algo peor.

—No logro identificar tu acento. Hablas inglés perfectamente, para lo poco que has hablado todavía, pero no pareces que seas americana. Desde luego, no eres británica —dijo Henry—. ¿Sabes si conoces algún otro idioma? —dijo cambiando el inglés por el español para probarla. Ella negó.

—Vaya. Así que entiendes el español —se sorprendió él. Probó con otros idiomas de los que sabía algunas frases, supiera hablarlos o no. El resultado fue que la joven entendió absolutamente todo, aunque no los hablase.

Henry dominaba, además del inglés, el español y el árabe. Era arqueólogo y antropólogo, ya tenía setenta y ocho años. Era un hombre mayor con escaso pelo cano y una mirada azul penetrante que delataban una larga vida, rondaría el metro setenta y cinco de estatura. Era delgado, pero con manos fuertes como tenazas, a pesar de que en los últimos tiempos se había mantenido algo alejado del mundillo académico, uno nunca se jubilaba por completo de esa

profesión. A menudo, muchos colegas recurrían a sus consejos, conocimientos y contactos.

Como ya sabía que ella podía hablar inglés, y entendía el resto de lenguas, empezó a comunicarse en español. No transcurrió demasiado tiempo cuando la joven empezó a hablarlo casi con la misma soltura que con el inglés, aunque no dominase un amplio vocabulario. Era algo extraordinario. ¿Quién sería esa joven?

—Querría llamar a un viejo amigo. Podríamos cotejar tus huellas para ver si estás en algún registro y averiguar quién eres —le explicó lo de las huellas ante la confusión de la joven—. Tranquila, nadie se enterará. Sólo mi amigo —la joven accedió.

Henry se acercó al teléfono que había en la habitación junto a la cama para llamar a su conocido. Buscó el número en una libreta y marcó con la extensión correspondiente para poder llamar fuera del hotel.

Daba tono. Era buena señal.

Esperó. Cuando iba a colgar, alguien contestó. Tuvo suerte. Su amigo estaba en casa y encantado de poder echarle una mano, le mandaría a alguien para tomar las huellas a la chica y ver qué se podría hacer. Todo en la más estricta intimidad.

—Perfecto —dijo cuando colgó el auricular—. Vendrá alguien para tomarte las huellas, en una hora estará aquí. Todo irá bien. ¿Sabes? Ahora existen teléfonos móviles. Sin cables —dijo a modo de comentario enseñándole el aparato que acababa de usar—. Pero no son para mí. Prefiero el contacto directo. Eso sí, he de reconocer que para alguna emergencia pueden ser útiles, pero me da a mí que más que ayudarnos a estar conectados, que lo harán, con el tiempo harán que estemos físicamente más solos. Mi nariz de antropólogo me lo dice... Mejor cambiamos de tema ¿no? —se quedaron callados un momento antes de que él volviera a hablar—. Debemos encontrarte un nombre. ¿Cómo dirigirme a ti? —sonrió Henry cambiando de tema—. Piensa, ¿cómo te gustaría que te llamasen?

—Ni idea. Ni siquiera sé cómo puedo llamarme —la joven se mostraba confusa, asustada.

Empezaba a confiar en aquel señor mayor, no tenía más opciones

tampoco, pero parecía un buen hombre. Se preguntaba si ella también había sido alguien de fiar antes. Sino, sería quien le había ayudado quien tenía que tener miedo de ella y no al revés. No podía estar segura de nada. No recordaba nada en absoluto.

Henry la estaba mirando, pensando, analizando la situación. Si iba a ayudarla tendría que hacerlo bien. El primer paso estaba dado: ver si sus huellas conducían a alguna parte, ahora necesitaba dar otro paso.

—Tenemos que comprarte ropa. No tienes más que una camiseta y un pantalón. Llamaré a recepción a ver si nos pueden ayudar con ese tema. Ahora que lo pienso, también debería pedir que nos cambiaran a una habitación doble. Ya no soy un joven para dormir en el suelo o en el sofá — mientras hablaba, la joven escuchaba sin pestañear. Asimilaba cada palabra como si las aprendiese—. De momento diremos que eres mi nieta. Para que pases desapercibida. Si te parece bien.

—Sí —dijo ella escuetamente.

—Bien. Ya sólo falta un nombre.

—Necesitaría saber cómo se llaman mis padres y su esposa por si alguien me pregunta —Henry la miró sorprendido: «Está chica va a ser más lista de lo que creía» pensó.

—Cierto. Bien pensado —dijo.

Ahora no le quedaba más remedio a Henry que contarle su vida. Quizás no habría sido una buena idea, ya era tarde. Parecía que el destino les había unido.

La mujer de Henry, apellidado Smith, se llamaba Ana; era nacida en Salamanca, España. Henry era británico, norirlandés. Se habían conocido en unas vacaciones que él había pasado en España. Desde que se casaron vivieron en el Reino Unido, pues él era profesor en Cambridge. Ana le hizo prometer a Henry que volverían a España cuando fueran mayores. Por desgracia, no pudieron hacerlo juntos. Aún así, él cumplió con la promesa y vivía en España desde que cumplió los setenta, aunque viajaba con frecuencia, quince años después del fallecimiento de su esposa.

Henry y Ana tuvieron un único hijo: Paul Ryan Smith. Paul nació cinco años después de haber finalizado la Segunda Guerra Mundial, en mil

novecientos cincuenta.

Paul se enamoró de una mujer iraquí con la que se casó en el año mil novecientos setenta y nueve. Esta mujer se llamaba Teby. Su familia era natural de la ciudad iraquí de Basora.

Paul y Teby vivían entre el Reino Unido e Irak. Numerosas excavaciones arqueológicas lideradas por Henry tenían lugar en la zona y Paul participaba en ellas. Esto permitía a Teby pasar gran parte del tiempo en su tierra, cerca de su familia.

Los problemas comenzaron al año siguiente al enlace matrimonial. En mil novecientos ochenta comenzó la guerra entre Iraq e Irán. Entre el año ochenta y tres y el ochenta y ocho fueron los peores años para Basora debido a la ofensiva iraní sobre el lugar, sería en ese periodo cuando Paul, el hijo de Henry, perdería la vida intentando sacar la familia de su mujer del país. Sin éxito. Todos murieron.

—Bueno, creo que no todos. Me parece que una hermana o una tía sobrevivió y se trasladó a Damasco con su familia. La verdad, no sé si consiguieron llegar a Siria —Henry terminó de relatarle la historia a la joven—. Podemos decir que naciste al año siguiente de la boda de mi hijo y antes de que comenzara la guerra. Que huiste con la tía o la hermana de tu madre a Siria como si fueras hija suya y hasta ahora que descubriste la verdad sobre que tu verdadera madre era Teby, que había muerto muchos años atrás durante la guerra, por ejemplo.

—Sí. De acuerdo —dijo con tristeza tras escuchar la historia.

—Además, tu tez es más oscura que la de un británico blanco, blanco como nosotros. Bueno, mi esposa también era muy blanca para ser española —sonrió con tristeza al recordarla—. Pasarías perfectamente por la hija de una iraquí y un británico. Ella asintió.

Se empezaba a relajar en presencia de Henry, y él, el padre de Paul, su padre de mentira fallecido al poco de ella nacer, ficticiamente también, empezaba a creerse que podría haber sido su nieta. Quizás esa sería la forma de ayudarla y ayudarse a sí mismo. Traería algo de luz a su vida, si realmente fuese su nieta.

—Ana —dijo de repente la joven.

—¿Perdón?

—Qué me llamen Ana —explicó—. Me gusta. Si no te parece mal.

—No. Es perfecto. Anna entonces —añadió una «n» al nombre—. Un placer conocerte, Anna —dijo sonriendo y ofreciéndole la mano para estrecharla.

—Igualmente, abuelo —respondió ella esbozando una sonrisa y estrechándole la mano. Era la primera vez que Henry la había visto sonreír.

Hablaban mezclando el español y el inglés, Henry lo hacía a propósito. Sentía como si la joven asimilara conocimientos a una velocidad increíble. Tener una nieta falsa con esas capacidades le devolvía la pasión por la vida, le llenaba de energías.

Poco después una empleada del hotel llamó a la puerta de la habitación. Era la hora de resolver el problema de la ropa. La mujer, de mediana edad con media melena rubia y elegantemente vestida, les informó, además, que podrían cambiarse a otra habitación. Henry se lo agradeció y le dijo que en cuanto su nieta tuviera ropa nueva se cambiarían de inmediato.

Henry le relató que había venido de visita a ver a su nieta, que se había descarriado, además de a unos viejos amigos. Cuando para su sorpresa recibió la llamada de la joven sollozando y lamentando que le habían desvalijado el piso por completo y que necesitaba ayuda.

—Ahí está —dijo señalándola—, así me la encontré. Lo denunciamos a la policía, pero como fue el exnovio quien alegó que eran sus cosas y respecto a la ropa de ella dijo que no sabía nada, pues se lavaron las manos —mintió. No era bueno dar explicaciones de más. Menos aún cuando no te las piden. Henry lo sabía, también sabía que esa situación representaba una excepción a la regla. En ese caso, no decir nada podría levantar suspicacias.

Tras esto la empleada se puso manos a la obra con la joven, la echó un vistazo y preguntó qué tipo de ropa deseaba.

—La de una chica normal y decente, debe cambiar de compañías —dijo, categóricamente, Henry metido en el papel de abuelo y tutor.

—Sí, tiene razón —añadió ella avergonzada y asumiendo el papel de nieta arrepentida.

—Supongo que también necesitará ropa de abrigo y zapatos. ¿Qué

número calza? —preguntó la empleada del hotel a la joven. Henry se puso pálido, no había caído en eso. Sería raro que no supiera su propio número de pie.

—Más o menos como el suyo —respondió ella, tranquilamente, mirando los pies de la mujer—. Un 8,5 o 9.

Segundos después la mujer del hotel abandonó la habitación diciéndoles que cuando volviera con prendas de vestir suficientes para la joven les entregaría la llave de la nueva habitación para que se cambiaran.

—¿Cómo sabías qué número calzas? —preguntó Henry cuando estuvieron solos.

—Ni idea. Vi que mis pies eran parecidos en tamaño a los de ella y dije lo primero que se me ocurrió.

»Eso era suerte —pensó él. ¿Suerte? Quizás la suerte no hubiera influido tanto.

Esperando el nuevo vestuario de la recién rebautizada como Anna, llamaron desde recepción para comunicarles que un hombre preguntaba por ellos. Venía de parte de Craig Rutherford, el amigo de Henry al que había llamado para que les ayudase. Se presentó:

—Buenas tardes —dijo cuando Henry le abrió la puerta—. Vengo de parte del señor Rutherford. Soy Tom Wilson.

Se trataba de un hombre de treinta y tantos años que no llegaría al metro setenta de altura. Delgaducho, pelo corto castaño con entradas pronunciadas. Vestía un traje negro, al igual que su corbata, y una camisa blanca; con él llevaba un maletín.

Le tomó las huellas a la chica y le sacó una fotografía. Tras decirles que no quedaría rastro de la foto y las huellas en ninguna base de datos después de hacer la búsqueda a ver si daba algún resultado y asegurarles que pronto recibirían noticias, se marchó. En un visto y no visto. Ni cinco minutos le había llevado al enviado del señor Rutherford hacer su cometido.

La llamada no se hizo esperar, eso era eficiencia. El resultado había sido negativo, no había nadie registrado a quien le correspondieran dichas huellas tomadas a la joven, ni nadie que encajara con la fotografía tomada. Nada.

La mujer de melena rubia volvió a hacer acto de presencia unas horas

después.

Le acompañaban un par de empleados del hotel, que cargaban una gran cantidad de bolsas con el nuevo vestuario de su ficticia nieta. En lugar de entrar, les pidió a Henry y su nieta que les acompañaran a su nueva habitación, de esta forma podrían ayudarles con las bolsas y las maletas.

Una vez instalados en la nueva habitación, Henry les dio una generosa propina, que la mujer y los botones agradecieron con gran regocijo antes de abandonar la habitación.

Salieron a dar un paseo un poco antes de cenar, se habían pasado el día entero en el hotel. Cuando regresaron, Henry quería hacerle unas pruebas a la chica. Había estado pensando en ello; quería ver cómo escribía y ver en qué idioma pensaba instintivamente. Podría decir mucho de ella la forma de escribir, quizás descubrieran algo. Había comprobado mientras cenaban que podía leer y entender lo que leía, ahora quería ver si podía escribir. Pero antes empezó por los pensamientos. ¿En qué idioma pensaba?

—No sé —contestó la chica—. En ninguno en concreto, a veces en español y a veces en inglés, depende la situación. No sé.

—Este camino no nos conduce a ninguna parte —lamentó Henry—. Veamos tu escritura —le pasó un lápiz y una hoja de papel en blanco.

—¿Qué escribo?

—Lo que quieras. Lo primero que te venga a la cabeza —pensó con el lápiz en la mano y la hoja delante, atacó la hoja con poca decisión. Cuando terminó, se la pasó a Henry.

—Hmm... —rumió él mientras leía—. Una frase en inglés y otra en español, letra bonita de chica. Nada relevante. Eres todo un misterio, jovencita.

Ella frunció el ceño como si intentase desvelar el misterio y poder contárselo a ese buen hombre que la estaba ayudando. Imposible.

El misterio tenía los visos de que iba a durar largo tiempo, ni siquiera conocía la persona que tuviera la clave para resolver el enigma que era ella en sí misma. Había sido un día muy largo ese primer día del año, sobre todo para Henry.

Estaba agotado. Vaya forma de comenzar el año nuevo. Apenas se hubo

echado en la cama, se quedó dormido. En cambio, la nueva nieta, que había aparecido en su vida como por arte de magia, tardó mucho más en abandonarse en los brazos del sueño.

Estuvo largo tiempo pensando, intentado recordar. No obtuvo ningún éxito. Así que decidió meditar sobre qué le depararía el futuro. Qué sería de su vida de ahí en adelante.

¿Recordaría alguna vez? Por suerte, había encontrado a Henry. Se necesitaban mutuamente. Empezaban a saberlo...

**

2 de enero

Llegó el día siguiente.

Se levantaron pasadas las diez de la mañana y bajaron a desayunar algo a la cafetería del hotel. Apenas hablaron. Ambos sabían que había llegado el momento de tomar decisiones, Henry debía decidir si seguir ayudando a la joven y ella tendría que afrontar su situación.

Cuando terminaron de tomar su desayuno, había pedido un té él y ella le imitó, permanecieron un rato en silencio, pensando en qué harían. Nadie se atrevía a romper ese estado de meditación en el que se encontraban. Para su desgracia, no quedaba más remedio. Henry lo sabía y ya había tomado su decisión.

Para sorpresa del hombre, como si le hubiera leído el pensamiento, la chica se anticipó:

—Podríamos seguir fingiendo que somos abuelo y nieta —dijo con timidez, rompiendo el silencio—. No tengo a nadie y usted tampoco. Creo que puedo confiar en usted... —se quedó callada de repente.

Henry, en un principio, no supo que decir. Había pensado en esa opción, pero no sabía qué hacer. Antes de que hablase la joven no tenía dudas del paso a dar, ahora estaba indeciso.

—¿Qué pasará cuando recuperes la memoria? —preguntó antes de decidirse.

—No lo sé. Quizás nunca la recupere, pero bueno, tiene razón desconfiando —dijo intuyendo las dudas del candidato a ser su abuelo—. Soy una desconocida, una extraña. Ya ha hecho más por mí de lo que cualquiera haría... Creo. Ya sabe que todo es nuevo para mí —esbozó una leve sonrisa—. Se lo agradeceré eternamente.

—Soy un pobre viejo. ¿Por qué ibas a querer ser mi supuesta nieta?

—Porque es un buen hombre y sería un gran ejemplo para una nieta —estaba convenciendo poco a poco a Henry de seguir adelante y hacer su farsa realidad.

—Si apenas me conoces —rio él—. ¿Estás segura? —Henry ya se había decidido: daría una oportunidad a esa joven.

—Es de lo único que estoy segura —sonrió feliz.

—Qué demonios. Pues adelante —dijo Henry—. Tendremos muchas cosas que hacer para que seas mi nieta a efectos legales y a ojos del resto del mundo.

También pensó en redactar un testamento especial en caso de que la joven no fuera digna de la confianza que Henry estaba depositando en ella.

—Entendido. Haré lo que haga falta. No le fallaré —dijo.

—Creo que ya debes hablarme de manera más familiar, si vamos a ser familia.

—De acuerdo, abuelito.

—Vamos mejorando.

Habían tomado su decisión, una decisión que los uniría como familia; los dos estaban contentos. No sabían si tarde o temprano acabarían arrepintiéndose. No creían que eso llegara a suceder. El destino parecía que los había unido, no sólo el destino, la soledad y la tragedia personal de cada uno también habían jugado un papel importante en que tomaran ese camino que había comenzado el día anterior. La necesidad hace extraños compañeros de viaje.

Tras el desayuno visitaron algunos monumentos típicos de Washington D.C.: La Casa Blanca y los monumentos Franklin y Lincoln, entre otros.

Una vez realizada la visita turística de rigor, regresaron al hotel, tenían que planificar los detalles de la nueva identidad de la joven. Henry debería

usar sus contactos para que se hiciera realidad.

—Bueno, el nombre está decidido. Anna —comenzó diciendo Henry en la habitación del hotel sin nadie que les escuchara. Ella asintió—. Ahora tienes que decidir si quieres tener pasaporte británico o español. Es lo que te puedo conseguir.

—¿Qué sería más fácil y lógico? —preguntó.

—Teniendo en cuenta que mi hijo era británico, aunque de madre española, y Teby no era ni de una parte ni de la otra... Pues quizás deberías elegir el pasaporte británico, para empezar. Quizás eso sería lo más lógico. De todas formas, será igual de difícil conseguir uno u otro. Da igual. Elige lo que quieras, en el futuro podrás cambiar.

—Pues británica —eligió sin ninguna preferencia.

—Ok —Henry tomó nota en un papel—. Los padres están claros: Paul y Teby. Ahora tu fecha de nacimiento... Tengo una idea. ¿Qué te parece el uno de enero? Al fin y al cabo es cuándo nos conocimos.

—Perfecto.

—Y el año... Hmm... Déjame pensar —dijo Henry alzando la vista al techo de la habitación intentando encontrar una fecha apropiada—. Podría ser mil novecientos ochenta. Creo que ya algo comentamos. Así pues tendríamos que naciste el uno de enero de mil novecientos ochenta. Tendrías ahora mismo diecinueve años —declaró despacio mientras lo escribía en el papel—. Creo que puedes pasar por una chica de diecinueve —dijo examinándola con la mirada.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Anna.

—Ahora vamos a comer. Hemos pensado demasiado y debemos reponer energías —dijo Henry en tono jocoso—. Después deberíamos ir a que te hagan unas fotos de carnet.

—Pues vamos a comer.

Agarró a Henry por el brazo y se fueron a comer.

Por la tarde Anna se sacó unas fotos tamaño carnet que serían necesarias para sus documentos.

No todo estaba hecho, quedaba lo más difícil: que Anna se convirtiera, oficialmente, en nieta de Henry y consiguiera los documentos necesarios. En

concreto necesitaba un pasaporte, para empezar. Cuando regresara con Henry de vuelta a Gran Bretaña y/o España podrían resolver el resto de asuntos que les quedaran.

Con las fotos en la mano volvieron una vez más a su habitación. Henry se pasó el resto de la tarde haciendo y recibiendo llamadas mientras Anna se pasó el tiempo leyendo y viendo la televisión. Más que una habitación de hotel parecía el gabinete de crisis de algún jefe de la inteligencia de un país o de un mandatario con tanta llamada entrante y saliente.

—Debes tener muchos amigos. Muchos y buenos —dijo en una ocasión Anna.

—Alguno que otro —respondió sin dejar de prestar atención al teléfono—. Los mejores amigos se hacen en los tiempos y situaciones más complicadas, más difíciles. De esas circunstancias he tenido no pocas en la vida. Por suerte para nosotros, tengo los amigos adecuados para nuestras necesidades actuales.

Cuando el auricular del teléfono dejó de levantarse, ya fuera para hacer una llamada o responderla, sólo faltaba esperar que esos amigos y contactos de Henry hicieran su cometido.



Días después obtuvieron los resultados en forma de pasaporte para Anna para poder salir del país y regresar a Europa, y otros documentos que les serían de utilidad para cuando estuvieran de vuelta. Oficialmente ya se había convertido en Anna Smith. Hija de Paul Ryan Smith y nieta de Henry Smith. Había nacido en mil novecientos ochenta en Basora, Irak. Sus padres, Paul y Teby, habían fallecido en una ofensiva iraní durante la guerra entre ambos países durante la década de los ochenta. Anna, siendo un bebé, consiguió salir del país rumbo a Siria con un familiar de su madre. Tras años viviendo en la ignorancia le fue revelada la verdad, fue entonces cuando ella, Anna, quiso conocer a su único abuelo con vida, Henry Smith.

Esa sería la historia oficial de Anna Smith. No hablaría de otra historia porque, simplemente, no conocía otra. Sería fácil para ella vivir como si ese

cuento fuera cierto. No recordaba nada. A ojos de Anna era mejor tener un pasado, aún ficticio, que no tener nada.

Para Henry tener a Anna en su vida sería traer algo de luz a una vida de éxito profesional y tragedias personales. Antes estaba solo, su hijo muerto muchos años atrás y su mujer más recientemente. Ahora tenía una nieta, no era real, al menos la sangre que corría por las venas de Anna no era la que tendría en su interior la hija nacida fruto de la semilla de su hijo, lo sabía, pero no le importaba.

El destino les había ofrecido una oportunidad a ambos. Tanto Anna como Henry decidieron aprovecharla...

XIV

27 de junio, presente

Salamanca, España

Anna estaba terminando de contar a John su historia desde aquel uno de enero.

—Luego, una vez en Europa, me hice con el resto de documentos necesarios. Todo falso, pero a la vez verdadero. Legal. ¿Me entiendes? — John asintió a la pregunta de Anna—. Después me puse a estudiar con la ayuda de mi abuelo, de Henry. Aprendía muy rápido todo, no sé, se me daba todo bastante bien —Anna recordaba aquellos días con cierta nostalgia—. Gracias a los contactos de Henry, accedí a la universidad tras pasar un examen. Y el resto es historia. Creo que ya conoce toda esa información, ¿verdad?

—Cierto —confirmó John.

—Empecé, también, a participar en excavaciones arqueológicas gracias a antiguos amigos y compañeros de mi abuelo y me fui haciendo un nombre en el mundillo —añadió—. La verdad es que tuve mucha suerte de encontrar a alguien como Henry.

Mientras Anna le había estado contando su historia tras desaparecer del hospital, John no movió ni un músculo. Estuvo escuchando con suma atención cuanto ella decía, sentado en el sofá de la casa de Anna, inclinado un

poco hacia adelante en señal de interés. Las únicas pausas que hubo en el relato fueron para refrescarse la garganta con un trago de agua fría.

Anna se levantó y fue a la cocina a por más agua de la nevera. En ese breve espacio de tiempo John reflexionó sobre la historia que acababa de escuchar. No le había parecido una historia demasiado larga, pero extremadamente interesante. No había dudas de que Anna Smith sería la excepcional mujer que aquellos hombres que le contrataron andaban buscando.

—¿Henry sigue vivo? —preguntó cuando ella regresó y volvía a tomar asiento en el sofá de al lado. Pero nada más hacer la pregunta y ver el rostro de Anna, se arrepintió de haberla hecho.

—No —dijo ella lacónicamente mientras la tristeza cubría su rostro—. Ya hace varios años que falleció.

—Lo siento —expresó sus condolencias a la vez que intentaba subsanar el error de haber formulado la pregunta, al menos de la forma en que lo había preguntando. Sintió vergüenza para añadir nada más.

Ambos quedaron en silencio. Anna recordando a Henry, con la mirada perdida en el pasado. John camuflando su vergüenza con un nuevo trago de agua y sin saber dónde posar la mirada.

—Así es la vida —dijo, al fin, ella rompiendo el incómodo silencio—. Tengo que dar gracias de haber tenido la fortuna de encontrar al que se convirtió en mi abuelo en el momento oportuno. Tengo treinta y cuatro años y sólo recuerdo quince de esos años. Todo se lo debo a Henry. Me trató como si fuera una hija. Creo, realmente, que él lo sentía así, al igual que para mí fue un auténtico abuelo y un verdadero padre. Digo lo de padre porque los abuelos, en general, tienden a ser más permisivos y a malcriar a los nietos, y los padres son más protectores, intentan educar, enseñarte para que puedas valerte por ti mismo el día de mañana. No sé si me entiendes lo que quiero decir —John hizo un gesto como si comprendiera—. Pues eso. Desde que encontré a Henry aquel día, todo me ha ido muy bien. A excepción de su muerte, que por desgracia es ley de vida.

—Entiendo. Entiendo que tuvieras miedo de que un pasado desconocido irrumpiera en tu vida sin saber que podrías esperar y cómo podría afectar a tu

vida.

—¿Crees que son peligrosos esos quienes te contrataron? ¿Corro peligro?

—preguntó Anna.

—La verdad es que no puedo asegurarlo. No sé prácticamente nada sobre esa gente, ni siquiera estoy seguro de que seas tú a quién están buscando...

—Ya, pero lo cree.

—Sí, lo creo —volvió a hacerse un pequeño silencio en la habitación. Fue Anna quien volvió a romperlo:

—¿Debería avisar a la policía?

—No lo sé. Seguramente no podrían hacer mucho si lo intentaran. Esos hombres sólo los he visto el uno de enero de cada año y el día que me contrataron —comentó John—. ¿Te pondrían vigilancia? Es posible, teniendo en cuenta quién eres. Pero la retirarían en pocos días. No existen amenazas ni nada por el estilo. Ni siquiera rastro alguno de esos individuos. Siento serle de tan poco ayuda.

—No te preocupes. Tarde o temprano sabía que este momento llegaría. En muchas ocasiones me he preguntado de dónde vendría. A veces me sentía diferente al resto. No sé, si al menos recordase algo. Es como si no existiera antes de aquel día. Como si fuera un ordenador que su disco duro estuviese completamente nuevo a la espera de ser usado. Una pérdida de memoria es bueno para el alma. No sé si en este caso también... —Anna estaba confiando en John—. ¿Puedes prometerme algo?

—Si está en mi mano, sí.

—Prométeme que estarás atento, que me mantendrás... cómo decirlo... vigilada.

—¿Vigilada? —preguntó John frunciendo el ceño.

—Sí. Que estarás pendiente de mis movimientos por si aparecen esos hombres que te contrataron.

—¿Quieres decir que me asegure que todo está bien y no te pase nada si aparece esa gente? —preguntó para estar seguro.

—Exacto. Al menos, que alguien ajeno a mi vida diaria tenga conocimiento de lo que sucede, en el caso de necesitar ayuda o de avisar a la policía. Como has dicho, no sabes a ciencia cierta nada de esos extraños que,

supuestamente, me buscan. Pues eso, estate atento. Prométemelo —insistió Anna.

—Haré lo que pueda —evitó decir que lo prometía. Sólo hacia una promesa si estaba seguro de que podría cumplirla. Pero en ese caso, ¿cómo estar seguro si esos hombres trajeados que le encargaron la búsqueda de la mujer se escapaban a su control y no sabía nada de ellos?—. Hasta el uno de enero todavía hay tiempo. Todo irá bien.

Anna pareció aceptar lo que John le dijo, aunque no se tratara de una promesa en sí. Aun así, creía que él estaría vigilante ante su situación. Si algo raro pasara, estaba convencida de que John actuaría.

—Ya hemos hablado mucho de mí —dijo Anna con una sonrisa dispuesta a cambiar de tema—. Tu turno, cuéntame. ¿Casado? ¿Familia? Recuerdo —continuo diciendo antes de que John pudiera siquiera abrir la boca para contestar— que me contaste algo sobre tu familia de aquí de Salamanca. ¿Era cierto? ¿O mentiste para ganarte mi confianza?

—No, no. Era todo cierto. Lo del libro fue mentira, como ya te dije. El resto, el tema familiar, completamente cierto —dijo categóricamente—. Si bien he de reconocer que con eso quería ganarme tu confianza, pero es verdad.

—Ok, te creo —aceptó la palabra de John mientras hacia una mueca calibrando las palabras—. Pues volvamos al tema. ¿Tienes a alguien? ¿Más familia? Un momento —volvió a impedir que contestara—. Contéstame después de la publicidad —bromeó—. Voy a por algo de picar. Un poco queso, unos cacahuetes... Shsss. No digas nada, lo voy a traer de todas maneras —dijo mientras se levantaba.

John hizo el gesto de cerrarse la boca como con una cremallera. Mientras ella estaba en la cocina miró el reloj que llevaba en su muñeca.

Todavía eran las cinco y cuarenta. Pensó en Lindsay, que no tenía hora en la peluquería hasta las seis y media. Así que se permitió relajarse. Podría someterse al test de la profesora, incluso contestando preguntas se podría descubrir mucho de la persona encargada de preguntar. De todas formas él no tenía nada que esconder, lo más importante ya se lo había contado.

Minutos después Anna regresó con una bandeja con queso, unos

cacahuets y patatas fritas y chorizo. Trajo hielo para el agua y una botella de vino. También había un par de servilletas de papel.

—Sírvete —dijo sonriente volviendo a tomar asiento.

—Gracias —contestó John alcanzando la bandeja con la mano, cogiendo una rueda de chorizo y llevándosela a la boca.

—Estoy esperando —ánimo Anna a John a que hablara cuando terminó de tragar su bocado.

—Alguien hay —dijo al fin—. No estamos casados, pero pronto se lo pediré. A ver qué dice.

—Genial. No tengo dudas de que te dirá que sí.

—Eso espero —sonrió tímidamente John.

No le gustaba mucho hablar de su vida privada con desconocidos; tampoco tenía muchos conocidos, mejor dicho, amigos con quién hablarlo. Básicamente, en el mundo sólo le quedaba Lindsay. Quizás podría hablar, confiar en la doctora Miller como lo había hecho cuando fue a enseñarle la foto de Anna Smith. ¿Pero quién más había en su vida a quién pudiera confiar algo? Nadie.

—Pues a ver si cenamos algún día los cuatro —soltó de repente Anna, risueña—. ¿Qué te parece?

—Estoy convencido de que a ella le gustaría —confesó John.

—Perfecto —se alegró ella—. Cuando regrese de la excavación, organizamos algo. Así también te será más fácil tenerme controlada y vigilada si entablamos amistad los cuatro.

—Así, pues sí. No había caído en eso.

—Vaya detective estás hecho, no sé cómo me has encontrado. Me pregunto por qué te contrataron —dijo Anna con sorna, burlándose de John como si ya fueran amigos.

—Eso también me lo pregunto —contestó él medio en broma, medio en serio.

Estaban hablando, tranquilamente, cuando de repente oyeron como alguien abría la puerta de la entrada sigilosamente, procurando hacer el menos ruido posible, Anna se levantó de su asiento a su vez. También intentando no hacer ruido. John iba a imitarla, pero la mano de ella hizo un

gesto para que permaneciera quieto donde estaba.

Cogió un jarrón y se colocó escondida tras la puerta de acceso al salón desde el hall de la entrada, por donde John había pasado.

Y esperó.

John miraba expectante en dirección a la puerta.

Escucharon unas leves pisadas acercándose, en cualquier momento alguien aparecería, notaban la presencia a punto de entrar. Anna tensó los brazos para asestarle con el jarrón al intruso. John se preparó para saltar del sofá...

—Sorpre... —dijo, a medias, un hombre apareciendo por la puerta. Se quedó callado al ver a John en el sofá y por el rabillo del ojo ver cómo le iban a golpear en la cabeza con lo que creyó que sería un jarrón—. Pero qué... —reaccionó dando un salto hacia atrás del susto, a la vez que dejaba caer la maleta que llevaba consigo al suelo.

—¿Peter? —dijo Anna, sorprendida. Había detenido el ataque justo a tiempo de no abrirle la cabeza a su esposo.

—Joder qué susto —dijo en inglés Peter—. Yo que quería sorprenderte y ahora estoy al borde del infarto. ¿Quién es él? —preguntó tras recuperarse del susto. Anna dirigió la mirada a John y contestó:

—Es el señor García. Necesitaba información para un libro y me presté a ayudarlo —mintió.

John dedujo que el marido de Anna no tenía ni idea del pasado desconocido de su esposa, o ella no quería que él supiera mucho, pues no sería él quien se lo revelase. El detective privado se levantó del sofá y estrechó la mano de Peter mientras Anna hacía las presentaciones.

—Encantado —dijo uno.

—Igualmente —respondió el otro.

John echó un vistazo rápido al hombre que tenía frente a él. Según sus cálculos debía rondar los treinta y cinco o treinta y seis años de edad y medir poco más que su esposa: alrededor del metro setenta o algún centímetro más. Pelo moreno con un pequeño tupé. Iba elegantemente vestido, con una camisa clara y pantalón oscuro, para el día caluroso que hacía.

Al estrecharle la mano notó que era fuerte y callosa, ya sabía que había

sido el jardinero de Anna y que ahora era más un hombre de negocios.

No parecía que en su época como jardinero hubiera sido un conquistador, pero ahora tenía una esposa tan bella e inteligente como Anna, algo debía haber hecho, y algo debía de tener, para haberla conquistado.

—No te esperaba hasta mañana —dijo Anna.

—Pues vaya —lamentó Peter sin perder la sonrisa—. Pretendía darte una sorpresa y casi me da un infarto. Voy a dejar la maleta en la habitación.

—Creo que yo debería irme —dijo John mirando el reloj. La conversación había pasado al inglés desde que apareció el esposo de Anna—. Ya tengo toda la información que necesito. Muchas gracias.

—Antes de que llegases —dijo ella dirigiéndose a su esposo y devolviendo el jarrón a su sitio— le estaba diciendo que podríamos quedar los cuatro, nosotros y él y su mujer, algún día. También me iba a empezar a contar más cosas sobre él y su amada.

—Entonces llego en el momento justo —dijo Peter—. Voy a dejar esto —dijo cogiendo la maleta del suelo—, y pasamos al interrogatorio.

Peter se fue a dejar sus cosas y John y Anna volvieron a sentarse, cada uno en un sofá. Mientras esperaban ella le dirigió una mirada que pedía a John que no dijera nada sobre lo que habían estado hablando. Él la tranquilizó con otra mirada mientras pensaba en algo extraño que había sentido cuando Anna empezó a hablar en inglés con Peter. En un primer momento le había parecido reconocer la forma de hablar de los tres hombres misteriosos, pero esa sensación apenas duro una fracción de segundo.

Minutos después Peter regresó con un vaso y una botella de whisky.

—Ha sido un viaje largo —dijo tomando asiento al lado de Anna—. Además, tengo que recuperarme del sofocón que me habéis provocado. ¿Quieres? —ofreció a John. Éste rehusó diciendo que prefería el agua en ese momento—. Bueno, así que vas a escribir un libro sobre estas cosas —dirigió la mirada a las estatuillas y demás objetos con historia que ocupaban un sitio en la sala.

—Eso parece. Tu mujer me ha dado demasiada información y ahora me siento abrumado —respondió John.

—Así es ella —sonrió Peter mirando a Anna y cogiéndola de la mano—.

Has acudido a la persona adecuada. Además, le entusiasma.

—Ya lo he comprobado —confirmó John sonriendo tímidamente.

—Por tu inglés y tu nombre, claro, diría que no eres de aquí. ¿Has venido expresamente hasta aquí por la profesora Smith?

—Qué va, mi familia es de aquí. Yo soy de Nueva York. Con Lindsay, mi amada, como dice la profesora Smith, llevamos varios meses aquí disfrutando de la vida y, por suerte, tuve la oportunidad de que una experta me asesorara en estos temas antiguos.

—Estupendo. Yo me paso el tiempo entre Estados Unidos, Londres y donde ella se encuentre. Quizás algún día cuando estés por allá —refiriéndose a Nueva York—, le haga una visita. Siempre viene bien hacer nuevas amistades.

—Claro. Serás bienvenido.

Durante unos minutos más Peter y Anna sometieron al bueno de John a un cuestionario de distinta índole. Uno más interesado en deportes y otro más en el lado sentimental.

—Cambiando de tema. Que Anna ya te ha hecho sufrir bastante...

—Oye —dijo Anna a Peter lanzándole una mirada amenazante, pero llena de cariño—, tú has sido más insistente. Mis preguntas eran inocentes.

—Ya... —dijo Peter mientras se llevaba un golpecito de Anna—. Bueno, como decía: cambiando de tema. Supongo que, si vas a escribir sobre historia antigua, te gustara, ¿no?

—Mucho. Pero soy un profano en la materia.

—Pues si a ella le parece bien —señaló a Anna— te puedo enseñar lo que he comprado a un anticuario.

—¿Por qué me iba a parecer mal? —quiso saber Anna.

—Esa era la otra sorpresa que quería darte —miró a Anna—. No es nada del otro mundo, sólo unas cosas raras que vi y pensé que te gustarían.

—Adelante. Enséñanoslo —permitió Anna. Peter se levantó y fue a la habitación donde había dejado la maleta.

John sentía curiosidad sobre el regalo que había comprado Peter para su esposa, también sabía que el sacarlo ahora delante de él era una forma que el esposo de Anna tenía de marcar su territorio. Peter nunca lo reconocería, pero

se había puesto celoso al ver a John en su casa cuando él no estaba y no se le esperaba. No había pasado ni un minuto cuando estaba de vuelta con dos paquetitos pequeños envueltos para regalo.

—Aquí están. Toma —se los dio a Anna—. Ábrelos.

—Estoy intrigada —dijo ella afanándose por abrir el más abultado de los paquetes— ¿Qué será? —estaba tan excitada como un niño deseando descubrir que le habían traído los reyes magos o papa Noel—. Oh ¡Qué bonita! —dijo al fin al abrir el paquete y ver una extraña pulsera forjada en hierro.

—El anticuario que me la vendió no sabía mucho al respecto, se hizo con ella hacía años y nunca pudo descubrir nada. Eso sí, le parecía muy antigua y especial. Como a mí me lo pareció —comentó Peter— ¿Qué te parece, John?

—Curiosa y bonita.

—Mucho —añadió Anna—. Creo que realmente es especial y única. Debe de tener miles de años de antigüedad. A primera vista te diría que se trata de hierro de meteorito, el primer hierro usado para forjar utensilios y armas. Debe pertenecer a...

—Calla, profesora —la interrumpió Peter—, y abre el otro. Cuando se emociona es difícil pararla. —Se dirigió, esbozando una sonrisa a John con la última frase.

—Vamos con el segundo —Anna tomó el segundo paquete, más plano que el anterior, pero de similar tamaño.

—¡Oh! Un colgante. Muchas gracias, cariño —el agradecimiento lo acompañó con un beso.

—El cordón lo compré aparte y no es nada del otro mundo —dijo Peter.

—Pónmelo —pidió Anna a su marido mientras se descubría el cuello para que él le pusiera el colgante—. Mira, John, qué colgante más bonito.

—Qué pálido estás. ¿Te encuentras bien? —Se preocupó Peter. John estaba blanco.

—Sí, sí. Será el calor. Soy una persona bastante calurosa. Bonito colgante —añadió.

—Bebe un poco, a ver —sugirió Anna—. Podemos subir el aire acondicionado si prefieres.

—No, tranquilos. No es nada. Con un paseo se me pasa. Además, va siendo hora de irse. Ya os he robado mucho tiempo y tenéis muchas cosas que hacer aún —justificó John para marcharse. Tampoco tenía nada más que hacer en casa de Anna sentado en el sofá.

—Bueno, pues espero que nos veamos pronto. Un placer conocerte — Peter se levantó al igual que John y le estrechó la mano. Deseaba quedarse a solas con Anna. Ella imitó a los dos hombres y también se puso en pie:

—Te acompaño a la puerta —dijo. Anna dirigió a su invitado hasta la puerta de salida. La abrió. John salió.

—¿Seguro que estás bien? —insistió ella.

—Sí. No es nada.

—De acuerdo. Pero si te viera de noche en un manicomio abandonado saldría pitando al ver un fantasma, que es lo que pareces ahora mismo — bromeó Anna con la palidez de John en ese momento. Él sonrió sin muchas ganas.

Anna miró hacia atrás, hacia el interior de la casa, a ver si Peter estaba escuchando. Cuando se sintió segura dijo:

—Mantenme vigilada, ¿vale? —John asintió con la cabeza y se despidieron. Anna cerró la puerta y John bajó por las escaleras hasta el portal para salir a la calle. Bajaba despacio. Blanco. Pálido como un cadáver.

—¿Cómo puede ser? —se dijo a sí mismo con un leve susurro mientras sus pies le llevaban escaleras abajo peldaño a peldaño.

John no se había quedado pálido por que tuviera calor ni nada parecido. La realidad era bien distinta, se trataba del colgante. Nada más verlo colgado del cuello de Anna, un escalofrío, un sudor frío recorrió todo su cuerpo. ¡Era igual que el de Lindsay!

Pero, ¿cómo? ¿Cómo podría ser igual si Lindsay le había dicho cientos de veces lo único y especial que era?

No tenía sentido. ¿Le había mentido? Pero si así fuera, ¿por qué? ¿Tendría algo que ver con Anna o sería pura coincidencia que Peter le hubiera comprado un colgante en un anticuario que era como el de Lindsay? ¿Sería todo mentira?

Todas esas cuestiones, y muchas más, se agolpaban en la cabeza de John

mientras deambulaba ya por la calle como si fuera sonámbulo. No tenía más remedio que preguntarle a Lindsay.

Eran las seis y veinte de la tarde y Lindsay todavía no regresaría, pues tenía hora en la peluquería a las seis y media. Cuando llegase a casa esperaba a que ella volviese también para pedirle explicaciones. Igual no era nada. Igual ella misma se creía que el colgante era único. Era la explicación más posible y razonable: que le hubieran dicho que era especial y que no había otro colgante como ese, aunque no fuese cierto.

Pero había algo que no acababa de encajar, al menos eso sentía John. Su cabeza le decía que había algo raro, su instinto le decía que todo estaba relacionado: Anna, Lindsay, los tres hombres misteriosos... Todo estaba relacionado, y cuanto más lo pensaba más se auto convencía de eso.

»¿Sería Lindsay una espía trabajando para esos hombres? —se preguntaba—. ¿Había sido un tonto por confiar en ella?

»Claro —pensaba para sí—. Cómo iban a darme tanto dinero por un trabajo como el que me encargaron sin vigilarme. Qué estúpido he sido.

Pero tenía pensamientos contradictorios. En cuanto su mente le ofrecía una señal de que había sido un ingenuo también le daba la posibilidad contraria: ¿Cómo iba Lindsay a mentirle? Le quería, estaba convencido de eso. ¿O se equivocaba?

Estaba hecho un auténtico lío. Pero pronto saldría de dudas. Pronto averiguaría la respuesta a todas esas preguntas que perturbaban sus pensamientos.

Intentó calmarse mientras caminaba por la calle, iba distraído, con la cabeza mirando al suelo. Se había equivocado un par de veces del trayecto que había seguido al ir a visitar a Anna.

Tenía que controlarse, analizar la situación fríamente. Sólo podía pensar en Lindsay y su posible traición; a pesar de que era más razonable suponer que quien le había dado el colgante a su novia le mintiera diciendo que nadie más tenía uno como el suyo, al fin y al cabo según le había dicho lo tenía desde niña, John no podía aceptar esa lógica posibilidad, pero lo intentaba. Quería creer en eso. Por desgracia, una fuerza superior impedía que así fuera.

Empezó a pensar en cómo conoció a Lindsay.

Quizás recordando el día de su encuentro y cómo evolucionó su relación hasta ese día, en el que parecía que todo había cambiado, encontrase algo que le aclarara las cosas. Habían pasado cinco años desde que John y Lindsay comenzaron a vivir juntos y seis eran los años que habían transcurrido desde que se conocieron.

Todo empezó una mañana de primavera seis años antes cuando una bella joven apareció en el edificio donde vivía John. Se acababa de mudar. Cuando él la vio por primera vez, Lindsay lucía un sencillo, pero bonito, vestido azul...

XV

Primavera, seis años antes

Washington D. C., Estados Unidos

Todo empezó una mañana de primavera de hacía seis años cuando una bella joven apareció en el edificio donde vivía John, se acababa de mudar. Cuando él la vio por primera vez, Lindsay lucía un sencillo, pero bonito, vestido azul y se encontraba cargando con unas pequeñas cajas que quedaban junto al nuevo piso de la chica. Dicho piso se encontraba al final del pasillo donde John tenía el suyo. En realidad, tenía dos que había convertido en uno solo.

Ese día John salía de casa a media mañana. Se dirigía a tomar el ascensor. Lo más habitual era que bajase por él, pero subiera por las escaleras. Al percatarse de la situación de la joven, enseguida se ofreció para ayudarla.

—¿Quiere que le ayude? —dijo.

Ella, que estaba intentando coger una de las cajas, se dio la vuelta al oír la voz. En ese momento John pudo verla bien, y en ese momento se enamoró de ella. Supo que sería la chica perfecta para él. No es que se tratase de la chica más despampanante que hubiera vista o con la que hubiera estado, no, no era esa clase de mujer. Era una chica sencilla de bonitos ojos azules. Su pelo rojo claro, dorado, caía simétrico hasta su delicado cuello de piel clara. Su altura no alcanzaba el metro setenta y era delgada. No tenía un kilo de más ni un kilo de menos. Al menos eso le pareció en un primer momento a John.

—Sí, se lo agradezco —respondió ella, con su dulce voz, aceptando la oferta de ayuda de John con una amplia sonrisa. Confirmado, pensó John, es la chica adecuada.

John había estado con varias mujeres, nada que pudiera considerarse una relación seria. Lo más parecido a algo así lo había tenido con su novia del instituto, mucho tiempo atrás. No le resultaba demasiado difícil ligar: era alto, atlético y solía resultar atractivo a las mujeres. A pesar de eso no había dado con ninguna que le llenase lo suficiente para, realmente, desear tener una relación más duradera de lo que pudiese ser una noche o varias noches a lo largo de las semanas, como excepción.

Hasta ese día. Y apenas acababa de conocerla.

John levantó las cajas que quedaban y las metió dentro del piso de la nueva vecina.

—Muchas gracias. Te lo agradezco mucho —dijo ella cuando él depositó las cajas donde le había indicado—. ¿Quieres tomar algo? No tengo gran cosa. Me acabo de mudar y todavía me estoy asentando.

—No, gracias —rehusó cortésmente John. Quería conocerla mejor, pero no quería parecer ansioso—. En otra ocasión.

—Te tomo la palabra —replicó ella con una sonrisa—. Por cierto, me llamo Lindsay.

—John —se estrecharon la mano.

—Bueno, ahora tengo que irme, pero si necesita algo estoy al final del pasillo.

—Se ofreció de nuevo antes de marcharse.

—Una vez más, muchas gracias —John se marchó dejando que Lindsay, la nueva vecina, se familiarizara con su nuevo piso.

Ese mismo día, por la tarde, estando John en su casa haciendo unas reparaciones, llamaron al timbre de la puerta. Dejó lo que estaba haciendo y fue a abrir.

—Hola, vecino —tras la puerta, risueña, estaba Lindsay. Ya no llevaba el vestido azul, ahora vestía unos vaqueros y una camiseta negra de manga corta—. Perdona que te moleste, pero estaba intentando hacer algo para cenar y no tengo sal. Me preguntaba si podrías dejarme algo de sal.

—Claro. Un momento —John la dejó en la puerta mientras fue a buscar sal para su vecina.

La hubiese invitado a pasar con gusto, pero, si hubiera hecho eso, su nueva vecina podría haber descubierto que en verdad poseía dos pisos que había convertido en uno solo. Podría suponer que John vivía holgadamente, más que eso, podría imaginarse que le sobraba el dinero y John prefería mantenerlo en secreto, podría influir en la forma en que la mujer le viera, lo que haría que Lindsay pudiera estar más interesada en el dinero que en él y viera a John más como un billete de dólar tamaño gigante que como el hombre del que pudiera enamorarse en cualquier circunstancia, incluso en los peores momentos de la vida.

—Aquí tienes —dijo dándole un bote de sal.

—Gracias, eres mi salvador. Te lo devuelvo enseguida —agradeció Lindsay. Cuando ya se daba la vuelta para irse y John iba a cerrar la puerta dijo—: ¿Estás ocupado? Quizás te apetecería cenar conmigo y ver en qué uso tu sal.

—Estoy libre —contestó.

—Estupendo —se alegró Lindsay—. Es bueno conocer a los vecinos.

—Tengo una pregunta.

—Adelante.

—¿Cocinas bien? ¿Ha sobrevivido alguien a tus platos? —bromeó John mientras cerraba la puerta de su piso y seguía a Lindsay por el pasillo.

—Mañana veremos —respondió Lindsay.

Aunque John iba detrás y no le veía la cara supo que ella estaba sonriendo. Le gustaba la respuesta que ella había dado... Sonrió.

Durante la cena, en la que comieron una ensalada y pasta, charlaron. Se contaron cosas de sus vidas; John descubrió acerca de su nueva vecina que venía de la costa oeste, de California. Lindsay nunca conoció a sus padres biológicos, se había criado en orfanatos hasta que una pareja ya mayor que no había podido tener hijos la adoptó cuando ella ya contaba con once años. Ahora que sus padres adoptivos habían fallecido, había decidido mudarse y comenzar una nueva vida alejada de recuerdos pasados.

Lindsay cumpliría veintiocho años en verano. A pesar de haber finalizado

el instituto con notas aceptables, no había ido a la universidad porque no tenía dinero ni había conseguido una beca. No iba a gastarse el poco dinero de sus padres después de todo lo que habían hecho por ella y todo lo que le habían dado. Se dedicó a cuidar de ellos hasta el final mientras se ganaba algún dinero como cocinera, y camarera, en un pequeño restaurante que había echado el cierre semanas antes de mudarse a Nueva York; la crisis económica empezaba a hacerse notar. Eso era todo.

Luego fue el turno de John. Éste le contó su vida omitiendo su trabajo actual y evitando hablar sobre el por qué de su expulsión del cuerpo de policía. Sí le contó que trabajaba como detective privado, pero no cuál era el caso en el que andaba trabajando. Cuando le habló sobre su familia española, Lindsay habló en español, una grata sorpresa para John. Le preguntó si hablaba más idiomas y ella dijo que sí, que hablaba también francés y chapurreaba algún otro. Él le dijo que también chapurreaba alguno más. Se había dedicado los últimos años a aprender idiomas, le gustaba y era uno de sus pasamientos. No dijo que era necesario para revisar noticias de otros países y continuar su infructuosa búsqueda, tampoco le confesó que así hacía algo útil entre tanto tiempo libre sin saber muy bien qué podría hacer, o qué pista o camino seguir.

Aprendió idiomas y completó algunos cursos sobre diversas materias, ya fueran referentes a la psicología, tecnología... Le gustaba saber de todo.

Pasaron una velada agradable aderezada con momentos de tristeza y melancolía al recordar tiempos pasados y personas que ya no estaban. Hablaron sobre sus gustos, sobre qué les gustaría hacer en el futuro, a dónde les gustaría viajar y qué lugares visitar y en cuáles habían estado. Conversaron de todo un poco, como si se conocieran de toda la vida.

Tras la cena John decidió volver a su apartamento, a pesar de que ella le había invitado a quedarse un rato más y tomar alguna bebida. Pero ya era tarde y, aunque deseara quedarse toda la noche allí con ella, decidió que era mejor no hacerlo. Al fin y al cabo la tendría que ver a menudo, por lo que era más indicado no precipitarse.

—Ha sido una buena cena —dijo John ya saliendo por la puerta—. La próxima la preparo yo. Pero no te garantizo que sea tan rica.

—Mientras no me envenenes será perfecta —sonrió Lindsay a modo de aceptación de la invitación indirecta de John.

Le dio un beso en la mejilla a Lindsay y se marchó caminado por el pasillo de vuelta a su casa mientras ella cerraba la puerta.

Los días iban pasando mientras John y Lindsay iban conociéndose un poco más con cada encuentro nuevo. La confianza y la intimidad entre ambos se fueron afianzando con el paso del tiempo. Lindsay no tenía a nadie más en Nueva York en quién apoyarse, por lo que John fue de gran ayuda. Para John, Lindsay era la primera persona a la que se estaba abriendo y confiando de verdad. Pero, a pesar de la confianza entre los dos, John evitaba comentarle nada acerca de la búsqueda de la mujer misteriosa en la que estaba enfrascado. Tampoco le hablaba sobre dinero, sólo le dijo, cuando ella descubrió, más pronto que tarde, su piso doble, que lo había heredado y tenía lo suficiente para mantenerlo y subsistir. No daba más detalles por el momento y, por suerte para él, Lindsay nunca preguntaba sobre qué casos le toca investigar para otra gente ni si tenía mucho o poco dinero.

Al principio se lo tomaron con calma, unas cuantas citas para cenar en algún restaurante, ir al cine e incluso alguna escapada a disfrutar de la naturaleza. Algún beso por aquí, alguna caricia por allá. Demasiado poco y lento para lo que, realmente, deseaban, pero no querían precipitarse. John no sabía qué pensaría Lindsay sobre eso, pero él sabía que, por lo general, perdía el interés en la chica después de acostarse con ella. Pero también sabía que ninguna le había suscitado el interés ni la confianza ni el deseo de estar con ella como había hecho Lindsay.

Finalmente, un día lo hicieron y ninguno perdió el interés, al contrario, se deseaban más. Y repitieron, muchas veces, muchos días, cada vez más enamorados.

Pero en uno de esos días, con la primavera tocando a su fin y levantados, desayunando juntos, John se percató que Lindsay no estaba como siempre. Parecía triste, algo muy poco habitual en ella. De hecho, John nunca la había visto así. La había visto enfadarse, pero triste jamás.

—¿Qué te pasa? —se preocupó John—. Pareces triste. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. No pasa nada. Todo está bien —contestó poco convencida,

incluso con desgana. John se acercó a ella y la abrazó dándole un beso en la cabeza.

—Soy detective privado. Igual no soy el mejor, pero me entero si pasa algo —dijo con dulzura John para intentar sacarle una sonrisa y que ella le contara qué le pasaba. Y lo consiguió, ambas cosas.

—No consigo ningún trabajo —dijo tras una breve sonrisa triste—. Como mucho podría conseguir trabajo si me desnudara y bailara, y ni siquiera sirvo para eso. Encima con la crisis que parece que se cierne sobre el país todavía peor. No sé qué puedo hacer, quizás debería regresar a California. Con un poco de suerte, allí podría encontrar algo.

—¿Qué dices? —saltó John—. Eso ni hablar. Además, allí habrá más chicas intentando hacerse un hueco en la industria del cine a cualquier precio. Si aquí es difícil, allí más. Y, por cierto, la mayoría operadas. ¿Te vas a operar?

—¿Tienes algo en contra de mis tetas?

—No, me encantan.

—Ya lo sé. Lo vi anoche —sonrió Lindsay.

—Eso está mejor, ya sonríes y bromeas. Algo es algo —se alegró John. Pero todavía tenía que quitarla esa idea de la cabeza a Lindsay—. No puedes irte.

—Apenas me queda dinero para pagar el alquiler del piso. Sin trabajo, ¿qué voy a hacer? Incluso me sabe mal cuando me invitas siempre. No quiero que te gastes el dinero en mí.

—Pues ven a vivir conmigo. No tendrías que preocuparte del alquiler —ofreció seriamente John. Sería un importante paso en su relación.

—Sería una carga para ti, no quiero ser una mantenida.

—Tonterías —dijo dejándola de abrazar y poniéndose frente a ella. Lindsay tenía los ojos vidriosos, estaba a punto de llorar—. Bueno, hagamos una cosa. Te contrato —Lindsay abrió bien los ojos—. Puedes ganarte el sustento cocinando, puedes limpiar, lo que consideres oportuno. ¿De acuerdo?

Viendo que dudaba, decidió insistir:

—No puedes negar que quieres quedarte. Yo quiero que te quedes.

—No sé... —Lindsay empezaba a ceder.

—Es un buen puesto, y el jefe puede dejarse sobornar —bromeaba John haciéndola sonreír. La balanza empezaba a inclinarse a favor de quedarse.

—Bueno —dijo ella medio convencida.

—Perfecto. Eso es un sí —celebró John con alivio por dentro—. Puedes empezar recogiendo la mesa y haciendo la cama. Yo voy a dar una vuelta a estirar un poco los músculos.

—No tan deprisa —le frenó ella. Ya se notaba en su cara que estaba contenta—. Cuando se me termine el contrato del alquiler, en dos meses, me mudo. Así que la que se va mientras tú recoges, soy yo —le sacó la lengua a modo de burla y se fue. Él se quedó sonriendo viéndola salir.

*
**

Pasaron las semanas, y los meses. El contrato de alquiler de Lindsay se terminó, pero se quedó en Nueva York, con John. Ella se encargaba de las compras, algo que él detestaba hacer, y, por lo general, limpiaba y cocinaba para no sentir que vivía a costa de John sin hacer nada. Él, aun así, la ayudaba y también limpiaba y cocinaba. No sólo por echarle una mano a Lindsay, sino también porque le gustaba que todo estuviera limpio; era algo maniático en esas cuestiones. Por suerte, Lindsay era igual que él.

Tras un tiempo de convivencia juntos, y viendo que todo marchaba bien entre ambos, le confesó cuál era su cometido como detective privado. Ella no preguntó demasiado, simplemente sentía curiosidad por quién sería la mujer y por quiénes eran los hombres misteriosos que habían contratado a John para buscarla. La misma curiosidad que hubiera sentido cualquier persona normal sobre el asunto, nada que hubiera podido levantar las sospechas de John. Confiaba en ella. Si quería saber algo sobre Lindsay se lo preguntaba directamente, nunca tuvo la tentación de investigar sobre su pasado, ella siempre contestaba, no importaba que fuese. Tampoco pensó nunca en que pudiera existir relación alguna entre esos individuos extraños que le contrataron y Lindsay.

Su relación iba bien, muy bien. Acabó confesándole la razón de su

expulsión de la policía y, por supuesto, el trabajo que realizaba en búsqueda de la mujer misteriosa. Alguna vez se planteó la posibilidad de pedirle matrimonio a Lindsay, pero siempre se decía que ya lo haría más adelante, cuando quedase libre de su obligación. Era una forma de no dar el paso, pues él sabía que era muy probable que nunca diese con esa mujer, su única opción de quedar libre sería que quién le estaba pagando se cansase de seguir haciéndolo. Además, también tenía algo de miedo de lo que pudieran hacer esos extraños a Lindsay. No sabía nada de ellos y todo era demasiado extraño.

En cuanto a Lindsay, ella tampoco lanzó ninguna indirecta sobre si quería casarse o no, al menos ninguna indirecta que John captase. Alguna vez la escuchó decir, cuando salía por la televisión alguna noticia sobre alguna boda, que no era más que parafernalias sin sentido, que las bodas sólo debían ser una ceremonia sencilla entre los amantes y la divinidad. Poco más hablaba sobre el matrimonio, así que John estaba, por el momento, tranquilo respecto a ese tema, aunque, a veces, pensaba que sí podría hacer ilusión a Lindsay que la pidiera que se casara con él.

El tiempo no se detenía. Pasaron muchas más semanas y muchos más meses, pasaron los años y John encontró una pista. En realidad había retomado una vieja senda que ya emprendió en sus inicios, parecía que había encontrado a la mujer adecuada, no sólo eso, también dio un paso para su futuro con Lindsay: compró un anillo para pedirle que se casara con él.

Pero de un plumazo, los planes futuros se esfumaron y las dudas surgieron. Apareció el esposo de Anna, Peter, con una pulsera y un colgante... ¡Idéntico al de Lindsay! ¿Sería una coincidencia?

XVI

27 de junio, presente

Salamanca, España

Cuando llegó a casa, Lindsay todavía no había regresado de la peluquería. John pensó en si le había dicho la verdad. Seguía dándole vueltas a la cabeza intentando buscar algo, a parte del colgante, que fuera sospechoso; algo incongruente en la historia de Lindsay desde que la había conocido, pero no encontraba nada. Quizás estaba paranoico; de hecho, no podía pensar en otra cosa más que en Lindsay. Su verdadero objetivo, Anna, había pasado a un segundo plano en cuestión de segundos.

Deseaba que Lindsay regresara ya de una vez por todas de la peluquería para hablar con ella. A ver qué le decía cuando le dijera que había visto otro colgante parecido, si no igual.

Andaba de un lado a otro por la casa, esperando, pensando. En esas estaba cuando se acordó de algo que le había dicho la doctora Claire Miller cuando le enseñó la fotografía en la que aparecía Anna Smith. Y lo que la doctora le dijo al ver la fotografía fue que era como si no hubieran transcurrido quince años, es decir, como si no hubiese envejecido. Podría ser fruto del maquillaje o que no se tratara de la misma persona, pero el tiempo parecía no notarse en Anna Smith. Recordando esas palabras, pensó a su vez en Lindsay. Al pensarlo detenidamente, se percató que Lindsay tampoco

había envejecido. Pensó que era porque, como la veía todos los días, no lo notaba como si la viera únicamente cada varios meses. ¿Había, realmente, envejecido desde que la conocía? Ahora cambió de parecer y creyó que sí habían pasado los años por Lindsay. Le parecía mayor que el día que la conoció, sin duda. Por si acaso se puso a examinar algunas fotografías de ella. Seguía sin aparentar los más de treinta años que tenía, pero sí parecía que había envejecido respecto a cuándo se conocieron. También el pelo rojo de Lindsay había crecido en esos años dándole un aspecto más maduro, por decirlo de alguna manera. Decidió fijarse sólo en el rostro, dejando fuera de la vista el pelo. Así ya no le parecía que el tiempo pasara por ella. ¡Se estaba volviendo loco! ¿En qué oscuro juego estaba metido?

Hizo una pausa de mirar fotos y caminó frenéticamente por la casa. Necesitaba que Lindsay regresara ya y le aclarase sus dudas, aunque lo más importante para él era saber si le había mentido. Si había sido traicionado.

Pero por mucho que anduviera por casa de un lado para otro, sus pensamientos no descansaban, no dejaban de perturbarle. La siguiente arma que utilizó su mente para no dejarle descansar fue hacerle ver que Lindsay y Anna contaban con la misma edad. Cualquier cosa servía para sembrar de dudas su corazón y su cabeza. De vez en cuando su mente le daba una salida: no había parecido en absoluto entre ambas.

Pero pronto sus temores volvían a acecharle: ¿qué importaba que no se parecieran para que estuvieran relacionadas de algún modo? Se puso a examinar fotos de nuevo cuando llamaron al timbre...

Dejó las fotografías y se dirigió a la puerta. Pensó que debía tratarse de Lindsay, ¡por fin!, que podría haber olvidado las llaves en casa. Volvió a sonar el timbre.

—Ya va —dijo. Abrió la puerta.

—Hola —dijo sorprendido. No era Lindsay quien llamaba. ¡Eran los tres hombres misteriosos! Sus jefes.

—No se sorprenda, querido John —dijo el portavoz de los tres, llamado Uno o César. Estaba vez le hablaron en español con el mismo acento neutro y extraño que lo hacían en inglés—. Ya sabía que podría recibir nuestra visita en cualquier momento.

—Ya...

Era cierto que, en teoría, podrían aparecer en cualquier momento, pero nunca lo habían hecho. Siempre, y únicamente, aparecían el uno de enero de cada año. John siempre se encontraba en Nueva York en esa fecha para esperar su llegada. Y esa visita le había pillado, completamente, por sorpresa. Más si cabe teniendo sus pensamientos, únicamente, centrados en Lindsay.

—¿Podemos pasar? —dijo César con una sonrisa.

—Sí. Por supuesto —John se echó a un lado para que pasaran y los guio al salón.

Iban trajeados igual que siempre. Los otros dos, Dos y Tres, o Augusto y Julio, portaban dos maletines más grandes que de costumbre. John los invitó a sentarse y tomar algo, pero rehusaron.

—Será sólo un momento —dijo César.

Augusto y Julio depositaron los maletines en la mesa pequeña que había entre los sofás y los abrieron dejando a la vista mucho más dinero del que le pagaban anualmente.

—Está de suerte. Queda libre —declaró César a John—. Sus servicios han concluido. Hemos aumentado la cuantía de su último pago debido al éxito que ha tenido.

Obviamente, los tres hombres estaban al corriente de todos los movimientos de John. ¿Sería por Lindsay? No sabía por qué le sorprendía que lo tuvieran controlado.

En todos esos años en que sólo recibía la visita de los que hacían llamarse Uno, Dos y Tres (César, Augusto y Julio) el uno de enero de cada año, apenas tuvo avances. A pesar de eso, en cada encuentro, John les daba algún nombre o algún dato para que vieran que no vagueaba y se daba a la buena vida con el dinero que recibía. Nunca recibió presiones para que avanzara más rápido ni nada por el estilo, algo que siempre le pareció muy extraño. Pero como no veía muy cercano el día en que encontraría a la mujer y quedase libre, no se preocupó mucho por ello. De repente, sin esperarlo, ese día había llegado. Aunque creía que Anna era la mujer que buscaba, pensaba que tenía tiempo hasta el próximo uno de enero, para lo que quedaba medio año todavía.

—¿Conforme? —preguntó César acerca del dinero. Le habían entregado un total de diez millones de euros. John asintió con la cabeza, el dinero no era lo que más le preocupaba. ¿Qué iba a pasar ahora que era libre?

—Entonces se trata de Anna Smith, ¿verdad? —quiso saber John. César se limitó a esbozar una sonrisa como respuesta. John supo que no le contarían nada.

—No se preocupe, John García, todo será como tiene que ser. No debe preocuparse de nosotros. No sufrirá daño alguno por nuestra parte, como le prometimos cuando lo contratamos —tranquilizó César a una pregunta que rondaba en la cabeza de John—. Quién sabe —añadió con una sonrisa—, igual volvemos a necesitar de sus servicios en un futuro.

Acto seguido le tendió la mano. John correspondió estrechándosela. Los acompañó a la puerta y se marcharon sin mirar ni una vez atrás. John cerró.

Pensó en seguirles. Dudó. No podía marcharse antes de que llegara Lindsay, había cuestiones que resolver con ella. Pero, ¿importaba ya? ¡Era libre! Y tenía dinero de sobra para vivir cómo quisiera. No. No podía seguirles. Debía esperar a Lindsay y... ¡Debía avisar a Anna! Casi se le olvida. Quizás debería haber mantenido la cabeza fría y haber esperado escondido cerca de donde vivía Anna. Ya era tarde para eso.

Buscó el teléfono para llamarla. Fue a la cocina donde lo había dejado. Cogió rápidamente el teléfono móvil de la mesa y marcó el número de Anna. Nada. No lo cogía. Lo intentó en repetidas ocasiones. Sonaba, daba tono, pero seguía sin obtener respuesta. Decidió mandarle un mensaje.

Mientras escribía el mensaje avisando a Anna, se percató de que un hilillo de sangre manaba de su dedo. Se lo chupó y dejó de sangrar. Pensó en qué más podía hacer. Reflexionó.

»Si sabían que era Anna a quien buscaban, ¿por qué no habían intervenido antes? —se preguntaba— ¿Tendrá Lindsay las respuestas?

Reparó de nuevo en ella, en su chica perfecta. Cayó en la cuenta que cada uno de enero desde que Lindsay había entrado en su vida, cada vez que recibía la visita de los tres misteriosos hombres, ella nunca se encontraba en casa. Siempre encontraba algún motivo para salir ese día en el preciso momento en el que ellos aparecían. ¿Sería casualidad? ¿Una coincidencia que

se había repetido durante seis años seguidos? Miró el reloj a ver qué hora era. Las siete y veinte minutos.

Lindsay estaría a punto de volver de la peluquería. ¿O desaparecería ahora que había quedado liberado? Si la misión de Lindsay era ejercer de espía y controlar los movimientos de John, ya no había razón alguna para seguir con él.

Qué horrible era la espera. Una auténtica tortura mental.

Tenía la sensación de que hiciese lo que hiciese algo iba a acabar con un resultado catastrófico y toda la culpa recaería sobre sus hombros. Ya se sentía culpable y no sabía por qué. Quizás era por confiar, o era por desconfiar. No importaba. Se sentía culpable de algo que estaba por suceder, pero ya había dado comienzo.

Metido en sus pensamientos escuchó un ruido, venía de la entrada. Él se encontraba en la cocina. La puerta se había abierto y se había cerrado.

—¿John? —Se oyó decir— ¿Estás en casa?

¡Lindsay! Llegó la hora de obtener respuestas. Al menos, eso esperaba.

—En la cocina —respondió en voz alta. Pasaron unos segundos hasta que ella apareció:

—¡Sorpresa! —dijo sonriente Lindsay. John palideció...

XVII

Al verla todos sus temores se hicieron realidad. Allí estaba Lindsay, la mujer a la que amaba, de pie en la puerta de la cocina, exactamente igual al día en que la vio por primera vez metiendo unas cajas en su piso en Nueva York. Habían pasado más de seis años, pero no lo parecía.

—¿No te gusta? —preguntó Lindsay al ver la cara de estupefacción de John. Se había cortado el pelo, lo llevaba igual que cuando se conocieron. Incluso lucía un vestido azul también como aquel día.

—Parece que no pasa el tiempo por ti —dijo mostrando la tristeza con una sonrisa y un suspiro.

Al regresar Lindsay y verla así, con el pelo corto y un vestido azul, comprendió que, de alguna manera, estaba relacionada en el asunto de Anna Smith, es decir, comprendió que le había mentado, que le ha espiado. En definitiva, que ha sido traicionado por la persona a la que más quería. Qué tonto e ingenuo había sido.

—Ya ves. Una que se conserva joven —sonrió Lindsay que todavía no sabía lo que John había descubierto.

—Por cierto, cuéntame de nuevo la historia de ese colgante tuyo —sugirió John. Era el momento de exigir respuestas.

—¿Ahora? —se sorprendió Lindsay—. Vamos fuera a cenar y tomar algo. Y me cuentas qué tal con Anna. Además, ya sabes la historia.

—Sí, pero quiero escucharla otra vez.

—Estás muy raro —la alegría de Lindsay empezaba a tornarse en

preocupación—. ¿Ha pasado algo?

—Sí. Ha pasado que soy tonto. Tonto por enamorarme de alguien para quien soy un trabajo.

—Si es una broma, no tiene gracia, John.

—Ojalá. Resulta que he visto un colgante como el tuyo, y se da la casualidad de que el esposo de Anna lo compró en un anticuario. Lo que creo es que Anna ya poseía ese colgante, además de una pulsera, ese día que apareció en el hospital, pero que los paramédicos que la atendieron se lo quitaron y lo vendieron. Siempre me dieron mala espina esos tipos —relató John con sarcasmo y enfado.

—¿Y qué pasa? ¿Por qué haya aparecido un colgante similar al mío ya te he mentado? —replicó ella visiblemente enfadada.

—Soy tonto, pero no tanto. El colgante, al igual que ella pareces mantenerte igual de joven que el primer día. ¿Qué más...? Me has estado espionando todos estos años, ¿verdad?

—Pero, qué dices —elevó la voz Lindsay.

—Digo que estás envuelta en todo este asunto. No me mientas más. Cuéntamelo. ¿Quién es realmente Anna? ¿Quién eres tú? ¿Y esos hombres? Porque otra casualidad es que siempre salías en el preciso momento en que esos hombres aparecían. Siempre. ¿Qué está sucediendo?

—Estás mal, ¿eh? Deberías calmarte y dejar de decir tonterías.

—Ya, tonterías... Dime, ¿te has divertido y has vuelto así —señaló en referencia al corte de pelo y vestido— para regodearte? ¿Una última burla?

—No voy a hablar contigo mientras sigas así.

—Pensar qué iba...

—Pensar qué ibas... ¿qué?

—Nada.

John tenía ganas de llorar por la tristeza de que una persona amada le engañase del modo en que creía que estaba siendo engañado, también deseaba gritar de rabia. De rabia por lo tonto que había sido que se había creído todo, pero no le salía nada. Necesitaba salir de allí. Alejarse. Perderse en algún lugar de esos en los que sólo hay lagos, bosques y tranquilidad.

Lindsay permanecía de pie en la puerta de la cocina, callada, con los

brazos cruzados a la altura de su pecho. La cabeza algo agachada y los ojos encharcados por lágrimas apunto de derramarse.

Con lo que se habían amado, o eso pensaba él, y ahora estaban así, en el punto en que todo se rompe y resulta imposible volver a reunir todas las piezas y hay que tirarlo todo a la basura. Se le partía el corazón.

—¿Quieres dejarlo? —dijo ella con voz entrecortada tras un silencio prolongado.

—Sólo quiero saber la verdad —respondió él.

—Pero ¿qué verdad? —preguntaba en una súplica Lindsay que parecía no saber de qué iba la cosa.

—Pues la verdad. Quiénes sois de verdad. Quién eres. Quién es Anna. Qué pasa.

—Por qué tengo que saber yo eso. Sabes de sobra quién soy. Me conoces.

—Te quería tanto... —dijo a la vez que negaba con la cabeza.

—Todo ha sido verdad —dijo ella—. Te quiero de verdad.

Lindsay se acercó a él para repetírselo mirándole a los ojos, ya le caían algunas lágrimas por la mejilla. John permanecía con la cabeza hacia abajo cuando ella le agarró la cara con las dos manos y se la levantó para poder mirarle a los ojos:

—Te quiero —le dijo—. Con toda mi alma. Ten por seguro que es verdad. No te he mentado.

John volvió a agachar la cabeza con la mirada dirigida al suelo, se había resignado. Había bajado los brazos, ya le importaba poco saber nada más. Sin decir nada, apartó a Lindsay a un lado con delicadeza y se marchó de la cocina. Ella se quedó tal cual estaba, sin moverse, llorando. Ahora las lágrimas caían abundantemente por su rostro sin nada que pudiera remediarlo.

Unos minutos después pasados sin moverse de la cocina con la cabeza hacia abajo y los ojos medio cerrados echando lágrimas sin parar, Lindsay salió de la cocina. Escuchó ruidos en el dormitorio y se dirigió hacia allí.

—¿Qué haces? —preguntó a John.

—Me voy —respondió. John sacaba ropa del armario y la metía dentro de una bolsa de viaje.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde? —preguntaba Lindsay entre sollozos—. Y yo, ¿qué?

—No te preocupes. Si necesitas dinero puedes coger todo el que quieras. Hay un par de maletines llenos en el salón. Todo tuyo, si quieres —dijo con indiferencia.

—Me da igual el dinero. Te quiero a ti. ¿Y qué hay de Anna Smith?

John pensó un momento antes de dar una respuesta, recordó la conversación que tuvo con ella esa misma tarde y que Anna le había pedido que la tuviese controlada, por lo que pudiera suceder. Pero, ¿qué más podía hacer? Le había llamado para informarle de que habían aparecido los tres hombres y ella no había cogido el teléfono, finalmente le mandó un mensaje. Además, el controlado había sido él.

—Ya no es asunto mío —John dijo al fin—. Todo tuyo. Es tu problema.

El dolor de la traición, que él creía que había sufrido por Lindsay, le estaba haciendo ser algo duro y borde con la mujer a la que amaba. Lindsay no dijo nada más. De nuevo se quedó quieta, inmóvil. Contemplando cómo John metía cosas en la bolsa de viaje que tenía sobre la cama.

—¿Qué te he hecho para que me odies tanto de repente? —volvió a preguntar. Lindsay necesitaba saber, quería saber qué sucedía. El por qué del cambio. John paró un momento con lo que estaba haciendo y se giró hacia Lindsay.

—No te odio. Ni si quiera podría. Simplemente estoy decepcionado. Desilusionado —le dijo antes de girarse de nuevo, cerrar la bolsa de viaje, cargársela al hombro y salir de la habitación. Lindsay siguió sus pasos por el pasillo hasta el salón.

John cogió unas llaves y su cartera de una mesa y se dispuso a marcharse de casa cuando Lindsay hizo una nueva pregunta:

—¿Qué es eso? ¿Cómo es que hay tanto dinero ahí?

John se dio la vuelta y, siguiendo la mirada y la mano de Lindsay señalando los maletines y el dinero, respondió la pregunta:

—Todo tuyo si quieres. Me da igual. Haz lo que quieras —una nueva pregunta volvió a frenar la huida de John:

—Pero, ¿de dónde han salido? —insistió Lindsay, extrañada. Parecía que

las lágrimas dejaban de caer por su rostro.

—Ya te lo dije —respondió algo cansado y enfadado él—, ya no es mi asunto. Soy libre.

—¿Libre? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso mismo, que soy libre. No tengo ninguna obligación, me han liberado. Y me voy...

—¿Te han liberado? ¿Han estado aquí los tres hombres misteriosos y te han dejado libre de toda obligación? —preguntó Lindsay sorprendida—. Pensaba que solo venían el uno de enero —a John le pareció que, realmente, ella estaba sorprendida y no tenía ni idea. Algo no encajaba.

—Exactamente —contestó esta vez de mejor modo, aunque seguía con la bolsa colgada del hombro—. Llamaron a la puerta y abrí pensando que serías tú. Pero allí estaban ellos. Entraron, me dieron todo ese dinero como pago final y me dijeron que estaba libre. Parecían satisfechos.

—¿Le has contado algo sobre Anna?

John estaba convencido de que Lindsay ocultaba algo y estaba metida de lleno en el meollo del asunto con Anna Smith y esos singulares hombres, pero ahora empezaba a apiadarse de Lindsay y a pensar que ella no estaba al corriente de todo. Aún así, una traición era una traición y sólo había sido un trabajo para Lindsay.

—No, nada. Ni siquiera me han preguntado nada. ¿Me vas a contar qué pasa de una vez por todas o qué?

—¡Mierda! —exclamó Lindsay ignorando la pregunta de John. Ahora era John el que estaba desconcertado. Ella miraba de un lado a otro, nerviosa, sin saber qué hacer—. ¡Es todo por tu culpa! —sentenció Lindsay.

—¿Qué? —preguntó John, que no salía de su asombro. Para colmo, vio como Lindsay se marchaba visiblemente enfadada, salía de casa a toda velocidad dando un portazo y dejaba a John con cara de tonto.

—Vaya, ahora el culpable resulta que soy yo —dijo él, de pie en medio del salón con la bolsa al hombro.

Tras la espantada de Lindsay, John se quedó sin saber qué hacer. Decidió dejar la bolsa de viaje y se sentó en el sofá a esperar a ver si Lindsay regresaba y le explicaba algo más sobre lo que estaba sucediendo. Dos cosas

le habían quedado claras a John: una era que sus sospechas no estaban desencaminadas, Lindsay sabía más de lo que decía; le estaba mintiendo desde el día en que la conoció; la segunda cosa era que algo se le estaba pasando por alto. Algo no encajaba bien en todo el asunto. No sabía qué era, pero tenía que averiguarlo.

XVIII

Al día siguiente partirían de España y Anna y Peter estaban haciendo los últimos preparativos para el viaje del día venidero. Ese viaje le llevaría a ella al Reino Unido, primero, y después rumbo a sus trabajos de excavación. En cambio a Peter la travesía le llevaría de España al Reino Unido y luego a Estados Unidos. Se verían de vez en cuando durante el verano, sobre todo cuando él la visitara... Sonó el timbre de la puerta.

—Peter, ¿puedes abrir? —dijo Anna, algo ocupada en ese momento.

—Lo siento, cariño —se excusó Peter—. Pero ya me he metido en el baño. Necesito un poco de descanso entre viaje y viaje.

—Ya voy yo pues...

Anna dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a abrir la puerta a ver quién era. Abrió la puerta...

—Buenas tardes, señora Smith —dijo quién había llamado al timbre con una amplia sonrisa en el rostro—. Porque sigue siendo Smith, ¿verdad? No ha cambiado al casarse, ¿no es así? —Anna no dijo nada. Estaba sorprendida—. Por su cara de sorpresa he de suponer que se hace una idea de quiénes somos, ¿verdad? —continuó hablando el mismo hombre.

Quienes habían llamado a la puerta eran los tres mismos hombres trajeados que habían contratado a John García para que la encontrasen. Tal y cómo John había descrito a Anna, allí delante de ella en la puerta de su casa se encontraban los tres individuos. Ni guapos ni feos, ni altos ni bajos... de quienes uno no se acordaría en cuento desaparecieran de su vista. Eso estaba

pensando Anna en medio de su sorpresa. Esperaba que John supiese que habían ido a su casa, quizás el detective privado estaba vigilando, comprobando que todo iba bien.

Para su desgracia no había escuchado la llamada de John ni había leído el mensaje que éste le había enviado minutos antes avisándola de lo que había sucedido.

—Eso creo —dijo dubitativa.

—Ah, el bueno del señor García. Sabíamos que se lo contaría, un buen hombre —como cuando visitaban a John, siempre, y únicamente, hablaba el mismo hombre de los tres.

—Sí. Un buen hombre —repitió ella—. Pero, ¿qué tengo que ver con ustedes? Si me permiten la pregunta.

—Claro. Pregunté lo que deseé —no perdía la sonrisa un instante—. ¿No nos invita a pasar? —Anna estaba frente a ellos, en la entrada, impidiéndoles el paso.

—Disculpen mis modales —sonrió Anna, que pareció relajarse un poco, si había llegado la hora de descubrir su pasado pues tendría que afrontarlo. La curiosidad es una poderosa enemiga del miedo. Anna se echó a un lado permitiendo el acceso a los tres hombres.

—Gracias —dijo César (o Uno)—, pero no será necesario. Queremos que vengas con nosotros.

—¿Con ustedes? ¿Por qué debería?

—Porque hay alguien que la está esperando.

—Pues debe llevar mucho esperando —Anna intentó bromear para ocultar el miedo que estaba sintiendo.

—El tiempo no importa si se dispone de la eternidad, ¿no cree? —César no perdía la sonrisa, una sonrisa entre amable y siniestra.

—Entonces puede seguir esperando, ¿no? —respondió ella con otra sonrisa. Anna dedujo por la expresión del rostro del hombre que no podría eludir la situación, pero, quizás, si les entretenía hasta que Peter saliera del baño podría sentirse más segura. Se preguntó una vez más si John estaría cerca también.

—Pues díganme, ¿quién me espera? —preguntó para ganar tiempo.

—Tranquila, es alguien de su propia sangre —César intentó calmarla.

—¿Quién es? ¿Familia mía? ¿Vosotros quiénes sois? —quería saber. Por momentos el miedo se olvidaba.

—Nosotros no somos nadie. Unos simples mensajeros.

—¿Por qué me esperan?

—Tendrá que venir y comprobarlo por sí misma. No podemos decirle más. —tras unos momentos de duda, Anna dijo:

—Está bien. Pero ahora me viene algo mal. Mañana tengo que tomar un vuelo y tengo mucho trabajo. Díganme otra fecha y lugar y... —el hombre que siempre hablaba, César, negó con la cabeza chasqueando a su vez la lengua.

—No puede ser, señora Smith, y tampoco tiene elección —un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Anna.

—Bueno, pues esperen que avise a mi marido y los acompañamos —dijo.

—Tiene que venir sola —Anna, que ya estaba dispuesta a ir a avisar a Peter, se detuvo:

—No tengo elección, ¿no? —el cabecilla del trío negó de nuevo con la cabeza—. Y tiene que ser ahora mismo también, ¿cierto?

—Así es.

—Qué le digo a mi marido...

—Lo que quiera, pero tenemos que irnos de inmediato.

—¿No decía que el tiempo no importaba? —inquirió Anna recordando las palabras del hombre. Sonrió antes de contestarle:

—Cierto. Pero eso era cuando se esperaba. ¿Qué necesidad hay ahora de esperar cuando te hemos encontrado?

—Ok —. Se resignó Anna—. ¿Es un viaje largo?

—Pronto estaremos allí. No necesita llevar nada. Puede ir tal cual está.

—¿Estaré mucho fuera?

—No sabría decirle... —Anna enarcó una ceja. ¿A dónde irían? ¿Dónde estaba ese familiar esperando? ¿Por cuánto tiempo estaría fuera?

Les dijo que esperasen un momento que iba a decírselo a su esposo, que enseguida regresaba. Los tres hombres, que no habían querido entrar en la vivienda, permanecieron de pie en el umbral de la puerta.

Anna abrió la puerta del baño y entró. Peter se encontraba relajado en la bañera, tumbado con los ojos cerrados. Al oír entrar a Anna los abrió y dirigió su mirada hacia ella.

—Necesitaba un baño —dijo él volviendo a cerrar los ojos—. Quizás con este tiempo caluroso hubiera sido mejor una ducha fría, pero necesitaba esto.

—Cariño, ha surgido un contratiempo y tengo que irme —dijo Anna sacando a Peter de su relax de nuevo.

—¿Ahora? —preguntó Peter sorprendido.

—Sí. No te preocupes. Han venido a buscarme.

—Entiendo. ¿Mañana podrás tomar el vuelo?

—No sé. Puede que no pase por Inglaterra y vaya directamente al lugar de la excavación.

—Espera, voy contigo —dijo Peter haciendo ademán de levantarse y salir de la bañera. En realidad no le apetecía mucho y poco podría aportar, pero era su obligación ofrecerse acompañar a su esposa.

—No, tranquilo, quédate. De todas formas no pintarías nada a menos que quieras excavar o llevarme las herramientas de trabajo —lo frenó ella con buena cara—. Se tratará de algún hallazgo que querrán que vea o algo así. Ya sabes, algún rico caprichoso que ha encontrado algo y ha mandando a buscarme.

—Sí, mejor me quedo. Ya estoy mayor para hacer de mulo de carga.

Anna se acercó a Peter, le dio un beso y salió del baño. Cogió el teléfono móvil y las llaves y regresó a la puerta de la calle donde esperaban los tres mensajeros de su familiar. Haciendo caso a lo que le había dicho César, el portavoz de los tres, salió tal cual iba vestida: con un pantalón corto, que se había puesto después de que John se marchara, y una camiseta, además de llevar todavía el colgante y la pulsera que Peter le había regalado ese mismo día en presencia de John.

Los hombres seguían ahí, en la puerta, de pie. Ni siquiera se habían movido, y si lo habían hecho a Anna no se lo pareció.

—¿Lista? —preguntó el que se hacía llamar César en presencia de John.

—Nunca. Pero qué remedio... —aceptó Anna su destino. Salió cerrando la puerta tras de sí; no había marcha atrás. Se volvió a preguntar si John

estaría cerca observando. Quizá estuviera en la calle escondido, atento a lo que pudiera suceder.

—Bonito colgante —comentó el portavoz.

—Gracias. Bueno, ¿nos vamos?

—Claro.

—¿Ya pueden decirme a dónde vamos? Siento curiosidad.

—Por supuesto. Pero mejor que lo vea por usted misma y se reencuentre con la familia. No grite.

—¿Cómo...?

Acto seguido hizo un gesto a los otros dos hombres, que entendieron al momento lo que se requería de ellos: sujetar a Anna. Uno por cada lado la agarraron de los brazos y uno de ellos la tapó la boca con la mano para que no pudiera gritar, como en vano intentó hacer. Después asintieron, como si ya estuvieran listos.

—Le dije que no gritara. Es por su seguridad, por el viaje —el hombre que la tapaba la boca dejó de hacerlo en cuanto Anna se calmó.

—Y si grito, ¿qué? —dijo Anna envalentonada.

—Es indiferente. Pero preferiríamos que no armase revuelo —Anna se calló.

—Pues vámonos —ordenó César. Tan pronto lo dijo, tan pronto desaparecieron. Anna iba a encontrarse con su pasado. A la fuerza.

XIX

El tiempo pasaba sin que Lindsay regresara. John miraba el reloj de su muñeca constantemente. Se sentaba en el sofá y al poco se volvía a levantar, andaba de un sitio a otro y regresaba al sofá; no sabía qué hacer. Ni podía estarse quieto. Aún así no tenía ni la más mínima idea de si ella volvería.

Cuando veía todavía su bolsa de viaje en el suelo del salón, pensaba en que, encima que a quien habían mentido y con quién habían jugado había sido con él, era él quien permanecía ahí, expectante, como un tonto.

Volvió a mirar el reloj: las ocho y cuarto de la tarde marcaba. Todavía quedaban casi un par de horas hasta el que el sol se pusiera, pero ya no hacía tanto calor como cuando fue a casa de Anna. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces y únicamente el sol había caído un poco en el horizonte. Qué extraño era el tiempo.

Las ocho y diecisiete de la tarde eran en ese instante, sólo dos minutos habían pasado desde la última vez que miró la hora.

La puerta parecía que se había abierto, por primera vez desde que Lindsay se fue, John se quedó inmóvil por un momento, de pie en medio del salón, escuchando con atención. Oyó cerrarse la puerta un instante después. ¡Por fin! Suspiró aliviado. Sería momento de retomar la conversación de antes. Su esperanza de saber la verdad recobraba fuerza.

Tal y como Lindsay había echado a correr fuera de casa dando un portazo con su vestido azul y su melena recién cortada haciendo ver fantasmas del pasado, y del presente, a John, así reapareció en escena. Resoplaba, sudaba, y

no se debía al calor. A dónde quiera que hubiera ido lo había hecho corriendo, tenía las mejillas coloradas del esfuerzo, del esfuerzo y de ciertos sentimientos que John pronto iba a ser testigo de ellos.

—¿A dónde has...?

Iba a preguntar John nada más verla entrar en el salón, pero no tuvo tiempo de formular la pregunta. Un tortazo en toda la cara le dejó con la boca abierta de incredulidad y con una mano cubriéndose la mejilla donde había recibido el guantazo de Lindsay.

—¡Todo es por tu maldita culpa! —le recriminó a la cara. Ella estaba todavía más alterada, incluso histérica, que lo que había estado John allí esperando por si regresaba—. Se la han llevado —dijo a continuación Lindsay.

John no dijo nada, todavía estaba recuperándose del impacto, tanto físico como emocional por lo inesperado del mismo. A pesar del shock momentáneo en el que se encontraba, supo que las palabras de Lindsay hacían referencia a Anna Smith.

Como un bálsamo para su inquietud, tras el tortazo John se sentó en el sofá, tranquilo. Algo que encendió aún más la cólera que había traído Lindsay:

—¿No vas a decir nada? —Le espetó Lindsay lanzándole una mirada llena de ira. John negó con la cabeza, para después añadir:

—Ya te dije todo lo que tenía que decir. No hay más palabras que añadir.

—¿Cómo qué no? Me tienes que ayudar a rescatarla —ordenó más que pidió—. Te recuerdo que estamos en esta situación por ti.

—Se me olvidaba que la culpa de tus mentiras es mía también —dijo él con ironía—. Es tu problema. Solucióvalo tú —enfaticó la palabra «tú»—, como te dé la gana. Yo estoy cansado de mentiras, engaños y juegos.

La verdad era que ayudaría a Lindsay, estaba claro. Pero, para poder ayudarla, necesitaba conocer la verdad sobre lo que estaba sucediendo, la verdad sobre Anna Smith, y lo más importante en ese momento para John: la verdad sobre Lindsay. Qué tenía que ver ella en todo ese asunto.

Lindsay confiaba en John, sabía que le ayudaría. Hasta ese momento, era la primera vez desde que le conocía que le había visto tan decepcionado con

algo y ella era la causante de tal desilusión. Eso le hacía albergar dudas sobre si John le acabaría ayudando. Así que no le quedó otra que resoplar, algo que ayudó a que se calmara, dejando escapar su irritación y furia, y acceder a contarle a John la verdad:

—De acuerdo. Te contaré lo que sé —dijo.

—¡Milagro! —exclamó John irónicamente—. Empieza.

—Tenías razón, conozco a Anna y, obviamente, ella me conoce. Bueno, mejor dicho, me conocía. Está claro que no me recuerda.

—Así que la has visto —era más una afirmación que una pregunta.

—Sí —confirmó mientras se sentaba en una silla frente a John. Intuía que él no tenía muchas ganas de tenerla a su lado en ese momento—. Un día, mientras tú estabas ocupado, aproveché y me encontré con ella, de forma casual. Como una extraña que tropieza con otra extraña, lo único que ese tropiezo era a propósito. Antes de forzar el choque, pude verla. ¡Era ella! Tú la habías encontrado. No tenía dudas de que darías con ella tarde o temprano, ya lo sabía desde el momento que vi la foto en esa noticia en internet, pero seguía sin creerlo hasta que pudiera tenerla frente a frente. Bueno, pues mientras me disculpaba por semejante acto involuntario —recalcó la palabra «involuntario» dando a entender que era todo lo contrario—, pude ver en sus ojos que no me reconocía ni lo más mínimo, era como si nunca hubiese existido para ella. Sentí un gran dolor dentro de mi corazón. Así que por eso nunca quise acompañarte en tu primera cita con ella —en ese instante Lindsay se quedó callada un momento, agachó la cabeza mirando sus manos entrelazadas. Triste.

John no interrumpió ese instante. Permaneció a la espera. Atento a las siguientes palabras que salieran de la boca de ella.

—Supongo que tus sospechas sobre los paramédicos eran ciertas —continuó contando ella—. Le quitarían el colgante y la pulsera y las venderían. El marido de Anna las encontraría de casualidad y de nuevo la fortuna quiso que tú lo vieras y sospecharas de mí. Tienes un instinto excelente —relataba Lindsay lastimeramente.

—Confiaba en ti —dijo John—. Nunca pensé que todo pudiera ser una mentira.

—¡No! —saltó ella—. No es una mentira, lo que siento es de verdad.

—Ya. Pero tampoco fue fortuito que nos conociéramos, ¿verdad?

—Sí, es cierto. No fue casualidad que nos conociéramos. Pero... —bajó la mirada. Poco más podía decir ya. Además, tenía otros asuntos más apremiantes entre manos—. ¿Me ayudarás a encontrarla? —preguntó esta vez como si suplicara.

—Qué remedio. Como has dicho es mi culpa, ¿no? Tendré que solucionarlo —era real que se sentía algo culpable por Anna. Tampoco dejaría tirada a Lindsay a pesar de lo sucedido. No iba a dejar de quererla por eso—. Pero sigo sin saber nada. ¿Quién eres realmente? ¿Quién es Anna? ¿Dónde está ahora? ¿Quiénes son esos hombres?... Sigo sin saber nada. Absolutamente nada —Lindsay seguía pareciendo reacia a contarle todo. John lo notaba—. Mira —insistió él—, ya sé que sólo he sido un instrumento para encontrar a Anna...

—¡Deja de decir eso! —interrumpió Lindsay—. Sabes que no es verdad...

—...pero si quieres mi ayuda —continuó John haciendo caso omiso a la interrupción de Lindsay—, no te queda otra que confiar en mí y decirme todo. No puedes guardarte nada o no podré ayudarte. Necesito saberlo todo.

—Confió en ti. Totalmente.

»Ya lo he visto —se dijo John en el interior de su cabeza para no seguir metiendo el dedo en la llaga. En cambio de su boca emanaron palabras diferentes:

—Pues demuéstalo.

—No te lo vas a creer —dijo al fin ella tras una pausa dubitativa.

—¿El qué no me voy a creer? —John insistía a ver si encontraba la forma de hacerla hablar. Sabía que una vez que comenzara a relatar la historia, lo que importaba de la historia, los hechos clave, ya no se pararía y, por fin, podría averiguar qué estaba sucediendo.

—No vas a creer la verdad.

—¿Por qué no? Prueba...

—Los hombres de hoy ya no creéis en nada, sólo en el dinero —lo dijo más con pesar, y en general, que como reprimenda hacia John. Aún así John

sintió la necesidad de contestarle con ironía:

—Hombre, gracias por los cumplidos.

A diferencia de cuando iba todo bien entre ellos, algo que no quedaba lejano, de hecho sólo unas horas antes todo era perfecto, ahora las ironías no transmitían ni complicidad ni cariño, ni eran consideradas bromas entre ambos.

—No me refería a ti —intentó justificarse Lindsay—. Quiero decir en general. No tú. Tú eres distinto a la mayoría, aun así, no me vas a creer.

—Pues ponme a prueba. Cuéntame. Veremos si creo o no creo. Cuanto más tardes en contarlo, más tarde podremos encontrar a Anna, dondequiera que se la hayan llevado —provocó a Lindsay para que, de una vez por todas, se pusiera a contar todo.

—De acuerdo. Déjame beber un poco de agua y te lo cuento todo.

Lindsay se levantó y fue a la cocina a beber agua fría de la nevera, qué bien sienta un trago de agua fría en pleno verano. Cuando consideró que había bebido suficiente para saciar su sed y refrescarse, regresó. Se sentó en el mismo lugar.

—Bueno. A ver por dónde empiezo —preguntó Lindsay de forma retórica.

—¿Puedo hacerte una pregunta antes? —Lindsay asintió y John hizo la pregunta—: ¿Lindsay es tu verdadero nombre?

—¿Importa cómo me llame? Sigo siendo la misma que conociste y de la que te enamoraste. Sí, es verdad —se apresuró a continuar para que John no dijese nada al respecto—, te he ocultado cosas. Y contestando a tu pregunta, no. Lindsay no es el nombre por el que me conocían antes de que nos conociéramos. Pero me gusta el nombre, por eso lo elegí. Y me gusta oírte lo pronunciar a ti. Me gustaría que siguieras llamándome así aunque ahora, mientras te cuente los hechos que acontecieron que nos han traído hasta esta situación, vayas a conocer mi verdadero nombre. Es bastante raro de todas formas —sonrió en un intento de ablandar a John y que pudiera perdonarla.

—Tengo otra pregunta antes de que empieces. Bueno, un par.

—Adelante.

—¿Quién buscaba a Anna Smith? ¿Su familia? Y ¿qué relación te unía a

ella?

—Sí, se trata de su familia, respecto a mi relación con ella, pues soy más que una hermana... Soy la mejor amiga de Anna, soy la familia que ha elegido. Lo era, vamos. Ya no se acuerda de mí, ni de nada anterior a mil novecientos noventa y nueve.

—Entiendo. ¿Entonces no tienes nada que ver con esos tres hombres? — John continuó preguntando.

—No, nada. Son simples mensajeros cumpliendo una misión.

—¿Tan mal se lleva con su familia para que tengas tanto miedo por Anna?

—No exactamente... Bueno, en cuanto te cuente todo ya podrás sacar tus propias conclusiones —ahora era Lindsay quien parecía querer contar la historia de una vez por todas, sin rodeos.

Por la mente de John pasaban numerosas preguntas que quería formular, y no sólo preguntas, muchas dudas que aclarar se agolpaban en su cabeza también. Pero era mejor dejar que Lindsay contara la historia sobre Anna y ella misma primero. Aun así hizo una última pregunta:

—Sí, pero una última cuestión, dijiste que se la habían llevado. A Anna. Avisemos a la policía si sabes dónde están. ¿Por qué has venido a pedirme ayuda a mí y no has ido directa a la policía?

—La policía no tiene nada que hacer en este tema —sentenció Lindsay—. Si no quieres ayudarme, lo haré sola —John frunció el ceño.

—Lo haré —dijo respondiendo al tema de ayudarla—. Y te prometo que es la última pregunta y ya puedes empezar con tu historia. ¿A dónde se han llevado a Anna?

—No me vas a creer...

—¿A dónde se la han llevado? —insistió. Lindsay suspiró antes de contestar:

—A otro mundo —dijo.

—¿Cómo? ¿Qué otro mundo? ¿Otro continente?

—No.

—¿A dónde pues? Cómo voy a ayudarte si no me dices a dónde se la han llevado. Cuánto más tardes, más tardaremos en ayudar a Anna. ¿Dónde se

han llevado a Anna Smith?

La respuesta que Lindsay le iba a dar dejaría a John con una expresión mezcla de sorpresa y de incredulidad. Pero al menos escucharía la historia antes de decir nada. Y la respuesta que Lindsay le dio fue:

—Al Inframundo...

XX

Inframundo

El Inframundo; un lugar oscuro y tenebroso, para unos más que para otros; un lugar donde el tiempo no existe; un lugar donde sólo los muertos entraban; un lugar del que nadie escapaba. Nadie, excepto la mujer que adoptó el nombre de Anna Smith. Pero ese suceso no lo recordaba. De todas formas, ¿cómo escapar de algo por lo que el tiempo no pasa? Imposible. Siempre te acaba alcanzando. Y eso le había sucedido a Anna. Había eludido su destino quince años hasta que acabó su suerte y se vio forzada a regresar.

Ahora iba acompañada de tres individuos, esos tres mismos personajes que habían contratado a John: tres demonios del Inframundo. Esos tres demonios habían dejado su fachada humana y lucían su aspecto grotesco mientras escoltaban a la fugitiva, a Anna, de vuelta. Gracias a sus escoltas, el paso por el inframundo fue más rápido en esta ocasión.

Franquearon sin problemas ni contratiempos los siete niveles unidos por puertas custodiadas por los siete jueces del inframundo hasta llegar al centro donde se encontraba un inmenso palacio.

Anna iba detrás de uno de los tres demonios, quien dirigía la marcha, y entre medias de los otros dos, no sabría decir quién era cada cual. Según avanzaban Anna miraba atentamente de un lado para otro, intentado atisbar algo de lo que en semejante lugar sucedía. Sin demasiada fortuna.

La única emoción que transmitía era la propia extrañeza de no mostrar

ninguna, a pesar de encontrarse en el Inframundo. Quién le iba a decir que pudiera visitar tal lugar estando viva. La curiosidad y las ganas de saber se acrecentaban a cada paso que le acercaba a su pasado.

Finalmente llegaron a una enorme sala dentro del palacio. La sala del trono.

El demonio que encabezaba la comitiva se detuvo de golpe en medio de la sala, lo que hizo que Anna casi se chocara contra él, no había nada en la sala, únicamente contaba con el sillón del trono al final, colocado sobre una zona elevada para demostrar la superioridad de quién lo ocupaba.

A Anna le pareció que no había nadie, ni sentado ni en ninguna otra parte de la inmensa habitación, pero no podía ver bien por el demonio que tenía justo delante obstaculizándole la vista. Una voz la sacó de su error:

—¡Dejadnos! —se oyó decir a alguien sentado en el trono con una voz firme, intimidatoria. Anna se estremeció. Todavía no podía ver de quién se trataba. Peor aún, un escalofrío de miedo recorrió su cuerpo al ver que se encontraba completamente desnuda. ¿Cómo había pasado?

Estaba contemplando su cuerpo desnudo cuando los tres demonios desaparecieron de repente dejándola sola con el ocupante del trono. Levantó lentamente la cabeza para mirar quién estaba sentado allí...

—¡Hola, hermanita! —dijo de forma poco cariñosa una mujer de gran belleza y semejante en sus rasgos físicos, aunque a la vez muy diferente a Anna; lucía una larga melena negra con mechones azules que le hacían poseedora de un look perfecto para el lugar en el que se encontraban; sus ojos poseían una mirada intensa, penetrante y oscura, a veces parecía que brillaran en destellos rojos; su piel blanca y azul de las venas no sólo no le restaban atractivo, sino que le conferían una belleza sobrenatural—. Tenía ganas de verte.

Anna no dijo nada. Estaba paralizada.

—Ya sé que no recuerdas nada. Tranquila, pronto recordarás —continuó hablando la reina del Inframundo, acomodada en el sillón del trono con los brazos extendidos sobre los reposabrazos.

La reina se levantó de su asiento y se acercó a Anna. Lucía un vestido negro largo que resaltaba su voluptuoso cuerpo y una tiara en su cabeza.

Anna se sentía pequeña ante la que decía ser su hermana, estaba intimidada. Incluso al tenerla de frente, tuvo que bajar la mirada y agachar la cabeza provocando que la reina esbozara una leve sonrisa de satisfacción.

La reina recorrió con la mirada el cuerpo desnudo de Anna, que seguía intimidada y con la cabeza bajada, mientras andaba alrededor de ella.

—Haces bien en bajar la mirada y sentir vergüenza después de lo que hiciste —Anna sintió como los pelos de la nuca se le erizaban. ¿Qué habría hecho? No tenía ni idea, pero no era bueno. De eso estaba segura—. Te diría muchas cosas ahora mismo —amenazó la reina—. Aunque no sería justo mientras no recuperes tu memoria —tras otro vistazo a Anna, continuó hablando:

»¡Cuánto ansiaba este momento! Esta vez no te escaparás a ninguna parte. Sigo sin comprender cómo conseguiste salir de aquí. Aunque te costó algo, eso ya lo sabes... —Anna miró de reojo pensando en qué le había costado. La reina se percató de ello—. ¿No lo sabes? Eres más tonta de lo que pensaba. ¡Tu memoria! En tu huida dejaste como pago tu memoria. Por eso te hubiera sido imposible recordar nunca nada. No sé cómo, pero pudiste escapar dejando atrás únicamente tus recuerdos.

»Me das pena, hermana. Tenías todo y por avaricia y ambición lo perdiste. Y todavía tienes que pagar por tu osadía —dijo tras otra pausa. Después la reina volvió a quedarse en silencio con la mirada fija en Anna, una mirada que podría matar a cualquiera.

Unos paseos después delante de Anna, se escuchó un ruido proveniente de la zona por la que había entrado Anna en la sala del trono del Inframundo. Anna intentó girar la cabeza para mirar, pero se contuvo por el miedo, a diferencia de la reina.

—¡Por fin! —exclamó al dirigir la vista a la procedencia del ruido—. Aquí vienen tus recuerdos.

El ruido lo había hecho un demonio. Se trataba de un mensajero encargado de traerle un recado de los jueces del Inframundo. Estos jueces requerían regalos para que las diferentes puertas que custodiaban fueran traspasadas, y uno de estos seres se quedó con la memoria de Anna. Quizás no pudo detenerla para evitar que saliera del Inframundo, quizás le satisfizo

el regalo. Para su fortuna no tuvo que hacer frente a la cólera de la reina, a pesar del enfado de ésta. Aun así le produjo cierta satisfacción que le hubieran robado los recuerdos a su hermana.

La reina pasó al lado de Anna y se anticipó para recibir al mensajero. Cuando estuvieron a la misma altura, extendió el brazo y abrió la mano para recibir un pequeño recipiente de color oscuro. El mensajero, una vez entregado el pequeño paquete, hizo una pequeña reverencia con la cabeza y, sin mediar palabra, se marchó tal cual había entrado.

Mientras tanto Anna seguía inmóvil en el lugar en el que estaba, ahora con la reina a su espalda. La reina volvió a ponerse frente a Anna diciendo:

—Aquí está tu memoria —le enseñó el pequeño recipiente que acaba de recibir—, tus recuerdos. Todo lo que eras e hiciste. ¿Estás lista para recordar? Bueno, tampoco me importa si no lo estás —continuó sin dejarla hablar—. No te preocupes. Ninguno de tus recuerdos actuales será borrado.

La última frase contestó una de las dos preguntas que, en ese instante, rondaban por la cabeza de Anna, era como si esa mujer que decía ser su hermana le hubiera leído la mente. La otra cuestión era cómo podía ser que sus recuerdos estuvieran contenidos en algo que parecía ser como un huevo de un color entre el negro y un azul muy oscuro.

La reina levantó las manos hacia la cabeza de Anna, quién cerró los ojos y tensó los músculos de su cuerpo temiendo lo que la mujer que tenía delante pudiera hacerle. Lo que le hizo fue colocar las manos sobre la cabeza, cuando Anna comenzaba a relajarse y estaba a punto de volver a abrir los ojos, un torrente de imágenes, de recuerdos, inundaron su mente provocando que siguiera con los ojos cerrados y abriera la boca recordando su vida pasada. Recordando quién era realmente.

Unos segundos después todo había terminado y su hermana separó las manos de su cabeza. Anna volvió a abrir los ojos sin poder cerrar la boca, en una expresión entre la incredulidad de la Anna profesora y el miedo de la Anna que acababa de recobrar su memoria. Ahora el pavor que sentía era mayor. Sabía lo que le esperaba.

—Ahora te tengo a mi merced. Estás completamente desnuda, sin ningún poder. Es hora de que pagues por lo que hiciste —declaró la reina. Anna

recordó todo lo que le había llevado a esa situación y susurró un nombre como en una súplica. El nombre de su hermana; el nombre de la reina del Inframundo:

—Ereshkigal...

XXI

8016 a. C.

Unug, Kengi

Era una época en la que seres considerados divinos, e incluso a algunos se les decía dioses por los humanos de aquellos tiempos lejanos, se relacionaban con éstos y habitaban la Tierra junto a los hombres y otras bestias. Los humanos no estaban sometidos a la voluntad de estos dioses. No eran sus esclavos, colaboraban con ellos. Eran sus imitadores y, como tales, debían cumplir sus mandatos.

Un tiempo en donde la realidad configuraría los mitos y leyendas del futuro, esa realidad no tenía nada de fantasía; simplemente así era.

La misión de estos dioses era tutelar a los humanos, guiarles, servirles de ejemplo; pero no era una tarea sencilla. Para desarrollar esa tarea y representar la unión entre la tierra y el cielo, lo divino, estaban los templos y zigurates. Un zigurat también era un templo, pero con forma de torre o pirámide escalonada.

Era en estos edificios donde el dios de turno o ser divino tenía su morada. Es decir, donde residía todo el poder de una ciudad o pueblo: tanto el poder político, social, económico y religioso estaban allí concentrados.

Por esa razón, cuando esos dioses fueron desapareciendo de la faz de la tierra, los herederos del poder, los reyes o cualquiera que ostentara el poder,

eran tomados como hijos de los dioses, aunque no lo fueran en realidad ni tuvieran ninguna legitimación divina.

En esos tiempos había una ciudad que destacaba por encima de todas: su nombre era Unug. Se encontraba en la ribera del río Éufrates y era la ciudad más importante de la época. Eso era así porque la deidad tutelar del lugar era una de las diosas más importantes: la diosa Inanna. Más tarde esta diosa sería tomada por diosa del amor e, incluso, de la guerra, pero era más por la habilidad de los hombres de manipular y tergiversar la verdad a su conveniencia que porque realmente fuera cierto.

No todas las ciudades y aldeas tenían sus dioses tutelares, sólo unas pocas distribuidas por toda la geografía mundial disfrutaban de su tutela. Estas ciudades, sin duda las más pobladas e importantes, tenían una gran área de influencia, y toda esa zona se encontraba bajo la tutela de la deidad de turno.

Inanna era una diosa, ni más ni menos, una de las más importantes. Era la diosa tutelar de la ciudad de Unug y velaba por su prosperidad y la de sus habitantes. Era la reina del lugar y, como deidad y reina, pretendía que los mandatos divinos fueran obedecidos; ese era su cometido. Había que decir que lo hacía a la perfección. Los habitantes de Unug amaban a su diosa, tanto era así que le construyeron un magnífico edificio para alojarla, a pesar de que a Inanna no le importaba si el templo era mejor o peor.

Dicho edificio de base rectangular y forma de pirámide escalonada tenía unas dimensiones colosales y la fachada exterior estaba decorada con ladrillos cocidos vidriados en un azul intenso que hacía que si se divisaba el edificio desde lejos pudiera confundirse con el cielo. Una maravilla hecha en honor a la diosa.

Inanna gozaba del amor y veneración del pueblo y del amor y afecto de su esposo, Dumuzi. Un amor ampliamente correspondido. Dumuzi era un mortal, un pastor, Inanna se enamoró de él y acabaron casándose, lo que le valió al pastor ganarse, no sólo el corazón de una diosa, sino también la inmortalidad y compartir reinado con Inanna.

La diosa no podía ser más feliz.

Además contaba con una amiga leal, una amiga como toda persona desearía tener en la vida, con ella se encontraba hablando Inanna:

—Necesito que me ayudes, Ninshubur —le dijo Inanna a su fiel amiga. Ninshubur, además de ser la amiga de Inanna, también ejercía de mensajera entre ella y otros dioses.

—Claro —accedió con presteza la buena de Ninshubur—. ¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que transmitir un mensaje a Enlil y Nanna dentro de tres días, pero, únicamente, en el caso de que no regrese —matizó Inanna.

Enlil y Nanna eran dos de los dioses más importantes, especialmente Enlil, que era uno de los dioses superiores; uno de los tres grandes dioses. Nanna también era un dios importante, pero se encontraba, por así decirlo, un escalón por debajo de Enlil. Tanto Enlil como Nanna no se relacionaban con los humanos y, según los propios humanos, Nanna era el padre de Enlil y éste, a su vez, era el progenitor de la propia Inanna.

Ninshubur se extrañó de la petición de su amiga. ¿Qué pretendía hacer Inanna? Así que decidió preguntárselo:

—¿Por qué? ¿Qué pretendes hacer para que pueda darse el caso de que no regreses? —Inanna decidió revelarle a Ninshubur sus intenciones. La amiga de la diosa escuchó con atención los planes de ésta—. ¿Estás loca? —elevó la voz Ninshubur con mezcla de exclamación y pregunta—. ¡No puedes hacer eso! Sabes que está fuera de tus competencias. No puedes ocuparte de cosas prohibidas regidas por decretos inviolables.

—Estoy decidida —sería imposible hacer cambiar de opinión a Inanna—. En cuanto alcance mi meta a nadie le importará.

—¿Acaso no eres feliz? ¿No tienes todo lo que deseas? —obviamente no, pensó Ninshubur nada más hacer la pregunta—. Haces la tarea que se te encomendó en el lugar en el que se te dijo, como está establecido, de hecho, como tú quisiste. Esos humanos te idolatran, tienes un esposo que te ama... ¿De verdad necesitas más?

La apelación de Ninshubur a su testaruda amiga no tendría éxito pues, al parecer, a Inanna le faltaba algo. No debía ser lo suficientemente feliz para arriesgarse a hacer lo que pretendía. Al final Ninshubur desistió de hacerla entrar en razón:

—Buena suerte. Espero no tener que transmitir ningún mensaje —dijo.

Inanna le sonrió. Se abrazaron.

Después la amada diosa se puso en marcha a realizar sus planes. Su destino: el Inframundo. Su propósito: gobernar tanto en el mundo de los vivos como en el de los muertos. Para ello tenía que usurpar el trono de su hermana mayor, Ereshkigal, la diosa reina del Inframundo.

Inanna, presta ella a cumplir su meta, se dirigió a una de las entradas al lugar al que ningún mortal desearía entrar voluntariamente ni aun sabiendo que le espera una buena recompensa.

Existían, y existen, unas cuantas entradas al Inframundo distribuidas por la faz de la tierra. Pocos, por no decir ninguno, se aventurarían siquiera a acercarse a ellas si supieran dónde se encontraban. Sólo algunos conocían su paradero, pero Inanna, al ser una diosa, disponía de un conocimiento y poder fuera del alcance de los simples mortales de los que estaba rodeada. Por ello podría ir al reino de su hermana usando otros medios. Y los utilizó. No únicamente se podría entrar en el Inframundo por las entradas que había por el mundo.

Ataviada con su atuendo habitual, un simple vestido de lino que dejaba traslucir su bello cuerpo adornado con collares, pulseras y brazaletes, no se trataban de adornos cualesquiera. Otorgaban a la diosa ciertas «habilidades» sólo al alcance de los dioses.

Así, usando sus capacidades especiales contenidas en sus adornos corporales, se plantó de inmediato en el Inframundo, un lugar sombrío. Algunos privilegiados gozaban de un paraíso en su interior, incluso podría darse el caso de que se les concediera la inmortalidad a los más virtuosos en vida. La mayoría no tenía tanta suerte, aun así existían algunos desafortunados que tenían a su disposición su propio infierno eterno.

Claro estaba que cada uno tenía lo que justamente le correspondía. Si algo reinaba en el Inframundo, además de Ereshkigal, la hermana mayor de Inanna, era la justicia.

Una vez dentro tendría que sortear las siete puertas antes de poder siquiera acercarse al palacio de su hermana y antes de que ésta se diera cuenta de la presencia de Inanna.

El Inframundo era un laberinto de siete niveles con siete puertas, sólo los

porteros permitían o prohibían el paso por ellas. En el centro de tal laberinto se encontraba el palacio de la reina-diosa Ereshkigal.

Como Inanna no era una cualquiera en ese lugar, no le resultó difícil encontrar las puertas de acceso a los distintos niveles. Pero había un gran problema del que no estaba siendo consciente la diosa: según traspasaba puertas iba perdiendo sus mágicos adornos. Iba perdiendo todo el poder que necesitaría para hacer frente a Ereshkigal. Pero cegada en llegar hasta el palacio no se dio cuenta.

Aún así consiguió llegar al palacio de su hermana. Necesitaba ocupar la sala del trono y tanto el mundo de los vivos como el de los muertos serían suyos.

Pero había otra cosa que no esperaba, cuando accedió a la sala del trono con una sonrisa de oreja a oreja creyéndose vencedora, Ereshkigal, que había descubierto las intenciones de Inanna, ya la estaba esperando con una escolta de demonios a su alrededor.

—La tan perfecta Inanna... —dijo Ereshkigal chascando la lengua y negando con la cabeza—. ¿Cómo has sido tan ingenua de pensar que no iba a darme cuenta de lo que tramabas? Nadie te va a ayudar después de intentar robar lo que no te corresponde, hermana.

Inanna, cogida en su fechoría, sólo pudo abrir la boca y sentir terror por su insensatez. Debía escapar de allí cómo fuera. Fue entonces cuando se dio cuenta de que apenas le quedan fuerzas y poder para escapar de las garras de su hermana. Descubrió las cosas valiosas que había ido dejando por el laberíntico camino.

En su desesperación echó a correr intentando huir del Inframundo por donde había entrado; tras de sí, una manada de demonios dispuestos a arrancarle la piel a tiras seguían sus pasos a toda velocidad.

En su carrera a la desesperada se perdió en varias ocasiones y cada vez sentía más cerca a los demonios que la perseguían intentando darle caza, podía sentir su infernal aliento en su nuca, avisándola de lo que le pasaría si la atrapaban.

Mientras la persecución tenía lugar, Ereshkigal tomó asiento en su trono, a salvo del intento de usurpación por parte de una Inanna que ahora huía

despavorida con una mueca de horror en su semblante.

Inanna corría y corría ,sin descanso, sin tiempo para tomar aliento.

Estaba a medio camino de la salvación, iba desnuda y con un collar y una pulsera; y usto detrás los demonios. Un grupo de doce seres que se afanaban por satisfacer a su reina llevándole ante sus pies a esa sucia diosa que había intentado gobernar también el Inframundo.

Una garra rozó la piel desnuda de Inanna. A pesar del leve roce, la provocó tal dolor que se le escapó un grito, iba a ser cazada al fin. La ansiedad y desesperación iban a hacer que la diosa reventase, incluso antes de que le echaran la mano encima definitivamente.

Haciendo creer que iba a la izquierda, giró a la derecha. Pero la pequeña ventaja que le había supuesto esa treta fruto de la necesidad e instinto de supervivencia, pues que fuera inmortal no significaba que no pudiese morir, se desvanecería en un santiamén. Así que cerró los ojos y apretó los dientes, estaba preparada para un último esfuerzo antes de que la cogieran y la llevaran ante su hermana...

Los demonios que fueron tras Inanna ya estaban de vuelta, uno de ellos tomó la responsabilidad de dirigirse a la reina, que permanecía sentada en su trono:

—Lo sentimos, majestad —agachó la cabeza avergonzado—. Pero se ha escapado.

—¿Cómo? —Ereshkigal saltó como un resorte de su asiento, incrédula, enfadada—. ¿Cómo es posible?

—No lo sabemos. Estábamos a punto de atraparla cuando en un giro se desvaneció, no sabemos a dónde pudo dirigirse. Hemos buscado por todos los sitios posibles, pero sin éxito. Creemos que ha podido salir del Inframundo.

La reina estaba que echaba humo, la cólera recorría las venas de su cuerpo clamando venganza. Justicia. Inanna debía pagar por lo que había hecho.

—¡Encontradla! —exigió a sus demonios—. Averiguad dónde está y traedla ante mí.

*
**

En una noche fría, en una ciudad desconocida, una joven con una pulsera y un colgante como únicas posesiones deambulaba desorientada por sus calles. Unos paramédicos con su ambulancia se detuvieron junto a ella y la llevaron a un hospital; no sin antes quitarle la pulsera y el colgante sin que la joven se diera cuenta o dijese nada...



Tras una ardua investigación dieron con el paradero de Inanna. Descubrieron que se encontraba en un país llamado Estados Unidos en el año mil novecientos noventa y nueve. Para la desgracia de Ereshkigal, no podría mandar directamente a sus esbirros y buscarla allá a donde había conseguido escapar. Hacía años, milenios, que la intervención de los dioses en la vida humana había quedado reducida a acciones puntuales y secretas.

Lo que no llegaron a averiguar fue cómo Inanna logró escaparse yendo a aquel lugar en aquel tiempo.

—Id a esa ciudad que llaman Washington en ese país de nombre Estados Unidos y contratad a alguien que la encuentre —ordenó Ereshkigal a tres demonios. Estos preguntaron si debían contratar a alguien en especial para realizar ese trabajo.

—A John García —dijo la reina. Obedientes, los tres demonios tomaron una apariencia humana y buscaron a la persona que su reina les había dicho para que encontrara a Inanna...

XXII

Inframundo, tiempo actual

Como en el Inframundo no existe el tiempo no importaba tanto el cuándo, sino traer de vuelta a Inanna para que pagase por sus pecados. Por eso, los quince años que la diosa había vivido sin memoria entre los humanos no significaban nada; la cuestión es que al final la habían atrapado. La reina, y hermana de Inanna, podría cobrarse su justa venganza tanto anhelada desde que la diosa de los vivos había escapado tras su intento de usurpación.

Inanna, ya con la memoria recuperada, sabía exactamente su destino. Ya no tenía escapatoria alguna. Es más, ni siquiera supo cómo consiguió escapar la vez anterior, pero no importaba, ahora estaba en manos de su hermana. Era tarde para arrepentirse de lo que había hecho. Ojalá hubiera hecho caso a Ninshubur... ¡Ninshubur!

Se acordó entonces de las instrucciones que la había dado antes de emprender su frustrada conquista. Había una esperanza en su porvenir cercano.

Así desnuda, pero completa, tras recordar quién era y qué había hecho, permanecía de pie intentando sobrellevar la vergüenza y el miedo ante las consecuencias derivadas de su ambición.

Ereshkigal esbozó una media sonrisa de satisfacción al ver el rostro de su hermana reflejar la congoja y cierto arrepentimiento. se dio la vuelta tras contemplarla una vez más y se dirigió a tomar asiento en su trono, el mismo

que Inanna había intentado usurparle. Se sentó y dijo:

—¿Sabes lo que te espera, hermanita? —estaba satisfecha por poder hacer justicia. Inanna, que no había hecho ningún intento por librarse, asintió. Sabía que le iba a suceder—. ¿No tenías suficiente con el mundo de los vivos? —inquirió Ereshkigal con un ostensible enfado. Estaba claro que no perdonaba a Inanna por lo que había intentando hacer—. La tan perfecta y querida diosa del amor y de los vivos... Quizás el reino de los vivos sea un lugar injusto, pero el reino de los muertos es el lugar más justo que puede existir. El castigo que te corresponde es el premio que mereces gracias a tus actos.

Era cierto que la justicia reinaba en la tierra de los muertos. Ereshkigal, como reina del Inframundo, era justa en sus acciones, siempre. Nunca daba de más a quien no lo mereciera ni de menos a quien se lo hubiera ganado. Si alguien deseaba justicia a la persona que debía recurrir sería a ella, Ereshkigal, la reina del Inframundo. Obtendría, exactamente, la justicia perfecta. Gustase o no.

—Espero que disfrutaras esos quince años de más —continuó la reina. Para tener tantas ganas de castigarla por sus acciones, estaba dilatando la sentencia más de la cuenta—. Es curioso cómo, aún sin memoria, te acercaste a lo que realmente eras. Podría decirse que el Destino juega con nosotros, ¿eh? —rio—. Apareciste en la capital del país más poderoso de la época. Te hacías llamar Anna. ¿Casualidad? Puede ser. Te hiciste antropóloga y arqueóloga especializada en historia antigua, casi podría decirse que te hiciste experta en los tiempos en los que conspirabas en la tierra para hacerte con mi trono. Otra casualidad. Lo remataste todo convirtiéndote, además, en una especie de genio de las finanzas altruista. No eras guía de una ciudad o un territorio pero... —Ereshkigal dejó la fase inconclusa, estaba claro que sabía perfectamente la vida que su hermana había llevado en el mundo de los vivos tras escaparse del Inframundo; había sido bien informada. Poco después unos ruidos hicieron que el cuerpo desnudo de Inanna tensara todos sus músculos, aunque se contuvo para no girarse a comprobar esos ruidos provenientes de la puerta por donde había entrado antes.

—Bueno, ha llegado la hora —dijo la reina. Un grupo de demonios agarró a Inanna, que no opuso resistencia—. No puedes recibir el mismo

castigo que un mortal. Ni el mismo que si no hubieras escapado —señaló de nuevo la reina desde su trono.

Entre cuatro bestias del inframundo sujetaron a Inanna en alto, cada uno agarrando y tirando de un miembro. El resto de demonios que habían aparecido se dedicaron a torturar a la fugitiva, aprovecharon que era una diosa y tenía su cuerpo físico para despellejarla viva. Le arrancaron los ojos y, para finalizar, la desmembraron. Para repetir la operación quince veces. Una por año vivido de más en la tierra. Hay que decir que tal castigo no era suficiente para que Inanna pereciera, todo lo sufría estando consciente y viva.

Después los demonios dejaron de nuevo a la diosa del amor como al principio: de una pieza y desnuda frente al trono de su hermana. Había sufrido lo indecible, pero allí estaba todavía.

Ereshkigal había contemplado el castigo sin inmutarse, ahora la miraba directamente a los ojos. La mirada de la reina se volvió más oscura, más negra; los ojos quedaron completamente negros, Incluso las venas de su cuerpo parecían tomar una tonalidad más oscura. Un destello rojo iluminó los ojos de Ereshkigal. Había fijado en Inanna la mirada de la muerte, el cuerpo inerte de ésta cayó al suelo.

A pesar de la inmortalidad de Inanna, eso no significaba que no se pudiera acabar con su existencia. Seres, o dioses, por llamarles de alguna manera más clarificadora, también inmortales, tenían el poder de acabar con otro de su clase... Pero no todos tenían la fuerza para lograrlo, claro. Unos pocos eran lo suficientemente poderosos para arrebatarse la inmortalidad de golpe, y una de ellos era la diosa-reina del Inframundo. Quién sino la diosa que reinaba en la tierra de los muertos.

Los demonios que habían infligido el dolor físico a Inanna se acercaron a su cuerpo, que ahora yacía inerte en el suelo de la sala del trono del palacio de Ereshkigal. lo cogieron y se lo llevaron.

La reina permaneció un rato más sentada, ya había recuperado su aspecto normal. Sus ojos seguían siendo oscuros, pero menos, sus venas más azuladas. Su belleza igual de exuberante y aterradora. Al final había conseguido recuperar a quien se le había escapado. No había podido hacer justicia, hasta ese instante. Ahora todo había sido subsanado. Estaba tranquila

en su trono, en su reino. Todo volvía a la normalidad, todo era como debía ser.

Ningún alma que entrase en el Inframundo podía escapar de él. Si eso sucedía debía ser remediado. Y así fue.

Ahora el cuerpo de Inanna descansaba colgado por encima de la entrada al palacio de Ereshkigal. Los demonios lo clavaron allí con sus miembros separados unos de otros. Y allí permanecería.

Quienquiera que se acercase a la casa de la reina del Inframundo, antes de entrar, lo primero que vería sería el cuerpo muerto y desmembrado de quien le había intentado usurpar su trono clavado al muro por encima de la entrada al palacio.

XXIII

Salamanca, España

Lindsay terminó de relatarle a John cómo Anna había ido a parar al Inframundo. Las palabras de ella resonaban con fuerza en el interior de su cabeza intentando asimilarlas. Diosas. Inframundo... Parecía tan irreal, tan fantasioso. Por un lado, John creía completamente lo que acababa de escuchar. Por otro, como hombre de su tiempo, sentía la necesidad de rechazar tales cosas.

—¿Así que tu verdadero nombre es Ninshubur? —preguntó. Lindsay asintió. Y añadió:

—Pero llámame Lindsay, como hasta ahora. Ya me he acostumbrado y me gusta que tú me llames así.

—Y, al parecer, eres una diosa...

—Una mensajera —matizó ella con modestia.

—Anna es Inanna —mientras repetía cosas en voz alta, iba aceptando poco a poco que lo que acababa de escuchar era la cruda realidad y nada de cuentos de una época de mitos y leyendas—. Es decir, según mis escasos conocimientos de mitología, comparados con una diosa, y si recuerdo bien —hizo un gesto en referencia a Lindsay—, Inanna es la misma Ishtar de Babilonia, ¿no?

—Sí. Así la llamaron después, y dijeron que era diosa del amor, de la guerra y otras cosas. Puedes buscarlo en internet...

Sin esperar que Lindsay terminase de hablar, John se levantó a por el ordenador portátil, se sentó de nuevo y buscó a Inanna en internet; entró a Wikipedia. Mientras él leía, Lindsay permaneció en silencio, parecía que ya no había tantas prisas. Quizás sabía que no eran necesarias.

—¡Si ya pone que viajó al Inframundo! —exclamó de repente y siguió leyendo—. Pone que Ereshkigal le quitó la vida y luego un tan Enlil mandó dos mensajeros y la revivió...

—Bueno, es algo complicado —dijo Lindsay cuando él terminó de leer y dejó a un lado el portátil—. Cuando Inanna intentó usurpar el trono de su hermana y fracasó, dando como resultado que apareciera en tu época, se propagó por el esposo de Inanna, Dumuzi, ese descenso al Inframundo, pero, como todo, acabó tergiversándose con el tiempo. En resumen, cuando pasaron los tres días, y siguiendo las instrucciones de Inanna, informé a Enlil y Nanna. Yo esperé pacientemente noticias tuyas. Tiempo después Enlil me dijo lo que ya sabes, que había huido y que la estaban buscando. Eso que lees de que la revivió y regresó y los demonios que le acompañaban por orden de Ereshkigal se llevaron a Dumuzi en lugar de Inanna, eso no ha sucedido. Eso se inventó después de que abandonáramos el mundo.

—Y cuando Enlil te lo dijo fue cuando decidiste aparecer en mi vida. Para espiarme —intervino John.

—A iniciativa de Enlil. Esperamos un tiempo prudencial y entonces... Ya sabes.

»Pocos pueden hacer lo que Inanna hizo, aparecer milenios después. A mí, por ser mensajera entre dioses, me bendijeron con ciertos poderes para viajar entre mundos y en este caso en el tiempo. Pero tenemos unas tareas y mandatos específicos que no podemos violar. También estos colgantes y pulseras peculiares nos ayudan con nuestros poderes, de todos modos, nosotros tenemos un concepto del tiempo diferente al vuestro. Es complicado explicarlo.

—¿Y no estáis infringiendo esos mandatos estando aquí, ahora? En este tiempo, quiero decir.

—No, al menos yo no. Inanna ni siquiera sabía quién era. Así que tampoco.

—¿Cómo es que Inanna está muerta, si lo está, siendo inmortal, una diosa? —John cambió de tema. No le gustaba recordar que la mujer que amaba era una espía de los dioses, pero tampoco le gustaba saber que Inanna, la mujer que le fue encomendado que encontrara, podría haber muerto ya gracias a su ayuda.

—Que sea inmortal no significa que no se la pueda matar. Ereshkigal, sin duda, puede hacerlo. Tiene el poder suficiente para ello. Yo, en cambio, seguramente no podría matarla, ni un mortal tampoco. Existen ciertos artilugios, armas, que podrían usarse... Y respecto a los dioses, podemos ser considerados dioses, ciertamente, así fuimos considerados. Luego fuimos considerados ángeles y demonios, incluso extraterrestres. Para, al final, ser olvidados por la mayoría. Piensa lo que más te guste que seamos. Nosotros nos diferenciamos de vosotros en la inmortalidad y el conocimiento que poseemos. Por supuesto que entre nosotros hay seres que distan mucho de parecerse a vosotros... —Lindsay dudó sobre qué más podía contarle a continuación.

—¿Ya no estáis en la tierra? ¿Dónde estáis ahora? ¿Por qué nos abandonasteis? —John tenía cientos de preguntas que hacer. Quería saber. Necesitaba saber. Lindsay soltó una carcajada al escuchar las preguntas de John. Y dijo:

—¿Qué nosotros os abandonamos? Fuisteis vosotros. Vosotros que os creéis más listos que nadie. Renegáis de cualquier cosa que no comprendéis o de cualquier cosa que no se ajusta a vuestros deseos o vuestros planes de cómo debe ser la realidad. Oh, no, no os abandonamos. Nos echasteis. Os dimos el lenguaje y la escritura, por ejemplo, y, en cuanto os creísteis algo y pasaron un par de generaciones desde que os dejamos seguir vuestro camino tras haberos mostrado el sendero correcto, nos olvidasteis y nos despreciasteis como meros sueños de locos —al escuchar las duras palabras de Lindsay, John se avergonzó. Al fin y al cabo John era un simple mortal y acababa de descubrir que Lindsay era una diosa... Mensajera, pero diosa. O un ángel o como quisieran llamarlo. Ella se percató y suavizó el tono—. Así es. Os ayudamos y así nos lo agradecisteis. Abandonamos la tierra. De vez en cuando alguno hace alguna visita por diversas circunstancias... Pero no todos

sois tan malos... Tú no —Iba a añadir que por eso se había enamorado de él, pero no dijo nada más.

—Bueno, quizás no seamos tan distintos. Dioses y humanos, sois caprichosos, manipuladores y, según os convenga, os saltáis vuestras leyes también —replicó John tras sobreponerse a la dura acusación de Lindsay—. ¿Así nos enseñasteis?

—Siempre os estáis justificando, siempre os creéis mejores de lo que sois. ¡No sabéis nada!

Ambos decidieron quedarse callados unos segundos para rebajar la repentina tensión surgida. Sin embargo, ambos sabían que los dos tenían razón.

—Así que cuando muera iré al Inframundo —pensó en voz alta John. Ya se habían calmado.

—Exacto. Pero después de este trabajo igual te reservan un sitio especial —bromeó Lindsay, aunque se arrepintió de haberlo hecho—. Perdón.

Ella supo que había hecho que John se sintiera culpable por la más que probable muerte de Anna, que en realidad era Inanna. Aún así lo disimuló y siguió preguntando a Lindsay sobre el Inframundo y su destino:

—¿Y cómo es? El Inframundo, digo. Por lo que parece tiene un parecido al infierno de Dante.

—Hmm. Puede ser. Un cierto parecido hay... Pero, oye, también hay cosas buenas. A quien lo merece se le conceden grandes privilegios, incluso a los más virtuosos se les puede conceder la inmortalidad. ¿No sabes la historia de Zisudra? El Noé sumerio.

»Realmente existió un hombre así al que le fue otorgada la inmortalidad. Algún otro también lo ha conseguido. Me refiero una inmortalidad conservando un cuerpo como el que tienes, libre de toda cadena mortal y de toda enfermedad. También debo decir que a algunos directamente se les destruye completamente; no se deja ningún vestigio de su miserable existencia. Sus almas son eliminadas. Respondiendo a una de tus preguntas, dónde nos encontramos, pues nos encontramos en un lugar al que no podéis ir. Os queda tanto que aprender para poder merecerlo siquiera. Puedes verlo como otro universo, otra dimensión... Lo que sea. Un lugar donde el tiempo

no existe, sólo el Inframundo tiene alguna entrada. Pero ni aun así hoy en día seríais capaces de encontrarlas e ir a parar a allí. Habéis cambiado tanto, por desgracia para mal... ¿Más preguntas? Te responderé a todo lo que quieras —ofreció Lindsay.

—Uf, tengo muchas —pensaba John qué más preguntar.

Casi se había olvidado de la discusión anterior con Lindsay. Ansiaba saber más, podía estar haciendo preguntas durante días. Pero antes debían solventar otro asunto. El asunto. Qué pasaba con Anna/Inanna.

—Necesito tu ayuda —dijo ella antes de que él continuara su interrogatorio para saciar su curiosidad, así también desvió la atención hacia el tema que le interesaba. No iba a contestarle a todas las preguntas.

—¿Mi ayuda? ¿Qué puedo hacer yo? Además, he leído que ese Enlil creó la forma de salvar a Inanna, ¿no es así?

—Sí. Creó dos sustancias para revivirla.

—¿Podría revivir a cualquiera?

—Sí.

—¿Y para qué necesitas mi ayuda? Ve a Enlil y que te ayude.

—Necesito tu ayuda porque confío en ti, no puedo recurrir a nadie más. Ya no intervenimos abiertamente en vuestros asuntos, ya lo sabes. Además ¿quién iba a creerme? —John permanecía en silencio ahora—. Bueno, si no quieres ayudarme lo entenderé. Cuando todo esto acabe deberíamos hablar de lo sucedido entre nosotros.

—¿Pero vas a volver? ¿No ha terminado tu misión? —John fue algo cruel con Lindsay preguntando con cierta ironía.

—No es justo.

—No, no. Dime, ¿podrás volver y quedarte y llevar una vida conmigo? Una vida en la que yo me haga viejo y muera y tú siempre bella y joven. ¿Querrás eso?

—No sé si podré volver para quedarme, John —dijo lacónicamente Lindsay. Triste.

—Entonces, ¿qué más da? —permanecieron ambos en silencio durante casi un minuto. John estaba dolido, sabiendo que el amor de su vida le había mentido primero y ahora seguramente no volvería a verla nunca más. Quizás

cuando muriese tendría la oportunidad de volver a encontrarse con ella. Y Lindsay, triste. A veces el destino se aleja del corazón. Pensó.

Pues lo más probable era que en cuanto el tema de Inanna se acabase de la forma que fuese, quizás, lo más probable sería que no pudiera llevar una vida junto a John.

—Dime cómo puedo ayudar —rompió el silencio John con dulzura para con Lindsay. En cuanto las ansias de conocer todo acerca de ese mundo de dioses y de su futuro tras su muerte se difuminaron en su mente, esto dio paso a otras cuestiones más terrenales.

¿De verdad estaba creyendo todo lo que Lindsay le contaba? ¿Se estaría volviendo loco? Quizás tanto Anna como Lindsay se habían escapado de algún manicomio. A donde, sin duda alguna, él iría a parar. Cualquiera que escuchase esas historias se preguntaría si la salud mental de John estaba en perfectas condiciones para que un individuo así anduviera suelto por la calle. Nadie le creería, estaba claro pero, ¿por qué él sí lo creía? No tenía ni idea, simplemente lo sentía. Algo dentro de sí le decía que todo cuanto había escuchado salir de los labios de Lindsay era cierto. ¿Qué había de todo el dinero recibido? Un manicomio no podría permitirse tales cantidades para recuperar a una chalada. Había muchas cosas extrañas. ¿Tantas para creer en dioses e Inframundo? La famosa navaja de Ockham decía que en igualdad de condiciones la explicación más sencilla solía ser la correcta. ¿Cuál era la explicación más sencilla? ¿Una conspiración? ¿Un asunto «divino»? ¿Y por qué él estaba metido en todo ese lío?

»¿Qué demonios! —se dijo—. Lo creo. Si estoy loco mejor. Más entretenido estaré.

Cuando Lindsay se dispuso a contarle que necesitaba de él, John volvió a despejar su mente para concentrarse en lo que importaba y escucharla con atención.

—Como ya sabes, Enlil creó la forma de resucitar a Inanna si estuviera muerta en el Inframundo. Creó el Alimento de la vida y el Agua de la vida, ambos se encuentran en poder de la misma persona, aquí en la Tierra. Tienes que ser tú quien vaya a por ellos mientras yo visito a mis amigos dioses a ver cómo recuperar el cuerpo de Inanna.

—Veo que no albergas duda sobre la muerte de tu amiga.

—Por desgracia así es.

Cada vez que se nombraba la posible muerte de Inanna, John sentía una puñalada de culpabilidad atravesándole el pecho.

—Bueno. ¿Y quién tiene ese alimento y agua de la vida? —preguntó él.

—Baba Yagá...

XXIV

8016 a. C.

Unug, Kengi

Habían transcurrido ya los tres días de rigor que debía esperar Ninshubur para poner en conocimiento de Enlil y Nanna lo planes de Inanna de hacerse con el Inframundo, en el caso de que esta última no regresase. Y no había regresado.

Como amiga leal, Ninshubur se reunió con Enlil y Nanna y les contó lo que sucedía. Los dos dejaron que la mensajera relatase toda la historia sin ser interrumpida.

—Nos da igual —dijo con dureza Nanna—. Dónde quiera que esté, se lo habrá buscado —acto seguido desapareció.

—No nos incumbe. Si Ereshkigal la ha atrapado, Inanna se lo ha ganado, no vamos a hacer nada —dijo Enlil con algo más de delicadeza que Nanna. Después también se marchó dejando a Ninshubur descorazonada.

Seguía sin comprender por qué Inanna había decidido intentar usurpar el trono del Inframundo. Lo que pretendiese Inanna conseguir comunicando a Enlil y Nanna sus planes, no había tenido demasiado éxito. Los dos se desentendieron del asunto dejando a la buena de Ninshubur desconcertada. ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Qué podría hacer? Era una simple mensajera entre Inanna y esos dioses superiores. Si no le encargaban entregar un

mensaje a Ereshkigal en el Inframundo, no podía ir y pagaría las consecuencias de sus actos al instante. Conocía bien a Ereshkigal, sabía de lo que era capaz. Eso sí, siempre actuaba de manera justa y eso era lo peor de todo. Si Inanna había sido castigada por la reina del Inframundo, sería merecido. Por mucho que quisiera a su amiga, no podría cambiar su destino. Quizás, únicamente, podrían hacerlo Enlil, Nanna y un par más de dioses. Pero los primeros se habían mostrado tajantes al respecto, no intervendrían, y el resto que pudiera ayudarla, no lo haría, estaba segura. Inanna había tenido enfrentamientos con ellos y no se apreciaban mucho mutuamente. Aunque quizás debiera intentarlo de todos modos.

No había transcurrido mucho desde la negativa de Nanna y Enlil a ayudar a Inanna cuando Ninshubur recibió la llamada de Enlil.

—Mira —le dijo enseñándole dos frascos con un líquido transparente en ellos—, he creado esto. El Alimento de la vida y el Agua de la vida. Con ellos podrás revivir a Inanna si estuviese muerta. Es muy importante el orden. Primer va éste —señaló un frasco con tapón negro—. Es el Alimento de la vida. Échale una gota en cualquier parte del cuerpo. Después éste —mostró el frasco con tapón azul—. Es el Agua de la vida. Introdúcele una gota por la boca. Ten. —Ninshubur tomó los dos frascos—. Espérame aquí, voy a enterarme de qué ha sucedido primero, a ver si realmente está muerta. En ese caso, tendrás que colarte en el Inframundo y recuperar por ti misma el cuerpo de Inanna. Te diré cómo, espera, vuelvo enseguida.

Ninshubur no tuvo tiempo ni de contestar. Al menos eso era un gran avance, tenía la forma de salvar a su amiga. No tuvo que esperar mucho tiempo el regreso del dios:

—Cambio de planes —le dijo Enlil cuando volvieron a encontrarse—. Inanna consiguió salir del Inframundo y todavía no han sido capaces de saber a dónde huyó. Cuando sepa algo nuevo te avisaré.

Esa era una buena noticia para la mensajera divina. Su amiga había escapado y seguía viva. Pero, ¿dónde?

—¡Espera! —Detuvo la marcha de Enlil—. ¿Qué hago con estos frascos?

—Tendrás que encontrar un mortal que los guarde. Quién sabe, puede que algún día sean de utilidad al fin y al cabo.

—¿Y a qué humano debo elegir para que custodie los frascos?

—A alguien que aprecie la magia, y alguien digno. Pues tendrá que custodiar el Agua de la vida y el Alimento de la vida para el resto de la eternidad.

Antes de que ella pudiera volver a preguntar, Enlil se esfumó nuevamente dejándole una tarea: encontrar a alguna persona lo suficientemente digna que guardase y protegiera los dos elixires de la vida recién creados por el dios Enlil. Como premio a su tarea, o como condena, se le otorgaría la inmortalidad, acompañada de conocimiento divino, mágico para los mortales.

**

Como Inanna estaba en paradero desconocido, Ninshubur no tenía otra cosa mejor que hacer que encontrar quien custodiase los frascos que contenían los elixires de la vida.

Buscó y buscó a lo largo y ancho del planeta a alguien a quien otorgar tanta responsabilidad, hasta que por fin dio con la persona indicada. Reunía las condiciones deseables: no era ajena a la magia y era respetada y querida, aunque también temida por quienes no la habían tratado, además de justa. Informó a Enlil, quien le proporcionó una especie de palo hecho de hierro recubierto con plata para que, en cuanto esa persona elegida aceptase la misión, se le fuera entregado.

No se trataba de un palo cualquiera, era uno de esos artilugios que contenían o servían para canalizar un poder mágico propio de los dioses. Con el tiempo la persona indicada para poseerlo aprendería a utilizarlo con todo su poder.

La persona quien Ninshubur había elegido era una mujer entrada en años, casi podría decirse que se trataba de una anciana, por no decirlo directamente. Vivía muy al norte, entre aquellos que no tenían ciudades establecidas; pertenecía a los pueblos nómadas que habitaban extensas áreas al norte.

Una noche la elegida, que había abandonado su vida nómada para establecerse en una pequeña choza construida sobre los troncos de unos árboles en lo más recóndito de un bosque, estaba sentada afuera de la

vivienda frente a una hoguera. Se cubría la cabeza con un pañuelo rojo y vestía ropas oscuras.

Mientras asaba una liebre con que llenar su estómago vacío, algo la sobresaltó. Más allá de la valla de cráneos que había establecido alrededor de su cabaña para que ningún hombre osara molestarla, había una figura que se iba acercando. Levantó un poco la cabeza para ver de quién se trataba. ¿Quién podría merodear por su cabaña a esas horas de la noche? Pronto, entre la oscuridad que daba el bosque y la luz que proporcionaba la hoguera, la figura se fue clarificando. ¡Era una mujer!

—Buenas noches —dijo Ninshubur habiendo superado la cerca de cráneos y permaneciendo de pie frente a la elegida mientras entre medias quedaba la hoguera. La mujer que Ninshubur había elegido para custodiar los elixires la escrutó con la mirada sin decir palabra.

La figura que la noche y el fuego otorgaban a Ninshubur era digna de una aparición angelical, de una diosa. El color rojo de su melena y su piel clara centelleaban en medio de la noche ante los ojos examinadores de la anciana, mientras el vestido blanco fino que recubría el cuerpo de la diosa ondeaba con el fresco viento nocturno que soplaba dejando entrever el bello cuerpo formado de Ninshubur.

—¿Eres tú a la que llaman hechicera? —Ninshubur ya sabía que así era. «Al parecer, esa joven sabe quién soy», pensó. Después habló:

—¿Qué quieres? —preguntó hoscamente la bruja.

—Primero que me digas cómo debo dirigirme a ti —replicó la mensajera con contundencia.

—Yagá —contestó—. Aunque por mi aspecto solían decirme Baba.

Yagá se levantó: de aspecto frágil y figura esquelética la bruja parecía una anciana próxima a la muerte. La abuela de todos, por eso le llamaban Baba. La melena de la bruja era blanca y desaliñada, rostro arrugado y nariz prominente, apenas le quedaban dientes, aunque le sobraban.

—De acuerdo, Baba Yagá. Tengo una misión que encomendarte.

—No acepto encargos de nadie —sentía curiosidad a pesar de mostrarse tajante. Además, sabía que esa mujer no era una persona corriente.

—Una lástima —sonrió Ninshubur dándose la vuelta dispuesta a

marcharse. Aunque en realidad sólo quería provocar la curiosidad de la hechicera.

—Un momento —funcionó la treta—. ¿De qué se trata?

—Tienes que guardar unos frascos.

—¿Sólo eso? —se extrañó Baba Yagá—. ¿Cuánto tiempo?

— Eternamente —la hechicera no pudo reprimir soltar una carcajada.

—¿Tú me ves que pueda vivir eternamente, querida? —dijo sin dejar de reírse.

—Claro —dijo Ninshubur, seria.

—Pues estás loca —Yagá volvió a sentarse y sacó la liebre de la hoguera dispuesta a hincarle uno de los pocos dientes que le quedaban.

—La eternidad te será entregada con el encargo. Además de otras cosas —explicó Ninshubur. La vieja bruja detuvo su ataque a la liebre y fijó su mirada en la bella mensajera de los dioses.

—¿Qué otras cosas? Y ¿por qué yo? —inquirió.

—Primero debes aceptar, después te diré que otras cosas. Te he elegido porque eres la persona indicada para tal tarea, además eres una hechicera de verdad.

»Conoces ciertas palabras, sólo que los humanos ignoran que te hacen tener cierto poder. Otra cosa es que, también, eres una persona justa. Sólo intentas aparentar ser perversa, pero no. No eres así.

—¿Tiene truco?

—Ninguno. Elige ahora, Baba Yagá.

—Muy sencillo. Acepto. Cómo iba a rechazar la inmortalidad cuando me acechaba la muerte.

En cuanto aceptó, Ninshubur sacó de la nada el palo recubierto de plata que Enlil le había dado para la persona encargada de proteger los elixires, los dos frascos con el Agua de la vida y el Alimento de la vida, y se los entregó a la hechicera explicándole de qué se trataba y qué propiedades tenía cada cosa.

—Una pregunta antes de que te vayas —dijo Yagá cuando Ninshubur ya se había dado la vuelta dispuesta a perderse de nuevo en la oscuridad del bosque y desaparecer. La mensajera se frenó en seco y se dio la vuelta esperando la pregunta de la hechicera—. ¿A quién debo permitirle hacerse

con los frascos?

—Sólo a mí y a quién consideres digno de merecerlo. Pero ten en cuenta el poder que tienen. Quien los quiera, y los merezca, deberá pagar un precio igual de alto que aquello para lo que sirven.

Después Ninshubur se fue y la bruja puso a buen recaudo los frascos y, sin probar todavía la jugosa liebre hecha en la hoguera, se dispuso a probar su nuevo juguete: el palo plateado.

*
**

Había encontrado a la guardiana de los elixires de la vida, quedaba encontrar a su amiga: a Inanna. Para ello debía esperar la llamada de Enlil. Cuando la recibió, éste le contó lo siguiente:

—Ya han averiguado a dónde huyó Inanna, pero aún no la han encontrado. Para ello han contratado a un detective...

Enlil le explicó que Inanna se escapó al año mil novecientos noventa y nueve dejando su memoria en el Inframundo y que Ereshkigal había mandado a unos demonios para que contratasen a un detective que les hiciera el trabajo. También le dijo a Ninshubur que debía ir a Washington y entablar relación con el detective e informarle a él, a Enlil, de los avances que éste hiciera. A ver si encontraba a Inanna.

Así que la diosa mensajera fue enviada unos años más tarde al año al que Inanna había escapado, para que no pareciera sospechoso, con la misión de vigilar los avances de la persona contratada por los esbirros de Ereshkigal, John García, e informar a Enlil directamente de tales progresos.

XXV

27 de junio, presente

Salamanca, España

Una vez finalizada la historia de Lindsay, y haciendo como había hecho anteriormente con Inanna, John buscó en internet a la susodicha Baba Yagá.

—Así que tú, Ninshubur, le entregaste a esta bruja del folclore ruso, eslavo, los elixires... —comentaba a la vez que leía.

—Exactamente, pero llámame Lindsay. Ninshubur es más largo y, aunque parezca mentira, me resulta más extraño Ninshubur salido de tu boca —dijo Lindsay.

—Vaya. No parece muy agradable esa bruja, por lo que he podido leer, y ni rastro de en qué bosque oculta su cabañita... —comentó John finalizando su lectura y apartando el ordenador portátil a un lado—. Bueno, he leído que puede tener el Agua de la muerte y de la vida. He de suponer que el Agua de la muerte es el Alimento de la vida, ¿no?

—Supongo que sí. Claro.

—Así que la magia existe y la tal Baba Yagá también... Pensaba que los dioses habíais dejado la Tierra para nosotros, pero hay más seres al parecer.

—Sí. Hay distintos seres. Pero lo que quise decir con que habíamos dejado el mundo era que ya no os tutelábamos. Ya no dirigíamos ciudades, ya no nos mostrábamos abiertamente a la gente. Has visto cómo, de vez en

cuando, aparecemos, pero no revelamos nuestra identidad. Por supuesto también quedan otros seres que nunca se fueron. Te sorprenderías.

—Ya veo... ¿Y por qué no puedes ir tú a por los frascos? Según me has contado, sólo se los dará a alguien digno o a ti. Además, tú sabes dónde encontrarla.

Lindsay explicó a John que, en realidad, ya no sabía dónde encontrar a la hechicera. Baba Yagá cambió su cabaña a otro lugar desconocido y oculto a los ojos de cualquiera, ya sea hombre o dios. Se volvió demasiado poderosa para poder arrebatárselos, incluso llegó a despreciar a los dioses por ser tan parecidos a los hombres en ciertos momentos. La única relación más o menos cordial que mantiene es con la propia Ereshkigal, la reina del Inframundo. La relación de Baba Yagá con Lindsay era inexistente. Habían vuelto a encontrarse una vez más, cuando los dioses abandonaron el mundo para los humanos, en la que hubo una modificación en los términos del acuerdo: Baba Yagá únicamente proporcionaría los elixires a los mortales que lo merecieran y pagaran el precio requerido.

—Mal hecho —dijo John pensando más en la difícil tarea que debía emprender para encontrar a la bruja que por el hecho en sí de que Lindsay y Baba Yagá modificaran las reglas.

—En su momento pensé que era lo correcto —se justificó Lindsay. John frunció el ceño. Pensativo—. Entiendo que te resulte extraño —comentó Lindsay como si leyera la mente de él—. Analizas las cosas con una línea temporal según la sientes, crees que todo sucedió linealmente y te parece que no ha transcurrido demasiado tiempo para mí desde que informé a Enlil y busqué a Baba Yagá y demás. Pero para nosotros todo es muy diferente a cómo vosotros lo veis y sentís.

—Ya. Es extraño para una mente humana comprender todo eso... Pero bueno, lo intento. Creo que no lo hago mal —sonrió. Lindsay correspondió la sonrisa.

—¿Cómo voy a encontrar a la bruja esa? ¿Cómo sabré si soy digno de que me de los elixires? —preguntó después John.

—Tendrás que ir a Rusia y buscar a algún experto en folclore eslavo. Algo será cierto y podrás encontrarla. Eres detective, ¿no? Yo visitaré a Enlil

mientras tanto. Tengo algunas preguntas que hacerle. Después, cuando consigas los frascos y me los des, supongo que tendré que ir al Inframundo. No podrás acompañarme, para empezar porque eres mortal... —se anticipó Lindsay a los pensamientos de John.

—¿Cómo irás al...? Ah, claro. El colgante.

—Exacto. Aunque podría ir aún sin artilugios, pero son una gran ayuda. Estas cosas sólo funcionan en manos de las personas adecuadas —explicó ella.

—Es decir, en manos de una diosa —Lindsay sonrió confirmando lo que John había dicho.

—Cuando consigas los frascos nos reuniremos aquí. ¿De acuerdo? —John asintió.

—Buena suerte —le deseó Lindsay. Dudó por un momento si darle un beso o no, al final no lo hizo. Se marchó de la habitación dirigiéndose a la puerta y salió. Poco después ya no se encontraba ni en esa realidad. John ni siquiera intentó seguirla, pensaba cómo iba a encontrar a la bruja Baba Yagá. En menudo lio se había metido.

Pensativo y solo, John analizó la situación: unos demonios mandados por la reina del Inframundo, Ereshkigal, le habían contratado, pagándole una cantidad desorbitada, para que encontrase a una mujer. ¿Por qué a él? ¿Fortuna o desgracia? Después, tras quince años de búsqueda, resultó que la mujer tenía por nombre Anna Smith, pero que, en realidad, se trataba de Inanna, una importante diosa de la antigua Sumeria que, ambicionando el mundo de los muertos además del de los vivos, intentó usurparle el trono del Inframundo a Ereshkigal, su hermana. Sin conseguirlo, escapó, dejando la memoria atrás, al Washington D.C. del año mil novecientos noventa y nueve donde un buen hombre la tomó por su nieta. Luego, años más tarde, aparece en escena Lindsay, de la cual se enamora perdidamente hasta el punto de comprarle un anillo de compromiso, que no llega a entregárselo porque descubre que Lindsay no es quien dice ser. La verdadera identidad de Lindsay es la de Ninshubur, fiel amiga de Inanna, y otra diosa cuya labor es la de mensajera entre dioses. Ninshubur/Lindsay fue enviada por Enlil para espiarle e informar al dios de los avances que iba haciendo. Para terminar, los

demonios vuelven a aparecer liberándole de su búsqueda, pues había terminado, y llevándose a Anna/Inanna al Inframundo donde, seguramente, ya estaría muerta.

Hasta ahí era el resumen de lo que había sucedido. Pero distaba mucho de haber finalizado toda esa aventura.

En parte se sentía culpable por la supuesta muerte de Inanna. Él había ayudado a encontrarla y, por otra parte, más importante, tenía que ayudar a Lindsay. Por mucho que ya el futuro juntos se hubiera esfumado, y de la traición que sentía John, la amaba profundamente y eso no podía cambiarlo por mucho que quisiera.

Volvió a analizar la situación, ahora debía ver qué pasos debía seguir. Tenía que encontrar a una bruja del folclore eslavo que habitaba en algún bosque de Rusia, probablemente, que, oh sorpresa, también existía. No sólo eso. También tendría que conseguir los milagrosos elixires de la vida que creo Enlil y que Ninshubur/Lindsay le encomendó a la dichosa bruja custodiarlos. ¿Cómo ser digno de conseguirlos? No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

Una vez con los frascos regresaría para encontrarse de nuevo con Lindsay, que iría al Inframundo a resucitar a su amiga, Inanna. Y él... ¿qué pasaba con él? Se quedaría todavía más sólo, abandonado y traicionado que hacia quince años. Prefería no pensar en eso, por lo que se concentró en su siguiente paso: ir a Rusia. Al menos la bolsa de viaje, que había preparado tras descubrir que Lindsay le espiaba y le había ocultado la verdad, le serviría de algo.

Reservó a través de internet un vuelo que le llevaría de Madrid a Moscú para el día siguiente. Antes debería ir, en tren, de Salamanca a Madrid. Pero, ¿qué haría una vez que estuviese en la capital rusa? Era el país más grande del mundo y estaba lleno de bosques. ¿En qué bosque debía empezar a buscar a Baba Yagá? Eso, con suerte, si estaba en Rusia. Podría darse el caso de que la bruja estuviese en otro de los países eslavos que contaban con el cuento de Baba Yagá en su folclore. Incluso podría ser peor. Pudiera ser posible que, como había leído en internet sobre Baba Yagá, se desplazase de un lugar a otro del mundo eslavo con su casa a cuestas, nunca mejor dicho.

Pero no todo era tan malo. Siendo optimista, muy optimista, tenía que contentarse de que, por lo menos, hablaba ruso. Debía encontrar a alguien que pudiera ayudarle a concretar más la búsqueda, a algún experto en folklore eslavo, y tenía que hacerlo rápido.

Investigó por internet en universidades que expertos había en la materia. No encontró muchos. A los pocos que encontró les envió un email esperando que alguno le contestara lo antes posible. En el email enviado apenas detallaba gran cosa. ¿Quién, en su sano juicio, iba a creer que Baba Yagá existiera, no sólo en la antigüedad, también en la actualidad? Le reconfortó pensar que quince años atrás hubiera sido todavía más difícil encontrar la información requerida sin la ayuda del avance de internet y que ahora todo el mundo estaba en la red.

También encontró un museo en un pueblo llamado Kukoba en la región de Yaroslavl dedicado a los cuentos y, por supuesto, a Baba Yagá. A ellos también les escribió un correo electrónico. Tenía que cubrir todas las posibilidades.

Cuando terminó ya era la una de la mañana. En, aproximadamente, seis horas debía estar en la estación para coger el tren que le llevase a Madrid.

No le apetecía cocinar nada y era demasiado tarde para salir a cenar fuera, por lo que se decantó por hacerse un bocadillo y echar una pequeña cabezada antes de salir rumbo a la estación de tren. Le esperaba un largo viaje...

XXVI

Lugar desconocido

Después de saber que los tres demonios enviados por Ereshkigal a contratar a John habían aparecido de repente y se habían llevado a Inanna/Anna Smith justo después de que John hablase con ella, ciertas dudas empezaron a surgir en Lindsay sobre lo sucedido. ¿Había alguien más espiando a John? Tenía que averiguarlo. Para ello, tras conseguir que John, a pesar de todo, le acabase ayudando con la búsqueda de los elixires para resucitar a Inanna, se marchó directamente a hablar con Enlil.

—Me gustaría saber unas cosas —dijo Lindsay, un poco intimidada, a Enlil una vez le hubo contado que John iría a recuperar los elixires de la vida para poder salvar a Inanna.

Ninshubur, es decir Lindsay, sabía que no podía exigir nada a Enlil. Ella no era más que una diosa mensajera y él uno de los más poderosos, sería mejor no despertar su ira. Enlil tenía fama de ser irascible y aprovechar cualquier pretexto para desencadenar su cólera, especialmente para con los humanos en la época en la que debían tutelarles.

No en vano le resultaban tan molestos al principio que decidió exterminarlos mediante un diluvio. Por fortuna para las generaciones venideras de los hombres, Enlil fue convencido para dejar a algunos con vida.

—Pregunta lo que quieras, Ninshubur —contestó con aparente amabilidad el dios.

—¿Cómo es que los demonios de Ereshkigal se enteraron tan rápido de que John había dado con Inanna? —preguntó ella.

—¿Insinúas que he sido yo quien se lo ha dicho? —un conato de ira afloró en el tono de voz de Enlil. Ninshubur, con gran vergüenza, intentó arreglar la posible ofensa:

—Yo... Yo no...

—Tranquila —la calmó Enlil—. Te aprecio, Ninshubur, siempre has cumplido bien con tus obligaciones y has sido leal. Te mereces la verdad...

XXVII

8016 a. C.

Unug, Kengi / Inframundo

Con Ninshubur esperando noticias de Enlil que le confirmaran la caída en desgracia de Inanna, éste intentaba informarse de lo sucedido de primera mano. Para ello, ¿qué mejor que visitar el Inframundo y preguntar directamente?

—Vaya, vaya. Mira quien nos honra con su visita —dijo Ereshkigal, la reina del Inframundo, sentada en su trono recibiendo a Enlil—. ¿Qué le trae al tan poderoso Enlil a este mundo tan oscuro?

—Ya lo sabes.

—¿Quieres arrebatarme el trono que me corresponde? —dijo irónicamente la reina—. Ah, no. Eso ya lo intentó tu otra hija. Para su desgracia, con poca fortuna —rió.

—¿Dónde está ahora Inanna? —Quiso saber el dios.

—Eso me gustaría saber para que pagara por lo que ha intentado hacer. Ha escapado. No me preguntes cómo, pues ni siquiera yo lo sé. Pero te garantizó que la encontraré —se levantó de su trono y se acercó a Enlil—. No la defiendas. Ni se te ocurra protegerla.

Ereshkigal hablaba muy en serio. Ansiaba cobrarse su venganza.

—Mantenme informado. De todo... ¿De acuerdo? —como la reina del

Inframundo no contestó, insistió.

—Está bien —accedió de mala gana—. Pero te advierto de que mi hermana es mía.

La diosa temía que Enlil pudiera interferir y salvar a Inanna del castigo que se merecía por haber descendido al Inframundo y haberle intentado usurpar su trono y su reino. No es que a Ereshkigal el Inframundo le hubiese parecido el mejor de los lugares cuando se convirtió en su reina debido a sus cualidades. Pero con el tiempo fue haciéndose al lugar y el oscuro lugar se fue amoldando a ella. Reina y reino estaban hechos a la medida el uno del otro. No podría concebirse mejor diosa para ser la reina, ni lugar más adecuado para que Ereshkigal hiciera valer su poder y aplicara su justicia divina. Precisamente era esa justicia la que ansiaba aplicarle a su traidora hermana, algo que podía verse truncado si Enlil intervenía, aunque no podría denegarle su solicitud, de todas formas. Tendría que informarle y, luego, hacer todo lo posible para que la dejara hacer con Inanna, cuando lograra atraparla, lo que debía.

Todavía quedaba para llegar a eso, lo primero era saber a dónde huyó, después localizarla y atraparla. Por suerte una baza jugaba a su favor: Inanna estaba sin memoria, lo que haría que no estuviese a alerta y pudiera tentársela con ofrecerle recobrar sus recuerdos y su pasado. ¿Quién podría negarse?

El primer paso para que Ereshkigal hiciera justicia se había logrado: había logrado averiguar a dónde huyó Inanna al escaparse del Inframundo. Haciendo honor a su palabra, aunque dada a regañadientes, avisó a Enlil de que tenía novedades. Si la reina del Inframundo decía una cosa, la cumplía.

—Debes prometerme que me dejarás a Inanna para mí —dijo Ereshkigal a Enlil antes de darle la nueva información sobre la fugitiva.

—Puedes estar tranquila. De hecho, te voy a ayudar —dijo Enlil.

Las palabras del dios pillaron por sorpresa a Ereshkigal; cómo iba a esperar la diosa que no sólo no iba a torpedear su tarea, sino que la iba a ayudar a cumplirla.

La reina le preguntó cómo tenía pensado ayudarla. Para contestarla, el dios necesitaba saber cuáles eran esas noticias sobre la búsqueda de Inanna. Ereshkigal le contó lo que habían descubierto: Inanna había ido a parar al año

mil novecientos noventa y nueve. También le mencionó que no recordaría nada anterior a su fuga del Inframundo, puesto que la memoria de Inanna había quedado como recuerdo en el sombrío lugar en el que reinaba Ereshkigal, un dato que no le había revelado con anterioridad, pero todavía la reina tenía más cartas por mostrar. Había hecho que contrataran a un investigador privado para que la encontrase por ella. En esos tiempos no podría intervenir abiertamente con sus demonios.

—Bien hecho. Me da que ese John García será de mucha ayuda —expresó su satisfacción Enlil por lo que Ereshkigal había dispuesto.

—Ahora dime cómo me vas a ayudar —solicitó la reina de cabellos oscuros de azul y negro.

—Si no te importa que influya en tu John, tengo una propuesta que hacerte.

Ereshkigal sopesó las palabras del dios y sus consecuencias. Tras meditarlo brevemente, accedió.

Enlil le dijo que enviaría a Ninshubur para que se acercara a John y le tuviese vigilado. Cada vez que descubriera algo, Ninshubur se lo comunicaría de inmediato a Enlil, y éste, a su vez, haría lo propio con Ereshkigal.

—De este modo no tendrás que esperar mucho desde que John encuentre a Inanna y tú te enteres —terminó de decirle Enlil haciendo más tentadora su oferta de ayuda.

—Hmm... Está bien. Hazlo —convino Ereshkigal.

—Antes quiero pedirte algo.

—Ya decía yo que me resultaba extraño tanta buena voluntad por ayudarme —desconfiaba la reina.

—Cuando tengas a Inanna, y la castigues como merece, tienes que comprometerte a que si mando a Ninshubur al Inframundo a recuperar el cuerpo (ambos sabían que el castigo sería su muerte) no te opondrás ni las pagarás con la buena de Ninshubur —Ereshkigal volvió a meditar sobre las palabras que acababa de escuchar—. Dame tu palabra —exigió Enlil.

—No me cae mal esa mensajera —sonrió la reina—. Me gustará verla con John, te doy mi palabra. Yo no me opondré, pero quizás los jueces tendrán algo que objetar a eso.

Enlil sonrió. Sin duda la reina era astuta, muy astuta, le llenó de orgullo ver que se parecían en eso.

Con los términos de su acuerdo de colaboración fijados, Enlil abandonó el Inframundo e informó a Ninshubur antes de enviarla a espiar a John. Claro estaba que no le contó nada sobre su acuerdo con Ereshkigal.

XXVIII

Momento actual

Lugar desconocido

Escuchar la verdad de cómo en realidad no había espiado a John para ayudar a salvar a su amiga, sino que había traicionado al hombre del que se había enamorado sólo por ayudar a que Inanna cayera en manos de Ereshkigal, sumió a Lindsay en un gran pesar, en una gran tristeza.

Había culpado a John de que Inanna acabara en las garras de los demonios y se la llevaran derecha al Inframundo. Pero había sido ella, únicamente ella, quién había logrado tal fin revelando a Enlil todos los progresos que hacía John en la búsqueda de Inanna. Lo peor de todo era que ya no había forma de arreglarlo.

—Por qué... —logró articular en un suspiro. Enlil sabía del dolor que sentiría ahora mismo Ninshubur en lo profundo de su alma.

—Lo siento —Enlil no lamentaba lo que había hecho. Lo que en verdad sentía era que Lindsay estuviera sintiéndose tan mal como se sentía en ese preciso instante.

Y no podría sentirse peor.

Se sentía como una traidora. Acababa de enterarse de que, en la práctica, había actuado como espía de Ereshkigal y no había traicionado a una, sino a dos personas. A las dos personas más importantes: su mejor amiga y al

hombre al que amaba. ¿Para qué? Para nada.

En ese momento era la diosa más desdichada de todas las que pudieran existir. Una pena y una culpa que llevaría consigo para el resto de su eternidad.

—Míralo de este modo: podrás ir al Inframundo sin que Ereshkigal intente impedirte que recuperes el cadáver de Inanna y la resucites con los elixires que cree para ti —intentó consolarla a la vez que le recordaba que si no hubiera sido por él Inanna estaría muerta y no habría forma de revivirla.

Por muchas palabras que pudieran dirigirse ninguna podría reconfortarla lo suficiente para mitigar su dolor.

—¿Por qué? —volvió a preguntar la mensajera, con voz firme esta vez.

Tenía derecho a saber los motivos de Enlil para pactar con Ereshkigal. Pero en el fondo, muy en el fondo, en su interior, ahora oculto tras la desolación que sentía por creer haber actuado como una traidora, sabía la respuesta a esa pregunta. El dios la contempló un instante antes de darle la respuesta que demandaba.

—¿Me preguntas por qué? Pero si ya sabes por qué. Lo que sucede es que tu lealtad a tu amiga y el amor al humano no te dejan pensar con claridad —dijo de forma paternal Enlil a Ninshubur—. Sí, sé bien que te has enamorado y no es algo que fingieras. Quizás, al principio, todo era pura actuación, pero al final... Al final acabaste absorbida por el papel que interpretabas. No tienes culpa de ello, esas cosas pasan. Pero, como comprendes ahora, eso trae más sufrimiento que otra cosa.

Tenía razón. Pensó Lindsay. ¿Qué objeciones podía poner a sus palabras? Se había enamorado perdidamente de John, pero también era cierto que le había traicionado y se debía a que Enlil la había manipulado. Pero eso no era excusa. No había traicionado a John por la manipulación de Enlil, eso sólo podía achacarse a su ayuda indirecta a Ereshkigal para capturar a Inanna.

No. La realidad era que a John le traicionó desde el primer momento que aceptó acercarse a él y espíarle, y era su culpa, totalmente. Hilando con los pensamientos de la mensajera, Enlil continuó:

—Tienes razón. Te oculté la verdad. Incluso acepto que te manipulé. Pero en ningún caso te obligué a mantener una relación con ese detective ni a que

le espieras. Fuiste tú la que quiso hacerlo y no pusiste ningún reparo en ello. Pero bueno... Volviendo a tu pregunta de por qué lo hice el pactar con Ereshkigal, es bien sencillo: lo hice porque Inanna se merece ser castigada, lo sabes bien. Tú misma intentaste en vano impedir que cometiera esa locura de robarle el Inframundo a su hermana; tú misma sabes bien que debe pagar por lo que hizo.

Lindsay lo sabía. No podía reprochar nada a Enlil.

—Es más —añadió el dios—, gracias al acuerdo que tenemos, Inanna va a salir favorecida, a pesar de sus obras. Gracias a su amiga leal —señaló a Ninshubur—, a su hermana, a la que intentó traicionar, y a mí, tendrá la oportunidad, la posibilidad de volver a la vida sin merecerlo. ¿No te parece suficiente misericordia por nuestra parte para con Inanna tales sacrificios que los tres vamos a hacer por ella?

Lindsay no dijo nada.

Ahora, tras la tempestad de sentimientos de culpa, calmada y serena, podía reconocer que Inanna se merecía su destino, pero que no se merecían pagar las consecuencias ni ella ni John ni nadie más. Inanna sabía dónde se metía cuando fue al Inframundo. Pero, ¿no era eso lo que hacía un amigo leal? Sacrificarse. Como su corazón seguía latiendo por John, también lamentó que, por culpa de la impulsiva, ambiciosa e impetuosa Inanna, él tuviera que hacer sacrificios por quien no lo merecía. Sin embargo, los sacrificios y esfuerzos que John iba a realizar eran por Lindsay.

—¿Te parece bien que John se vea involucrado en salvar a Inanna de las fechorías que cometió en contra de su deber? —inquirió de nuevo Enlil al compás de los pensamientos de Lindsay y sabiendo que no le parecía bien—. Eso me figuraba. Pues te voy a resumir los hechos, así verás que no tienes que culparme, al contrario, debes agradecerme todo lo que hecho. Esos hechos son que la ambiciosa Inanna cometió un acto imperdonable y por ese acto yo —hizo hincapié en el «yo»— creé unos elixires para resucitarla. Por ese acto has acabado traicionando al único hombre que has amado de verdad, por ese acto ese humano dueño de tu amor va a recorrer el mundo en busca de esos elixires para que tú puedas viajar al Inframundo a recuperar el cuerpo de quien cometió ese acto y, por ese mismo acto, Ereshkigal aceptó no

interponerse en tu camino cuando fueras a su reino a salvar a la que es la verdadera traidora de esta historia: Inanna. ¿Te parecen pocos los sacrificios que estamos haciendo todos por ella? ¿Crees que te lo agradecerá? ¿Crees que nos lo agradecerá a alguno de nosotros? Sabes que no.

»Siempre ha preferido a esos humanos desagradables mientras nosotros hemos pagado sus caprichos, como casarse con ese borrego de Dumuzi, aunque le está bien empleado. Sentir un poco de su propia medicina la vendrá bien. Mientras ella intentaba usurparle el trono a su hermana, su esposo, liberado de la carga de la mortalidad, se hizo con el trono de su ciudad y campaba a sus anchas. Pero también tuvimos que ser nosotros quienes pusiéramos freno al borrego del esposo. ¿No lo ves? Oh, claro que lo ves. La buena de Ninshubur, te pareces más a Ereshkigal de lo que te gusta reconocer, lo llevas dentro, así como llevas una pesada carga sobre tus hombros a costa de los caprichos de otros... Pues ya ves, por eso hice lo que hice, más de lo que debía. Al igual que tú —concluyó Enlil.

Poco más podría añadirse al largo discurso del dios, por lo menos Lindsay no iba a contestar a sus palabras. Como despedida, Enlil tuvo unas palabras más para la mensajera:

—Hagamos lo que nos hemos propuesto y soportemos esa carga como buenamente podamos. Cuando John te entregue los elixires, irás al Inframundo y terminaremos con esto que nunca debió haber comenzado.

Cierto. Llevaría una pesada carga para el resto de su inmortal vida, con ella llevaría una flecha clavada en su corazón que le recordará ese breve tiempo en su existencia que significará más que milenios olvidados en la noche de los tiempos.

—Por cierto, que sepas que ese John es uno de los pocos humanos que soporto —sonrió Enlil cuando Lindsay ya se marchaba.

Ninshubur/Lindsay, se marchó a cumplir con otras obligaciones insustanciales mientras esperaba los elixires que John debía traerle.

Pensó en lo curioso que era que todos diesen por hecho que John obtuviera los elixires tan fácilmente, nadie se había parado a pensar si realmente tendría alguna posibilidad de hacerse con ellos. Baba Yagá era un tanto peculiar y no se los entregaría sin más. John, por el contrario, era un

simple hombre mortal sin poder alguno ante la bruja. ¿Qué tendría que sacrificar para ayudar a Lindsay a revivir a Inanna? Eso si no moría en el intento.

Ninshubur prefirió no darle muchas vueltas, bastante tenía con saber que lo más probable sería que ella y él apenas volverían a verse una vez más antes de que ella tuviera que regresar a su mundo de dioses, alejada de John, sin posibilidad de volver a pisar el mismo suelo que su amado.

XXIX

28 de junio

Salamanca, España

Sin apenas haber podido pegar ojo debido a los acontecimientos que había tenido que hacer frente últimamente, y a los que todavía estaban por venir, John se levantó de la cama, tomó una ducha rápida, se vistió y, cogiendo la bolsa de viaje que ya había preparado la tarde anterior, a la que además había incluido el ordenador portátil, su cartera y el teléfono móvil, puso rumbo a la estación.

Antes de las siete de la mañana ya estaba esperando a tomar el tren que le llevase de Salamanca a Madrid en poco más de dos horas.

Era una mañana fresca de un sábado de comienzos de verano, en las que dudas si ir en mangas de camisa o ponerte una chaqueta o sudadera. Una de esas mañanas de verano en la que los primeros rayos del sol golpeándote en la cara te dicen que el día que empieza no va a ser un día cualquiera, que va a ser un día especial. Es más, esos mismos rayos de sol te recuerdan todo lo que has vivido y has dejado atrás, señalando que desde ese día entras en una nueva época. Te calientan con delicadeza la cara como si quisieran consolarte, porque tu vida ya no va a ser la misma.

Por la calle no se veía a nadie, sólo de vez en cuando se cruzaba con algún joven de aspecto resacoso que regresaba a casa.

Como el tren no tenía prevista su salida hasta las siete y cuarenta, tomó asiento en una mesa de la cafetería de la estación para tomar un vaso de leche fría, pero rehusó tomar algo sólido. Por las mañanas no solía comer nada. Su estómago se lo impedía.

A esas horas viajaba poca gente. El vagón en el que iba sentado junto a la ventana estaba prácticamente vacío. Le acompañaban cuatro personas más: una madre con su hija, un señor mayor y otra chica joven; el resto de asientos permanecían desocupados.

Pasó el viaje en silencio, contemplando el paisaje a través de la ventana, tarea que únicamente se vio interrumpida por la visita del revisor solicitando el billete.

Para las diez ya estaba en la capital de España. Tras bajarse del vagón fue directamente a la estación de metro que se encontraba bajo la misma estación de tren; iría directamente al aeropuerto y esperaría hasta que su vuelo saliera a eso de las cinco de la tarde.

Cuando llegó al aeropuerto de Barajas eran solamente las once de la mañana, todavía faltaban seis horas para que su avión despegara rumbo a la capital rusa. No había nada peor como estar esperando, no sabía cómo ocupar todo ese tiempo del que disponía. Quedarse quieto, cuando desearía estar ya en Moscú buscando a la bruja en cuestión, era algo casi imposible de realizar.

Se sentó en uno de los asientos libres que quedaban mientras esperaba y decidió comprobar si alguna de las personas a las que mandó un email el día anterior, esperando que supieran más sobre Baba Yagá de lo que había leído, le había contestado. Tenía dos emails de dos expertas en folklore respondiendo al suyo. En su email, John apenas había contado más que estaba interesado en las raíces de la historia de Baba Yagá y su posible veracidad histórica. Ni siquiera usó la misma estrategia que utilizó para acercarse a Anna Smith, que consistía en escribir un libro sobre el asunto en cuestión y necesitar a un experto que le asesorase.

En uno de los emails recibidos como respuesta al suyo, la experta no le decía gran cosa, lo mismo que ya había podido leer vagamente por internet. Volvió a escribirla para darle las gracias y nada más.

Pero el otro correo electrónico recibido era diferente. Las palabras allí

escritas, aunque no daban mucha información, y toda ella sin relevancia, rebosaban entusiasmo. Se notaba que esa experta estaba realmente interesada en el tema.

Una buena señal.

La experta se llamaba Dariya Petrovna Shvetsova, una rusa con residencia en Moscú. Perfecto. Le respondió comunicándole que esa misma noche estaría en Rusia, en Moscú, y si le sería posible concertar una cita para el domingo o el lunes en Moscú, o que él se desplazaría a dónde hiciera falta. La urgencia que mostraba John la achacó a motivos de trabajo y que se había hecho con una información que confirmaría que esa bruja del folklore eslavo existió en la realidad. Sin detalles, le contó la verdad. Algo que también ayudaría a que la experta sintiera curiosidad por saber cuál era esa información y pudiera acceder a ayudarlo.

Una vez enviado el correo electrónico, se levantó de su asiento y permaneció un rato de pie, paseando un poco sin moverse demasiado de donde estaba.

Volvió a pensar en Lindsay y que en verdad era Ninshubur, una diosa. Pensó en Anna Smith, la diosa Inanna, en el Inframundo y su reina; en ese mundo de dioses e inmortalidad, de brujas y elixires. Seguía viéndolo todo como una fantasía de la que no sabía cómo escapar ni tampoco cómo había entrado en ella. Lo que sí sabía, y sentía, era que, desde el día anterior en que descubrió la verdad, nada volvería a ser como antes.

Descubrir ese mundo no era malo, al contrario, era maravilloso. Pero también había cosas negativas y tenían que ver con Lindsay. Lo peor ya no era la traición y el engaño, ahora lo peor era saber que su amor era imposible. ¿Podría haber algo más terrible que eso?

Intentó no pensar demasiado en ello. Sería mejor afrontar la misión que tenía por delante, después ya tendría tiempo de sobra para lamentarse y llorar las penas en soledad.

Para la una y media de la tarde, comió un filete con patatas y una ensalada. Mientras le servían los platos, comprobó de nuevo su bandeja de entrada del correo electrónico; un nuevo mensaje tenía de la tal Dariya Petrovna Shvetsova, estaba dispuesta a concertar una cita.

A John le pareció que estaba exultante por el encuentro y que él le revelase esa información que tenía. Claro estaba que John no tenía pensado decirle lo que Lindsay le había contado, pero algo se le ocurriría para obtener su ayuda. Sin duda Dariya sabía más que él sobre Baba Yagá y, con suerte, podría orientarle sobre dónde comenzar a buscarla.

La experta rusa le preguntó en qué hotel iba a hospedarse para ver en dónde podían reunirse, entonces John se acordó de que no había reservado ningún hotel. Con la mente puesta en Baba Yagá y encontrar expertos en folklore eslavo se le había pasado por completo buscar uno. Rápidamente se metió en una web de reserva de hoteles donde hizo una reserva de una habitación en el histórico hotel Metropol para tres días. Ya habría tiempo para reservar más si fuera necesario.

El famoso hotel se encuentra a unos cinco minutos a pie del Kremlin y la Plaza Roja, y en frente del teatro Bolshói, en pleno corazón de Moscú. Iba a ser la primera vez que John visitase tales emblemáticos lugares.

Una vez hecha la reserva en el Metropol, terminó de redactar la respuesta. Pero faltaba otra cosa en la que no había caído con las prisas y las emociones del día anterior: ¡el visado! ¿Cómo iba a entrar en Rusia sin el visado correspondiente? Sacó el pasaporte para comprobar su grave error. Se puso nervioso. Quizás lo pudiera arreglar pagando una cantidad allí. Tendría que comprobarlo, no le quedaba otra. No pensaba esperar más tiempo para pagar, igualmente, por obtener el visado.

Mirando el pasaporte vio algo raro. ¡Estaba el visado! ¿Cómo era posible? No recordaba haberlo hecho. Estaba seguro de que no lo había solicitado ni obtenido. Puede que quizás... ¿Lindsay? Por supuesto. ¿Quién si no? ¡Qué alivio! Sonrió a la vez que suspiraba.

Poco antes de embarcar, la rusa le había vuelto a contestar, acordaron reunirse en el vestíbulo del Metropol. Ella le esperaría allí al mediodía del día siguiente.

Su vuelo, operado por la compañía aérea española Iberia, abandonó la pista tomando altura a las cinco de la tarde. Cinco horas después de un vuelo tranquilo sin turbulencias, llegó al aeropuerto moscovita de Domodedovo. Eran las doce de la noche. Un empleado del hotel estaba esperándole con uno

de esos típicos carteles en los que escriben el apellido del viajero al que han de recoger.

Cuando llegó al hotel era ya más de la una de la mañana. Como la noche anterior, estaba sin cenar y le esperaba un largo día al día siguiente. Tenía el encuentro con la experta en folklore al mediodía. Buena hora, podría dormir, si no tuviera que hacer compras antes. No llevaba mucha ropa consigo y necesitaba ciertos productos de higiene básica, además de cosas necesarias para buscar a una bruja perdida en medio de algún bosque. Quizás podría dejar las compras para la tarde.

Una vez en la habitación del hotel, tumbado en la cómoda cama de gran tamaño, se estiró y resopló. Lo que le quedaba por vivir...

XXX

29 de junio

Moscú, Rusia

Se despertó a eso de las diez de la mañana del domingo con un ligero dolor de cabeza debido a lo poco que había descansado las dos últimas noches. El cuerpo le pesaba y se movía lentamente por la habitación del hotel. Se metió en la ducha y las primeras gotas que cayeron sobre su rostro parecieron reavivarle. Cuando terminó, se afeitó con unos vaqueros y un polo azul oscuro, de lo poco que llevaba en su bolsa de viaje. Debería comprar más prendas de vestir, pero ya sería por la tarde. No le daría tiempo a ir de compras, algo que detestaba, antes de su cita con la experta en folklora ruso. Miró por la ventana; el cielo tenía un color mortecino, apagado, triste e incluso amenazaba con tormenta. Pero ni la triste luz del día ni su dolor de cabeza, poco intenso después de la bienvenida agua de la ducha, iban a dejar que le ensombrecieran el ánimo.

Tenía, todavía, una hora hasta las doce, hora de su encuentro, tiempo que aprovechó para salir de la habitación y dar un paseo por los alrededores del hotel hasta que llegase la hora de la cita.

Preguntó a la recepcionista que en ese momento se encontraba, una joven de ojos azules y media melena rubia de sonrisa encantadora, cómo llegar a la Plaza Roja, que se encontraba cerca. Lo primero que deseaba ver era la

magnífica catedral de San Basilio, algo que siempre quiso hacer.

Siguiendo las instrucciones de la joven, salió a la apagada luz que ofrecía el cielo nuboso, dejó atrás la Plaza de los Teatros, llamada así por los tres teatros que aglutina, entre ellos el Bolshói, y la Plaza de la Revolución, y entró a la Plaza Roja por la Puerta de la Resurrección que dejaba a un lado la Catedral de Kazán y al otro el Museo Estatal de Historia. Como no tenía demasiado tiempo para detenerse en cada edificio o monumento allí presentes, fue directo hasta el otro extremo de la plaza donde se encontraba la catedral que parecía salida de un cuento con sus cúpulas de colores. Como otros turistas allí presentes, admiró la maravillosa obra arquitectónica, que constituía la catedral de San Basilio, durante varios minutos, el tiempo justo que calculó para que le diese tiempo de regresar a la hora acordada al Metropól sin tener que correr.

Miró el reloj de su muñeca y tomó el camino de regreso, el mismo por el que había ido hasta la Plaza Roja. Al entrar al hotel de nuevo echó un nuevo vistazo a la hora. ¡Justo! Quedaba un minuto para que diesen las doce del mediodía.

Miró en derredor para ver si ya había llegado la experta en folklore. No tenía ni idea de la apariencia de ésta, pero en seguida supo de quién se trataba. Una mujer esperaba de pie en medio del vestíbulo portando con ella varios libros y un amplio bolso. Al verla con los libros, a John le vino la imagen de la primera vez que vio a Anna Smith, Inanna, llegar sonriente en su primer encuentro, en el que ella acabaría echando a correr de aquella cafetería salmantina.

La mujer, puntual ella, rondaría los treinta y cinco, según supuso John, aunque más adelante averiguaría que estaba a punto de cumplir los cuarenta a finales del mes que estaba por comenzar en un par de días. Lucía un sencillo vestido floral azul oscuro con unas sandalias a juego. Se acercó a ella, que se encontraba de espaldas a él, no esperaba que John viniese de la calle. Su altura rondaría el metro sesenta y cinco centímetros.

—Buenos días —dijo John en ruso—. ¿Dariya Petrovna?

Ella se dio la vuelta haciendo mover su melena rubia como si fuese un campo de trigo bañado por el sol que se balancea acariciado por el viento.

—¿Señor García? —contestó en inglés Dariya mirándole con unos expresivos ojos azules al darse la vuelta.

No parecía que esa mujer tuviera, ya no casi cuarenta años, ni siquiera los treintaicinco. De rasgos delicados y nariz pequeña y fina parecía que estaba más cerca de cumplir los treinta que ser una cuarentona. Le recordó a Lindsay en ciertos aspectos. Aunque no sabría decir muy bien por qué. Era bastante atractiva.

—Llámeme John —sonrió él habiéndose expresado de nuevo en ruso.

—Encantada —replicó ella, insistiendo en inglés, mientras estrechaban la mano derecha una vez se colocó los libros que llevaba en la mano izquierda —. Puede llamarme Dariya.

—Gracias por haberme recibido habiéndola avisado con tan poco antelación.

—Un placer. Me encantan estos temas y siempre estoy dispuesta a hablar de ellos —dijo ella dejando ver una preciosa sonrisa.

—¿Por qué me habla en inglés? —expresó con sorpresa John, que siempre se había dirigido a ella en ruso.

—Discúlpeme —dijo al fin Dariya en su lengua nativa, ruborizaba—. No estoy acostumbrada a que un extranjero hable ruso, por eso.

La experta en folklore, que además era doctora en historia, felicitó a John por el buen nivel de ruso que tiene y le preguntó si había estado antes en Rusia y en Moscú. John le contó que nunca había estado antes allí y que el idioma lo aprendió en Estados Unidos.

Para entrar en materia, decidieron ir al bar del propio hotel para poder sentarse tranquilamente. En el bar se sentaron apartados de las otras tres personas que se encontraban allí para que no pudieran escuchar de qué hablaban. Ella pidió un té y John, a pesar de estar bastante hambriento debido a lo poco que había comido los días pasados, pidió un simple descafeinado frío. Una vez los sirvieron, fueron directos al grano:

—Bien, ¿qué desea saber, John? —preguntó Dariya entre cortesía y confianza.

—Quiero saber dónde encontrar a la querida Baba Yagá. En qué bosque debo buscarla —dijo sin andarse con rodeos.

Dariya, sorprendida, no supo que decir al momento. Pensó que se trataba de una broma, pero al escrutar la cara de John lo desechó. Aún así, John decidió sacarla de dudas intuyendo lo que podría pensar la rusa:

—No, no es ninguna broma, quiero encontrar a esa bruja. Necesito encontrarla.

—¿Por qué quiere encontrarla?

—Necesito algo que ella tiene.

—¿Las aguas de la vida y de la muerte? —John asintió. Dariya reflexionó durante unos instantes. Después habló:

—Bueno, realmente he de decir que sí creo que existió una Baba Yagá o, al menos, una persona real en la que se basa el cuento. Personalmente, y no suelo decir esto a menudo por si me toman por loca o fantasiosa, creo que Baba Yagá, la original, debía de tratarse de alguna especie de hechicera de las antiguas tribus nómadas que poblarían las bastas regiones que hoy ocupan Rusia y las antiguas repúblicas soviéticas. Esas tribus de la antigüedad, cuando moría alguno de sus miembros, solían comerse su carne. Puede que de ahí derive lo de las calaveras que hacen de valla protectora de la cabaña de Baba Yagá. Quizás podría ser de alguna tribu nómada que poblase la zona sur, por el Cáucaso. Pero de eso ya ha pasado mucho tiempo...

A John le parecía que Dariya no estaba desencaminada en sus sospechas, según lo que le había contado Lindsay. Pero había un error... ¡Baba Yagá todavía vivía! Y necesitaba dar con ella.

—Entonces, si tuviera que elegir un bosque en el que encontrarla, ¿cuál sería? Según su opinión, claro —insistió John.

A Dariya le extrañaba tanta insistencia en encontrar a una bruja que debió existir hacia siglos. Eso para ella y para la mayoría, no se trataba más que de un cuento para asustar a los niños.

—Yo no le aconsejaría ir a ninguno, no va a encontrar nada, sólo va a perder el tiempo. ¿Por qué insiste? ¿Qué información tenía? Recuerdo que en el email que me envió me decía que se había hecho con una información que confirmaba la existencia de Baba Yagá. ¿De qué se trata? —quiso saber Dariya.

—Así es. Sé que existió y que sus suposiciones son bastante precisas, por

así decirlo —confirmó John—. También le puedo decir que desapareció de su ubicación original. Ah, por supuesto, que es real y sigue vivita y coleando.

—¿Cómo está tan seguro? ¿Puedo ver la información que tiene?

—Lo siento —lamentó John con sinceridad—, pero sólo sé que es así. La única prueba que tengo es la palabra de... de una persona —evitó darle más detalles a la experta.

Bastante tenía con hacerla creer que Baba Yagá existía como para contarle, además, que tal información provenía de una diosa. La misma diosa que entregó a la bruja los elixires para que ésta los custodiase. Dariya apuró su té. Pensativa. ¿Estaba en presencia de un loco o decía la verdad?

Se decantaría por la primera opción si no fuera porque había algo en John que le hacía pensar que decía la verdad. Quizás sentía también algo de atracción por él, lo que la hacía inclinarse porque no era un perturbado y estaba en lo cierto.

—Sólo indíqueme dónde comenzar a buscarla. En qué bosque —volvió a insistir en tono de súplica—. No pido más.

John se mostró un poco ansioso, desesperado y no era para menos, había muchos bosques y muy extensos. No podía pasarse meses buscando. Necesitaba cosas concretas y creía que esa experta rusa podría ayudarle después de descubrir que lo que ella suponía se asemejaba a la realidad, aunque no creyese que en la actualidad existiese la bruja.

—Digamos que creo lo que dice —dijo Dariya ante el ruego desesperado de John—. Quizás yo me hubiera decantado por el Bosque Rojo del río Kubán. Pero suponiendo correcto que Baba Yagá abandonara su lugar de origen, entonces descartaría los bosques del sur. Por tanto el Bosque Rojo lo desechamos. En ese caso escogería el bosque... hmm... los bosques de la región de Vladimir. No está lejos de Moscú.

Dicho lo cual Dariya se recostó sobre el respaldo de su asiento esperando qué sería lo siguiente que le diría ese extraño hombre por el que sentía cierta curiosidad.

—¿Por qué esos bosques precisamente? —preguntó John.

—Es el bosque de los viejos cuentos de hadas y epopeyas. Bosques espesos, densos, de abetos oscuros y pinos poderosos, musgos y pantanos

lentos de bestias salvajes y toda clase de mal que encendía la imaginación de los poetas. Al menos, eso dicen. Aquí tengo libros por si quiere ojearlos...

¡Por fin! Un lugar al que dirigirse en concreto.

—Muchas gracias —dijo rehusando los libros, no los necesitaba, y levantándose de su asiento. Sacó de la cartera unos dólares que llevaba consigo, no había cambiado a rublos nada todavía, ni había tenido tiempo. Por suerte siempre llevaba algunos dólares o euros y, para mayor fortuna, le eran aceptados en el hotel.

—¿A dónde va? —preguntó Dariya, que no dejaba de sorprenderse con John Seguían tratándose, generalmente, de usted.

—A preparar el viaje a Vladimir. Alquilar un coche, hacer unas compras. No he traído mucho equipaje y necesito cosas básicas... —sin pensárselo dos veces la rusa, levantándose, exclamó, llamando la atención de los presentes en el bar:

—¡Voy con usted! —y añadió bajando la voz—: si Baba Yagá realmente existe, yo también quiero encontrarla.

John accedió a dejarla ir con él. De todos modos, era una experta en folklore, todavía podría serle útil. La volvió a agradecer su ayuda y le dijo que estuviera al día siguiente, lunes, a las tres de la tarde en la puerta del Metropól, lista para partir a Vladimir y con todo lo necesario en cuanto a vestimenta y calzado para caminar por el bosque en busca de la bruja. Él se encargaría del resto.

Se estrecharon la mano como en el momento de conocerse y se despidieron hasta el día siguiente a la hora acordada.

**

Dariya Petrovna Shvetsova estaba entusiasmada con la idea de lanzarse a la aventura con John. Le extrañaba, pero no le preocupaba en absoluto en ese instante y tampoco tenía nada mejor que hacer. No tenía clases que impartir ni ningún compromiso en los próximos días; incluso el viaje sería una oportunidad para investigar. Tampoco nadie la esperaba en casa. Divorciada

y sin hijos, no tenía que rendir cuentas a nadie más que a ella misma. Pensó que todo estaba sucediendo como en las películas: un apuesto desconocido aparece en su vida para vivir una aventura juntos en pos de una bruja de cuento. ¿Estaría casado? ¿Por qué necesitaba las aguas de la vida y la muerte? Se preguntaba. Quizás quería resucitar a su amada, si eso fuera posible, cosa que dudaba... Pensar eso la desilusionó un poco, pero enseguida se animó de nuevo. Un viaje siempre era sinónimo de aventura. Estaba deseosa de emprenderlo. Y, por extraño que le pareciera, ese señor García le transmitía confianza.

**

Cuando la experta rusa se hubo ido, John subió a la habitación a refrescarse un poco y volvió a salir del hotel. El día seguía con su color triste, pero no hacía nada de frío. Caminó por las calles cercanas hasta que encontró un sitio que le pareció adecuado para comer; eligió un restaurante que ofrecía comida típica rusa, esperaba que estuviera deliciosa. El hambre que arrastraba del día anterior se había acrecentado y necesitaba un abundante banquete que saciara su vacío estómago.

La cita con Dariya no había ido mal, nada mal. Tenía un bosque concreto en que centrar sus esfuerzos para buscar a la tal Baba Yagá. Parecía prometedor, había sido demasiado sencillo. Recordó el primer encuentro con Anna Smith que terminó con la huida de ésta y esperando semanas hasta que volvió a tener noticias de ella.

Si lo pensaba más detenidamente, si no hubiera vuelto a tener noticias de Anna Smith hubiera sido mejor. No hubiera descubierto las mentiras y engaños de Lindsay ni hubiera tenido que ir a Rusia por ella ni por sentirse culpable y responsable del destino de la diosa Inanna. Qué estúpido se sentía cuando recordaba todo eso y meditaba sobre ello; deseaba que todo eso terminase pronto y no volver a verse metido en semejantes problemas divinos. Qué fácil sería todo si viviera tranquilo siendo el policía que quiso ser, con Lindsay, que no fuera en realidad Ninshubur... Pero la vida había tenido otros planes para él...

XXXI

Ese mismo domingo por la tarde, después de una copiosa comida de platos típicos rusos, John regresó al hotel y durmió una pequeña siesta reparadora de unos cuarenta minutos. Se hubiera pasado toda la tarde durmiendo, no sería por ganas, pero debía organizar el viaje a los bosques de la región de Vladimir. Deseaba terminar cuanto antes con todo eso, quitárselo de encima de una vez y quedar libre de encargos extraños. ¿Esos habían sido los planes que el destino había tenido para él? Se preguntaba de vez en cuando. Ahora que había descubierto la existencia de dioses, según le habían dicho, pues sólo tenía la palabra de Lindsay, que ya le había mentido antes, un nuevo horizonte se abría paso a lo lejos en el futuro. La vida no podría volver a ser como lo fue antes. Por un lado descubrir tales cosas le confortaba, le relajaba. Cuando muriese sabía que había algo más; pero por otra parte, todo ese conocimiento que acababa de adquirir, a pesar suyo, le perturbaba, le inquietaba. Los dioses le habían echado el lazo, ¿le dejarían escapar cuando consiguiera los elixires?

Tantas cosas en la cabeza no impidieron que descansara como un lirón tras la comida. Una vez levantado se dirigió al baño, se lavó la cara con agua fría, para salir por completo del sopor que todavía tenía, y se puso manos a la obra.

Con la misma vestimenta de la mañana, polo y vaqueros, salió a hacer compras. No había cosa que pudiera gustarle menos: comprar ropa.

»Si estuviera Lindsay... —pensó. También necesitaría material para

poder acampar en el bosque: tienda de campaña, sacos de dormir, camping gas... Lo que le recordó que también tendría que comprar comida, pero eso podría hacerlo en Vladimir ciudad.

Una necesidad tenía que ser cubierta con anterioridad: obtener rublos. Los dólares o euros no le servirían de mucho, creía, en ningún pueblo pequeño por el que pudieran tener que pasar en su particular caza de brujas.

Si no cambiaba a rublos en ese instante, corría el riesgo de que se le olvidase mañana antes de partir. Seguramente la experta en folklore llevaría rublos, pero a John nunca le había gustado que nadie pagara nada por él ni cuando no tenía dinero.

Preguntó en recepción dónde poder cambiar dólares o euros a rublos. Una joven, igual de rubia y de amable que la de la mañana, le dijo dónde y le explicó cómo llegar. Al principio, como siempre le sucedía, le habló en inglés hasta que él le preguntó por qué lo hacía si le había preguntado en ruso.

El lugar de cambio de divisas no quedaba lejos, lo que sí quedaba lejos, según comprobó en situ, era el tipo de cambio empleado con el tipo de cambio real. A pesar de sentirse estafado, pasaba en todos los países a los turistas y viajeros, no se quejó.

Con rublos por fin en su bolsillo, demasiados a su juicio, pero fue lo que quiso, deambuló, sin alejarse mucho de la zona del hotel, en busca de tiendas que le cubrieran sus necesidades en cuanto a ropa y material de acampada.

En su caminar sin rumbo fue a parar a los grandes almacenes GUM (ГУМ: Главные Универсальные Магазины, Glavnye Universalnye Magazíny), que se encuentran frente a la Plaza Roja. Ya había oído hablar de tales almacenes, pero aún así entró. Lamentaría el resto de la tarde haberlo hecho pues los precios allí eran desorbitados. No era de extrañar que fuera un lugar especial para turistas con gran capacidad adquisitiva. Las marcas de lujo que pudiera ver en Estados Unidos o en Europa se concentraban en el gran edificio del centro comercial que databa de finales del siglo XIX.

Pasó más de una hora para apenas comprar nada. Se contentó, al menos, con contemplar el magnífico lugar que constituía el edificio en sí mismo, tanto por dentro como por fuera.

Estaba aburrido y cansado de tanto andar y seguir con las manos vacías.

Menudo aburrimiento ir de compras. ¿Cómo podría gustarle eso a la gente? No lo entendía. Desanimado regresó al hotel.

Saludó a la misma chica a la que horas antes había preguntado sobre dónde cambiar a rublos, esta le preguntó, al fin en ruso, si había tenido algún problema.

—No, todo perfecto. Gracias —contestó él—. Aunque hacer compras no es lo mío —bromeó. La joven, que al parecer se llamaba Ksenia, se ofreció a ayudarle al momento.

John no podía quejarse del servicio que le dispensaba el personal del hotel. Era excelente. Ksenia le dijo que subiría en unos minutos a su habitación y tomaría nota de lo que John necesitaba comprar.

Minutos más tarde, apenas habrían pasado cinco minutos desde que John entró en su habitación, ya estaba Ksenia llamando a su puerta lista para anotar los deseos del huésped.

—Mañana a primera hora tendrá todo listo —dijo risueña Ksenia que se llevaría una buena propina.

—Que no sea tan a primera hora —bromeó John encandilando a la joven. Pidió cosas de aseo personal, camisetas, sudaderas, también el material para la acampada, mochilas... Todo lo que se le ocurrió. Incluso el alquiler de un coche, un todoterreno, que estaría en el parking del hotel, el lunes, es decir, el día siguiente, listo para que lo usase.

Así sí. Comprar así podría hasta gustarle, hasta el alquiler del coche estaba solucionado. Dormiría bien a gusto esa noche con los deberes hechos. Bueno, los deberes hecho a expensas del hotel y de la servicial Ksenia.

Sabiendo que la joven deseaba preguntarle sobre los planes de John, pero que se sentía intimidada para hacerlo directamente, éste se los contó de buena gana. No le dijo que pensaba aventurarse en un bosque para buscar a Baba Yagá, pensaría que estaba loco, simplemente le dijo que pensaba visitar ciudades cercanas y quizás alguna acampada en algún bosque, que seguro que sería una bonita experiencia en pleno verano, algo con lo que estaba de acuerdo Ksenia y que le hubiera gustado hacerlo también a ella.

Cenó en el restaurante del hotel y, antes de acostarse, paseo de nuevo hasta la Plaza Roja, cuando ya había anochecido, para contemplar los

maravillosos monumentos y edificios que la formaban iluminados en la oscuridad de la noche. Si era posible, todavía resultaba más mágica la Catedral de San Basilio.

Pasada la media noche sus párpados cayeron presa del cansancio acumulado y John se desvaneció en un mundo de sueños hasta la mañana siguiente.

Con todas sus tareas realizadas, podría dormir hasta tarde y recuperar parte del sueño perdido, a la par que acumulaba energías para los días venideros. Su aventura en Rusia no acababa más que empezar.

XXXII

30 de junio

Rusia

Necesitaba dormir como lo hizo esa noche, de un tirón. Se pasó en el mundo de los sueños casi unas diez horas ininterrumpidas. Cuando, por fin, abrió los ojos, permaneció tendido un rato más, desperezándose. Más bien era un hombre de rutinas, por lo que solía respetar su hora de levantarse de la cama, pero una excepción no hacía daño a nadie, especialmente, tras dos días agotadores en los que apenas había podido pegar ojo.

Primero se duchó y luego se afeitó, eliminando la barba de varios días que empezaba a lucir. En eso no era una ocasión especial, sólo se pasaba la cuchilla por la cara un par de veces por semana.

El día prometía ser más soleado que el día anterior, aunque la temperatura sería similar. En lugar de un tórrido día de verano en el que hasta los gatos se ponen a la sombra, parecía que el cielo brindaba un bonito y cálido día primaveral, de los que anticipa el verano. Tenía entendido que para los rusos el verano comenzaba el primero de junio y duraba hasta el primero de septiembre. Eso se diferenciaba de los españoles o americanos en el que la estación estival no daba comienzo hasta el solsticio de verano, allá por el veintiuno de junio.

Se puso unos pantalones típicos de camping de color beige y una

camiseta de manga corta de color negro.

A las doce le llamaron de recepción para avisarle de que todo lo que había solicitado, tanto el coche de alquiler, como la ropa y material de acampada, ya estaba listo. Minutos después un joven miembro del servicio del hotel le subió un gran número de bolsas y le informó de que las llaves del coche que había solicitado estaban en recepción. John le recompensó con una generosa propina que hizo mostrar al botones una tímida sonrisa de satisfacción que apenas pudo disimular. Se marchó muy agradecido, obviamente.

Examinó todo lo que le habían llevado para después meterlo todo, según fuera a utilizarlo, en maleta, bolsa de viaje o mochila para portarla sobre los hombros cuando estuviera en el bosque.

Seguro de que estaba todo preparado, bajó a recepción a coger las llaves del coche alquilado con la mochila y la bolsa de viaje, dejando la maleta en la habitación. También quiso reservar la habitación para otra semana más, aunque no fuera estar.

Como cuando diese con la bruja, si ocurría, tendría que regresar a Moscú para coger el avión de vuelta, prefería tener la habitación y dejar allí cosas innecesarias para ir por el bosque buscando a Baba Yagá. No le importaba pagar una cantidad elevada, por fortuna podía permitírselo.

No hubo ningún problema y la habitación quedó reservada una semana más previo pago por adelantado que el mismo John se ofreció a realizar. Esperaba no tardar demasiado en dar con el paradero de esa bruja de cuento. Más que esperar, lo deseaba.

Con la llave del coche, salió al aparcamiento del hotel donde le esperaba un todoterreno marca Nissan X-trail de color negro. Abrió el maletero y guardó la mochila, para su excursión forestal, y la bolsa de viaje.

Pronto sería la una de la tarde, quedarían dos horas para que volviera encontrarse con Dariya. Aprovechó ese tiempo para comer en el restaurante del hotel. Se había levantado tarde, pero el hecho de no haber desayunado nada ayudaba a que tuviera hambre.

A las tres de la tarde en punto salió a la puerta del hotel donde acababa de llegar Dariya con un enorme mochilón acuestas. Llevaba unos pantalones

similares a los de John, pero, en lugar de una camiseta negra, lucía una blanca. Su melena dorada estaba recogida en una coleta.

—¿Lista? —dijo John a modo de saludo. Ella asintió esbozando una tímida sonrisa. Se dirigieron hacia donde estaba el todoterreno aparcado. John, como un caballero, llevó la pesada mochila de Dariya y la metió en el maletero junto con la suya.

—Pues vamos allá. Directos a Vladimir —dijo él arrancando el motor del coche.

—No, nos pararemos en Vladimir. Sólo para comprar comida —matizó Dariya.

Había estado la tarde anterior planeando la ruta a seguir y le explicó a John los planes que tenía: cogerían carretera a Vladimir ciudad, donde se avituallarían con lo necesario; después pondrían rumbo al sureste del óblast (la región) de Vladimir, hacia Mélenki, un pequeño pueblo. Cerca de Mélenki, y no lejos del óblast de Ryazan, acamparían y comenzarían su búsqueda por el bosque de la zona la mañana siguiente a primera hora.

John se mostró conforme con el plan. Tampoco podía poner muchas pegadas, él no conocía nada de la zona. Si no hubiera estado Dariya hubiera tenido que recurrir a otras personas para que le informaran. Así que la presencia de la rusa se antojaba más que útil y necesaria.

Durante el viaje de más de trescientos kilómetros, John y Dariya apenas hablaron sobre Baba Yagá y las razones de él para emprender su búsqueda, Dariya no se atrevió a preguntarle. En cambio, pasaron el tiempo hablando de qué les gustaba, qué música, qué películas, qué libros y otros hobbies de cada uno de ellos.

Condujo él en todo momento. Dariya llegó a quedarse dormida un buen rato. John supuso que no habría dormido demasiado bien por la excitación del viaje en el que se iba a embarcar al día siguiente.

Le pareció que era una buena mujer, además de atractiva, algo que se veía a simple vista. No era Lindsay, pero en otras circunstancias... Rápidamente desechó la idea de la cabeza, estaba allí para encontrar a Baba Yagá y hacerse con los elixires, para nada más.

Siguiendo los planes previstos por Dariya, hicieron un alto en el camino

en la ciudad de Vladimir para comprar comida para su acampada y su caminar por el bosque.

Llegaron a su destino, tras desviarse de la carretera principal por un camino en muy malas condiciones, alrededor de las nueve de la noche, tras seis largas horas de viaje. Que decir que las vías principales que utilizaron tampoco gozaban de gran cuidado, lo que decía mucho del camino secundario empleado para adentrarse en el bosque, dejar el coche y acampar.

Prepararon los sacos de dormir y las tiendas de campaña. Con el camping gas prepararon una cena ligera y se acostaron temprano. Al alba levantarían el pequeño campamento formado por ambos y se adentrarían en lo más profundo del bosque.

XXXIII

1 de julio

Bosque de Rusia

A la mañana siguiente John se despertó poco antes de que los primeros rayos del sol aparecieran por el horizonte y se filtraran a través de los árboles que los rodeaban. Deseaba tanto comenzar, y terminar, la búsqueda por el bosque que durante la noche se había despertado repetidas veces hasta que, por fin, acabó levantándose y saliendo de su tienda de campaña. Mientras esperaba que su compañera de aventura se levantara también, recogió sus cosas y dejó todo listo para ponerse en marcha lo antes posible. Se había abrigado con una sudadera debido al frío de una noche que tocaba a su fin y una mañana que estaba a punto de comenzar.

A Dariya le había sucedido lo mismo que a John: su sueño se había visto constantemente interrumpido por la excitación de lo que iba a depararle el día cuando despertase. En cuanto la oscuridad más absoluta empezó a desvanecerse con las primeras luces del alba, Dariya salió de la tienda subiéndose la cremallera de una sudadera roja que acababa de ponerse; al mismo tiempo que John preparaba un té caliente para ella y una leche fría con cacao para él.

Mientras ella apuraba su té, John recogió todo lo que quedaba del campamento y, acto seguido, se pusieron en marcha con las pesadas mochilas

a la espalda.

Según iba avanzando el día, iba haciendo cada vez más calor, lo que los obligó a quitarse las sudaderas. Dariya se la ató a la cintura y John la guardó en la mochila a la fuerza, presionando para que cupiera todo dentro. Parecía que fuese a explotar de lo llena que estaba.

El ir caminando entre los árboles les proporcionaba un buen cobijo de los rayos del sol; sin embargo John pensó que una gorra no le hubiera venido nada mal. En ese punto Dariya había sido más previsora y cubría su cabeza con una gorra de color rosa por la que sobresalía una coleta de su rubia melena.

El bosque estaba lleno de abetos y pinos cubiertos de musgo. Bestias salvajes pocas, y si estaban rondando por el bosque, ellos no las vieron. Lo que si vieron fueron pájaros, ardillas y algún ciervo.

A Dariya le costaba llevar el ritmo, no estaba acostumbrada a esas excursiones ni a portar pesadas mochilas sobre su espalda. John, sin decir nada, redujo el paso. De ese modo no hacía constatar que ella le retrasaba y, a su vez, la evitaba agotarse demasiado rápido. Con la excusa de seguir un camino u otro por la espesura del bosque, él hacía pequeñas paradas para que Dariya recuperara el aliento.

Uno de esos descansos les dejó oír el fluir del agua, estaban cerca de un río; sería una buena oportunidad para refrescarse. John estaba sudando la gota gorda, la temperatura no llegaría a los treinta grados, pero con la humedad del lugar y lo caluroso que era John, por muy en buena forma que estuviera, le hacían tener que enjugarse el sudor de la frente cada poco.

—Hay un río cerca —dijo él—. ¡Vayamos! Descansaremos un poco y nos refrescaremos. No sé tú, pero yo necesito agua fresca que echarme a la cara —sonrió antes de llevarse su cantimplora a la boca y echar un trago.

—¡Vamos! —aceptó alegre ella.

A pesar de los evidentes apuros de Dariya para seguir la marcha, su rostro no reflejaba ese cansancio. Parecía que acababa de comenzar a andar, y ya habían pasado varias horas desde que habían levantado el campamento. John la admiró por su fuerza de voluntad, en ningún momento ella se había quejado ni solicitado un descanso ni nada.

Alcanzada la orilla del río, tuvieron que caminar siguiendo su curso hasta encontrar un buen lugar donde sentarse, dejar las mochilas y disfrutar del agua del río sin problemas.

Encontraron un sitio con rocas y agua cristalina perfecto para sus propósitos. El sol brillaba en lo alto y sus rayos golpeaban con fuerza en la cabeza de John, desprotegida al ir sin gorra ni nada que la cubriera. Había alguna nube oscura lejana, de tormenta, eso hacía que el sol picara más. John se quitó la mochila y la dejó caer pesadamente sobre unas grandes rocas y se aproximó a toda prisa al agua pisando con cuidado sobre las resbaladizas piedras. En lugar de llevarse el agua a la cara, metió directamente la cabeza. «¡Qué fresquita!», pensó a la vez que sentía el agua.

Dariya imitó a John con la mochila, pero no se acercó de inmediato al agua. Se sentó junto a un árbol a la sombra, resoplando y, quitándose su gorra rosa, se abanicó la cara con ella. Después apuró el agua de la cantimplora y se tumbó muerta de cansancio y con los pies doloridos.

Él, como no tenía suficiente con meter la cabeza en el agua, se quitó la camiseta, el pantalón y el calzado, sin importarle que Dariya estuviese por allí, y se metió en cueros en el río. Fue como si renaciera; eliminó el sudor de su cuerpo y lo refrescó lo suficiente antes de volver a salir y vestirse de nuevo.

La rusa, que seguía tumbada a lo largo, bajo la sombra de un árbol, en un instante que levantó la cabeza a ver qué estaba haciendo su compañero de excursión se quedó mirándole, espiándole hasta que vio que se aproximaba a ella, momento en que volvió a hacer como si no hubiera visto nada. Incluso hasta cerró los ojos.

—Creo que es un buen lugar para descansar un rato y comer algo —dijo él poniéndose a la sombra también.

—Me parece bien —dijo ella abriendo los ojos, todavía ruborizada por espiarle.

Aprovecharon esas horas en las que más calentaba para comer e hidratarse con bebidas isotónicas que llevaban antes de continuar. Una vez el estómago tuvo su dosis de alimento, no podría decirse que lo hubieran llenado, acordaron echar una cabezadita antes de proseguir con la búsqueda

de Baba Yagá.

Mientras John dormitaba a la sombra, fue el turno de Dariya para acercarse al río con una toalla que había sacado de la mochila. Echó una mirada de soslayo para asegurarse de que él seguía durmiendo. Hecha la comprobación, se desnudó y se zambulló en la fresca corriente del río. Con ese calor, meterse en el agua, fue como sentirse en el paraíso de lo bien que le sentó.

John se despertó mientras Dariya estaba saliendo del agua. No pudo desviar la mirada de su desnudez. Se fijó en su firme y turgente, pero pequeño, pecho... Tampoco pudo evitar compararla con Lindsay. Seguía sin ser ella, pero... De repente, mientras Dariya se secaba, sus miradas se encontraron provocando que John girase la cabeza para mirar a otra parte y que ella se sonrojara y se le escapara una risita que decía que no le había desagradado que la contemplara desnuda.

John carraspeó avergonzado para hacer notar que ya estaba despierto, aunque ya le habían pillado, y continuó mirando en dirección contraria a donde estaba ella:

—Bueno, cuando quieras continuamos. Estoy lista —dijo una sonriente Dariya una vez vestida y de vuelta al lado de John. Éste volvió a mirarla sin que su vergüenza se hubiese desvanecido por completo.

Reanudada la marcha caminaron sin hablar durante un buen trecho, durante todo el día no se habían cruzado con ningún otro ser humano. Por supuesto, ni rastro de la bruja. Poco a poco la claridad del día fue menguando debido a las nubes que aparecieron en el cielo. Nubes oscuras y densas que venían acompañadas de relámpagos y, segundos después, de truenos.

La tormenta estaba cerca, muy cerca. Algunas gotas empezaban a caer y a filtrarse a través de las ramas de los árboles, el viento empezaba a levantarse, el pelo de los brazos se erizaba.

—Será mejor que busquemos un sitio para montar las tiendas de campaña —dijo John—. No es lo ideal, pero no hay nada mejor. El coche queda demasiado lejos y estamos en medio de un bosque. Al menos nos protegeremos de la lluvia —Dariya se mostró de acuerdo con la sugerencia.

Aceleraron el paso, sin llegar a correr, alejándose del río para no

aumentar las probabilidades de que un rayo les alcanzara. Encontraron una zona con gran densidad de árboles y propicia para establecer un campamento y guarecerse de la lluvia, e intentar evitar que Zeus y su rayo los tomaran como objetivo.

Montaron las tiendas de campaña lo más rápido posible y se introdujeron en ellas. Tenían la tormenta encima.

Permanecieron cada uno en su tienda, en silencio, escuchando el sonido de la lluvia golpear la tienda de campaña y los poderosos truenos hacer que se estremeciera el cielo. Por suerte para ellos, no cayó ningún relámpago cerca de donde se encontraban.

Pasada la tormenta, salieron de sus respectivas tiendas y comprobaron las secuelas del temporal; algunas ramas partidas por aquí y por allá y la tierra llena de agua que convertía el terreno a pisar en un lodazal.

—Está todo impracticable —constató Dariya.

—Sí —miró John al cielo, entre los árboles, y después miró la hora que marcaba su reloj—. En una hora, más o menos, anochecerá y con todo el terreno húmedo y enfangado poco avanzaríamos. Si te parece bien nos quedamos aquí a pasar la noche y mañana proseguimos.

—Sí, me parece bien, podemos cenar tranquilos y descansar —ella especialmente lo necesitaba—. Ya tenemos las tiendas montadas también, no merece la pena levantar el campamento para montarlo otra vez en media hora...

Cenaron tranquilamente un caldo calentado con el camping gas y algo de fruta. Dariya bostezaba constantemente; las dos últimas noches, presa de la emoción, apenas había dormido, y la caminata del día la había dejado exhausta, por lo que se excusó y se metió en su tienda a dormir. Lo haría a pierna suelta...

John se quedó más tiempo fuera, en mitad de la oscuridad, todavía más tenebrosa por los árboles. Apenas si se veía el cielo estrellado, la luna brillaba por su ausencia desde donde ellos estaban.

Era un momento idóneo para abandonarse a los pensamientos. Abrazó la melancolía de sus recuerdos y la añadió el sentimiento de insignificancia al estar perdido en un bosque ruso dentro de la inmensidad del universo...

Hasta que el cansancio le pudo y se echó a dormir con la esperanza de que tuvieran más suerte al día siguiente.

XXXIV

2 de julio

Bosque de Rusia

Unos lamentos despertaron a John en mitad de la noche. Al principio creyó que estaba soñando, pero al aguzar el oído se dio cuenta de que eran reales. ¿Se trataría de Dariya? ¿Qué sucedía? Miró el reloj. Marcaban las cinco y cuarenta y siete de la mañana, hasta ese momento había dormido plácidamente.

Salió de su saco de dormir. Con la lluvia caída el día anterior la temperatura había bajado bastante y apenas alcanzaría los cinco grados a esas horas de la noche. Se vistió lo más rápidamente que pudo y salió de la tienda de campaña con una linterna.

—¿Dariya? —preguntó en voz baja a modo de susurro.

Se acercó a la tienda de la rusa con sigilo, intentando escuchar esos lamentos que había escuchado apenas unos momentos antes. La tenue luz de la linterna apenas se dejaba ver en la oscuridad de la noche y en la niebla que se había levantado otorgando al bosque un verdadero aspecto fantasmagórico. Al pararse junto a la tienda de ella y pegar el oído, escuchó la respiración profunda de alguien que se encuentra viajando por el mundo de los sueños. John se relajó.

Quizás había sido Dariya quien, en sueños, había producido esos

quejidos... Hasta que volvió a escuchar los lamentos de alguien. Parecían venir de una mujer que se encontrase en la espesura del bosque, no lejos de donde ellos estaban. ¿De quién podría tratarse? Además de ellos, ¿quién andaría por allí en medio del bosque a esas horas?

Había una densa bruma que los rodeaba; apuntó la linterna hacia diversas direcciones, pero era imposible ver nada más allá de unos escasos metros. Los lamentos volvían a llenar el fantasmagórico ambiente como si estuvieran pidiendo auxilio.

No le quedaba otra, su alma de policía y de querer ayudar le obligó a adentrarse en la niebla siguiendo el sonido de los lamentos, que cada vez se repetían con más frecuencia y eran más nítidos. En principio pensó en despertar a Dariya, pero prefirió dejarla durmiendo y averiguar de dónde provenían esos lamentos por su cuenta.

—Ayuda... —creyó entender John.

Avanzaba lentamente para no tropezar y caerse de bruces. Eso no evitó que estuviera a punto de besar el suelo en más de una ocasión tropezando con raíces, ramas o rocas, e incluso estamparse contra el tronco de algún árbol. Ahora la niebla era tan densa que la linterna sólo le era útil para ver, a duras penas, donde tenía los pies. Volvió a escuchar la llamada de socorro, estaba cerca. Se tropezó una vez más, pero esta vez no se trataba de una rama o raíz. ¡Había tropezado con un pie descalzo!

Entonces la vio: una mujer joven de piel blanca, muy pálida, que apenas llevaba un camisón blanco, que se encontraba empapado y sucio por el barro, yacía en el suelo. Debía estar congelada.

—¡Ayúdeme! —suplicó la joven.

—Pero, ¿qué haces aquí? —exclamó más que preguntó—. ¿Hay alguien contigo? ¿Puedes andar?

—¡Ayúdame! —la joven no repetía nada más que la ayudase.

John la examinó a simple vista, no parecía que tuviera nada roto, pero tampoco podía asegurarlo. Lo más preocupante, a su juicio, era el frío y que la mujer sufriera una posible hipotermia.

—Está bien, te llevaré a mi campamento, está cerca; allí te podrás calentar. En cuanto amanezca buscaremos ayuda —dijo sin saber muy bien si

ella le escuchaba o no.

La cubrió con su sudadera, echándosela por encima, para la postre cogerla en brazos y regresar al campamento. Parecía que acarrease con un cuerpo muerto en un principio; la cabeza de la joven caía hacia atrás y los brazos, inertes, hacia el suelo. Eso cambió en un momento de lucidez de ella que lo aprovechó para apoyar la cabeza en el hombro de él y agarrarse a su cuello.

Si ya le había costado avanzar hasta donde se encontraba la joven, ahora era todavía más complicado; debía cargar con ella. No pesaba mucho, pero no podía utilizar la linterna ni para alumbrar a sus pies. La niebla seguía cubriéndolo todo.

La solución por la que optó, tampoco tenía otra, fue colocar la linterna sobre ella, sobre la sudadera que la había echado por encima.

Podría ser peor.

Ahora debía tener todavía más cuidado de dónde pisaba; cualquier tropiezo, por nimio que fuera, podría hacerles caer a los dos con las graves consecuencias que ello implicaba. Sobre todo para la débil joven.

Comenzó el peregrinaje de regreso. Cada paso que John daba con la joven en sus brazos era precedido por un tanteo de la zona con el pie antes de, finalmente, avanzar. Progresar así era lento y tortuoso.

Creyendo que ya había avanzado lo suficiente y que debía encontrarse cerca de donde habían montado las tiendas de campaña, y donde Dariya todavía descansaba, decidió llamar a su compañera a voces para que despertase y le ayudase. Tener la referencia de la voz de Dariya respondiéndole sería muy importante para encontrar el lugar entre la densa bruma y los árboles.

—¿Dariya? —gritó— ¿Dariya? —por más que insistía, no obtenía respuesta —¿se habría confundido de camino? ¿Se habría desorientado? Hizo un alto para mirar entre la niebla, le pareció que ya no era tan densa, buena señal.

Miró a la joven. Si no fuera porque escuchaba su respiración entrecortada y la sentía en su cuello, juraría que era un cadáver. Seguía con la cabeza en su hombro y los brazos rodeándole el cuello. Los ojos estaban cerrados.

Llevaba demasiados minutos con ella acuestas y empezaba a cansarse.

Pero le quedaba poco trecho por recorrer hasta el campamento, debía de quedar poco, o eso se decía para animarse. Pero, ¿qué pasaba con Dariya? ¿Por qué no se despertaba?

Siguió avanzando.

—Ya queda poco. Aguanta —No sabía si se lo dijo a la chica o más bien se lo decía a sí mismo. La chica murmuró algo ininteligible. Al final vio una luz a través de la niebla. ¡Dariya! ¡Al fin!

Debía haberse despertado y estaría levantada apuntando con la linterna a ver si veía algo. Iba en la buena dirección pues. Avanzó en dirección a esa tenue luz que se filtraba por una niebla que, con cada paso que daba, era menos densa. Aparecieron más luces, no era normal. ¿Había más gente con Dariya?

—Qué demonios... —exclamó al ver de qué se trataba.

Prácticamente sin bruma alguna que se interpusiera en su línea visual, contempló de dónde provenían las luces; había una cabaña cuya cerca poseía cientos de ojos luminosos. Esa valla no era otra cosa que decenas de calaveras con velas en su interior. Entonces cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo. Era la cabaña de la bruja. ¡Había encontrado a Baba Yagá! Pero, ¿quién era la joven que llevaba en brazos?

—Ah —gimió de dolor al sentir un pinchazo en el cuello, pero siguió sin soltar a la chica. Dirigió su mirada hacia ella mientras se le empezaba a nublar la vista, le pareció que la joven estaba sonriendo, y ya no era tan joven. El bello rostro de la chica que había visto antes dejaba paso a un rostro arrugado.

La melena negra se clareaba y se volvía blanca. Aparecía una nariz... Entonces, perdiendo el conocimiento, se desplomó en el suelo.

Había sido ella quien le había provocado el pinchazo en el cuello. Cuando John vio la cabaña, ella, como si de golpe resucitara, abrió los ojos grandes y negros que tenía para, con una sonrisa maliciosa en la boca, clavarle una larga uña en la yugular del héroe que la llevaba en brazos. Lo que murmuró cuando él dijo que quedaba poco y que debía aguantar había sido el hechizo, el conjuro que le permitía a la bruja entrar a su propia casa.

XXXV

Casa de Baba Yagá

Poco a poco John fue abriendo los ojos, estaba un poco aturdido y veía todo borroso. Cuando pudo enfocar la vista, vio que se encontraba tirado en el suelo de una habitación polvorienta y con telarañas, en cuyo centro había una mesa y dos sillas de madera. Sobre la mesa había una botella de lo que parecía ser vino y a su lado un par de vasos de cristal no menos sucios que el resto de la habitación. ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba? ¿Qué lugar era ese?

No recordaba que había sucedido ni cómo había llegado hasta allí. Lentamente fue recobrando su memoria, estaba en la casa de Baba Yagá, supuso. Se llevó la mano instintivamente al cuello al recordar el pinchazo que había sentido cuando llevaba en brazos a la joven; una joven que se metamorfoseó en una vieja, la bruja, antes de perder el conocimiento. Notó que tenía un poco de sangre coagulada ya. No sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces, ni siquiera sabía qué era de Dariya, sólo estaba seguro de una cosa: lo que había ido a hacer al bosque, ya lo había hecho; había encontrado a Baba Yagá. Mejor dicho, la bruja le había encontrado a él. Pero, ¿dónde estaba ahora?

Se levantó del suelo con cuidado. Todavía se sentía un poco mareado, lo que le obligó a tomar asiento en una de las sillas dispuestas junto a la mesa.

En cuanto tomó asiento una puerta al fondo de la habitación, en la que no sabía fijado, se abrió y entró una anciana, sin duda debía de tratarse de Baba

Yagá. La descripción que Lindsay le había hecho de la bruja era la de una anciana huesuda con una melena blanca y desaliñada, rostro arrugado y una nariz prominente por encima de una boca con no demasiados dientes, a diferencia de las descripciones que había leído en internet en la que la dentadura de la bruja estaba completa y formada por dientes de acero y una nariz de aspecto azulado. Después de haber visto la metamorfosis, no sabría decir si alguna vez la nariz y los dientes tenían el aspecto descrito en los cuentos, probablemente algo de verdad habría. Caminaba apoyada en un palo plateado.

—¡Mira quién se ha despertado! —dijo aproximándose a la mesa y sentándose en la silla que quedaba libre al otro lado frente a John—. Nuestro querido detective García —sonrió dejando ver su dentadura incompleta. John dio un respingo ante la sorpresa que se le revelaba: ¡la bruja le conocía! Pero, ¿por qué se sorprendía de eso?

—¿Me...me conoce? —farfulló él.

—Por supuesto, John —confirmó la anciana mientras vertía lo que, definitivamente, era vino en los dos vasos—. Estaba esperando tu llegada. Bebe, seguro que tienes sed.

Lo cierto era que sí tenía la garganta seca y necesitaba echar un trago, no esperaba tanta amabilidad por parte de Baba Yagá; una grata sorpresa. Pero no debía fiarse, podría estar tramando algo, debía mantener la guardia alta.

Cogió el vaso lleno de vino. Tuvo ciertos reparos en beber de semejante recipiente en un primer momento pero al final se llevó el vaso a la boca y bebió el vino apurando hasta la última gota.

—Mucho mejor ahora, ¿verdad?

—Sí, gracias. ¿Cómo es que me esperaba? —quiso saber John.

—Me informaron de que me andabas buscando. ¿Te crees que, si no me llego a aparecer ante ti, me hubieras encontrado? No, muchacho, no. Nunca hubieras sido capaz de encontrarme. Nadie puede encontrarme si yo no quiero.

John supuso que quien le había hablado a la bruja de él debía de ser Ereshkigal, la reina del Inframundo y que, según Lindsay, mantenía contacto con Baba Yagá. No sabía por qué se extrañaba ya de esas tramas.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi compañera?

—Muchas preguntas haces, John. Pero te las contestaré. Faltaba más —le guiñó un ojo— Te encuentras en mi casa. ¿No era obvio? Una dimensión distinta a la que vives. ¿No sabías que soy una bruja y tengo ciertas habilidades? Pues esa es una; tener mi casa en un lugar al que nadie, salvo yo y quien yo permita, puede acceder. Podría haberme aparecido en otro lugar, pero ya que te empeñaste en venir a Rusia, pues dejé que disfrutaras del viaje. Un simple conjuro me bastó para tenerte controlado.

Baba Yagá, gracias a una gota de sangre de John que Ereshkigal le proporcionó, y que la reina había obtenido por medio de sus esbirros, había formulado un conjuro para saber en cada momento, desde que John empezó a buscarla, dónde se encontraba éste.

El pobre John se empezaba a sentir como una marioneta en los tejemanejes de seres muy poderosos.

—¿Y qué pasa con la mujer que me acompañaba? —volvió a insistir.

—No te preocupes por esa mujer. Me he ocupado de ella.

John temió lo peor al escuchar las palabras de la anciana bruja. Para sosegarle, Baba Yagá le aclaró cómo se había encargado de Dariya:

—Esa rusa se encuentra ahora mismo durmiendo plácidamente en la cama de su casa en Moscú. Cuando despierte no recordará absolutamente nada de su aventura, ni siquiera te recordará a ti. La correspondencia que mantuvisteis ha desaparecido. No queda rastro alguno. Es lo bueno de ser una bruja, que puedo hacer ciertas cosas... Ya lo sabes —la bruja bebió el vino que le quedaba en la copa—. ¡Qué rico vino! Realmente delicioso —se relamió los labios.

Eso significaba que para Dariya sería como si nunca le hubiera conocido, en cambio él debería cargar con el peso de su recuerdo para el resto de su vida. Parecía que todo el mundo que osaba aparecer en su vida acababa alejándose de su lado para siempre, dejándole completamente solo. Apenas la conocía de unos días, pero parecía una buena persona y alguien a quien merecería la pena tener en la vida, ya poco importaba. Todo había sido borrado de un plumazo. Una gran tristeza le embargó haciendo que se quedara callado y sin hacer preguntas durante un largo rato. Pero qué es la

vida sino recuerdos de un pasado que no volverá y sueños de un futuro que aún no ha llegado.

Ocultado el dolor de tantas pérdidas a lo largo de su vida, a la que debía añadir la futura de Lindsay, en lo más profundo de su ser, debía armarse de valor y enfrentarse a la bruja que tenía delante para obtener lo que había ido a buscar: los elixires.

Lo que había leído acerca de Baba Yagá no era nada agradable, en general. La realidad que le contó Lindsay era más esperanzadora. Aún así, nada fácil. Lo viese por donde lo viese, la bruja intimidaba, e incluso provocaba temor. Quién diría que la apariencia de la bruja pareciese la de una anciana frágil e indefensa a simple vista; sin embargo, su poder se dejaba notar de alguna manera en el ambiente. Sin olvidar la manera en la que John tuvo de llegar a la casa de Baba Yagá.

—Si sabes quién soy entonces sabes qué he venido a buscar —dijo tras la larga pausa de silencio mientras Baba Yagá llenaba de nuevo los vasos y echaba un buen trago a su vino.

—Tengo cierta idea —rio la anciana, que sabía perfectamente todo—. Pero soy una pobre vieja. Si fueras tan amable de refrescarme la memoria y decirme qué quieres de esta humilde servidora.

Definitivamente la bruja estaba jugando con él. Sabía que los elixires sólo los obtendría de manos de su guardiana, es decir, de Baba Yagá, ya fuera como un regalo o por alguna clase de demostración de fuerza o mediante alguna artimaña, eso era lo que se decía. Ahora estaba convencido de que sólo habría un modo de obtenerlos y engañar a la vieja bruja no era esa opción. Tendría que dar con esa forma y, como no le quedaba otro remedio, debía seguir los juegos de la hechicera.

—Vengo a buscar el Alimento de la vida y el Agua de la vida —dijo John.

—Ah. Ya recuerdo —le hizo otro guiño la anciana—. Quieres las aguas de la vida y la muerte...

—Si esa Agua de la muerte es el Alimento de la vida, entonces sí, eso quiero.

—Sí, muchacho, hacen lo mismo. Un elixir reconstruye el cuerpo y el

otro lo revive. Lo que pasa que me gusta más llamarlo el Agua de la Muerte. Creo que el nombre le pega más, ¿no crees? —hizo una pausa para ver si John decía algo—. Bueno, ya me darás la razón.

John se inquietó.

—¿Qué tengo que hacer para que me los des? —fue directo al grano tras otro breve momento de silencio. La anciana soltó una carcajada mientras bebía vino, por poco no le moja toda la cara con el líquido.

—Directo. Me gusta... ¿Qué te hace pensar que te los vaya a entregar? No he conocido a nadie digno todavía. Creo que estás perdiendo el tiempo — sin decir nada más la bruja se levantó de la silla, cogió el palo plateado que había dejado apoyado en la mesa, y se fue por otra puerta que John tampoco había visto antes. «¿Qué había sucedido?» Se preguntaba John. ¿Sería parte del juego al que le estaba sometiendo la vieja bruja? Se armó de paciencia y esperó sentado.

En todo el tiempo que llevaba en la casa de Baba Yagá no había mirado la hora en ningún momento. Ahora lo hizo. El reloj de su muñeca marcaba la hora en la que se adentró en el bosque siguiendo el sonido de los lamentos y no se movía, parecía estar roto.

Empezó a mover la pierna derecha, signo de impaciencia. Quería levantarse y ver qué hacía la bruja, a dónde había ido pero se contuvo. Tampoco veía ninguna puerta aunque hubiera visto entrar a la bruja por una y salir por otra.

Miró a su espalda. Por qué no lo habría hecho antes... ¡Tampoco había ninguna puerta! No tenía salida posible. Estaba a merced de la bruja. Sólo podía hacer una cosa: esperar...

XXXVI

Pasaba el tiempo y Baba Yagá seguía sin reaparecer. No tenía ni idea del tiempo transcurrido desde que la bruja abandonó la habitación, pero cada segundo que pasaba sin que volviera se convertía en una eternidad. Tendría que controlar los nervios y calmarse. Seguro que era un juego más de la bruja para sacarle de sus casillas. Sentía la necesidad de levantarse y pasearse a lo largo y ancho del habitáculo, pero, apelando a su autocontrol, permaneció sentado en la silla, como si de un buen niño obediente se tratase, y esperó pacientemente.

Largo rato después sintió un escalofrío recorriéndole la espalda desde los erizados pelos de la nuca. ¡Había vuelto!

—Decías que querías las aguas de la vida y la muerte... —dijo la bruja a la espalda de John, casi hablándole al oído. Incluso pudo sentir el aliento de ésta. John dio un respingo sobre la silla en la que se encontraba sentado ante la sorpresa del regreso de Baba Yagá por su espalda con el consecuente susto. La bruja iba y venía de esa habitación, aparentemente sin puertas, por donde le venía en gana. Aparecía por un lado y se iba por otro, para más tarde regresar por otra parte distinta.

—Exactamente. Eso quiero —confirmó John intentando disimular su alteración ante la aparición de la vieja bruja de modo traicionero. Baba Yagá volvió a tomar asiento frente a John. Sonreía. Estaba tramando algo, pero, ¿qué? Esa espera por saber era lo que más desesperaba a John.

—Bueno, ¿me los da? —preguntó John para acortar la espera e ir directo

al grano.

Deseaba que la bruja mostrase sus cartas de una vez por todas. Si esas cartas eran nefastas para poder hacerse con los elixires, tendría que pensar otra opción que pudiera satisfacerla y le dejara marchar con ellos de vuelta para entregárselos a Lindsay y que ésta reviviera a Inanna.

—Por supuesto —dijo inesperadamente Baba Yagá—. Ahí los tienes.

Dirigió la mirada a un lado de la mesa, John la acompañó. Allí estaban dos frasquitos: uno con tapón azul y el otro con tapón negro. Tal como Lindsay le había descrito los elixires. ¡Qué fácil había sido!

Se levantó un poco de la silla para poder alcanzar los frascos con la mano... Pero la fría y huesuda mano de la bruja le detuvo. Con un rápido movimiento le había agarrado la mano con la que pretendía hacerse con los elixires frenándole el avance.

—No tan rápido, querido John —de nuevo la sonrisa maliciosa aparecía en el rostro de la anciana. John volvió a poner sus posaderas sobre la silla. Qué ingenuo había sido al pensar que iba a ser tan sencillo—. Te los voy a dar. Pero antes tendrás que hacer algo por mí, ¿te parece bien?

Por un momento, por la cabeza de John, se le pasó la idea de robar los elixires, rápidamente desechó tan absurdo pensamiento. ¿Cómo saldría después de esa habitación? En el caso que tuviera éxito su robo. Ni siquiera sabía que había más allá de esa habitación. Se decía en los cuentos que Baba Yagá contaba con sirvientes, a eso tenía que añadir que, supuestamente, estaba en un lugar apartado de su mundo, ¿cómo regresaría pues? Necesitaba a la bruja. Cualquier intento por hacer algo en contra de ella podría ser su perdición, y con ella la de Inanna. Podría asumir lo que le pasara a él, pero se sentía responsable para con la que en un principio conoció como Anna Smith. Al igual que para con Lindsay, a pesar de que le había utilizado. También se sentía como un tonto.

Por todo ello debía seguir jugando a lo que la bruja quisiera. Quizás fuera un ser justo, a pesar de todo. Si así fuera, podría llegar hasta sentir admiración por esa vieja bruja, admiración que ya profesaba por la reina del Inframundo, Ereshkigal. También cierto temor. Por Inanna, sentía esa responsabilidad que el mismo se había autoimpuesto, pero la simpatía que la

había cogido en su versión de Anna Smith desaparecía cuando pensaba en la versión original de diosa. En cuanto a Lindsay, la amaba, pero...

—¿Qué me dices? ¿Harás algo por mí? —insistió la bruja. Temía el favor que pediría a cambio Baba Yagá para entregarle los elixires, antes de comprometerse a hacer algo debía saber de qué se trataba.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó él.

—Nada. Es algo muy sencillo. Querría acompañar este delicioso vino con algo de comida. ¿Serías tan amable de traerme algo de comer? —demasiada amabilidad mostraba la vieja bruja, y demasiada poca importancia le daba al favor que pedía, como para que John lo tomara a la ligera.

—¿Qué alimento quiere para acompañar al vino? ¿Queso?

Lo leído en internet acerca de Baba Yagá, según relataban los cuentos, no hacia albergar ninguna esperanza de que se fuera a conformar con queso.

—Me gustaría, si pudiera ser, algo más... más vivo.

La conversación se adentraba en terreno peligroso. Se intuía lo que la bruja quería degustar, por mucho que retrasase su petición. John no iba a comprometerse hasta que dicha petición fuera clara y concisa; si la comida que pidiese era la que se le pasaba por la mente a John, quizás tendría que replantearse si ayudar a Lindsay e Inanna.

—Algo más vivo como... ¿Qué? —Quería saber John.

—Un niño me vendría bien, sería un buen aperitivo. No hay que abusar —se rio a carcajadas Baba Yagá. John permaneció serio. Impasible. Por fuera, claro. Por dentro era otro cantar.

¿Cómo iba a darle de comer un niño a esa diabólica bruja? Ni aunque fuera Lindsay la que estuviera en el Inframundo y requiriese los elixires lo haría. Mucho menos por una ambiciosa diosa, por muy culpable y responsable que se sintiera.

—Lo siento, pero eso no lo voy a hacer. Debe haber otro modo —dijo él en respuesta a lo que deseaba la bruja. Baba Yagá volvió a soltar una carcajada. Después, con gran seriedad, le dijo:

—¿Qué te crees, muchacho? Quien algo quiere algo le cuesta. Si quieres resucitar una vida tendrás que darme una a cambio. Si no, me parece que no vas a tocar estos frascos por mucho que quieras —después el semblante de la

bruja se relajó y esbozó una pequeña sonrisa, como quien acaba de demostrar algo—. ¿Ves? ¿Ahora comprendes por qué le llamo las Aguas de la vida y de la muerte? Mucho más apropiado Agua de la Muerte que eso del Alimento de la vida, dónde va a parar — añadió.

Sin duda, el precio a pagar por los frascos que contenían tales aguas milagrosas era demasiado alto. Tenía razón la bruja en llamarle a una el Agua de la muerte, acorde a lo que se demandaba para obtenerla.

—No voy a sacrificar a nadie para conseguir esos elixires —aseveró John con la mirada caída, compungido.

—Voy a dejar que te lo pienses mejor y cuando vuelva quiero una respuesta definitiva. Si no has reconsiderado tu postura, me parece que tendremos que separar nuestros caminos para siempre y los frasquitos se quedaran en mi poder. Nunca más volverás a tener la oportunidad de acercarte a ellos. Piénsatelo bien.

Se levantó apoyándose en su palo plateado a modo de bastón, como de costumbre, y se esfumó por el mismo sitio por el que entró la primera vez dejando a John meditar, reconsiderar la idea de entregar la vida de un pequeño inocente a cambio de esos malditos elixires.

Cuando él fijó la mirada donde habían estado depositados los frascos encima de la mesa, ya no estaban. No recordaba haber visto a la bruja cogerlos, pero allí ya no se encontraban.

John no tenía mucho que cuestionarse sobre la propuesta de Baba Yagá. ¿Qué iba a hacer? Tendría que regresar con las manos vacías, seguro que Lindsay lo entendería. ¿O no? Uno nunca sabe que puede esperar de alguien, y menos de esos dioses que se han revelado tan caprichosos. Al fin y al cabo, ¿no había sido todo culpa de Inanna? ¿Y no había sido Lindsay, Ninshubur, la que se había acercado a él para espiarle y tenerle controlado? ¿Qué culpa tenía de verse envuelto en disputas divinas?

No iba a sacrificar la vida de nadie por esa diosa ambiciosa que había conocido como una amable y simpática profesora, filántropa, arqueóloga y muchas otras cosas. Decidido a rechazar la propuesta una vez más en cuanto la bruja regresara, volvía a dudar. Si pudiera encontrar otra manera de obtener esos elixires sin dar a cambio a un niño para que sirviera de alimento a la

dichosa bruja. Pero, ¿cuál?

Se devanaba los sesos pensando. Buscando una alternativa que satisficiera a Baba Yagá... Nada. No encontraba nada.

Repasó mentalmente todo lo que sabía sobre ella; lo que había leído y el rato que había pasado sentado frente a ella sometido a su juego. Debía pensar rápido, podría regresar en cualquier momento. Una idea descabellada se le pasó por la cabeza. ¿Sería una opción plausible? No importaba. ¡La bruja había regresado!

—¿Y bien? —dijo ella tomando asiento—. ¿Qué has decidido finalmente?

John desvió la mirada buscando una salida a su indecisión, en esa búsqueda desesperada de una escapatoria se fijó en que los frascos conteniendo el Agua de la vida y el Alimento de la vida, o Agua de la muerte, como le gustaba llamarlo a la bruja, estaban de vuelta sobre la mesa.

Concentró la mirada en esos frascos pequeños con sus tapones azul y negro, respectivamente. ¡Comprendió! Ahora veía claro lo que podría querer la bruja de él para entregarle los elixires.

Seguro del todo no lo estaba, con esa vieja bruja uno no podía estar completamente seguro nunca. Tampoco tenía otras alternativas.

—Tengo una propuesta que hacerle —sonrió John, seguro de sí mismo por primera vez en todo el tiempo que llevaba en esa extraña habitación en los dominios de Baba Yagá.

XXXVII

Baba Yagá aceptó escuchar la oferta de John. Mientras éste ponía sobre la mesa la propuesta por la que la bruja le entregaría los elixires, Baba Yagá le escuchaba atentamente. Hasta sentía cierto regocijo en ello.

Cuando John hubo terminado, Baba Yagá hizo como si meditara sobre la propuesta que le acababa de ser ofrecida, la realidad era bien distinta. Una vez intuida la oferta que John le proponía, sabía, sin ningún género de dudas, que la iba a aceptar. Había supuesto una grata sorpresa para la bruja escuchar esas palabras de la boca de John. Así, mientras hacía sufrir un poco al hombre con la tensa espera, se regodeaba de su éxito y se congratulaba de haber conocido a esa persona que tenía ante sí. Pero nunca lo reconocería.

Mientras tanto John esperaba el veredicto, que se hacía de rogar. Creía que Baba Yagá quedaría satisfecha con semejante propuesta, pero aun así sentía cierto nerviosismo. Parecía que al fin la bruja iba a hablar:

—Necesito otro trago de vino —dijo calmando la expectación levantada en John cuando vio que hablaba—. No puedo pensar bien con el gizonte seco.

Se llenó el vaso hasta arriba vaciando la botella y se lo bebió de un trago hasta la última gota. Utilizando el dorso de la mano se limpió la boca y continuó haciendo como si se debatiera ante una duda existencial, el aceptar o no la contra propuesta de John a su exigencia de comerse un niño.

—¿Por qué debería fiarme de ti, muchacho? —preguntó con severidad fijando la mirada en los ojos de John.

Siempre le llamaba muchacho a John a pesar de que ya estaba bastante crecído y cerca de cumplir cuarenta años. Sería porque la vieja bruja tenía milenios de existencia y cualquiera sería un jovenzuelo para ella.

Podría verse como una falta de respeto para un hombre hecho y derecho como John, pero la forma que tenía de decirlo, hacía que no se lo tomara así. Realmente le consideraba un muchacho, un joven, un chaval... Comparado con ella, obviamente lo era. Incluso comparado con Lindsay. Eso sí que era diferencia de edad y no la típica noticia de prensa del corazón que tenía como protagonistas al viejo rico de turno con joven exuberante, las más de las veces, y a la inversa menos frecuentemente. Lindsay y John hubieran pertenecido a esta clase, si bien las diferencias a nivel físico no se notaban, más bien era al contrario.

—Tiene mi palabra. Cumpliré con mi parte —contestó John a por qué debería confiar la bruja en él. Baba Yagá sopesó las palabras de éste. ¿Sería suficiente con la palabra del detective? Pronto las dudas serían despejadas.

—¿Un poco más de vino? —Volvió a desviarse del tema la bruja. John negó con la cabeza—. Una lástima. Me tendré que beber la botella yo sola.

John, recordando haber visto como la botella había quedado vacía, dirigió la vista a ella. Seguía vacía. Esta vez no hubo truco por ningún lado.

—Vaya, está vacía —lamentó la bruja cogiendo la botella y mirando su inexistente contenido—. De acuerdo pues. Tenemos un trato.

¡Había aceptado la propuesta de John!

En un primer momento, como ella estaba hablando del vino, él no se había dado cuenta de que contaba con el beneplácito de Baba Yagá. Una vez que las palabras de esta cobraron sentido en su cerebro, John se alegró enormemente en su interior, que gritó un silencioso «sí» de satisfacción. Por fuera mantuvo la calma y el rostro impertérrito.

—Aquí tienes —le pasó los frascos que contenían los elixires—. No olvides tu promesa —dijo la bruja a modo de despedida.

—No la olvidaré —dijo con firmeza—. Si eso ocurriera, estoy seguro de que me encontrarías y me la recordarías —añadió, medio en broma medio en serio, esbozando una sonrisa. Se había relajado finalmente. Baba Yagá se rio.

—Me caes bien, muchacho, me caes bien —dijo la bruja.

John se levantó dispuesto a irse de ese lugar, ¿pero por dónde salir? Miró en derredor por toda la habitación y luego volvió la vista a Baba Yagá, que continuaba sentada a la mesa. La mirada de John preguntaba cómo salir de allí. La bruja, sin decir nada, se levantó y se fue dejándole allí de pie. ¿Qué sucedía ahora? ¿Era una trampa? John se puso en tensión. Poco después Baba Yagá regresó.

—Toma —esta vez le entregó una pequeña bolsa de terciopelo beige con un cordón para cerrarla—. Guarda ahí los frascos. Llévalo siempre contigo y nadie los descubrirá ni se romperán —John aceptó el obsequio.

—Sal por esa puerta —dijo con una sonrisa Baba Yagá indicándole que mirara detrás suya. Una abertura por la que entraba la luz permitió a John ver una puerta entornada. Hizo un gesto a la anciana hechicera a modo de agradecimiento y de despedida y salió de la misteriosa habitación. Nada se dejaba ver tras la puerta. Una brillante luz le cegaba.

Cubriéndose los ojos con una mano, en la otra llevaba los frascos guardados en la bolsa beige, salió dejando atrás la morada de Baba Yagá.

No veía nada y cuando, finalmente, los ojos se fueron adaptando y la claridad cegadora desapareciendo, vio que se encontraba a unos pasos del todoterreno que había alquilado en Moscú y con el que había viajado hasta aquel remoto lugar. Junto al vehículo estaban las tiendas de campaña y la mochila que dejara atrás mientras se adentraba en la niebla siguiendo el sonido de los lamentos en la noche. Todo lo que había comprado para la expedición al bosque para encontrar a Baba Yagá se encontraba allí. Las pertenencias de Dariya, la rusa experta que le había ayudado, habían desaparecido desde la primera a la última.

Se guardó los elixires en un bolsillo que cerraba con cremallera de la sudadera que llevaba puesta y se aproximó al coche. Recogió todo y lo guardó dentro del todoterreno.

Era un día soleado y caluroso. El suelo todavía tenía barro y algún charco se divisaba por aquí y por allá. Pronto desaparecerían, comprobó la hora y la fecha en el reloj del vehículo: marcaba las doce y veinte minutos. El día: dos de julio. El año también era el correcto. Era mejor asegurarse, por si acaso. Aprovechó para poner su reloj en hora. A ver si funcionaba después de

haberse detenido cuando encontró a Baba Yagá. Sí, funcionaba de nuevo a la perfección.

Con todo listo ya podía arrancar y regresar a Moscú, donde todavía tenía reservada la habitación en el histórico hotel Metropol. Allí todavía esperaban algunas de sus pertenencias.

Pero antes de eso descansó la espalda en el asiento del conductor y, echando la cabeza hacia atrás apoyándola en el reposacabezas, resopló. Ya le quedaba poco. En cuánto le entregará los elixires a Lindsay, podría dar carpetazo al tema de la mujer misteriosa que encontró bajo el nombre de Anna Smith y convertida después en la diosa Inanna.

»¡Cuánto tiempo! —pensó mientras dejaba escapar un suspiro. Había transcurrido demasiado tiempo desde que aceptase el encargo de encontrar a una mujer de la que nada sabía, ahora ya estaba tocando a su fin.

Una gran cantidad de dinero había ido a parar a su bolsillo con tal encargo y había conocido a la que creía que era el amor de su vida. Luego resultó que era una diosa, la mejor amiga de la mujer a la que buscaba. Todo eso lo había averiguado pocos días atrás, cuando los acontecimientos se precipitaron.

Para rematar la faena hizo su aparición en escena una bruja de cuento del folclore eslavo. Si alguien le hubiera dicho un mes antes que esos dioses de la antigüedad existían, o la misma Baba Yagá era un ser real, a esa persona que se lo hubiera dicho la habría tomado por desequilibrada, por loca. Él mismo pensó en más de una ocasión que había perdido el juicio y se había vuelto completamente loco, pero creyó a Lindsay. Quizás porque, a pesar de todo, confiaba en ella ciegamente.

Viajó hasta Rusia para encontrar a la misteriosa bruja, por el camino a la guarida de Baba Yagá conoció a una agradable y guapa rusa de nombre Dariya, que tan pronto como apareció en su vida, así desapareció. Era afortunada por olvidar todo. A él también le gustaría de vez en cuando que una pérdida de memoria le bendijera. Decían que a veces una pérdida de memoria era bueno para el alma, pudiera ser. Lo que sabía era que tendría que cargar con los recuerdos de aquellos que habían ido desapareciendo de su vida poco a poco. Pronto uno de esos recuerdos más dolorosos que lo

acompañarían para el resto de su vida sería el de Lindsay.

Y allí estaba él. Sentado en el asiento de un coche con unos elixires que obraban milagros en su poder.

¿Si pudiera volver al pasado aceptaría el encargo de nuevo? A veces pensaba que sí y otras que no. Unas veces deseaba haber dicho no. Otras, se alegraba de haber descubierto lo que había descubierto. Y de haber compartido esos años con Lindsay.

Lo hecho, hecho estaba.

Tenía que seguir adelante... Nada sería como antes. Todo había cambiado desde el momento en que Lindsay le confesó la verdad. Antes aún, desde el momento en el que viendo el regalo que Peter, el esposo de Anna Smith, había hecho a ésta, supo, sintió que Lindsay le había estado mintiendo.

Se quitó la sudadera donde llevaba guardados los frascos y la puso en el asiento vacío del copiloto. Acto seguido se abrochó el cinturón y arrancó el motor del coche. Se puso en marcha. Iba de regreso a Moscú y, de allí, a España. La más que probable última vez que viera a Lindsay estaba esperando.

XXXVIII

6 de julio

Salamanca, España

Era una espléndida mañana de verano, con sol en lo alto que empezaba a calentar de lo lindo y cielo despejado de nubes, que hacía presagiar que se avecinaba un día tórrido para ser comienzos de la estación estival. Tres días atrás John había regresado de Rusia con los frascos que contenían los elixires en su poder, cortesía de Baba Yagá. Hizo el camino inverso al realizado al ir en busca de la bruja: de Moscú voló a Madrid; de Madrid tomó un tren a Salamanca, unos doscientos kilómetros al oeste de la capital española. Desde entonces no tenía nada que hacer, sólo esperar que Lindsay hiciera acto de presencia para reclamar los elixires. Se le hacía extraño llamarla Ninshubur aunque fuera su verdadero nombre, no le pasaba lo mismo con Inanna/Anna Smith. Desde el primer momento que supo el verdadero nombre, le resultó más sencillo llamarla por el auténtico que por el que la había conocido, es decir, por Inanna.

En cuanto se deshiciera de los elixires podría decirse que sería completamente libre. Sin ataduras. Para lo bueno y para lo malo, pues estaría completamente solo. En la vida únicamente tendría que cumplir la promesa, el trato que había hecho con la bruja Baba Yagá, y nada más. No necesitaría trabajar más, había amasado una pequeña fortuna. Pero no sabía lo que iba a

hacer después. Lo que sí sabía era cómo pasar el tiempo mientras esperaba a Lindsay en Salamanca. Pasaba los días entre paseos al caer el sol y refrescantes baños en la piscina por la mañana. Tras la comida dormía una pequeña siesta y luego leía y veía alguna película o serie hasta que no hiciera tanto calor, para poder salir a la calle de la bella ciudad. Esos eran sus planes y eso llevaba haciendo desde que había vuelto a la ciudad.

Esa mañana regresaba de la piscina. Caminaba a ritmo lento con una mochila a la espalda, algo poco habitual en él, aunque con ese sol en lo alto ya y el calor que hacía tampoco invitaba a ir demasiado rápido ni a realizar grandes esfuerzos. Las chanclas que llevaba tampoco, vestía con unas bermudas negras y una camiseta verde. En la cabeza llevaba una gorra del color de las bermudas para protegerse del sol.

Cuando llegó a su casa introdujo la llave en la cerradura de la puerta y abrió, se escuchaban voces. La televisión estaba puesta. Dejó las llaves en un cuenco en un mueble de la entrada y la mochila en el suelo apoyada en la pared, y fue directo al salón. No se había sobresaltado al oír el televisor encendido. Pensó que Lindsay habría llegado, no se le pasó por la cabeza cómo había entrado. Que el supiera ella tenía las llaves todavía.

En la televisión estaban retransmitiendo «El chupinazo» en directo desde Pamplona. Era el momento en que daban inicio las famosas fiestas de San Fermín, conocidas internacionalmente, sobre todo, por sus encierros donde se corre por las calles delante de los toros. Lindsay estaba sentada en el sofá, relajada, mirando la televisión.

—¡Hola! —dijo él para hacerla notar que había llegado. Se quitó la gorra dejándola sobre la mesa del salón y se pasó la mano por su pelo moreno corto para liberarle del apelmazamiento al que la gorra lo había sometido.

Lindsay se volvió con una sonrisa en el rostro a la vez que se levantaba del sillón. Estaba radiante con el mismo vestido azul que llevaba la última vez que se habían visto en esa misma casa y su corta melena pelirroja cayéndole por debajo de las orejas. Respondió al saludo de él mirándole con sus preciosos ojos azules, pero ambos permanecieron de pie sin moverse, separados, sin acercarse el uno al otro. Cierta tensión existía en el ambiente. No sabían qué hacer después de que se revelara la verdadera identidad de

ella, ambos deseaban fundirse en un abrazo y que todo volviera a ser como antes, pero no iba a suceder. En lugar de eso Lindsay fue directa al grano:

—¿Qué tal ha ido por Rusia? ¿Has conseguido los elixires?

—Sí. Un momento —John fue a buscarlos.

De vuelta al salón, John la entregó la bolsa que le había dado Baba Yagá para guardar los frascos. Lindsay examinó el contenido de la bolsa.

—Muchas gracias, John —le dijo al verificar que dentro se encontraban los elixires que necesitaría para resucitar a su amiga, la diosa Inanna. John se limitó a sonreír sin decir nada—. No sabes cuánto te lo agradezco. De verdad. ¿Qué te ha parecido Baba Yagá? ¿Qué le has dado a cambio?

—Es una anciana un tanto peculiar —sonrió—. Ha sido una experiencia interesante. Pero preferiría no repetirla, a ser posible.

La relató su periplo para dar con la bruja; cómo le había ayudado Dariya Petrovna, los lamentos en mitad de la noche, despertarse dentro de la casa de Baba Yagá en esa habitación mágica y lo que le gustaba el vino a la vieja bruja. Lo que no le dijo fue lo que le exigió Baba Yagá a cambio de los elixires ni la contra oferta que él le había hecho y que la bruja había aceptado. En su lugar le dijo a Lindsay que, tras sufrir los juegos de la anciana, ésta había accedido a darle los frasquitos. A Lindsay no le convenció demasiado tanta amabilidad y generosidad por parte de Baba Yagá, pero no se lo dijo a John, que se guardara un secreto podría ser bueno. Aunque ya reflejaba claramente el distanciamiento entre ambos. Se entristeció, sabía que había sido culpa suya. A pesar de eso, no dejó de sonreírle, ocultando su pena.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Al Inframundo? —preguntó John.

—Sí. Parece que me tocará darme un paseo por tan turístico lugar —bromeó ella.

Luego le pasó a contar lo que había descubierto, y eso era el pacto secreto entre Enlil y Ereshkigal por el que Enlil informaría a la reina del Inframundo en cuanto tuviera alguna noticia sobre el paradero de Inanna. Así la reina podría capturarla y aplicarle el castigo que merecía. A cambio Ereshkigal no se entrometería si ella, Ninshubur, aparecía por sus dominios para recuperar y reavivar el cuerpo de Inanna y sacarla de allí. Todo ello sin que Lindsay/Ninshubur tuviera conocimiento de semejante acuerdo. Según Enlil

le dijo, Inanna debía pagar por su agresión, el destino debía ser cumplido.

Lindsay se disculpó con John por sus acusaciones cuando se llevaron a Inanna y por sus engaños. Si le contó todo lo que había averiguado por boca de Enlil era más como una forma de compensar por sus mentiras y su espionaje a John que por otro motivo, como si fuera una forma de disculpa para con John.

—Luego decís de los mortales... Menudos berenjenales divinos tenéis allí montados —fue turno para la broma de él. Mejor dicho, era una verdad en forma de broma. Sin ironía.

—Y ¿qué vas a hacer ahora que eres libre? —preguntó Lindsay.

—Ni idea —lo decía completamente en serio. No sabía qué haría—. Algo se me ocurrirá con tanto tiempo libre que voy a tener, ¿no crees? ¿Vas a regresar algún día?

—No lo sé —dijo ella con tristeza en la mirada. Permanecieron unos segundos en silencio, con las cabezas gachas y la mirada perdida en la alfombra del salón—. Intentaré —añadió Lindsay—. Quizás podremos hablar de todo lo sucedido con calma cuando termine mi viaje al Inframundo. No lo sé.

El silencio se volvió a apoderar del ambiente. El final estaba próximo, pero ninguno quería ser el primero en decir adiós.

Fue John el primero en dar el paso, se acercó a ella y la abrazó. Lindsay también le pasó los brazos por el cuello para fundirse en un abrazo mutuo. Sentían que sería la última vez que estarían juntos. Un abrazo de despedida, un abrazo lleno de amor y ternura, un abrazo lleno de tristeza.

Lindsay hundió su cara entre el cuello y el hombro de él, cerraba los ojos fuertemente conteniendo las lágrimas. John la estrechaba entre sus brazos como si no la fuera a dejar marchar nunca; pero como humano y mortal que era sabía mejor que nadie que todo tenía un fin. Y había llegado.

—Ten cuidado —le susurró al oído a Lindsay refiriéndose a su viaje al Inframundo para rescatar a Inanna.

Acto seguido le dio un dulce beso en la mejilla y se separaron a regañadientes. Ella tenía los ojos vidriosos. La pasó la mano por el pelo, apartándoselo de la cara y colocándoselo detrás de la oreja, y la acarició la

otra mejilla.

Sin decir ni una palabra más, no había nada que pudiera decirse en un momento como ese, las palabras sobraban, lo estropearían, Lindsay, con los elixires en la mano, se marchó.

No se atrevió a mirar atrás mientras salía de la casa de John. Corría el riesgo de no irse nunca y todavía tenía una misión que realizar.

Él no se dio la vuelta para ver como ella se iba de su vida para siempre. No tenía el suficiente valor para ver desaparecer al amor de su vida y no suplicarle que no se marchara y le dejara solo. A veces en la vida había que hacer cosas que uno no quiere hacer. Oyó como se cerraba la puerta de la calle. Ya estaba, había sucedido. Lindsay se había ido.

Permaneció largo rato en la misma postura sin moverse, de pie en medio del salón con la cabeza hacia abajo, con la mirada perdida mirando en algún lugar lejano más allá del suelo del cuarto de estar. El dolor se mitigaría con el paso del tiempo como ya había sucedido otras veces con las desgracias de su vida, pero nunca se iría.

Mientras tanto, con el corazón herido dentro de su pecho, tenía que seguir adelante. Una promesa debía ser cumplida.

XXXIX

Inframundo

Había llegado la hora de emplear los elixires para revivir a Inanna y sacarla del Inframundo. Lindsay, en su auténtica versión de mensajera divina, Ninshubur, después de obtener los frascos que contienen tan maravilloso líquido por manos de John, que los obtuvo a su vez de la bruja Baba Yagá, se había reunido con Enlil. Éste la había dado unas instrucciones y consejos sobre cómo actuar y cómo llegar hasta donde se encontraba el cuerpo cortado en pedazos de la desafortunada Inanna. Finalmente Enlil la introdujo en el reino de Ereshkigal por una entrada secreta que pocos conocen.

No era la primera vez que Lindsay visitaba el Inframundo, al fin y al cabo era una mensajera que tuvo que ir a tal tétrico lugar en diversas ocasiones. Esas veces visitaba, directamente y sin ayuda, el palacio de la reina.

Lo que conocía del Inframundo, a parte del palacio, era lo que le habían contado otros dioses, en concreto su amiga, a la que ahora iba a rescatar, Inanna. Ahora todo era diferente.

Siendo una misión clandestina como era esa, tenía que utilizar otros medios para entrar y moverse por el reino de los muertos. Una cosa era que Ereshkigal había prometido que no iba a interponerse y otra era que pudiera campar a sus anchas.

También existían otros peligros además del ya inocuo del de la reina, el principal de todos los peligros que debería hacer frente sería el de los siete

jueces del Inframundo, unos seres que no estaban sometidos a la voluntad de la reina, aunque podían ser engañados haciendo gala de una gran astucia. Por ello debía seguir al pie de la letra lo que Enlil la había dicho.

Una vez se encontraba ya en los dominios de Ereshkigal por esa entrada que Enlil le proporcionó, tenía que moverse rápidamente para no ser detectada, y así alcanzar cuanto antes el palacio de la reina donde se estaba colgado a su entrada el cuerpo mutilado de Inanna. Por desgracia, esa entrada secreta al reino de los muertos se encontraba en uno de los puntos más alejados al centro del lugar, donde se levantaba el palacio.

Por un momento a Lindsay se le vino a la cabeza el comentario sobre Dante que John le había hecho cuando le contaba sobre el Inframundo. Y pensó en ese Dante Alighieri, el poeta italiano por excelencia, que contó con Virgilio como guía en su Infierno de su obra la Divina Comedia. «Una lástima no tener un guía ahora mismo», pensó la diosa mensajera. Sin duda, la obra del poeta italiano tenía ciertas similitudes con el Inframundo real. Seguramente Dante, de algún modo, había conocido ciertos detalles de boca de alguien que realmente había visitado el Inframundo y lo usó para escribir su más conocida obra. Aunque pronto averiguaría que se había quedado corto describiendo ciertos sufrimientos que allí se infligían y padecían.

La misión que la ocupaba no le daba tiempo para relajarse más pensando. Algo que agradecía, pues si recordaba a John se entristecería, podría bajar la guardia y ser descubierta, e incluso perderse. Así, tras ese momento en el que se orientaba dentro de los dominios de Ereshkigal a la vez que recordaba brevemente a John, y a Dante, se puso en marcha.

A diferencia del vestido corto blanco que era su habitual atuendo, en esta ocasión lucía uno en negro, no quería ser como un faro que llamase la atención de demonios, jueces o almas en pena. Con ese vestido negro y su cabello rojo parecía estar hecha para semejante lugar. Más aún cuando su viaje por el Inframundo debía atravesar las zonas más lúgubres y tenebrosas que lo formaban, los lugares donde más sufrimiento recibían en compensación las almas por su miserable vida que habían llevado. Podría decirse que el camino que la llevaría hasta el palacio de Ereshkigal tenía que adentrarse y atravesar un auténtico infierno. El Inframundo también tenía

otras zonas, otros lugares más gratificantes; también había parajes donde las almas, en lugar de ser mortificadas, eran bendecidas, agraciadas... premiadas. El reino de Ereshkigal reunía tanto lo que podría llamarse infierno y purgatorio como lo que sería una especie de paraíso. Había de todo para todos, según su merecimiento.

Lindsay seguía el camino que Enlil le había marcado sin salirse un ápice de él. Procuraba no desviar la vista a los horrores, escenas grotescas e indescriptibles, que tenían lugar cerca de ella.

Sólo había una forma de llegar hasta el palacio y era atravesar las siete puertas custodiadas por los jueces. Cuando ejercía sus funciones de mensajera divina no tenía que pasar por tal odisea para transmitir el mensaje a la reina. Muy pocos gozaban del privilegio de poder acercarse a Ereshkigal en su palacio sin antes haber pasado por el ojo inquisidor de los jueces que custodiaban las siete puertas. Lindsay era una de esos pocos agraciados... como mensajera. Ahora no tenía tal fortuna.

Dejó atrás ríos, no sólo de agua, también de fuego y azufre, en su marcha hacia la primera de las siete puertas del Inframundo. A lo lejos se divisaban inmensas lagunas donde desembocaban esos ríos de ese mundo de ánimas.

Tras un largo caminar por el laberíntico lugar, llegó a la primera puerta. Como estaba previsto, uno de los jueces, guardián de dicha entrada a otra parte del Inframundo, le dio el alto. Había acordado con Enlil la estrategia a seguir y las argucias que utilizaría para sobrepasar a los distintos jueces. Tendría que engañar y ofrecerles algún regalo si quería que la dejaran pasar, pero iba preparada para ello.

En sus brazos y su cuello llevaba una cantidad considerable de pulseras, brazaletes y colgantes adornándola, listos para ser ofrecidos como obsequio a los jueces y, acompañándolos de bonitas palabras y triquiñuelas obraran el efecto de que le permitieran flanquear las siete puertas.

Frente al primer juez puso en marcha la representación de la pantomima para que se echara a un lado y ella pasara tranquilamente. Estaba bastante nerviosa por si fracasaba. Si eso sucedía, daría al traste con toda la operación de rescate y no habría forma de volver a intentarlo.

Pero todo fue mejor de lo esperado. Con las triquiñuelas usadas y las

ofrendas echas, el juez dejó que Lindsay prosiguiera su camino. Quedaban seis.

Un mundo totalmente distinto al anterior se abría paso al otro lado de la primera de las siete puertas que debía traspasar hasta alcanzar su objetivo. Siguió las instrucciones que la habían dado y alcanzó la siguiente puerta con su respectivo juez custodiándola. Igual que sucedió con el anterior, no la resultó nada difícil convencerle de que la dejara pasar. Quedaban cinco.

De nuevo el paisaje por el que debía caminar tras flanquear la segunda puerta difería por completo de los dos anteriores, pero el lugar era tan inmenso que a saber que se escondía en otras partes del mismo nivel, círculo, o como quiera que se le llamase a cada una de las partes en las que se dividía el Inframundo. Otra vez se valió de engaños y regalos para superar la tercera puerta. Quedaban cuatro.

Animada por lo fácil que estaba siendo burlar a los jueces y adentrarse más y más por el lugar, aceleró el ritmo de su marcha. Quedaban tres.

El temor y recelo inicial estaba dejando paso a un entusiasmo moderado. Las pulseras y colgantes iban disminuyendo al igual que la distancia que le quedaba por recorrer. Quedaban dos.

Ya casi podía sentir su objetivo cumplido. Uno

Si le hubieran dicho antes que iba a ser tan fácil traspasar las siete puertas del Inframundo y engañar a los jueces guardianes, no se lo hubiera creído, pero así estaba sucediendo. La había resultado bastante sencillo convencer a esos mismos jueces de que debían dejarla pasar. Ahora sólo había una puerta y un juez que la separaba de su meta. El palacio de la reina estaba cerca.

¿Sería distinto el último guardián? No.

Fue igual que los anteriores. Unos regalos por aquí, unas embusteras palabras por allí y ya podía escabullirse al otro lado de la puerta. Vía libre hasta el palacio. Parecía que había sido un viaje fácil por el Inframundo, pero no había sido corto.

Mediante engaños acompañados con superfluos regalos, había conseguido ir dejando atrás puerta tras puerta. Un poco más y alcanzaría el palacio de Ereshkigal; los adornos que había llevado en sus brazos y cuello ya habían desaparecido, habían servido para el propósito para el que los

llevó: obsequiar a los jueces. Únicamente quedaban una pulsera y el colgante que siempre había llevado colgado de su precioso y delicado cuello; el mismo colgante que conocía John y que le sirvió para sospechar de que Lindsay no era del todo sincera con él.

Ya lo veía, tenía el enorme palacio a escasa distancia. Vislumbraba la entrada y... se horrorizó al ver lo que allí había colgado de la entrada del palacio... ¡El cuerpo desmembrado de Inanna! Con una expresión de terror corrió hasta la entrada...

XL

Descolgó de lo alto de la entrada al palacio, como buenamente pudo, todos los miembros que pertenecían al cuerpo de Inanna y los reunió. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que estaba sola a las puertas del palacio de Ereshkigal.

Sintiéndose segura, era momento de que los elixires hicieran el milagro para el que fueron creados. Sacó la bolsa beige especial que Baba Yagá le había dado a John para guardar los frascos. La abrió y cogió los dos frasquitos que una vez había tenido ya en su poder antes de encargarle a la bruja que los guardara. Allí estaban los dos frascos; uno con el tapón azul y otro con el tapón negro. Primero debía utilizar el Alimento de la vida, o como lo llamaba Baba Yagá, el Agua de la muerte, es decir, el frasco que tenía el tapón negro. Este elixir sería el encargado de que los trozos del despedazado cuerpo volvieran a formar una unidad.

Quitó el tapón al frasco... pero, ¿dónde debía echar la gota del elixir? No sabía.

Ni se le había pasado por la cabeza preguntárselo a Enlil. ¿Daría igual echar la gota en cualquiera de los miembros cercenados? Tenía que probar en alguna parte; eligió la cabeza.

Cogió la cabeza de Inanna, que tenía una expresión dantesca con los ojos negros bien abiertos al igual que la boca, y, sujetándola por los cabellos castaños, Lindsay deja caer una gota del frasco en el interior de su boca. Después deposita la cabeza a sus pies y espera, apartándose un poco de los

miembros, a ver si sucede algo.

Nada... Un momento. ¡Los miembros del cuerpo empiezan como a temblar! Piernas, brazos, tronco y cabeza parecían ser presas de un terremoto, empezaron a convulsionar y comienzan a ensamblarse. El elixir funcionaba. Perfecto, el cuerpo de Inanna volvió a estar completo, con todas sus partes en su sitio. Era el turno de darle el aliento de la vida, de resucitarla.

Lindsay cogió el segundo frasco, el del tapón azul y que contenía el Agua de la vida. Se agachó junto al cuerpo sin vida de la diosa para repetir la operación: quitó el tapón azul al frasco y, sujetando la cabeza por la nuca para levantarla un poco, dejó caer otra vez una gota, ahora del Agua de la vida, en el interior de la boca abierta de Inanna.

En cuclillas, y sin apartarse del cuerpo, esperó que surtiera efecto el elixir que debería devolver la vida al cuerpo inerte de su amiga. Miró fijamente los ojos abiertos de Inanna esperando ver alguna reacción, algo que la indicara que tiene vida. La tenía sujeta la cabeza por detrás y cogida la mano. Sintió un leve movimiento en la mano que tenía sujeta. Acto seguido, con un gemido gutural e incorporando la parte superior del tronco, la vida volvió a poseer el cuerpo de la diosa. ¡Había revivido!

Lindsay, rebosante de alegría, abrazó a una desconcertada y desnuda Inanna, que todavía está asimilando lo sucedido.

—¿Ninshubur? —susurró Inanna.

—¡Me alegro que estés de vuelta! —le dijo Lindsay a Inanna.

—Nosotros también nos alegramos —se oyó decir a una voz que les hizo estremecerse—. Qué escena más bonita, las dos abrazaditas. Qué conmovedor.

Lindsay había estado tan concentrada con el proceso de revivir a Inanna que no se había dado cuenta de que era observada. ¡Los siete jueces del Inframundo! El pacto de no intervención que había hecho Ereshkigal, la reina, no incluía a esos jueces, que actuaban con gran libertad.

En un principio engañados, los jueces no tardaron en descubrir las intenciones de Lindsay de liberar una vida del Inframundo. No podían permitirlo.

Pilladas in fraganti, Lindsay y la recién resucitada Inanna se incorporaron,

asustadas. Rodeándolas se encontraban siete figuras imponentes correspondientes a los siete jueces encargados de ejercer de porteros de las distintas puertas del reino de Ereshkigal. Cubrían sus grandes y altos cuerpos con enormes togas rojas y negras.

Tenían unos ojos completamente negros que te hacían sentir como si te estuvieran escrutando el alma. El aspecto amenazador de los jueces se completaba con una gran cara que daba la impresión de ser una roca con grietas y un gorro, del color de las togas, sobre la cabeza. También tenían una gran boca negra sin un diente a la vista, como un pozo sin fondo. No se distinguían unos de otros.

—¿A qué os gusta este recuento? —dijo uno mientras los otros asentían—. Pensábamos que nunca te volveríamos a ver, Inanna. Nos gustó mucho el regalo que nos dejaste la última vez. Aquí Ninshubur no ha sido tan amable. Una lástima —hizo un gesto como negando con la cabeza. Tenían los brazos cruzados en el interior de la vestimenta en una pose de serenidad, de anciano sabio que está impartiendo una lección a un joven pupilo. Lindsay e Inanna sabían que los jueces querrían algo a cambio por la transgresión, estaban convencidas. Pero, ¿qué querrían?

—Creo que coincidiréis con nosotros en que tenemos un problema —continuó hablando el juez—. No sé cómo vamos a solucionarlo. Ha entrado una con tejemanejes y ahora hay dos. No puede ser.

—No podemos consentirlo —repitieron el resto de jueces.

—Exactamente —dijo ante la mirada aterrada de las diosas—. No podemos consentirlo.

Hizo una pausa. Las dos diosas sabían de sobra que no tenían nada que hacer ante aquellos seres. Inanna estaba completamente desnuda y, prácticamente, sin poder alguno. Y Lindsay no era una diosa poderosa, era una mensajera a fin de cuentas. La propia reina del Inframundo tenía poca influencia en esos jueces.

—Se nos ha ocurrido una idea —era el momento en el que iban a averiguar que debían darles a los jueces para salir de allí—. Mirad, vamos a ser generosos. Hemos pensado —no sabían cuando lo habían hecho, como no fuera por telepatía—, que ya que un alma ha entrado al Inframundo

dejaremos que una salga... —Lindsay e Inanna se miraron—. Para que quede la cosa clara. Alguien debe quedarse.

—Y si ninguna queremos, ¿qué? —Se envalentonó Lindsay.

—No nos importa lo que queráis —quitó de un plumazo todo atisbo de valentía que pudiera aflorar en un ataque de rabia de las diosas—. De hecho tú, mi querida Ninshubur, deberás ocupar el lugar de Inanna —Lindsay se estremeció, Inanna permanecía en silencio, a su lado. Los jueces se abalanzaron sobre Lindsay dejando a la vista unas garras propias de seres de ultratumba...

XLI

En el preciso momento en que las garras de los jueces iban a prender a la pobre Lindsay, la enorme puerta del palacio se abrió por la mitad, lentamente. Todos, tanto jueces como las dos diosas, dirigieron su mirada hacia allí.

—¡Deteneos! —ordenó una voz a los siete jueces. Al momento apareció Ereshkigal, la mismísima reina del Inframundo, la misma que había dado su palabra de que no pondría impedimentos a Lindsay para ayudar a Inanna.

Era difícil no apreciar cierto parecido físico en las facciones del rostro entre Inanna y su hermana, Ereshkigal, si uno las mirase detenidamente la una junto a la otra. Ambas de gran belleza, era la reina del Inframundo la que más impresionaba, quizás por el lugar al que pertenecía y el aire sobrenatural que transmitía; vestida con un vestido negro y una tiara azulada sobre su melena negra con mechones también azules. Su sola presencia intimidaba a cualquiera e infundía respeto. Y si su mirada oscura se posaba sobre uno, podría paralizarle y provocarle un gran temor, incluso hasta la muerte, que se lo preguntasen si no a Inanna.

Pero en ese instante Lindsay no sabía si la llegada providencial de la reina sería para bien o para mal; lo que estaba claro era que su situación pintaba mal, muy mal. Los jueces escrutaron a Ereshkigal, querían una explicación a su intromisión.

—¡Apartaos de ella! —volvió a ordenar de forma tajante la reina—. No pongáis vuestras garras sobre Ninshubur. La autoricé yo misma a visitar mi reino. ¿Tenéis alguna objeción? —¿estaba ayudando Ereshkigal a Lindsay?

Eso parecía. ¡Qué gran alivio para la mensajera!

Los jueces intercambiaron miradas unos con otros. Gozar de autonomía era una cosa y enfrentarse a la reina era algo bien distinto. Lentamente los siete seres se apartaron un poco de Lindsay. Inanna se había apartado a un lado en cuanto los jueces se habían apresurado a apresarse a la fiel amiga que la había arrebatado de las garras de la muerte. Ereshkigal echó una mirada furibunda a su hermana.

—¿Y bien? —dijo la reina desviando la mirada de Inanna y concentrándola en los jueces—. Parece que estamos de acuerdo, ¿no? —las siete figuras, envueltas en sus togas, recobraron la pose inicial con los brazos enlazados y ocultos en la vestimenta.

—Cómo vamos a contradecir a nuestra reina —dijo uno de ellos con sarcasmo mientras aceptaban olvidarse de Lindsay—. Pero, aunque nos gustaría regresar a nuestra rutina, tenemos un pequeño problema aquí.

Las miradas se concentraron en Inanna mientras Ereshkigal, con un gesto de la mano, hizo que Lindsay se alejara de los jueces y se colocara cerca de ella, en medio de la puerta abierta del palacio.

—¿Qué proponéis? —un destello rojo iluminó los ojos de la reina, tendía un puente de cordialidad con los jueces tras el tenso momento inicial.

—Déjanos pensar —dijo otro de los jueces sabiendo ya lo que iban a exigir para zanjar el tema—. Creo que si Inanna desea salir de aquí, creo, repito, que sería justo que alguien ocupase su lugar. Ya sabes, mi reina, que nadie puede salir así como así de tu reino —Ereshkigal, olvidándose del peloteo fingido de los jueces, sabía que éstos pedían algo razonable y justo.

—Así que consideramos que Inanna debería traernos a quien la vaya a sustituir aquí —dijo otro juez mientras miraba de reojo a Lindsay, que había sido la elegida por ellos para permanecer en el Inframundo antes de la intervención de Ereshkigal—. Es más. La persona que la sustituya debe pertenecer al mundo en el que ha vivido los últimos años. Creemos que es lo justo.

—Que así sea —dijo la reina aceptando la justa exigencia de los jueces sin pensárselo dos veces.

El pacto entre reina y jueces del Inframundo estaba sellado. Inanna debía

regresar al mismo mundo en el que había estado viviendo los últimos años como Anna Smith y seleccionar a una de las millones de personas que lo habitaban para que la sustituyera en el Inframundo. Pero había condiciones. No iba a poder seleccionar a cualquiera de esas miles de millones de almas, no; tendría que escoger a alguien que hubiera conocido durante ese tiempo. Debía remplazarla alguien a quien conociese.

Si Inanna no elegía a su sustituto, entonces tendría que regresar al Inframundo para no volver a salir jamás.

Para asegurarse de que Inanna cumpliría, o para traerla de vuelta en caso contrario, un grupo de demonios llamados los Galla la acompañarían. Adoptarían forma humana para pasar desapercibidos y se mantendrían cerca de la diosa dispuestos a llevarse de inmediato a la persona escogida al reino de Ereshkigal. Cuando eso sucediese, Inanna sería del todo libre para seguir con su vida anterior a su intento de usurpación del trono de su hermana.

Lindsay se había librado por los pelos de acabar para el resto de la eternidad en el Inframundo. Si no hubiera aparecido Ereshkigal de repente, nadie hubiera impedido que eso hubiera sucedido. Los siete jueces habían deseado atraparla entre sus garras y castigarla por cometer semejante transgresión, y por haberles engañado.

Ahora, mientras Inanna era escoltada por esos demonios para cumplir con su obligación de reclutar un alma de remplazo y los jueces desaparecían de su vista, respiraba aliviada al lado de su heroína. Quién se lo hubiera dicho que todo iba a acabar así. Pero también sentía cierto desasosiego y abandono. Una soledad que comenzaba con cierto distanciamiento respecto a la que había sido su amiga y a la que había revivido con los elixires que Enlil creó en su tiempo. Una, Lindsay, había sacrificado mucho para ayudar a su amiga; la otra, Inanna, había vuelto a su vida eterna tras unos años de gracia antes de sufrir su merecido castigo. En ese momento Lindsay se sintió, no como la amiga de Inanna, sino realmente como lo que era: una mensajera que había estado al servicio de la diosa, principalmente, una sierva. Se alegraba por que Inanna estuviera bien, pero algo había cambiado entre ellas para siempre. Lo intuía.

—Pasemos —ofreció Ereshkigal a la desilusionada Lindsay cuando todos

los demás se hubieron ido. La reina quería hablar con Lindsay en la privacidad de su palacio, parecía satisfecha por cómo habían salido las cosas.

XLII

Palacio de Ereshkigal, Inframundo

Lindsay siguió a la Ereshkigal hasta la sala del trono. ¿Qué podría querer la reina de ella? ¿Por qué la había salvado de las garras de los jueces? Tras haber pasado varios años conviviendo con los humanos ya sospechaba de cualquier acto. Creía que en toda acción se escondía un motivo oculto para haberla realizado, un motivo egoísta. A eso se unía el desencanto que la había producido su reencuentro con Inanna y los juegos conspirativos de Enlil en todo ese asunto. Si se paraba a pensarlo, veía las mismas formas de obrar tanto en humanos como en dioses. John había tenido razón cuando le recriminó que los dioses no eran muy distintos de ellos. ¿Habrían sido ellos, los dioses, quienes con su ejemplo hicieron a los humanos tal como son ahora? Ya no sentía que perteneciese ni al mundo divino y, ni mucho menos, al humano. ¿Qué podría hacer?

Se paró instintivamente frente al trono, como en las ocasiones en las que había acudido al palacio como mensajera, mientras Ereshkigal tomaba asiento en él.

—Sé lo que estás sintiendo —dijo la reina de forma desenfadada. La primera vez que la veía de ese modo relajado y sereno. ¿Sería por lo excepcional de la ocasión?—. Estás dolida. Estás decepcionada con Inanna. Aunque, la verdad, no sé de qué te sorprendes, siempre ha sido así —dijo en referencia a su hermana. Y era cierto.

Lindsay estaba muy dolida por la actitud de Inanna. Por su culpa había estado a punto de perderse para siempre en la oscuridad del Inframundo a manos de esos jueces, y ella, Inanna, a pesar de que la había resucitado, ni se había inmutado. La había parecido bien que su fiel amiga la hubiera sustituido en su calvario. ¿Qué clase de amiga era esa? Ni las gracias la había dado. Y si no llega a ser por la providencial intervención de Ereshkigal, no hubiera podido hacer nada para escapar de las fauces de los siete jueces.

—Y por lo que intuyo —prosiguió la reina—, Enlil tampoco compartió contigo sus planes —Lindsay se mantuvo cabizbaja confirmando las suposiciones de Ereshkigal—. Lo que imaginaba... Si me hubieras preguntado a mí, te lo hubiera contado todo directamente. No te habría escondido nada y no hubieras tenido que engañar a John. Ciertamente es que no hubieras podido revelarle, hasta que hubiera tenido a Inanna en mi poder, quién eras en realidad ni para quién trabajabas. Pero podrías haberte mostrado como colaboradora de mis mensajeros. Incluso haber sido mi mensajera.

¿Sería eso lo que querría Ereshkigal de ella, que se convirtiera en su mensajera? Lindsay levantó la cabeza y miró a la reina intentando averiguar sus intenciones. Esta, sabiendo los deseos de Lindsay, se los concedió:

—Si estás pensando en que quiero que seas mi mensajera personal, estás en lo cierto. Quiero que trabajes para mí. Pero entenderé que no quieras aceptar mi oferta.

—¿Por eso me has salvado? —preguntó Lindsay.

—No. Te he salvado porque no merecías el castigo que se cernía sobre tu cabeza. Un ser bueno no puede pagar por los pecados de otro. La lealtad es una gran cualidad. Como lo son la honestidad y la justicia. Por eso te he salvado. Por eso y por un último pago en agradecimiento al detective del que te enamoraste. Por muy dolido que esté por hacerte pasar por quien no eras, seguro que no querría que te sucediera nada malo.

—¿Tanto agradecimiento por un mortal? —se sorprendió Lindsay.

—Será un mortal, pero no es cualquier mortal —sonrió la reina.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no elijo a cualquiera para realizar mis encargos. Le escogí expresamente —Lindsay abrió los ojos tanto como pudo y abrió la

boca instintivamente en señal de tremenda sorpresa—. Todo fue preparado para que aceptara el trabajo.

—¿Todo, todo? —interrumpió Lindsay a la reina, aunque a ésta no le importó. Lo que quería saber era si Ereshkigal había tenido algo que ver en la expulsión de John del departamento de policía y en otros asuntos trágicos de su vida.

—Sí. Bueno, en realidad no fue cosa mía lo de la expulsión de la policía ni sus tragedias personales. Para ser sincera he de decir que todo fue cosa suya, de los humanos. Se bastan solos para cometer tonterías. En cuanto a las penalidades de la vida, fueron cosa del azar. Yo, simplemente, aproveché la ocasión para reclutarle para mí causa. Pero sí, quería que John García fuera esa persona que trabajase para mí, aunque tenía otros planes. Al final todo se acabó precipitando por culpa de tu amiguita y no se le pudo introducir a nuestro mundo de una forma más paulatina. No tuve más remedio que cambiar los planes y, en lugar de la prueba que tenía prevista para él, darle un trabajo real, a ver qué tal lo hacía, corriendo el riesgo de perderle si tardaba demasiado en encontrar a Inanna o no daba con ella en su vida. Una vez que terminase el trabajo, si no era demasiado viejo, se le revelaría la verdad y trabajaría oficialmente para mí. Si él quería, obviamente.

—¿Estás diciendo que vamos a intervenir de nuevo en su mundo? —Lindsay seguía sin dar crédito a todo lo que Ereshkigal le estaba contando.

—Oh, querida —sonrió con ternura ante la ignorancia de la mensajera—, llevan interviniendo desde siempre. Nunca lo dejaron de hacer del todo. Me parece que eso ya lo sabes. Pero si te refieres a intervenir abiertamente, no. Sólo quiero a alguien que me encuentre ciertos seres que se escapen de mis dominios y me los traiga de vuelta. Quizás alguna cosa más, ya se verá. Lo que sé con seguridad es que necesitaré a alguien que haga de intermediario entre esa persona, que podría ser John, y yo. ¿Te interesa el puesto?

—¡Sí! —afirmó sin dudarle un instante.

La oportunidad de poder volver a John y, quizás, retomar su relación ya sin mentiras de por medio era un gran aliciente para que no titubeara a la hora de aceptar la propuesta que la reina del Inframundo la había hecho de trabajar para ella. Además, ¿a dónde iba a volver? ¿A ser la mensajera de Inanna? ¿O

la de Enlil u otro dios parecido? Era mucho mejor lo que la ofrecía Ereshkigal. Pero... ¿habría algún impedimento? Tenía que saberlo.

—Pero...

—No te preocupes —anticipó Ereshkigal los pensamientos de su nueva colaboradora—. No tienes que rendir cuentas a nadie más. Me aseguré de incluir en el pacto para que pudieras revivir a Inanna que quedarías libre de todo compromiso con ella o con Enlil, o con quien fuera; y que podrías ejercer tus funciones exclusivamente para mí.

—Gracias.

—Un placer. No soy tan mala como las apariencias dicen o como el lugar donde está mi trono revela. Sólo hago lo que tengo que hacer: doy a cada uno lo que merece.

Ereshkigal había salvado a Lindsay y ahora la ofrecía un hogar, una nueva vida en la que podía estar John. La pena que había ensombrecido su corazón por lo desagradecida que había sido la que consideraba su íntima amiga, Inanna, para con ella había dejado paso a una dicha inmensa que no cabía dentro de sí. Pensó en John, ¿qué estaría haciendo? Sabía que cuando tuviera la oportunidad de regresar y verle habrían pasado semanas, incluso, quizás, meses. De hecho, mientras atravesaba el Inframundo hasta alcanzar el palacio de Ereshkigal habrían pasado para John bastantes días desde la última vez que se habían visto. No le importaba., estaba deseando decirle la buena nueva. John no rechazaría la oferta tampoco. ¿O sí? No, imposible. Conociéndole como le conocía sabía que no podría decir que no.

—¿Puedo regresar a la Tierra y decírselo a John? —preguntó entusiasmada con la esperanza puesta en no dilatar más la espera del ansiado reencuentro.

—Puedes —dijo la nueva jefa satisfaciendo los deseos de su nueva intermediaria—. Pero espera —dijo levantándose del trono. La reina se acercó a Lindsay y le entregó un colgante para que se lo diera a John.

Con ese adorno podría averiguar en cada instante dónde se encontraba él, también le dio unas instrucciones: debía recitar unas palabras a la vez que el colgante entraba en contacto con la sangre del detective. Con tal ritual no sólo Lindsay podía localizar a su amado por medio del colgante, sino que además

significaría la confirmación del nuevo pacto, de por vida, entre John y Ereshkigal. Cuando los tres extraños enviados por la reina contrataron a John se encargaron de sellar el pacto con la sangre de él, una minúscula gota obtenida de uno de sus dedos. Otra gota el día que le liberaron sirvió para que el detective quedara libre de ataduras antes de ofrecerle un nuevo trabajo; un trabajo definitivo.

Con el colgante en la mano, Lindsay salió despavorida para buscar a John y explicarle los nuevos acontecimientos. Quería volver a abrazarle. Besarle...

Con tanta prisa por reencontrarse con John, Lindsay no se percató de un ligero cambio en el semblante de la reina, un cambio minúsculo pero visible, algo que hacía presagiar que algo no iba del todo bien. Una señal de que Ereshkigal se había guardado algo para sí.

XLIII

21 de julio

Nueva York

John ya estaba libre del compromiso adquirido años atrás para encontrar a la mujer desconocida que resultó ser una diosa de la antigua Sumeria, que después adoptaría, según el lugar y el paso del tiempo, distintos nombres y características. Ese trabajo, y el único, ya estaba finalizado, pero todavía tenía asuntos que resolver relacionados con ese tema.

Podría decirse que el último mes había estado más ocupado de lo que había estado los últimos quince años de su vida. ¿Qué había hecho en ese tiempo? Nada importante. Todos los hechos relevantes referentes a la resolución del misterio desde que le contrataron habían tenido lugar en las últimas semanas, era más. Desde que los tres hombres misteriosos, acólitos de la reina del Inframundo, le habían dicho que quedaba al fin libre de seguir la búsqueda, era cuando había averiguado más cosas sobre el tema. Es decir, durante la duración de su acuerdo poco hizo y poco sabía. Las consecuencias del trabajo se reflejaron después, cuando tuvo que viajar en busca de una bruja de cuento y descubrió la verdad por boca de Lindsay, que resultó ser otra diosa amiga de la mujer que andaba buscando. Curioso.

Por no hacer nada había cobrado millones. Y, por el contrario, cuando más tuvo que hacer, no había recibido ni un céntimo por ello, sólo la dolorosa

verdad que se ocultaba tras un fino velo. Qué misteriosa era la vida... como bien había descubierto.

En Nueva York, la ciudad que le vio crecer, pasaría unos días liado con esos flecos sueltos.

—Todo será hecho como nos ha dicho, señor García —dijo Alfred Johnson.

—Pues ya está todo —dijo John poniendo los dos brazos en los reposabrazos de su asiento para levantarse.

Había acudido al prestigioso bufete de abogados Johnson & Berger. El que le atendió fue el propio socio fundador, uno de los dos, Alfred Johnson, un hombre de sesenta años con el pelo cano, alto y desgarrado, con una mirada atenta y una vitalidad propia de un joven más que de un hombre de su edad. Ambos hombres se estrecharon la mano a través del escritorio del señor Johnson.

—Le acompaño a la salida —se ofreció el abogado.

—No se moleste —declinó educadamente John. Salió del despacho y tomó el ascensor para salir del edificio en el que se encontraba el bufete.

Al abrir la puerta a la calle una oleada de calor, como salida del mismo infierno, le estaba esperando para recibirle. Con lo fresquito que se había sentido con el aire acondicionado funcionando a pleno rendimiento en el despacho de Alfred Johnson...

Se quedó un rato parado, como si tuviera miedo de que al salir el calor lo derritiera como si estuviera hecho de cera. La temperatura debería rondar los treinta y cinco grados centígrados. Puede que alguno más.

Miró al cielo, completamente despejado. Pensó que debería haberse llevado las gafas de sol o una gorra. Ya le había sucedido lo mismo en el bosque de Rusia cuando Dariya fue más previsora que él llevando una gorra.

Después echó un vistazo a la hora, las doce y cuarenta y siete marcaba el reloj, se puso en marcha. Todo lo que tenía previsto hacer ya estaba hecho, así que tenía el resto del día completamente libre para hacer lo que quisiera, con permiso del sol y sus calurosos rayos.

Mientras caminaba unas preguntas se le vinieron a la cabeza. ¿Quién sería el dios del sol? ¿Se llamaría Ra como el egipcio? ¿Cómo se llamaba el dios

sumerio del sol? Y ¿cómo sería ese ser de verdad, más allá del mito?

Era difícil alejar los pensamientos de esas cuestiones mitológicas después de todo. No en vano siempre le habían gustado esos temas de pequeño, en especial la mitología griega.

Se paró a comer en un restaurante italiano que había abierto hacía poco, no tenía ganas de cocinar nada en casa cuando llegara ni tenía nada preparado. El calor tampoco ayudaba a que uno quisiera moverse. Como mejor se estaba con una temperatura tan alta y ese sol en lo alto calentando de lo lindo era a la sombra, tumbado con una bebida bien fresquita que recorriera la garganta o, a lo sumo, metido dentro del agua de una piscina, de un lago o del mar. Lo mismo daba, pero que refrescara bien el cuerpo.

Tras la comida tomó el típico taxi amarillo que le llevó hasta su casa. Todo, el tiempo y la sabrosa comida italiana que ya tenía en su estómago, invitaba a echarse una pequeña siesta en el interior fresco de la vivienda. ¿A dónde iba a ir con tanto calor?

Una vez el sol empezaba a dar un respiro y a descender, John se fue a pasear. En unos días iría de nuevo a España a finalizar lo último que le quedaba por hacer.

Mientras tanto no tenía nada que hacer ni nadie con quien compartirlo. John no era de esos que cuando está sólo y no tiene nada que hacer tira de conocidos olvidados. No, eso no era típico de John. Se acercó hasta Central Park.

Muchos otros habían hecho como había hecho él: esperar a que hiciera menos calor para salir a la calle y poner a funcionar el cuerpo aletargado. Unos corrían. Otros montaban en bicicleta. Unos jóvenes se pasaban un balón de fútbol americano de unos a otros... Familias con hijos se relajaban en el parque...

Veía a las parejas sentadas y tumbadas juntas en la hierba... ¿Qué estaría haciendo Lindsay? ¿Habría llegado ya al Inframundo y salvado a su amiga? ¡Cuánto la echaba de menos!

Intentando no entristecerse demasiado por recuerdos de un pasado reciente, pero pasado, que sabía que no iba a volver nunca más, centró su imaginación en hacerse una idea de cómo sería ese lugar cuya palabra

provocaba espanto con solo escucharla: Inframundo. Se asociaba inexorablemente al infierno y, en consecuencia, a sufrir un dolor indescriptible para el resto de la eternidad. A pesar de que Lindsay le dijera que el lugar era mucho más que un infierno y que también albergaba lugares más paradisíacos, era muy difícil desligar el Inframundo del Infierno e imaginarse un paraíso en él.

Muchos siglos de cultura cristiana dominando en occidente hacían casi obligada esa asociación entre ambos lugares. Por mucho que racionalmente quisiera pensar sobre el Inframundo, irracionalmente le invadía un desasosiego que hacía temblar todo su cuerpo sabiendo que tarde o temprano acabaría allí. ¿Qué le tendría reservado para él Ereshkigal? Al menos una cosa tranquilizaba su alma: sabía que cuando muriese iría a alguna parte. ¿Compensaba esa realidad tranquilizadora la relación sin sentido entre Inframundo e Infierno? Sí. Podría sentir que a veces no era así, pero lo que más desea el ser humano es sobrevivir. Saber que tras la muerte seguirá existiendo, esa certeza libera a cualquiera de grandes temores, y esa seguridad que ahora tenía en que lo que Lindsay le había contado era verdad se la debía a Baba Yagá. ¿Por qué? Porque ver a esa misteriosa bruja en la realidad verificaba las palabras de Lindsay que, por mucho que fueran ciertas y las pudiera creer, seguían siendo sólo palabras. Si no hubiera conocido en persona a Baba Yagá podría seguir creyendo verdaderas las cosas que Lindsay le había dicho, a pesar de su cordura, pero siempre albergaría una duda dentro de sí que no le permitiría estar del todo tranquilo. Y es que así es el ser humano; quiere creer, pero siempre encontrara motivos para dudar, y no siempre estamos dispuestos a escuchar la verdad. Muchas veces es más fácil creer mentiras con palabras bonitas que la verdad.

Por otra parte, el hombre ya se cree que va a vivir para siempre sin creer del todo que cualquier día su vida puede acabar. «Una pena pensar así —se decía John en sus reflexiones filosóficas—, no se valora la vida tanto como se debería».

—¡Mire por dónde va! —le increpó un señor mayor a John.

—Disculpe —dijo John avergonzado.

Tan enfrascado estaba con lo que estaba teniendo lugar dentro de su

cerebro que había estado caminando con la cabeza mirando al suelo y su hombro había golpeado sin querer al de un pobre hombre ya mayor, que iba caminando ayudado de un bastón y al que casi le tira al suelo.

Después el señor se tocó los bolsillos del pantalón para asegurarse de que John no era un ladrón que le había intentado robar descaradamente. El percance con el anciano hizo que John, tras la vergüenza inicial, caminara manteniendo la vista al frente y controlando sus lúgubres pensamientos.

Con la caída del sol puso punto y final a su paseo por Central Park y de camino a casa se detuvo en una hamburguesería para cenar una enorme hamburguesa con patatas.

Antes de dormir vio una película mala, pero perfecta para entretenerse y no pensar, que ponían en uno de los numerosos canales de televisión. Cuando aparecieron los títulos de crédito al final de la película, se levantó y se fue a la cama.

El día siguiente llegaría y, aunque pocos preparativos que hacer, tenía un viaje por delante en los próximos días que debía preparar.

XLIV

28 de julio

Londres, Reino Unido

Anna Smith, es decir, Inanna, está de vuelta y trae consigo compañía de lo más profundo del Inframundo. Tres demonios con aspecto humano se mantenían al acecho. Esperaban una palabra de Inanna que les indicara a quién arrastrar con ellos al abismo eterno del Inframundo. Y si no, se la llevarían a ella de regreso. Pero, ¿a quién escogería para suplirla? Debía ser un conocido, pero ¿quién?

Además tenía otro asunto por resolver: Peter, su esposo. Tendría que abandonarle porque, en cuanto eligiera la persona que la sustituyera, tendría que regresar ella también al mundo al que pertenecía.

Así que empezó por romper el corazón al hombre que había pasado los últimos años con ella viviendo algo que estaba destinado a no suceder y que nunca debería haber sucedido. Le dejaría el corazón hecho trizas, pero al menos con la cuenta bancaria a rebosar.

Un mes había pasado desde la última vez que Inanna/Anna y Peter se habían visto antes de que ella se fuese de forma extraña. Peter debería estar preguntándose dónde se había metido. Pero no únicamente Peter estaría esperando noticias de su mujer, también los compañeros y estudiantes que participaban en la expedición que comenzó semanas atrás. La llamada que

hizo para que empezaran la excavación arqueológica sin ella no impediría que estuvieran extrañados porque no hubiera dado señales de vida durante el último mes.

Pero ya se habían acabado las excavaciones y proyectos arqueológicos para ella.

No iba a dar explicaciones a nadie. ¿Qué iba a decirles: «Oye, que voy a desaparecer porque soy una diosa y tengo que volver a mi mundo de dioses»? Por supuesto que no. Desaparecería y punto. Sólo se lo diría, que tenía que irse, no que fuera una diosa, a su esposo. Y por eso había ido a Londres, ciudad en la que contaba con un inmueble de su propiedad. También tenía propiedades en Estados Unidos, en España, y más en otras zonas del Reino Unido, pero conociendo a su marido sabría que estaría en alguna de las del Reino Unido y, en concreto, en el piso a nombre de Anna Smith en una de las zonas más lujosas. La intuición le decía que no estaría en Estados Unidos, donde a Peter también le encantaba pasar el tiempo.

Antes había hecho una parada en su casa de la ciudad española de Salamanca, sabiendo que allí no se encontraría su esposo, donde los tres demonios que hacían de intermediarios entre Ereshkigal y John García la habían encontrado y llevado al Inframundo hacia un mes. Allí, en Salamanca, se había vestido y cogido las llaves y documentación para entrar en sus viviendas sin aparecer cual fantasma e identificarse cuando fuera necesario; no había que levantar sospechas en la gente causando fenómenos sobrenaturales allá por donde fuere mientras buscaba su presa humana.

Era mediodía en Londres. Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¿Peter? —llamó mientras entraba. Los demonios permanecían en el relleno sin alejarse demasiado de Inanna— ¿Estás en casa?

Nadie contestó. Según se adentraba en el interior del piso de doscientos metros cuadrados encontró ropa tirada por el suelo, unos pantalones y un jersey, ropa de Peter a todas luces.

—¿Peter, cariño? —volvió a llamar—. He vuelto... —se agachó y cogió con los dedos pulgar e índice un tanga negro. ¿Qué estaba pasando?

Unos gemidos provenían del dormitorio principal. Inanna empezaba a ponerse roja de ira. Fue derecha a la habitación que una vez había compartido

con Peter, los gemidos se hacían más audibles conforme se aproximaba al cuarto.

Una camisa, de él, y un sujetador y una falda estaban tirados por el pasillo. La puerta de la habitación no estaba completamente cerrada.

—¿Te gusta así? —decía una mujer.

—¡Sigue! No pares... —se oía decir a Peter entre jadeos. Empujó la puerta abriéndola de par en par...

Y allí pilló a su esposo pasándosele en grande con otra mujer. Ambos completamente desnudos, con él tumbado boca arriba en la cama y ella cabalgando sobre él con la espalda erguida y sujetándose los pechos con las dos manos. La mujer, rubia de pecho exuberante, como Inanna bien podía comprobarlo en ese preciso instante, debería tener poco más de veinte años... ¿Así de preocupado había estado Peter en ausencia de su amada esposa?

—¡Peter! —gritó fuera de sí Inanna desde la puerta del dormitorio—. ¿Qué coño andas haciendo?

El grito los cogió completamente por sorpresa. Los amantes miraron desconcertados hacia la puerta mientras ella se bajaba de él para ponerse a su lado cubriéndose con una sábana tan rápido como pudo.

—¿Anna? —dijo Peter, que todavía no sabía cómo reaccionar. Ni siquiera fue capaz de articular el típico «no es lo que parece».

La joven rubia, viendo la situación, salió despavorida de la habitación con la cabeza agachada y cubriéndose como podía. Pasó al lado de Inanna evitando siquiera rozarla por lo que pudiera pasar. La diosa ni se inmutó, estaba concentrada en su marido.

Después la amante fue recogiendo su ropa y se marchó sigilosamente de la casa, no quería estar allí presente en cuanto se desatara el caos y la ira de Inanna.

Durante ese tiempo en que la amante de Peter abandonaba la vivienda tanto Inanna/Anna como Peter permanecieron en un tenso silencio con ella lanzándole una mirada furibunda desde la puerta y él, con miedo de decir algo, en la cama todavía de rodillas en posición suplicante.

—Déjame explicarte... —rompió el silencio Peter intentado salir del embrollo en el que se encontraba de alguna manera.

—¿Así es como pasas el tiempo cuando voy a una excavación o cuando estamos en ciudades distintas, follando con cualquier zorra que te encuentras? —le espetó ella con furia—. Cómo ibas a llamar a tu esposa o preocuparte por ella si tenías las manos bien ocupadas... Ni un segundo te habrás preocupado por mí, maldito cabrón... —Inanna pareció respirar un momento. Intentaba calmarse. Peter aprovechó para decir algo en su defensa:

—Pensé que estarías en la excavación. ¿Cómo iba a llamar? Cuando estás concentrada no das señales de vida durante largos días. Tampoco tenía motivos para estar preocupado.

Eso sí, la estrategia que utilizó para justificarse fue muy mala. Pero, ¿qué podría decir en una situación como esa? Debería haber agachado la cabeza y haber reconocido su error, pero hizo lo contrario: la culpó a ella.

—Entiendo —dijo más serena Inanna, llevándose las manos a la cabeza y echándose la melena para atrás, antes de continuar—. Lo que querías era una mujer rica y ocupada para disfrutar de la vida a tu antojo, ¿eh?... No digas ni una palabra más —dijo a la vez que estiraba el brazo en dirección a Peter, con el dedo índice en alto para que ni se le ocurriera abrir la boca—. Vístete. Te espero en el salón para terminar la conversación de una vez por todas.

Se fue de la habitación dejando a su todavía esposo que se vistiera. Mientras tanto Inanna se paseaba de un lado al otro del salón llena de rabia. ¿Cómo dejaría escapar toda esa furia que llevaba en su interior en ese momento? Peter no tardó mucho en vestirse, pero se tomó un par de minutos lamentando la cagada que había cometido.

¿Qué lamentaba más: haber engañado a su esposa o que ésta le hubiera pillado? No sabría qué decir, ni tampoco qué iba a decirle a ella para que no le pusiera de patitas en la calle. Un grito de Inanna desde el salón le advirtió de que no podía esconderse por más tiempo en la habitación y que debía salir y afrontar las consecuencias. Cuando llegó a donde estaba Inanna, vestido con un pantalón vaquero y una camisa blanca arrugada, esperó a que ella hablara primero.

Inanna se tomó su tiempo para hablar, tiempo que aprovechó para mirarlo fijamente a los ojos deseando matarle. La mirada de su esposa hacía que a Peter le corroyera la vergüenza y tuviera que bajar la mirada.

De repente la furia se disipó, como si nunca hubiera estado ahí, y una sonrisa apareció en los labios de la diosa. Peter frunció el ceño, extrañado. ¿Por qué sonreía ahora?

—Ya sé cómo vamos a resolver esto —dijo sin dejar de sonreír. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de entrada del piso, abriéndola.

—Ok. Quieres que me vaya. Lo entiendo —dijo él, que había ido tras sus pasos, suponiendo lo que iba a hacer.

—No, aguarda —lo detuvo ella cuando Peter ya se iba a disponer a irse. Eso todavía le desconcertó más. Inanna miró fuera de la vivienda, al rellano, y dijo en voz alta:

—¡Llévao! —

—¿Qué dices? ¿A quiénes estás hablando? Me parece que has perdido la cabeza —dijo Peter a la espalda de su esposa.

—Él me sustituirá. Le he elegido. ¡Llévao! —insistió Inanna una vez más con la cabeza sobresaliendo por el umbral de la puerta. Tres hombres trajeados, los tres demonios que acompañaban a Inanna desde su regreso del Inframundo, aparecieron de repente. Inanna se hizo a un lado para dejarles pasar.

—¿Quién demonios son esos tres? —preguntó Peter con los ojos como platos de lo aterrado que estaba en ese momento, no sabía lo acertado que había estado a decir lo de demonios. Intentó resistirse, pero fue inútil. Dos de los demonios le redujeron con bastante facilidad. Le sujetaron boca abajo contra el suelo, con firmeza, impidiendo que Peter pudiera moverse—. ¿Qué coño vais a hacer? —farfulló como pudo con la cara pegada al suelo—. ¡Soltadme!

—Podéis lleváoslo ya —dijo Inanna a los tres demonios—. Yo todavía tengo un asunto pendiente.

—¿Llevarme a dónde? —gritó desesperado mientras le ponían en pie—. Podemos solucionarlo de otra manera... Por favor, cariño... Si quieres el divorcio, te lo doy. No quiero nada de dinero. Por favor —suplicaba casi con lágrimas en los ojos cuando lo levantaron del suelo.

Sin duda creía que le iban a matar. O peor; a torturar y después matarle y nadie se enteraría ni le importaría. Su esposa, Anna Smith, Peter todavía no

sabía quién era ella en verdad, podría decir que él se había fugado robándole dinero y todo el mundo lo creería.

El demonio que quedaba libre, el que no estaba sujetando a Peter, no estaba completamente de acuerdo con Inanna:

—Iros —dijo a sus hermanos del Inframundo—. Yo me quedaré hasta que resuelvas ese asunto que dices tener pendiente —añadió después dirigiéndose a la diosa. No había terminado la frase que le estaba diciendo a Inanna cuando los otros dos demonios desaparecieron llevándose a un desamparado Peter con ellos al Inframundo.

—Como quieras. Terminaré pronto —dijo ella. No iba a permitir que Inanna se la jugara con alguna estratagema. Las consecuencias para él podrían ser terribles.

Una vez que la diosa ató todos los cabos regresó, junto con su vigilante, de vuelta al Inframundo para visitar a su último esposo, que había tenido la delicadeza de honrarla con ser su sustituto en el reino de su hermana.

La vida de Peter Price en el mundo de los vivos había tocado a su fin antes de que le correspondiera dar con sus huesos bajo tierra. Una nueva vida de insufrible eternidad le esperaba al otro lado, cortesía de su flamante esposa. Puede que merecido o puede que demasiado castigo para el infiel del marido que ni siquiera podría encontrar consuelo, ahora que descubriría la verdad, en que se había casado con Inanna, la diosa del amor, y la había engañado con otra.

Parecía que Inanna no elegía bien a sus maridos o, quizás, eran ellos los desgraciados que tenían la mala pata de casarse con una diosa. ¿Se equivocaron los hombres a denominarla, entre otras cosas, diosa del amor? Lo único claro era que su plan para hacerse con el trono de su hermana, Ereshkigal, había resultado un auténtico fracaso. un fracaso que tardó en consumarse. Pudo vivir tranquila sin recuerdos de sus pecados durante largos años hasta que, al fin, el castigo la llegó. Un merecido castigo para ella que tuvo sus daños colaterales; entre ellos Peter, el hombre con el que se había casado y ahora ocupaba el lugar que le correspondería a Inanna por traicionar a su hermana. Lugar del que se salvó gracias a una fiel amiga, Ninshubur, quien estuvo a punto de caer presa de las garras de los jueces del Inframundo

para tomar el lugar de la amiga a la que acababa de resucitar. El suceso significó la desunión entre Inanna y Ninshubur. Esta última, que sacrificó demasiado para ayudarla, fue salvada por la némesis de Inanna: Ereshkigal.

En resumidas cuentas, Inanna, la conspiradora diosa, que intentó usurpar el trono del Inframundo, vivió quince años de una vida humana libre de la carga que supone ser consciente del terrible destino que a uno le aguarda. Eso sí, después fue capturada y ajusticiada como merecía. Pero ahí no acaba la cosa. Gracias a los sacrificios de otros revivió, encontró quién ocuparía su lugar en el Inframundo y podía volver a su vida anterior a su intento fallido de hacerse con el trono de Ereshkigal. Sólo había una diferencia: Ninshubur ya no ejercería de mensajera para ella y no volverían a considerarse amigas, si es que alguna vez lo fueron realmente. Toda relación supone un esfuerzo de las dos partes, cosa que Inanna no parece que hubiera hecho.

Tanta historia para que Inanna se quedase igual y Ninshubur, Peter y John, entre otros, pagaran las consecuencias. Con la connivencia de Enlil, por supuesto, que lo manipuló todo desde las sombras.

Un claro ejemplo de justicia... ¿divina?

XLV

31 de julio

Salamanca, España

¿Dónde estaba John? Lindsay no lograba dar con su paradero. Con la posibilidad de volver, gracias a Ereshkigal, no tardó ni un instante en hacerlo para comunicarle a John la noticia y sus nuevas tareas a desempeñar en su recién estrenada relación de trabajo con la reina del Inframundo. Como John todavía no había aceptado la nueva propuesta de Ereshkigal, y había sido liberado del anterior trabajo, ni tenía su sangre para hacer un conjuro sin que él lo supiera con el que tenerle localizado, tuvo que visitar todos los lugares en los que, suponía, podría encontrarse. Pero sin resultado.

¿Dónde se habría metido?

Empezó buscando a John en el mismo lugar donde se vieron por última vez, en Salamanca. Debía haber estado hacía poco, pero no en ese preciso instante. Tras Salamanca siguió su particular tour en Madrid y San Sebastián. Nada.

Después se desplazó, con sus poderes de diosa una vez más, no iba a andar perdiendo tiempo cogiendo aviones, a otro sitio que le era muy familiar: Nueva York. Allí se habían conocido y era donde habían pasado la mayor parte del tiempo desde entonces.

Por lo que comprobó en el piso, John también había pasado por allí

después de que se hubieran visto el día que le dio los elixires, pero no había señales de que siguiera estando allí. La suerte la esquivaba.

Había comprobado en los tres sitios el bolso de viaje que solía utilizar John. En ninguno de los tres pisos estaba, lo que hacía a Lindsay suponer que se habría ido a otra parte, pero, ¿a dónde?

Intentó localizarle por teléfono. La típica voz avisándole de que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura cortó sus escasas esperanzas puestas en localizarle a través del móvil. Bien sabía que John no estaba nunca demasiado pendiente del teléfono, sólo en contadas ocasiones, como cuando estuvo esperando los mensajes de Anna Smith, lo tenía siempre encendido y lo comprobaba. Pero debía intentarlo.

Colgó antes de que la voz mecánica terminara de dar el mensaje completo. Tenía que buscar alguna pista que le indicase a dónde se podría haber marchado.

Deshizo el camino andado, Nueva York - San Sebastián - Madrid - Salamanca, buscando papeles, tickets, resguardos... cualquier cosa que supusiera un indicio de su paradero actual. De nuevo sin éxito.

Ahora se encontraba sentada en la cama que compartió con John en Salamanca. Con los brazos apoyados sobre las piernas y la cabeza agachada y descansando sobre las manos, cerró los ojos intentando provocar que alguna idea le iluminara la mente.

—John, ¿dónde estás? —se desesperaba Lindsay. Se tumbó en la cama y se estiró bien. Resopló. ¿Qué más podía hacer para encontrarle?

Quizás iba siendo hora de pedirle ayuda a Ereshkigal, igual la reina podría dar con él más fácilmente, pensaba. A pesar de todo, dentro de sí sabía que era ya una acción desesperada y que Ereshkigal tendría las mismas o menos opciones que ella de encontrarle. Pero si no, ¿quién más podría ayudarla? Con cada segundo que pasaba se iba viendo más incapaz de encontrar a John.

Allí tumbada en la cama mirando al techo, recordó unas palabras de John al poco de conocerle. En esos días en que ambos empezaban a conocerse y a confiar el uno en el otro, John le había contado a Lindsay, durante una cena, que le encantaría poder tirarse en la hierba junto a un lago y no tener ninguna

preocupación.

—¿Qué lago? —Le había preguntado ella

—Da igual. Cualquier lago en el que no haya gente.

—¿Una cabaña en un bosque junto al lago?

—Suena a escenario de película de terror —rió John—. Pero sí. Algo así no me importaría. De hecho estaría genial.

Sobre la cama, recordando, era una invitación a que la melancolía la embargara —invitación que fue aceptada de inmediato. Esa sensación extraña de tristeza en la felicidad de momentos pasados la desvió por un instante de su misión de encontrar a John.

»¡Cómo ha pasado el tiempo! —pensó como si no fuera una diosa que viviera eternamente.

Habían vivido juntos, ella y John, tantos momentos íntimos desde que se conocieron. Lamentaba tanto haberle engañado y que su relación estuviera... ¿cómo estaba? ¡Acabada! Sí, así era. Tenía que asumir que la relación que mantenían había llegado a su fin. Ese punto y final tenía una fecha que ya había pasado: el día en que encontrase a Inanna y regresase con ella a donde pertenecían. Ella lo sabía antes siquiera de conocerle. Pero entonces sucedió, le conoció y se enamoró de John.

Cada día que pasaba se acercaba más al momento en que tendría que irse para, lo más probable, no regresar nunca más al lado de él.

Entonces John encontró a Inanna, convertida en Anna Smith, y descubrió algo que le hizo sospechar de ella. Supo que le había mentado. Vio la decepción en los ojos de John. Y se le partió el corazón antes de que ella se lo partiera a él abandonándole para siempre. Pero la verdadera razón de su pena era saber que ella era la quién había mentado y la que ya tenía previsto dejarle incluso antes de empezar.

Un nuevo giro del destino curó el corazón roto de Lindsay y le trajo una nueva oportunidad para enmendar sus errores y para, lo que ella más deseaba, retomar su relación. Para que eso sucediera primero debía encontrarle...

Sus pensamientos volvieron a centrarse. Antes de dejar a los recuerdos que se apoderaran de su mente, estaba pensando en la idea de tumbarse junto a un lago que John le dijo una vez. ¿Había expresado ese deseo en más

ocasiones?

Hizo memoria. ¡Sí!

Alguna que otra vez lo había dicho, pero siempre en los comienzos. Cuando su relación se afianzó no recordaba que John lo hubiera vuelto a mencionar. ¿O sí? Qué más daba. Se estaba volviendo paranoica. Lo que importaba era si se habría perdido en algún paraje. ¿Lo habría hecho? Posiblemente. ¿Qué iba a hacer si no? Si así fuera... ¿cómo encontrarle?

Se levantó de la cama. Deambuló por la casa pensando en qué podía hacer, en quién podría saber el paradero de John, o al menos tener una pista. Pasó por todas las habitaciones buscando algo que le despejara el camino. Nada. Todo era oscuridad en lo concerniente al paradero de John. ¡Un momento!

Algo la llamó la atención en una habitación que apenas utilizaban. Había un mueble con cajones lleno de polvo. Algo normal desde que John dio vacaciones, primero por un tiempo, luego indefinidas, a la persona que se encargaba de limpiar la casa, pero el polvo no estaba distribuido uniformemente por todos los cajones por igual. La luz que entraba por la ventana dejaba ver claramente que uno de los cajones tenía menos polvo acumulado que el resto. Además, parecía que no estaba cerrado completamente.

Se agachó y abrió el cajón. Estaba lleno de manteles y trapos viejos. Se había hecho falsas esperanzas...

Iba a cerrar ya el cajón cuando descubrió una cajita pequeña. ¿Qué hacía ahí esa cajita? No cuadraba. Estaba claro que John la debía haber escondido en ese cajón sabiendo que nadie buscaría en ese mueble.

Cogió la cajita y cerró el cajón. Se incorporó y tomando la caja con las dos manos la abrió. ¡Un anillo de compromiso! ¡John la iba a pedir que se casara con él!

Se llevó una mano a la boca abierta por la sorpresa y emoción mientras con la otra sujetaba la caja abierta con el anillo. Los ojos se le anegaron de lágrimas. ¿Cuándo lo había comprado? Debió ser poco antes de descubrir que la mujer que buscaba era Anna Smith y de que ella, la mujer a la que iba a pedir en matrimonio, le había estado engañando desde que se habían

conocido. Tenía que encontrarle a toda costa. Ahora con más motivo. ¡Claire Miller! Se le apareció de golpe en la cabeza el nombre de esa doctora que John había visitado en Seattle.

¿No le había dicho algo John de que cuando encontrase a esa mujer que atendió una vez a una mujer amnésica, que podría ser a quien él andaba buscando, Inanna/Anna Smith, le contaría a la doctora Miller qué había sucedido con ella y quién era? ¿Sabría esa mujer algo del paradero de John?

No estaba segura, pero, por fin, tenía una pista que seguir. Sabía que si John le había dado la palabra a la doctora cumpliría con ella.

Buscaría la dirección de Claire Miller, no sería tan difícil dar con ella sabiendo que trabajaba en un hospital de Seattle, y la haría una visita. A ver si había suerte. Pero lo haría un poco más tarde, ahora quería descansar un poco. Necesitaba hacerlo. Habían sido demasiadas emociones juntas.

Después de su aventura por el Inframundo y sus constantes viajes de una ciudad a otra en busca de John, todo el estrés y cansancio acumulado habían hecho mella en ella.

Regresó al dormitorio y se tumbó tal y como estaba. Al momento se quedó dormida con el recuerdo de John a su lado y soñando con el futuro juntos.

Haber encontrado una luz en el camino que pudiera indicarle cómo encontrar el lugar en el que se «escondía» John, hizo que Lindsay se relajara después de tantos momentos de tensión y emoción desbordada que había tenido que vivir en los últimos tiempos. Como resultado, exhausta como estaba, se quedó profundamente dormida con sueños de esperanza, y con el anillo en la caja a su lado.

La fortuna la sonrió en el último momento haciendo florecer en su mente el recuerdo de la doctora que John visitó para confirmar sus sospechas sobre que la mujer desconocida y la amnésica que una vez, muchos años atrás, atendió esa doctora eran la misma y tenía por nombre Anna Smith.

Claire Miller. Ella podría ser su guía con destino John. Siempre era mejor eso que apelar a la ayuda de la reina del Inframundo que, pensando racionalmente por un momento, poco sabía sobre el paradero de él. Al fin y al cabo, ¿no la había mandado a ella a que le comunicase las nuevas noticias

y le convenciera de que sellase un nuevo pacto con la reina? Cierto era que estaba deseando regresar para dar la buena nueva a John, pero no era menos cierto que ahora ella sería la que sirviera de unión entre los dos mundos, el enlace entre John y Ereshkigal. Daría con él.

Pero se olvidaba de una cosa importante: él era mortal y ella no.

XLVI

Rusia

Ajeno a la desesperada búsqueda de Lindsay, John había regresado a Rusia. Y mientras ella se había quedado dormida a miles de kilómetros de distancia, él esperaba que anocheciera para adentrarse en el bosque. Había vuelto al mismo lugar donde fue acompañado por Dariya para encontrar a la que, hasta entonces, era una más de las muchas brujas de cuentos que aterraba el corazón de los niños.

A diferencia de la anterior vez había otros coches en el lugar que pertenecían a excursionistas que se habían desplazado a pasar el día en el bosque animados por el buen tiempo. Algunos se iban cuando John llegaba. El resto, los ocupantes de un par de coches más, debían estar acampados en alguna parte, según supuso, pues el sol no tardaría en ponerse.

John descansaba apoyado sobre el capot del coche. Leía un periódico que había comprado para esos momentos en que tenía que esperar sin hacer nada más.

Pasaba las hojas lentamente, si veía algo que le interesaba lo leía, si no, pasaba a la siguiente página; la cuestión era hacer tiempo. Quedaría una media hora para el ocaso de una espléndida tarde de verano. La temperatura rondaría los treinta grados. Una noticia despertó su interés.

DAN POR MUERTOS A LA FAMOSA ARQUEÓLOGA ANNA SMITH Y A

SU ESPOSO, PETER PRICE

John se incorporó un poco y acercó la vista al periódico para leer mejor la noticia:

Han sido recuperados algunos restos del jet privado en que viajaba la joven pareja, que había contraído matrimonio hacía apenas dos meses, y que se estrelló en medio del mar mediterráneo la tarde del veintiocho de julio. No hay rastro de los cuerpos de ninguno de sus ocupantes. Todo hace indicar que tanto Anna y su esposo como los dos miembros de la tripulación que los acompañaban han fallecido y sus cuerpos se encuentran bajo las aguas del Mediterráneo. Los servicios de rescate consideran muy poco probable recuperarlos debido a la profundidad de las aguas en las que se cree se precipitó la aeronave...

Cuando concluyó la lectura, bajó el periódico y fijó su mirada perdida en el horizonte, por donde el sol ya se estaba escondiendo, reflexionando sobre lo que acababa de leer. Qué noticia más extraña.

¿Quería decir eso que Inanna había vuelto del Inframundo? Si eso era así, significaba que Lindsay había tenido éxito en su misión. Sonrió alegrándose por ella, por Lindsay.

Volviendo a la noticia, había algo que no le cuadraba, algo que le decía a su nueva mente, más abierta a sucesos extraños e inverosímiles, que no estaba todo bien y que no debía creerse lo que la noticia contaba. Se trataba de una farsa. Pero, ¿con qué propósito?

Qué más daba ya... Pronto anochecería y sería hora de cumplir con Baba Yagá. Tiró el periódico sobre el asiento del copiloto a través de la ventanilla abierta del coche y deambuló por la zona sin saber cómo rellenar el tiempo.

Cuando el sol se puso al fin, John se metió en el coche y esperó un tiempo prudencial antes de adentrarse en el bosque de oscuros abetos. Sintonizó una emisora en la radio del vehículo en la que ponían música actual.

Pasado el tiempo suficiente, o mejor dicho, cansado de esperar más, apagó la radio, cogió una linterna y salió del coche cerrando la puerta tras de sí. Respiró hondo. Era la hora. Encendió la linterna y, con paso firme y seguro, se adentró en la espesura y negrura del bosque ruso.

Marchaba por el bosque sin rumbo fijo. La luz de la linterna apenas le daba para ver un poco más allá de donde pisaba, se escuchaba el ulular de los búhos. ¿Cuánto más debía seguir caminando? Se estaba empezando a cansar. ¿A qué esperaba la dichosa bruja para hacer acto de presencia?

Llevaba más de una hora andando entre los árboles cuando empezó a levantarse una pequeña neblina.

»¡Por fin! —pensó John aliviado.

Mientras se levantaba la misteriosa niebla, John permaneció en el mismo sitio, de pie. Miraba de un sitio a otro intentando ver algo entre la cada vez más espesa bruma. ¿Por dónde aparecería la bruja?

De repente una risa jovial y burlona empezó a oírse a lo lejos. Cuando John miraba en la dirección en que le parecía que provenía el sonido entonces la misma risa pasaba a escucharse a la espalda suya y cada vez más cercana. ¡Cómo le gustaba jugar a Baba Yagá!

Hasta que al final oyó la risa justo a su espalda... Pero la risa venía acompañada de un pinchazo en el cuello que provocó que John se desvaneciera mientras intentaba volverse a la par que llevarse la mano a donde había sentido el pinchazo. ¡Baba Yagá!

Con la vista borrosa sólo le dio tiempo a ver, antes de perder el sentido por completo, a una Baba Yagá joven vestida con un simple camisón blanco convirtiéndose en la vieja bruja que era, como la primera vez.

XLVII

Casa de Baba Yagá

John todavía estaba inconsciente tendido en el suelo de la misma habitación de la anterior vez en la que estuvo con la bruja. De pie, junto a él, dos figuras le contemplaban.

—¿Le vas a decir quién es? —dijo una de las dos allí presentes cuya figura correspondía a Baba Yagá.

—No... Por ahora —respondió la otra.

La bruja y su acompañante abandonaron la mágica habitación dejando tumbado en el suelo a John hasta que éste se despertara.

Comenzó a volver en sí lentamente, asimilando lo que había sucedido. Empezó viendo borroso hasta que todo se le volvió claro. Con la visión recuperada vio las patas de una mesa y una silla, y las huesudas pantorrillas de la bruja al otro lado de la mesa, que estaba sentada en la otra silla.

Se incorporó.

La misma habitación, la misma mesa y una botella de vino con dos vasos sucios le estaban esperando. Baba Yagá sonreía como si de una niña traviesa se tratase.

—Podría haberse ahorrado el jueguecito —se quejó John mientras tomaba asiento.

—¿Y qué gracia tendría si no? —se burló la bruja. Sirvió vino en los vasos sin preguntar siquiera si le apetecía. John se lo bebió de un trago.

—Muy bien —alabó Baba Yagá.

—Ya le dije que cumpliría con lo prometido —dijo John.

—Me refería al vino —corrigió—. De tu palabra, no tenía dudas de que ibas a cumplir. ¿Crees que te hubiera dado los elixires y dejado marchar si hubiera pensado lo contrario? Aunque no sé por qué has querido venir hasta Rusia para cumplir con lo pactado. Te podía haber recogido en cualquier otra parte.

—¡Pero si me dijo que así lo hiciera! —protestó John

—Ah. Es verdad. Ya estoy vieja y se me olvidan las cosas —soltó una carcajada sabiendo que no era cierto que se hubiera olvidado. Baba Yagá le había dicho a John que para cumplir con lo que él le había ofrecido a cambio de los elixires tenía todo el mes de julio. El último día del mes, el treintaiuno, John debería volver al mismo bosque y caminar por él cuando llegara la noche, y en honor a su palabra, eso hizo, tal como la bruja le había dicho.

—¿Y ahora qué? ¿Será doloroso? —preguntó John yendo directo al grano.

—Hmm, estoy pensando qué método será el que más sufrimiento te cause... Es broma —dijo, dejando ver su despoblada dentadura, al ver que John se estremeció de terror.

—¿Entonces? —preguntó John aliviado.

—Irás directamente a tu nuevo hogar. Sin dolor. Puedes estar tranquilo —era la primera vez que veía a la bruja ni bromear ni burlarse. Todo lo contrario, intentaba tranquilizarle y calmarle. ¡Qué extraño!

—Bueno pues... Vamos allá —dijo John haciendo ademán de levantarse de la silla.

—Tranquilo. No te levantes todavía. Qué prisa tienes por morir —dijo Baba Yagá—. Bébetelo otro trago de vino. Un brindis por la vida —la bruja rellenó los vasos y levantó el suyo para el brindis.

—Por John García. Un gran hombre que da su vida a cambio de otra.

John levantó a su vez su vaso y lo chocó con el de Baba Yagá antes de beberse el contenido de un trago. Y es que eso era lo que John había ofrecido a cambio de los elixires: su vida.

—¿Ves porque quedan mejor llamar a los elixires las Aguas de la Vida y

la Muerte? —dijo la bruja—. Una vida por otra. Es así de sencillo —sonrió maliciosamente de nuevo. John agachó la cabeza mirando el vaso vacío mientras lo sujetaba y movía con una mano. En breves momentos entregaría su vida y el pacto con la bruja sería finalmente cumplido.

—Superaste la prueba para hacerte digno de los elixires —dijo Baba Yagá casi como en un susurro.

—¿Qué? —Entre el tono bajo empleado por la bruja y que el andaba con la mente en las nubes en ese momento, John no entendió lo que le había dicho.

—Oh, nada, nada —se levantó Baba Yagá de su silla y se apoyó en su palo plateado—. Enseguida... Ha sido un placer conocerte, John —le ofreció la mano huesuda, que John aceptó y estrechó a su vez.

Baba Yagá abandonó la habitación por una de esas misteriosas puertas que aparecían donde la bruja quería y cuando deseaba, John se quedó esperando. Qué raro estaba actuando la bruja.

No tardó mucho tiempo cuando se escuchó el chirrido de una puerta al abrirse, como si se tratara de una película de terror. ¿Lo había escuchado alguna vez antes? No, al menos creía que no.

Una neblina se coló por la puerta a la vez que entraba una mujer en la habitación. ¡Y menuda mujer! Vestida con un vestido negro ajustado a su curvilíneo cuerpo, un largo cabello azabache adornado con mechones azules por doquier. Y una mirada oscura e intensa que penetraba en lo más profundo del alma... La sola presencia de semejante mujer hizo que John se levantara de la silla al instante.

—Tenía ganas de conocerte —dijo ella con una sonrisa mientras se sentaba en la silla que había dejado libre Baba Yagá hacía poco— Pero siéntate. Charlemos un poco.

—¿Quién...quién eres? —preguntó John, desconcertado.

—Voy a ser tu guía en la morada de los muertos —contestó—. Pero, vamos, siéntate. Podemos hablar un rato antes de partir a tu nuevo hogar. John volvió a sentarse aceptando así el ofrecimiento de la mujer que tenía delante. ¿Quién sería? Lo cierto era que se le había pasado un nombre por la cabeza, pero no estaba del todo seguro de que fuera ella. Aun así, tenía que

preguntarlo:

—Puedo preguntar cuál es su nombre —dijo intimidado por la presencia de una figura como la que tenía enfrente.

—Soy Ereshkigal —¡la reina del Inframundo! Y la diosa que le había contratado para que encontrase a Inanna.

Era lo que había pensado, pero que no se acababa de creer hasta que ella lo confirmó de sus propios labios. Esa mujer de piel blanca y azulada que desprendía un aura misteriosa y sobrenatural que incrementaban su inhumana belleza no podría ser otra que la reina del Inframundo. La mismísima Ereshkigal había acudido en persona a llevarle a su reino. ¿Era eso normal?

—¿Quieres preguntarme algo? —dijo mirándole directamente a los ojos, escrutándole en lo más hondo de su alma y de su corazón. ¿Preguntarle qué? A John no se le ocurría nada. Ah, ¿Lindsay? ¿Qué había sido de ella? Había ido al Inframundo.

—¿Qué ha sido de Lindsay? —preguntó al fin bajando la mirada ante la intensa mirada oscura de la reina. Ereshkigal sonrió antes de contestarle.

—Ninshubur está perfectamente. Culminó con éxito su aventura en mi reino —hizo una pausa como si estuviera leyéndole la mente. John se alegró por Lindsay—. No le dije nada de tu pacto con nuestra querida Baba Yagá, pero creo que Ninshubur se acabará enterando pronto de tu destino... Dime, ¿qué te ha parecido conocer a Baba Yagá? —preguntó cambiando de tema. Sonreía. Parecía satisfecha por alguna razón. No le desveló las nuevas funciones de Lindsay ni que le andaba buscando. ¿Para qué iba a hacerlo? Cuando todos estuvieran en el Inframundo ya habría tiempo de ponerse al día y celebrar su reencuentro.

John se encogió de hombros, no tenía una respuesta precisa sobre lo que pensaba de la bruja. Era un auténtico misterio. Si sabía algo era que le gustaba jugar, nada más.

—Ya habrás visto que le encanta jugar —continuó Ereshkigal—. Pero no creerás que se comería a un niño de verdad, ¿no? Eso no era más que una prueba para ver si eras digno de obtener los elixires. Y vaya que lo fuiste. Mi enhorabuena —menuda felicitación. Preferiría que le dieran la enhorabuena por otras razones, no por sacrificar su vida por unos elixires para una diosa

ambiciosa.

—¿Por qué a mí? —inquirió John refiriéndose a por qué se había valido de sus servicios como detective para capturar a Inanna.

—¿Y por qué no? —evitó darle el auténtico motivo: que le estaba poniendo a prueba. Otra prueba que también superó.

—¿Sabía a cada momento lo que estaba haciendo?

—Ya sabes que sí —matizó—. Sabía tu localización exacta a cada instante. Y gracias a Lindsay también lo que hacías.

—Y, por supuesto, también estaba al corriente de lo de los elixires...

—Por supuesto. Aunque no tuviera la información que Ninshubur suministraba a Enlil, y que me llegaba a mí, claro, lo hubiera sabido. Baba Yagá es, por decirlo de alguna manera, una buena amiga y me lo hubiese dicho. Además, es un asunto que me concierne a mí más que a nadie, pues con los elixires se trata de arrebatar de mi reino a un alma que me pertenece... ¿Alguna duda más?

—Sí —John se iba relajando, A fin de cuentas, ¿de qué tenía que preocuparse ya?—. ¿He seguido estando bajo control?

—No. Cuando mis demonios te liberaron quedaste totalmente libre. Pero claro, Baba Yagá, puesta al día de tus intenciones de hacerla una visita, te tenía vigilado. He de confesar que le ayude con esa tarea, pues fui yo quien le proporcionó la gota de sangre necesaria para su conjuro. Aunque ya estás libre también de Baba Yagá.

—Bueno, qué importa, estoy en su casa, no necesita conjuros para tenerme vigilado —Ereshkigal se rio.

Era extraño, curioso, ver a una mujer, mejor dicho, una diosa con un aspecto que provocaba en los demás tanto respeto como terror, reírse. Le vino a la cabeza el día que esos tres extraños, que resultaban ser demonios, contrataron sus servicios, y el día en que le liberaron de semejante carga. En ambas ocasiones, una vez que los demonios se habían marchado, se encontró con que tenía un hilillo de sangre en uno de sus dedos. ¿Sería así como obtuvieron su sangre para tenerle vigilado y luego dejarle libre? Cómo si no...

—¿Quiere algo más de mí? —preguntó John.

—Por eso estoy aquí —respondió Ereshkigal. John dudó un poco antes de preguntar, pensó en qué podría querer la reina del Inframundo de él esta vez.

—¿El qué?

—Vengo a por tu vida. La misma que decidiste entregar voluntariamente a cambio de los elixires —dijo tajantemente la reina. Qué tonto había sido pensando que podía querer otra cosa. Era obvio que había venido a llevarle al Inframundo y nada más—. Pero... —Ereshkigal se detuvo. John levantó la vista esperando que continuara mientras en su cabeza gritaba ansioso: ¿Pero? Pero ¿qué?—. Pero quizás podemos hacer algún tipo de pacto nuevo y ver alguna forma de que conserves la vida. ¿Qué te parece? ¿Quieres trabajar para mí?

—¿Otra vez?

—Esto es distinto. Puedes considerar tu búsqueda como la prueba para acceder a esta entrevista de trabajo.

—Entiendo —se sentía como el único pringado de toda la historia. Todos sabían lo que sucedía y le utilizaban a él, el ignorante, para resolver sus problemas.

—¿Tengo elección? —preguntó John

—Siempre —dijo Ereshkigal—. Pero hablemos en mi reino. Seguro que te gusta la visita —la reina se levantó de su silla mientras una puerta se abría con un chirrido estridente en un lateral de la habitación. Un humo denso cubría la entrada a lo que, supuso John, sería el Inframundo.

—¿Preparado? —preguntó la reina invitándole a seguirla por esa puerta al reino de los muertos.

—Qué remedio —parecía resignado, pero, también, sentía curiosidad. ¿Quién podría resistirse a una visita al Inframundo con la propia reina del lugar? De todos modos, ¿qué iba a hacer? ¿Negarse? Si ya había dado su vida... John se levantó de la silla y siguió a Ereshkigal a través de la puerta mientras se adentraban en la densa niebla que lo envolvía todo.

Su destino, el Inframundo. La puerta que conectaba el mundo de los vivos con el reino de Ereshkigal se cerró. John ahora pertenecía al mundo de los muertos.

Epílogo

1 de agosto

Seattle, Estados Unidos

Llamaron a la puerta. Era mediodía de un nublado y bochornoso día de pleno verano y estaba de vacaciones. Cuando sonó el timbre se dirigía a la parte trasera de la casa donde tenía su querido y trabajado huerto. Le encantaba pasar el tiempo ocupada en él. Dejó el cubo que llevaba cargado de material de jardinería en el suelo, junto a la puerta trasera, y se fue a abrir la puerta principal, a ver quién era.

—Buenas tardes —dijo un joven de pequeña estatura y pelo corto y moreno. Vestía con un traje azul marino y corbata a juego. En la mano izquierda llevaba un maletín negro de buena calidad—. ¿Es usted la señora Miller? ¿Doctora Claire Miller?

—Esa soy yo —confirmó Claire mientras se apartaba un mechón de pelo del rostro. Llevaba un pantalón caqui corto y una camiseta blanca. Sólo le faltaba el sombrero para el arquetipo de jardinera perfecta.

—Soy Adler, Christopher Adler —se presentó mientras con la mano libre se sacaba de la chaqueta del traje una tarjeta de presentación y se la entregaba a Claire—. Trabajo para Johnson & Berger, un bufete de Nueva York. Un cliente nuestro, el señor John García, nos pidió que le entregáramos unos documentos.

»¿John García? —pensó sin recordar de quién se trataba—. Ah, John. Claro. ¿Habría encontrado a esa mujer? ¿De qué documentos estaba hablando ese joven abogado?

—Pase y tome algo de beber —ofreció la doctora.

—No, muchas gracias, señora. Tengo algo de prisa. El avión sale dentro de poco —se excusó el joven mientras abría el maletín para sacar lo que quisiera John dar a la doctora—. Tenga —le dio un sobre sellado y puso un documento sobre el maletín—. Si es tan amable de firmarme aquí.

Sacó una pluma del bolsillo interior de la chaqueta y le señaló a Claire el lugar a firmar en el papel que acababa de sacar y poner sobre el negro maletín para que sirviera de apoyo a la hora de poner la rúbrica. Claire tomó la pluma y firmó donde le señalaba el abogado. Cuando hubo firmado, se la devolvió.

—Gracias —dijo el joven guardándose la pluma y el documento en el maletín mientras sacaba otro que le entregaba a Claire—. Qué tenga un buen día.

Y se marchó. En cuanto cerró la puerta, leyó el documento que le había dado el abogado. Se trataban de un par de folios grapados con el membrete del bufete en la parte superior y hacía referencia a lo que había firmado y, si en el futuro, necesitaba asesoría legal o cualquier tipo de eventualidad requería los servicios de un abogado, ellos, el bufete de abogados Johnson & Berger, estarían encantados de poder ayudarla en lo que hiciera falta. ¡Cuánta amabilidad!

Claire fue directa a la cocina a abrir el sobre. Era un sobre del tamaño de una hoja de papel dinA4, más o menos, y no era nada grueso. Parecía contener sólo un par de documentos.

¿Qué le mandaría John García? Es más, ¿qué sería para que lo hiciera a través de un abogado y no de una empresa de mensajería? Estaba ansiosa por saber de qué se trataba. Cogió un cuchillo para quitar el lacre y abrir el sobre sin estropear lo que contuviera. Sacó lo que había dentro.

Efectivamente, se trataba de dos folios escritos a mano por las dos caras (debía ser la letra de John) y de otro sobre más pequeño. Se sentó en un taburete alto para leerlo y ver el contenido del sobre pequeño.

Dejó sobre la encimera el sobre grande, ya vacío, y el pequeño por abrir

junto al cuchillo utilizado. Tomó entre sus manos las hojas escritas y se puso a leer. El comienzo verificó que había sido el propio John quien había escrito las hojas, según iba leyendo en la cara se le puso expresión de asombro e incredulidad.

John, como le había prometido contarle quién era esa mujer misteriosa, le hacía un resumen de lo vivido desde que la visitara en su casa en Seattle varios meses atrás. ¿Diosas? ¿Brujas de cuentos? ¿Inframundo? ¿Elixires milagrosos? Cómo iba a creer en esas cosas. ¿Se habría vuelto loco de remate? Con lo buen hombre que le había parecido las veces que lo había visto, ¿qué le habría pasado para que dijera esas cosas? Estuvo a punto de romper las hojas en pedazos, pero terminó su lectura.

Al final John le decía que la donaba una pequeña cantidad de dinero para que crease una fundación y pudiera conceder unas becas para lo que ella considerase oportuno. Ella era la doctora, confiaba en su criterio.

Ahora entendía el por qué de tanta amabilidad por parte del bufete de abogados, para que la ayudasen con la fundación.

—A ver qué pequeña cantidad —dijo dejando las hojas y cogiendo el sobre pequeño. Sacó un cheque del sobre y miró la cifra. Tuvo que mirarla varias veces para asegurarse de que lo que estaba viendo era verdad. ¡Diez millones de dólares!

Casi se cae del taburete al ver tal «pequeña cantidad» en un cheque nominativo al nombre de Claire Miller.

Tanto dinero la hizo sentir culpable por no creer lo que John le había contado en esas hojas escritas. Pero, como John decía, lo más probable era que nadie lo creyera y que él, a veces, se preguntaba si era real todo aquello. También le pedía a la doctora que no revelara ningún dato a nadie, ese dinero él ya no lo iba a necesitar. Podía decir que era por haberle ayudado, sin más, cosa que era cierta. Y eso haría. Aunque no lo creyera, nunca diría a nadie nada al respecto.

A media tarde volvió a sonar el timbre de la puerta.

Desde que había recibido el sobre con el cheque y con la historia fantástica de John, no había dejado de pensar en la fundación a crear y cómo emplear el dinero de la mejor manera posible. Prácticamente ni había probado

bocado durante la comida ni se había vuelto a pasar por su huerto y jardín debido al impacto de los diez millones. Abrió la puerta.

—Buenas tardes —dijo una guapa joven pelirroja con vestido negro y sandalias a juego—, ¿usted es Claire Miller? —¿Por qué le resultaba familiar el rostro de la joven?

—Sí. Parece que hoy todos me buscan —bromeó Claire.

—¿Quiénes? ¿John ha estado aquí? —preguntó con síntomas de desesperación—. Discúlpeme —dijo azorada al darse cuenta de su patente ansiedad—, ni siquiera me he presentado. Soy Lindsay. Busco a John García. La visitó hace ya unos meses en su búsqueda de una mujer.

»Ah, ¡Lindsay! Vaya diosa era que no le podía encontrar —pensó Claire. Puede que realmente John se haya vuelto loco y haya desaparecido.

—Lo siento, pero no ha vuelto por aquí —dijo Claire para mayor tristeza de Lindsay, que ya estaba a punto de darse la vuelta y marcharse—. Pero me ha enviado algo. Lo que pone es un poco... cómo decirlo... fantasía.

»¿Qué le habría contado John? —pensó la diosa.

—Pase —ofreció la doctora—. Se lo enseñaré. Lindsay entró en la casa. Claire le dio los dos folios escritos por la mano de John.

...cumpliendo con mi promesa a la bruja, el treintaiuno de julio será la fecha en la que tenga que visitarla de nuevo (cuando lea esto ya habrá sucedido pues dejé expresamente dicho que le entregaran el sobre el uno de agosto) y darle mi vida, que fue lo que le ofrecí a cambio de esos elixires. Así que ya no necesitaré muchas cosas.

Por ello, en el sobre pequeño que acompaña a estas hojas, hay un cheque con una pequeña cantidad de dinero...

No leyó más. John ofreció su vida a cambio de los elixires. Cuando leyó esa parte, Lindsay dejó los papeles y se dirigió a la salida. Tenía que ir al Inframundo de inmediato. Ereshkigal la ayudaría.

—¡Espera! —dijo Claire. Lindsay se detuvo y, con los ojos vidriosos por el sacrificio de John (por su culpa), miró a la doctora.

—¿Es verdad todo lo que pone en las hojas? —preguntó la doctora. No creía nada de esas invenciones fantásticas, pero era la forma más adecuada de preguntar, sin ofender, si no había perdido el juicio. Lindsay sonrió y, sin confirmar ni desmentir nada, desapareció.

Claire Miller se quedó completamente desconcertada. Su mente racional seguía pensando que todo lo que John le había contado era pura fantasía, pura invención. Por otro lado, la sonrisa de Lindsay le decía, y le hizo sentir, que todo era verdad. Por no decir que desapareció y que no la vio irse andando por la calle ni ningún coche circulaba en ese momento. ¿Cómo lo había hecho?

—Bueno —se dijo a sí misma—, aunque lo crea nadie se enterará nunca.

Cogió todo, excepto el cheque, y lo quemó en la fregadera. Después enterró las cenizas entre la tierra de una nueva planta que estaba sembrando en su huerto. Vete tú a saber si fueran a reconstruirse las hojas como en la película de Mary Poppins cuando los hijos del señor Banks escribieron cómo deseaban que fuera su niñera y el padre rompió la carta y la tiró a la chimenea.

FIN